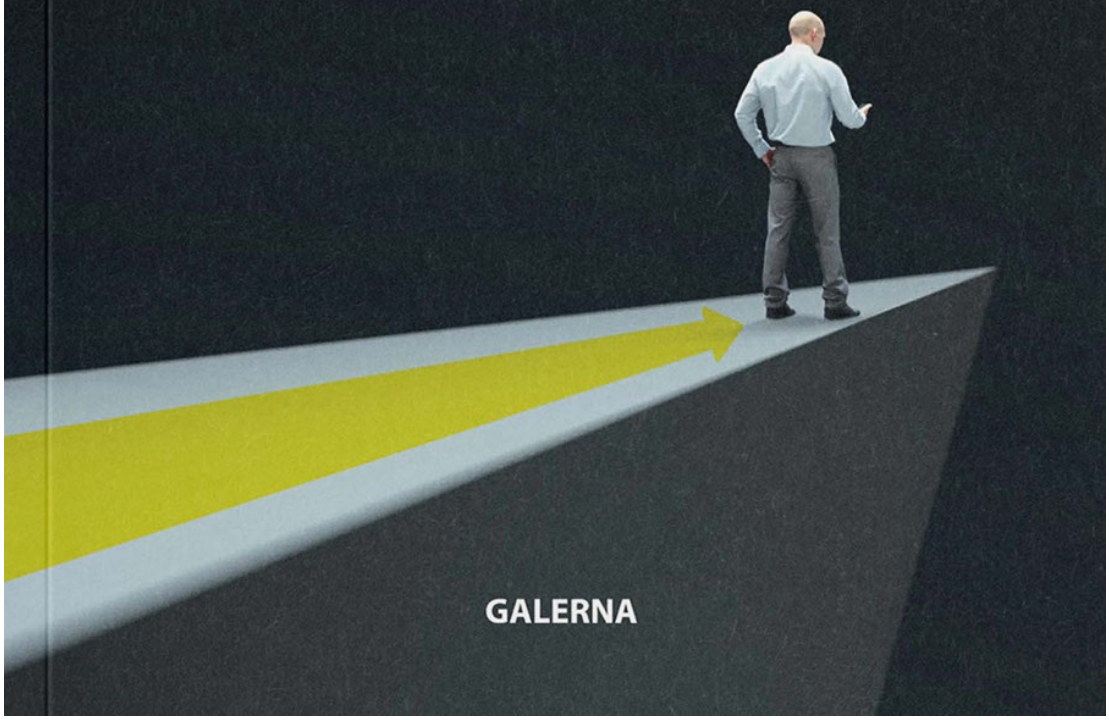
ROXANA KREIMER

EL FRACASO DE LA DERECHA

Libertarianismo y liberalismo económico
Críticas basadas en la evidencia científica

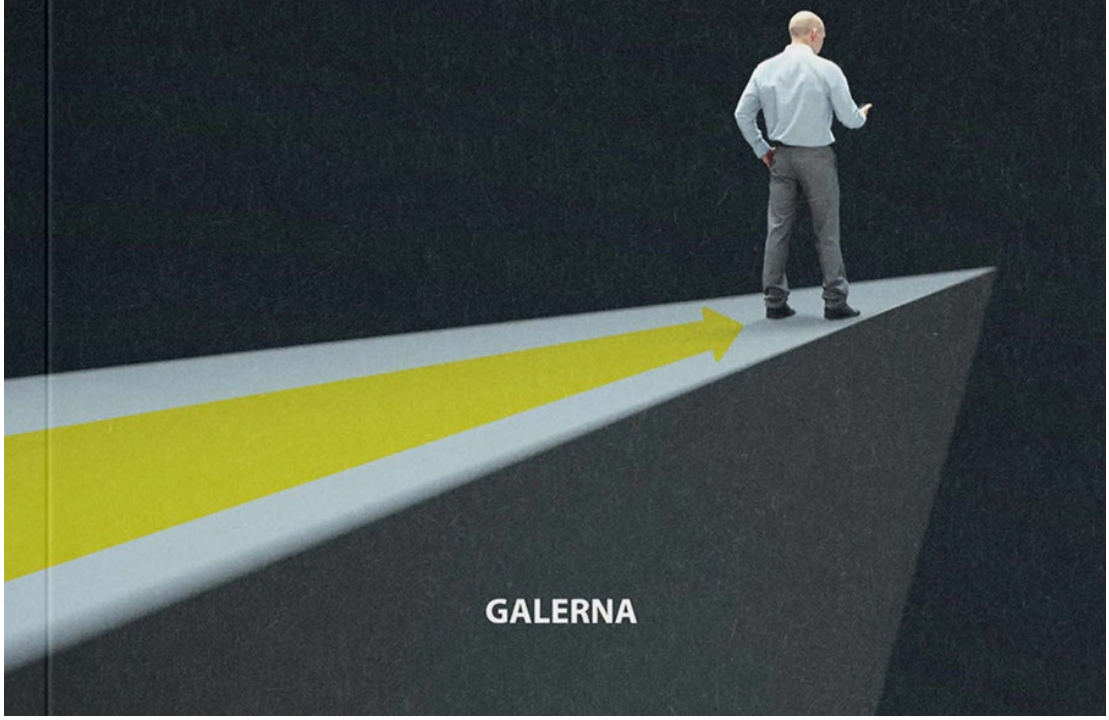


GALERNA

ROXANA KREIMER

EL FRACASO DE LA DERECHA

Libertarianismo y liberalismo económico
Críticas basadas en la evidencia científica



GALERNA

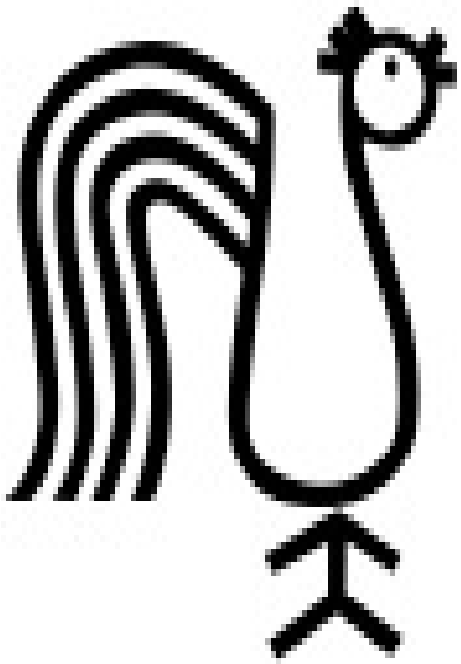
El fracaso de la derecha

Roxana Kreimer

El fracaso de la derecha

Libertarianismo y liberalismo económico

Críticas basadas en la evidencia científica



GALERNA

Kreimer, Roxana El fracaso de la derecha / Roxana Kreimer. - 1a ed. - Ciudad A

©2022, Roxana Kreimer

©2022, RCP S.A.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopias, sin permiso previo del editor y/o autor.

ISBN 978-950-556-899-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Diseño de interior: Pablo Alarcón | Cerúleo

Imagen de tapa: Adobe Stock - Photobank

Digitalización: Proyecto451

Versión: 1.0

Índice de contenidos

INTRODUCCIÓN

I. LAS NUEVAS DERECHAS

El ascenso de las nuevas derechas

El libertarianismo de derecha de Javier Milei

El rechazo del feminismo hegemónico conduce a la derecha

Examen de algunos temas que provocan descontento

Las influencias intelectuales

Deontología versus consecuencialismo

Perspectivas de cara al futuro

II. LA TEORÍA CONSPIRATIVA DEL MARXISMO CULTURAL

El cambio de significado de la expresión “marxismo cultural”

La Escuela de Frankfurt

Los orígenes de la corrección política

La corrupción de América

El libro negro de la nueva izquierda, de Márquez y Laje

¿Qué ideas promovió la Escuela de Frankfurt?

III. ¿QUÉ ES EL LIBERALISMO?

El mito de la mano invisible

La antropología de Hobbes

Mitos sobre la eficiencia y los tipos de gobierno

IV. ¿EL CAPITALISMO SE AUTODESTRUYE?

Los dueños de los medios de producción

¿Cómo se traduce todo esto a nivel global?

V. LA PLUSVALÍA

Extracción de la plusvalía en la historia humana

Extracción de la plusvalía en el capitalismo

Trabajo necesario y plustrabajo

Plusvalía absoluta, relativa y extraordinaria

“Explotación” como concepto descriptivo y normativo

El futuro del sistema actual

VI. LÍMITES EN EL DERECHO SUCESORIO

El caso de los hermanos Fort

La acumulación originaria

VII. LAS CLASES SOCIALES

Clase como estrato jerárquico

Marx y la clase como concepto relacional

Eric Olin Wright y la complejización del esquema de Marx

Clase como acaparamiento de oportunidades (el concepto relacional de Max Weber)

¿Existen las clases sociales? La perspectiva de la escuela austríaca

VIII. ¿FUNCIONA LA ECONOMÍA DEL DERRAME?

Derrame y liberalismo económico

Historia de la idea de derrame

Período 1945-1973: prosperidad de la clase media

1973-1980: Nuevas justificaciones de la desigualdad

La escuela económica del lado de la oferta

Efectos de los recortes fiscales

Supresión de regulaciones

El fracaso de los intentos de justificar la desigualdad

IX. EL ENGAÑO DEL ÍNDICE DE LIBERTAD ECONÓMICA

La definición de “libertad económica” y su defensa como “derecho fundamental”

La defensa de la libertad económica como medio

Problemas de los indicadores compuestos

Críticas a la falta de validez

Críticas a la medición del tamaño de gobierno

Críticas a los supuestos de “ideal cero”

X. ¿BAJÓ LA POBREZA EN EL MUNDO?

La infografía que disparó el error

Los datos que miden la pobreza

¿Qué revelan los números de la infografía?

La respuesta de Steven Pinker y su defensa del capitalismo

La tendencia actual

Otros umbrales de medición

XI. LAS CONSECUENCIAS DE LA DESIGUALDAD

Los homicidios en las sociedades democráticas

Debate con el liberal Iván Carrino: su elogio de la desigualdad

La movilidad social

XII. EL EFECTO MATEO

El mecanismo del efecto Mateo

El efecto Mateo en ciencia y tecnología

El efecto Mateo en economía

Implicaciones éticas y políticas

XII. TEORIA DEL VALOR-TRABAJO

Los inicios de la economía

Objeciones erróneas a la teoría del valor-trabajo de Marx

Evidencia científica a favor de la teoría del valor-trabajo de Marx

La explotación y el valor-trabajo son fenómenos vinculados, pero diferentes

XIV. ¿EL PODER CORROMPE?

¿Qué es el poder?

¿Cómo se estudia el poder?

Estudios sobre la relación entre el poder y la empatía

Estudios sobre la relación entre poder y conducta prosocial

Hipótesis explicativas

XV. CRÍTICAS A LA IZQUIERDA

1. Críticas a la izquierda progresista

1.1. Tradiciones filosóficas desvinculadas de la ciencia en el siglo XX

1.2. Reduccionismo sociológico y prejuicios hacia la biología

1.3. Creencias desvinculadas de la evidencia científica

1.4. Cómo las políticas identitarias reemplazaron la lucha de clases

1.5. Sesgos sobre el conflicto israelí-palestino y problemas del islamismo

1.6. Limitación excesiva de la libertad de expresión, y ausencia de garantías mínimas ante acusaciones o “escraches”

1.7. Excesos en las cargas fiscales a monotributistas y corrupción

2. Críticas a la izquierda clásica (no progresista)

2.1. Actitud poco crítica respecto a los “socialismos realmente existentes”

2.2. Idea de que resulta necesaria una “dictadura del proletariado”

2.3. Descalificación de la idea de derechos humanos

2.4. Vulneración del derecho a la autonomía

2.5. Críticas a la dialéctica como marco teórico

3. ¿Cómo organizar la sociedad futura?

CONCLUSIONES

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos años, las limitaciones de la izquierda socialdemócrata en el ejercicio del poder contribuyeron en diversos países a fortalecer el espectro político de la derecha. Las ideas económicas de la derecha actual son las mismas que aplicaron Reagan y Thatcher en los 80, otros políticos en las siguientes décadas, y las mismas que perjudicaron a la mayoría de las personas y contaminaron el planeta en los últimos cuarenta años. Al igual que en la década del 80 del siglo pasado, sus diagnósticos y pronósticos no suelen estar respaldados por la evidencia científica. Este libro se propone examinar sus tesis fundamentales.

Me anima el ideal socrático de ser un tábano que picotea la cabeza de sus contemporáneos. La misión del filósofo sigue siendo a mi modo de ver la de ingresar a una caverna en la que solo se ven sombras e invitar a remover presupuestos sobre aquello que es juzgado como real. La metáfora platónica viene a cuento porque este libro comenzó a gestarse cuando en 2020 abrí un canal de YouTube al que de alguna manera trasladé las clases de filosofía que daba presencialmente antes de la pandemia. Cada uno de mis videos sobre política generaba de manera significativa una ola de cuestionamientos por parte de personas muy jóvenes que se consideraban a sí mismas “libertarias”, “liberales” o ambas cosas a la vez. ¿Por qué seguían mi canal y mi cuenta de Twitter si pensaban tan distinto? Básicamente porque conocieron mi trabajo por mis críticas al feminismo hegemónico en los medios de difusión, reunidas en mi anterior libro para editorial Galerna, El patriarcado no existe más (2020). La “tribu” que cuestionaba al feminismo hegemónico por basarse en marcos teóricos especulativos y datos poco rigurosos en muchos casos era la misma que se autodefinía como “libertaria”. Pero el apego al respaldo empírico para criticar al feminismo hegemónico no aparecía a la hora de chequear los datos que maneja el liberalismo económico y el libertarianismo de derecha, lo que llevaba a dudar de su disposición escéptica y de su interés por la evidencia empírica, y a sospechar que simplemente divulgaban datos que favorecían a su tribu. En la inmensa mayoría de los casos no contaban con una formación mínima en la esfera de la política, y la suplían con videos de YouTube, más veces que menos

realizados por jóvenes libertarios de derecha que tampoco suelen contar con una formación básica en teoría política.

Por otra parte, en 2020 la inmensa mayoría de los canales de política de YouTube hablados en español eran de derecha. Todavía sigue siendo así, aunque ahora han surgido más canales de izquierda, no necesariamente progresista. Como dijo en una ocasión uno de los youtubers de derecha con más seguidores: "Internet es nuestra". Así que YouTube y este libro se convirtieron en mi caverna. Al igual que ocurrió prácticamente con mis siete libros anteriores, el interés por escribir surgió al sentirme compelida a abordar un tema que encuentro que resulta urgente divulgar en un contexto social determinado. En este caso, imagino como parte de los interlocutores a algunos de esos jóvenes, los menos dogmáticos y más abiertos a examinar las evidencias que respaldan sus ideas. Su interés por la política supera con creces el de las generaciones inmediatamente anteriores, y tienen aportes para hacer que la izquierda haría bien en escuchar, si bien no parece muy dispuesta a hacerlo. Tal como señaló el historiador Pablo Stefanoni en su libro ¿La rebeldía se volvió de derecha? (2021), los libertarios de derecha de la actualidad tienen en común con los revolucionarios de izquierda de los setenta el hecho de que ambos son antisistema. Buscan cambios radicales y los políticos no los representan. De estos aportes que provienen de algunos grupos de derecha nos ocuparemos en el primer capítulo. Si bien el libro fue inspirado en un comienzo por estos jóvenes, no tiene a ese grupo como único destinatario. Me imagino a un lector interesado por los argumentos y la evidencia empírica, dos pilares de la filosofía científicamente informada, el encuadre que mejor representa mi línea de investigación y que se ve reflejado en mis siete libros anteriores.

Las sombras de la caverna platónica en este caso son mitos sobre el liberalismo económico: que los países más prósperos son aquellos que califican más alto en el índice de "libertad económica", que la desigualdad no trae consecuencias preocupantes y que lo único que importa es bajar la pobreza, que reduciendo los impuestos a los más ricos se beneficia el conjunto de la sociedad, que solo hay individuos y no existen categorías tales como la de "clase social", que es fundamental proteger la propiedad privada (olvidando que solo protegen la de los grandes medios de producción y no la de las personas comunes y corrientes), que es imposible una planificación democrática de la economía, o de la sociedad en general, que existe una confabulación llamada "marxismo cultural" destinada a corroer la idiosincrasia estadounidense y el modo de vida occidental, que la pobreza bajó de manera decisiva en el mundo, y que lo hizo gracias al

capitalismo, que el Estado no genera riqueza (si así fuera, ¿de dónde nace el aprovechamiento de los recursos naturales, el know-how de la industria farmacéutica o internet?), que las ideologías liberales limitan el poder (pero olvidan el poder económico, que es el que más afecta la vida de las personas), que la corrupción y la ineficiencia son patrimonio exclusivo del Estado y no de la empresa privada, como cuando justifican los cortes de luz en la limitación de las tarifas, suponiendo que si fueran más altas necesariamente las empresas privilegiarían la eficiencia sobre el lucro.

Otro mito de la derecha es que la izquierda no puede explicar por qué hay gerentes que ganan una fortuna en calidad de empleados de una compañía, como si obrero y asalariado fueran sinónimos. Cuando el capitalismo alcanza cierto nivel de desarrollo, el capitalista debe atender a muchas empresas y ya no puede estar en una sola de ellas. Está al frente de estrategias generales de grupos enteros. El elevado salario que recibe el gerente, que a menudo también cobra con acciones de la empresa, se paga a cambio de su fidelidad, para que se comporte como un jefe. Profundizaremos en este tema en el capítulo sobre las clases sociales.

Un mito frecuente de la derecha es que los empresarios son poco menos que benefactores sociales. ¿Tienen las empresas necesariamente que satisfacer a los consumidores y sus preferencias subjetivas para permanecer en el mercado? La escuela austríaca de economía postula que si son perjudiciales serán desplazadas y fracasarán. No se trata solo de que satisfagan necesidades, ya que todo sistema productivo se propone hacerlo. La cuestión es si el balance de puntos es a favor, y no en contra. Pero las malas prácticas empresariales no necesariamente conllevan pérdida de reputación para la empresa. Hacia 1870 Ford lanzó su modelo “Pinto”, consagrado como el coche más peligroso de la historia. Ford estaba advertido de esta ineficiencia. Documentos posteriores develaron que le salía más barato indemnizar judicialmente a la familia de cada víctima que mejorar las condiciones de seguridad del automóvil. Es de destacar también el caso de Nestlé y su deliberado uso del óxido de etileno, que es cancerígeno. O el escándalo de la empresa Dupont, que envenenó a miles de personas con un químico del que conocían su letalidad desde 1980, aunque no dejaron de usarlo hasta 2006. En el capítulo en el que nos preguntamos si el capitalismo tiende a autodestruirse se profundiza en la cuestión de la supremacía del lucro capitalista por sobre otras variables.

El mito del capitalismo como principal artífice en la creación de tecnología es

uno de los más divulgados por la derecha en las redes sociales, como cuando se reprocha a una persona de izquierda la contradicción que implicaría utilizar un teléfono celular y cuestionar el modo de producción capitalista. ¿Pero es el capitalismo el artífice de esos avances? Si nos atenemos a la definición consensuada que entiende que lo esencial del capitalismo es que se trata de un sistema económico y social basado en la propiedad privada de los medios de producción, no parece haber nada privativo de este sistema económico en el progreso de cuestiones como la longevidad, la educación o el descubrimiento de nuevas tecnologías, muchas de las cuales surgieron en contextos bélicos, o en otros sistemas económicos, como es el caso del teléfono celular. La Unión Soviética diseñó un dispositivo parecido diez años antes de que Motorola vendiera su móvil (Blancas, 2020). Fue inventado en 1917 por el finlandés Eric Tigerstedt, pero como no había una tecnología apropiada para desarrollar su idea, fue descartada y retomada medio siglo más tarde. La telefonía celular surgió como parte de la Guerra Fría cuando la Unión Soviética desarrolló el primer dispositivo móvil alrededor de 1950. Tampoco el modelo de libre mercado es una condición necesaria para el desarrollo científico y tecnológico, porque muchos avances en ambos rubros provienen de instituciones con financiamiento estatal.

La derecha logró instalar la idea de que las clases sociales más bajas son las más favorecidas por el Estado mediante ayudas sociales. Se ignora de este modo que invocando el interés general el Estado suele favorecer más a las clases dominantes que a las clases bajas, permitiendo que se herede sin límite, que no se grave la renta financiera, y que tributen proporcionalmente menos que quienes solo cuentan con su fuerza de trabajo y no son los dueños de los medios de producción. El Estado es a la derecha lo que el patriarcado es al feminismo: se lo culpa de todo, librando de toda responsabilidad al sector privado. El capítulo sobre el derecho sucesorio profundiza en algunos de estos temas.

Otro lugar común de la derecha es el de sostener que gracias al capitalismo las personas viven mejor en todos los países en los que rige este modo de producción. Pero el corazón del capitalismo es la propiedad privada de los grandes medios de producción, y no parece evidente que esta sea la causa de la prosperidad de la que gozan ciertos segmentos de la sociedad, más bien es el resultado de un conjunto de causas entre las cuales las luchas de los trabajadores por la obtención de sus derechos es un factor decisivo. Es gracias a la izquierda y no a la derecha que existe el descanso dominical, que la jornada laboral se limita a ocho horas, que está prohibido que trabajen los menores de diez años y que

despidan a las mujeres que acaban de embarazarse, que hay vacaciones pagas, aguinaldo y ley por accidentes de trabajo, entre otros beneficios sociales.

Por ejemplo, el socialista Alfredo Palacios estuvo detrás de las leyes de descanso dominical (1905), la prohibición del trabajo de menores de diez años (1907, por entonces se los contrataba a granel porque se les pagaba menos, muchos desarrollaban tareas peligrosas con máquinas pesadas), la ley de accidentes de trabajo (1915), la licencia por maternidad (1934), con conservación del puesto de trabajo, los cuidados médicos y los descansos para amamantar, la consideración de especificidades del trabajo nocturno, que obliga a dormir de día. También estuvieron detrás de estas leyes argentinas el socialista Juan B. Justo, Perón en su mejor etapa: en 1945, como secretario de Trabajo, promulgó las vacaciones pagas, el aguinaldo y el salario mínimo vital y móvil, y ya en la segunda presidencia, la ley de convenios colectivos de trabajo para equilibrar el poder en la negociación con los empresarios. En 1957 se incorporaron los derechos laborales al artículo 14 bis de la Constitución: lo redactó Crisólogo Larralde, del ala izquierda y no conservadora del radicalismo. En 1974 se promulgó la ley de contrato de trabajo, que regula a trabajadores en relación de dependencia, entendiendo que son los que tienen menos posibilidad de negociar sus derechos. Su presentación estuvo a cargo del peronista de izquierda Norberto Centeno, encarcelado por la dictadura que derrocó a Perón, y secuestrado y asesinado por la dictadura militar autodenominada “Proceso de Reorganización Nacional”.

En todo el mundo se dio este mismo proceso: en los inicios del capitalismo los niños trabajaban, no había límite para la jornada laboral ni derecho laboral alguno. La promulgación de estos derechos no provino de la empresa capitalista sino de la organización de los trabajadores para reducir la jornada inicial de 16 horas a 14, luego a 12, a 8 y hoy se estudia su reducción a 6.

La derecha propone hacer recortes en los presupuestos de salud, pero los países que menos invierten en gasto sanitario tuvieron hospitales colapsados y enfermos de COVID sin atender. Fue el caso de Rumania, con 5,75 % de gasto sanitario en relación al PIB —9,9 % es la media europea—, con 41 % de vacunados, y Bulgaria, con 7,1 % de gasto y 28,3 % de vacunados, según datos de Eurostat. Todo esto en un contexto de absoluta irracionalidad capitalista con las restricciones a las patentes de las vacunas (La izquierda diario, 2022).

La crisis de la pandemia del COVID hizo que los trabajadores ejercieran presión

para hacer “home office” en grandes empresas como Tesla, Apple o Google Maps, que no aceptan la sindicalización. No obstante, cada vez son más las empresas que se sindicalizan. Cuando pueden hacerlo, muchos renuncian a sus trabajos si no encuentran condiciones favorables.

Las diez personas más ricas del planeta duplicaron su fortuna durante la pandemia, mientras que el 99 % empobreció (Sánchez, 2022). Esos diez hombres más ricos acumulan seis veces más riqueza que los 3.100 millones de personas en mayor situación de pobreza.

Derecha e izquierda libran una disputa por el lenguaje: la derecha pretende que la palabra “comunismo” designe a toda corriente que busque el bien común, como cuando el progresista llama facho al que apoya un reclamo de la derecha. El diputado y economista Javier Milei llama “socialistas” a macristas, peronistas y radicales, sin que ninguna de estas corrientes políticas responda a esa denominación. Pero criticar al capitalismo no implica estar a favor del “comunismo”. Es comprensible que algunos se confundan, pero es un error creer que se trata de la única alternativa, salvo que se pretenda dar una definición personal de comunismo, y una definición no puede ser solo individual. Quien critica al capitalismo puede ser libertario de izquierda (anarquista); defensor de un Estado de derecho sin propiedad privada de los medios de producción (el núcleo duro del capitalismo, su esencia), con cooperativas y/o propiedad privada solo de empresas pequeñas; defensor de un socialismo de comunidades muy pequeñas y autónomas como algunos (no todos ni la mayoría) de los kibutzim (granjas colectivas) de Israel, partidario del modelo de economía participativa y de comunas confederadas propuesto por Michael Albert y Robin Hahnel en su libro Parecon (2003), entre otras posibilidades.

Cuando la derecha tiene que postular algún país que oficie como modelo de su propuesta política y económica, a menudo menciona a países que cuentan con modelos de Estado de Bienestar como Canadá, Australia, Suiza, Singapur, Irlanda e incluso los países escandinavos. Y aunque a veces los pongan como modelo por algunas de sus políticas tributarias, como en el caso de Suiza e Irlanda, ignoran que en cuestiones sociales distan mucho de implementar los rasgos típicos del ideal que proponen los partidarios del libre mercado.

La derecha liberal y libertaria postula como modelo a estos países pero al hacerlo contradice su propia convicción sobre la imposibilidad de planificar la economía en forma democrática, ya que estos países sí lo hacen. El economista

Javier Milei procura respaldar esta idea invocando el “teorema de Arrow”, según el cual cuando se trata de optar entre diversas alternativas, no existe un procedimiento para derivar de las preferencias individuales un ordenamiento social que respete la autonomía individual y la racionalidad de sus decisiones. Sin embargo, el propio Arrow admitió que la imposibilidad de la planificación democrática que establece su teorema depende de supuestos en buena medida irreales (Astarita, s/f).

Incluso cuando la derecha pone como modelo a Estados Unidos, olvida que, al revés de lo que se supone, gravar a los multimillonarios formó parte de la tradición estadounidense hasta los 80. Roosevelt llegó a cobrarles un 94 % de impuestos para evitar que Estados Unidos fuera aristocrática y excesivamente dependiente de la riqueza heredada como Europa (National Public Radio, 2010). Esto permitió a ese país desarrollar un crecimiento sostenido e igualitario durante cinco décadas. No es que no existieran los ricos, pero los grandes yates y otros lujos por el estilo se hundían en el mar de la tributación progresiva. Profundizaremos en este tema en el capítulo sobre los dudosos índices de libertad económica.

El incremento de la desigualdad en los Estados Unidos no estuvo libre de consecuencias, tal como veremos en profundidad en el capítulo sobre la desigualdad: un estudio mostró que los recortes sociales a la asistencia de dinero en efectivo a los jóvenes cuando cumplen 18 años, eliminada en 1996, aumentó significativamente las posibilidades de que enfrentaran cargos penales en los años siguientes (Oxford University Press, 2022).

Es común hablar de países más o menos desarrollados. Sin embargo, existen brechas significativas dentro de muchos países, incluso en los desarrollados. La expectativa de vida saludable entre las personas más y menos deprivadas alcanza una brecha de veinte años en Inglaterra. Los más pobres tienen una expectativa de vida saludable que merodea los 50 años, y los menos, una que merodea los 70 (The Health Foundation, 2022). Los vecinos del barrio más pobre de San Pablo viven 23 años menos que los del barrio más rico. Los que habitan el barrio Cidade Tiradentes mueren de media a los 58,3 años y los de Alto de Pinheiros, a los 80,9, según el mapa de la desigualdad de 2021 elaborado por la ONG Rede Nossa São Paulo (Galarraga Gortázar, 2022).

Dado que el eje central del libro es el del fracaso de la derecha, dedicaré algunos párrafos a especificar qué entiendo por derecha. La distinción de izquierda y

derecha es una forma de simplificar los antagonismos políticos en una sociedad. Como muchos sabrán, ambos términos tienen su origen en la Francia de 1789. Cuando se debatía sobre la futura constitución, los diputados partidarios del veto real (en su mayoría pertenecientes a la aristocracia o al clero) se agruparon a la derecha del presidente, y quienes se oponían a este veto se ubicaron a la izquierda. Desde entonces se asoció a la derecha con el conservadurismo, y a la izquierda con el progresismo, pero la distinción fue tomando nuevos significados en distintas épocas y sociedades.

En este libro vamos a centrarnos en dos ideologías de derecha: el liberalismo económico y el libertarianismo (o libertarismo) de derecha. El liberalismo económico busca liberalizar el mercado y reducir o eliminar las regulaciones estatales. Su proyecto económico se vio reflejado, por ejemplo, en las políticas económicas de Pinochet desde los años 70, y de Thatcher y Reagan en los años 80. En esa época, ciertos economistas chilenos usaron la palabra "neoliberalismo" para criticar el proyecto económico de Pinochet, y desde entonces algunos autores adoptaron este término (Harvey, 2007; Vallier, 2021), mientras que otros usaron la expresión "liberalismo económico" o "liberalismo de libre mercado" para diferenciarlo de otras versiones del liberalismo (por ejemplo, en Estados Unidos se llama "liberal" al Partido Demócrata, que defiende un liberalismo social keynesiano, y "conservador" al Partido Republicano, que defiende un liberalismo de libre mercado). Las medidas que promueve el liberalismo económico son: políticas monetarias y fiscales restrictivas, reducción del Estado (al mínimo necesario para proteger la propiedad y la seguridad), reducción del gasto público, privatización de empresas públicas, desregulación del comercio nacional e internacional y "flexibilización laboral".

El libertarianismo tiene dos tradiciones: de derecha y de izquierda. Ambas coinciden en que cada persona es dueña exclusiva de sus capacidades físicas y mentales, y nadie puede tener un derecho de propiedad sobre otro. Este es el concepto de "autopropiedad" o propiedad de uno mismo (self-ownership). La diferencia está en sus posiciones sobre la propiedad de los recursos externos naturales o producidos. Los libertarios de izquierda piensan que la propiedad privada de recursos externos debe tener en cuenta un derecho igualitario a los recursos, lo que puede conllevar ciertos tipos de redistribución igualitaria (van der Vossen, 2019; Vallentyne y Steiner, 2000a, 2000b). En cambio, los libertarios de derecha piensan que las personas tienen derechos ilimitados de propiedad privada sobre los recursos externos naturales o producidos, aunque esto genere

un aumento de la desigualdad social. El libertarianismo de derecha adopta un ideal anarquista o minarquista (gobierno mínimo), se opone a los impuestos y a toda intervención del Estado, y coloca el valor de la libertad individual por encima de cualquier otro valor con el cual pueda entrar en conflicto.

Aunque el liberalismo económico y el libertarianismo de derecha son ideologías diferentes, una persona puede adoptar ambas a la vez, y definirse como “liberal libertario”.

En el primer capítulo del libro se presenta a las nuevas derechas, se examinan las influencias intelectuales de los libertarios de derecha, entre ellos las del economista Javier Milei, sus principales reclamos y sus marcos éticos, y se analiza cómo el rechazo que genera el feminismo hegemónico conduce a la derecha.

En el segundo capítulo se analiza el significado conspirativo de la expresión “marxismo cultural”, utilizada por diversas figuras públicas y grupos de derecha como Donald Trump, el psicólogo Jordan Peterson, el politólogo e influencer Agustín Laje y el economista Javier Milei.

El tercer capítulo realiza una caracterización del liberalismo político y económico, describe con ejemplos cómo el sistema capitalista tiende a generar oligopolios, y cómo el laissez-faire y la mano invisible del mercado solo beneficia a los “más fuertes”. También muestra cómo la antropología de Thomas Hobbes adoptada por el liberalismo carece de respaldo científico.

En el cuarto capítulo vamos a repasar las ideas con las que el economista Richard Wolff y el filósofo analítico Gerald Cohen cuestionan el núcleo duro del capitalismo, que es la propiedad privada de los grandes medios de producción. Aunque ambos usan categorías marxistas, tienen perspectivas críticas sobre los “socialismos realmente existentes”.

El concepto de plusvalía, controvertido como lo son todos los instrumentos teóricos propuestos por Karl Marx y muy cuestionado por la derecha, resulta necesario para entender una de las principales críticas de las que es objeto la economía contemporánea. En un lenguaje sencillo, sin tecnicismos y con ejemplos, el quinto capítulo examina el concepto de plusvalía y lo vincula con el fenómeno de la explotación.

¿Deben los ingresos ser proporcionales al esfuerzo que realiza cada persona?

Quien conteste afirmativamente a esta pregunta debería estar a favor de poner un límite al derecho sucesorio. No hacerlo nos lleva a lo que el economista Michael Albert denomina “el problema del nieto de Rockefeller”, del que hablaremos extensamente en el capítulo seis.

Es muy común que las personas de derecha digan que las clases sociales no existen, que solo hay individuos. En el capítulo siete se examina el debate sobre este tema entre el marxismo y la escuela austríaca de economía, tanto a través de sus autores clásicos (Marx, Weber) como a través de otros más recientes, y se analizan distintas formas de comprender el funcionamiento de la sociedad mediante jerarquías, divisiones y relaciones de clases.

Quienes defienden el libre mercado argumentan que no existe una “teoría del derrame” porque ningún economista académico defiende una teoría con ese nombre. El capítulo ocho plantea que, si bien esto es cierto, no implica que no exista la idea, puesto que muchos creen que las medidas favorables a los sectores privilegiados benefician al conjunto de la sociedad. Es lo que plantea, por ejemplo, la denominada “economía del lado de la oferta”. El capítulo consigna cómo fue evolucionando esta idea a lo largo de la historia de Estados Unidos y cómo no está respaldada por la evidencia empírica.

Uno de los argumentos que utiliza la derecha cuando pretende mostrar que sus ideas políticas son las más adecuadas, es que los países a los que les va mejor son los que califican más alto en los índices de libertad económica de la Fundación Heritage o el Instituto Fraser. En el capítulo nueve mostramos por qué estos índices no miden lo que pretenden medir y resultan engañosos.

Otro de los argumentos que la derecha suele invocar como evidencia de que el capitalismo es un modo de producción exitoso, es que la pobreza habría disminuido significativamente en todo el mundo gracias a ese sistema. Sin embargo, el capítulo diez muestra que se trata de información engañosa que se volvió muy popular gracias a que la divulgaron masivamente Bill Gates y el psicólogo Steven Pinker.

A las grandes diferencias de desigualdad económica, buena parte de la derecha no solo no las considera perjudiciales, sino que las encuentra beneficiosas, e incluso un estímulo para la movilidad social. Sin embargo, tal como se evidencia en el capítulo once, diversos estudios realizados en todo el mundo muestran que incrementan la violencia y el conflicto social.

El capítulo doce explica cómo se van acumulando ventajas iniciales, generando lo que el sociólogo Robert Merton denominó “efecto Mateo”, tanto a través de un ciclo de retroalimentación positiva como a través de uno de retroalimentación negativa.

Desde los inicios de la economía política se procuró entender cuál es la fuente del valor económico y social que aumenta la prosperidad económica y el bien común. Con el tiempo ese debate se concentró en los factores que determinan el precio de las mercancías. Para la derecha, ese valor es meramente subjetivo y depende del que el comprador quiera asignarle. Pero la evidencia científica muestra que el trabajo humano es uno de los factores que determina ese precio. En el capítulo trece se explica en un lenguaje muy accesible qué postularon Adam Smith y Marx en su teoría del valor-trabajo y cuáles fueron las críticas que esta teoría recibió de la escuela marginalista, para la que el precio está determinado solamente por el juego entre la oferta y la demanda, y cuál es la evidencia disponible actualmente sobre el tema.

En el capítulo siguiente, el catorce, se aborda un tema que afecta tanto a la derecha como a la izquierda. Cuando una persona está en posición de poder sobre otra, ¿tiende a abusar de ese poder?

Aunque el libro se concentra en la falta de evidencia empírica de buena parte de las tesis de la derecha, esto no equivale a sostener que la izquierda no haya cometido errores ni que todas sus tesis cuenten con respaldo empírico. En el capítulo quince se plantean críticas a la izquierda progresista y a la izquierda “clásica”, que defiende con ligeros “retoques” regímenes como el soviético y el chino. El propósito no es demostrar el “fracaso” de la izquierda, sino, por el contrario, aportar ideas para construir una izquierda libre de sus errores pasados y científicamente informada.

El capítulo dieciséis está consagrado a las conclusiones.

No hay palabras que puedan expresar el tamaño de mi agradecimiento a Gerardo Primero por las innumerables ideas que aportó a este libro, por su lectura cuidadosa, sus críticas y los debates que propició en relación a ciertos temas, y su paciencia y meticulosidad a la hora de corroborar y completar las citas académicas. La precisión que aportó a este libro, proveniente de su especialización en Filosofía de la ciencia, contribuyó a mejorarlo sustantivamente. Los errores que pudieran encontrarse son de mi entera

responsabilidad.

Por último, mi agradecimiento a la editora de este libro, Carolina Di Bella, por confiar en el proyecto y por su fértil lectura del original.

Bibliografía

Astarita, R. (06 de junio de 2022). Milei y el teorema de Arrow. Rolando Astarita Blog. En https://rolandoastarita.blog/2022/06/06/milei-y-el-teorema-de-arrow

Bauer, P. C., Barberá, P., Ackermann, K., & Venetz, A. (2017). Is the left-right scale a valid measure of ideology? Political Behavior, 39(3), 553-583.

Blancas, E. (24 de junio del 2020). ¿La URSS inventó el primer celular de la historia? Al capitalismo no le gusta la idea. Univisión Noticias. En https://www.univision.com/explora/la-urss-invento-el-primer-celular-de-la-historia-al-capitalismo-no-le-gusta-la-idea

Freeden, M., Sargent, L. T., & Stears, M. (Eds.). (2013). The Oxford handbook of political ideologies. OUP Oxford.

Galarraga Gortázar, N. (22 de enero del 2022). “El retrato de la desigualdad detrás de la foto de la favela y el barrio rico de Brasil”. Diario El País. En https://elpais.com/internacional/2022-01-22/el-retrato-de-la-desigualdad-detras-de-la-foto-de-la-favela-y-el-barrio-rico-de-brasil.html

Harvey, D. (2007). A brief history of neoliberalism. Oxford University Press, USA.

Jankowski, M., Schneider, S. H., & Tepe, M. (2022). How stable are ‘left’and ‘right’? A morphological analysis using open-ended survey responses of parliamentary candidates. Party Politics.

La izquierda diario. (29 de enero 2022). “Los más pobres de la UE. Se hunde la

esperanza de vida en Bulgaria y Rumania por la desigualdad ante el COVID". En https://www.laizquierdadiario.com/Se-hunde-la-esperanza-de-vida-en-Bulgaria-y-Rumania-por-la-desigualdad-ante-el-Covid

Oxford University Press. (7 de junio del 2022). "New study shows welfare prevents crime, quite dramatically". En https://phys.org/news/2022-06-welfare-crime.html

Sánchez, V. (17 de enero del 2022). "Oxfam: los diez hombres más ricos duplicaron su fortuna durante la pandemia". France24. En https://www.france24.com/es/econom%C3%ADa-y-tecnolog%C3%ADa/20220117-oxfam-millonarios-pobreza-pandemia-desigualdad

The Health Foundation. (6 de enero del 2022). "Life expectancy and healthy life expectancy at birth by deprivation". En https://www.health.org.uk/evidence-hub/health-inequalities/life-expectancy-and-healthy-life-expectancy-at-birth-by-deprivation

Vallentyne, P., & Steiner, H. (Eds.). (2000a). The Origins of Left-Libertarianism: An Anthology of Historical Writings. Basingstoke: Palgrave.

Vallentyne, P., & Steiner, H. (Eds.). (2000b). Left-libertarianism and its critics: The contemporary debate. New York: Palgrave.

Vallier, K. (2021). "Neoliberalism". The Stanford Encyclopedia of Philosophy. En https://plato.stanford.edu/archives/sum2021/entries/neoliberalism

van der Vossen, B. (2019). "Libertarianism". The Stanford Encyclopedia of Philosophy. En https://plato.stanford.edu/archives/spr2019/entries/libertarianism

I

LAS NUEVAS DERECHAS

El ascenso de las nuevas derechas

En las últimas décadas, la izquierda socialdemócrata accedió al poder y comenzó a formar parte del statu quo. Pero partidos de izquierda como Syriza en Grecia y Podemos en España no respondieron a las expectativas de quienes votaron por ellos. La izquierda ya no fue asociada con cambios revolucionarios ni con una imagen de rebeldía o transgresión, y una parte importante de la juventud expresó sus reclamos a través de diversas agrupaciones de derecha. Algo similar ocurrió entre 1920 y 1930, años en los que el historiador Zeev Sternhell interpretó al fascismo como una revolución alternativa al marxismo, lo que no equivale a sostener que estos nuevos grupos de derecha necesariamente sean fascistas.

El movimiento de la alt-right (derecha alternativa) cobró impulso con el triunfo de Donald Trump en el 2016, y promovía entre otros proyectos el de expulsar a los inmigrantes, construyendo un muro en la frontera con México. Si bien Trump fue derrotado en las siguientes elecciones, esto no implica que la nueva derecha global haya sido derrotada. Muchos libertarios admiran a Donald Trump y en Brasil a Jair Bolsonaro, que encarnó un discurso conservador, de mano dura, xenófobo y anticomunista propio de la primera mitad del siglo XX, y que, al igual que la mayor parte de la derecha, entre otras demandas de su agenda política, defiende la libertad de portar armas.

En Europa algunos de los representantes de estas derechas son el partido Vox en España, Marine Le Pen en Francia, Matteo Salvini en Italia o Viktor Orbán en Hungría, que ganó las elecciones en alianza con un partido neonazi, y el partido “Alternativa para Alemania”, que tiene 90 diputados en el parlamento y comparte un clásico de la derecha: la negación de que el calentamiento global esté vinculado con la acción humana, pese a toda la evidencia del rol causal de los gases de invernadero.

Austria inauguró esta tendencia en el 2000. Actualmente Marine Le Pen alcanza la segunda vuelta, pero a diferencia de su padre, lo logra con el 35 % de los votos. En América Latina su expresión en cargos públicos fue encarnada por Bolsonaro en Brasil, que fue apoyado por las fuerzas de seguridad y por las

iglesias evangélicas conservadoras.

Estas derechas radicalizadas no son las derechas neofascistas de otras épocas. No son fuerzas políticas totalitarias ni antijudías. Tampoco son anticapitalistas como las fuerzas conservadoras anteriores a la Segunda Guerra Mundial, ni proclaman el irracionalismo y el voluntarismo. Enzo Traverso refiere a estas fuerzas como grupos que todavía no terminaron de definirse en términos ideológicos. Son populistas, a menudo cuestionan el flujo de inmigrantes en diversos países, especialmente la inmigración musulmana.

Aunque ganó por apenas un punto, Yoon Suk-Yeol, el triunfador de las elecciones presidenciales de Corea del Sur del 2022, obtuvo una considerable cantidad de votos cuestionando al feminismo. Estas críticas están presentes en diversos grupos de derecha como Vox o La libertad avanza en Argentina, lo que no equivale a sostener que no haya críticas al feminismo que provengan de la izquierda, aunque en mucha menor medida. Según una encuesta a boca de urna realizada por tres locutores de Corea del Sur, alrededor del 59 % de los hombres veinteañeros y el 53 % de los hombres treintañeros votaron por el triunfante candidato coreano. Solo el 34 % de las mujeres de 20 años lo apoyaron. El candidato triunfador acusó al gobierno anterior de tratar a los hombres como potenciales delincuentes sexuales y al #MeToo de haberse convertido en una "cacería de brujas" (Gunia, 2022). Pidió que se aboliera el Ministerio de Igualdad de Género y Familia, dijo que no cree que la "discriminación estructural basada en el género" sea sistémica y denunció discriminación en contra de los hombres. Hombres Nuevos en Solidaridad es una organización coreana que defiende los derechos de los varones. Tiene 15000 miembros en Facebook y va por más. En una encuesta de junio de 2021, el 84 % de los hombres coreanos en la veintena y el 83 % en la treintena dijeron que habían experimentado "discriminación grave por motivos de género". Una encuesta similar fue realizada en marzo de 2019 en EE. UU. por Hill-HarrisX, y el 38 % de los demócratas y el 56 % de los republicanos encuestados dijeron que los hombres sufrían discriminación.

En Corea del Sur hay una alta tasa de desempleo, problemas para acceder a la vivienda y corrupción gubernamental. El candidato triunfante es conservador y culpa al feminismo de que haya bajado la tasa de natalidad en Corea del sur. No es de extrañar, tal como ocurre con Vox, Bolsonaro, Trump y Milei en relación al aborto, que se aproveche para reflotar la agenda conservadora premoderna.

De modo que la derecha encarna hoy un conjunto de movimientos de variadas características que cuestionan al progresismo, cuyos líderes socialdemócratas se volvieron parte del statu quo.

El primer libertarianismo fue de izquierda. Surgió en el siglo XIX y sus máximos líderes fueron Bakunin y Proudhon, que fue una fuente de inspiración para libertarios como Murray Rothbard. El libertarianismo de derecha forma parte de las nuevas derechas y en sí mismo encarna una familia de puntos de vista en la filosofía política.

Los diversos grupos que conforman la nueva derecha con frecuencia están unidos más por su antiprogresismo que por lo que tienen en común. A los defensores del progresismo a menudo los llaman con el término despectivo Social Justice Warriors (guerreros de la justicia social). En Estados Unidos Hillary Clinton era la candidata de la justicia social en 2016, y Trump estaba en contra de ella.

Algunos grupos de la nueva derecha son conservadores, como los que se nuclean alrededor de Agustín Laje y Nicolás Márquez, politólogo y abogado respectivamente, o de canales de YouTube de filosofía como el del docente que lleva adelante el canal El Picalibro, y otros cuestionan al conservadurismo, como el economista Iván Carrino, o los youtubers “Un tío blanco hetero” o “Libertad y lo que surja”. Varios cultivan una narrativa anticomunista como la de la década de 1950, con la diferencia de que ya no estamos en la guerra fría y muchos regímenes comunistas han caído.

El libertarianismo de derecha de Javier Milei

En Argentina el economista, diputado y candidato a presidente Javier Milei es el representante más destacado del libertarianismo de derecha. Adhiere a la escuela austríaca de Economía, considera, al igual que el economista Friedrich Hayek en La desnacionalización del dinero, que en las economías capitalistas no son necesarios los bancos centrales. Sostiene que la única causa de la inflación es la emisión monetaria, y si bien es cierto que fabricar más dinero puede generar inflación, esto no necesariamente ocurre, ya que el dinero puede ahorrarse, y con frecuencia hay inflación, al menos de numerosos productos, por codicia empresarial. La máquina del Estado fabricando dinero no explica la hiperinflación argentina de 1989 ni la del 2002, en la que la inflación se dio tras la devaluación del peso. El gobierno del ex presidente Macri no emitió dinero, bajó los salarios, y aun así la inflación fue altísima. Sin embargo, no es por sus ideas económicas que Milei se volvió conocido sino por tratar de ignorante a grito pelado en la televisión a toda persona que discrepara con él, lo que genera rating y promueve que lo inviten a los programas de televisión más vistos. Aunque dice basarse en datos, tal como señala Rolando Astarita, “se inventó que por el triunfo del Brexit la libra esterlina se había devaluado un 60 %, cuando solo se había devaluado 8,8 %” (Astarita, 2019).

Milei cultiva un anarquismo de derecha que a grandes rasgos fue propuesto por el filósofo Robert Nozick, cuya obra Anarquía, Estado y utopía (1974) fue una respuesta a la Teoría de la justicia de John Rawls, publicada en 1971, que también es de corte liberal, pero en favor de un modelo más vinculado con el Estado de Bienestar y no con el de un Estado mínimo. Milei, al igual que Nozick, propugna un Estado mínimo que se limite apenas a proteger la propiedad privada y la seguridad. Junto a otro economista, José Luis Espert, encabeza el partido La libertad avanza, que obtuvo cinco de las 127 bancas de la Cámara de Diputados en su primera cita electoral.

La mayoría de los votantes de Milei son hombres menores de 30 años a los que el sistema político no ha podido brindar acceso a un empleo estable y a la vivienda, millennials y centennials enojados ante la dificultad para planificar el

futuro de su vida. Muchos han sido inspirados por influencers, youtubers o twitteros con miles o cientos de miles de seguidores. La abrumadora mayoría masculina en parte obedece a las críticas de Milei a las políticas de género, y a la certeza que poseen los jóvenes de vivir en una sociedad que ya no es estructuralmente patriarcal, es decir, que ya no perjudica sistemáticamente a las mujeres, razón por la cual Milei prometió cerrar el Ministerio de la Mujer si llega a la presidencia.

El rechazo del feminismo hegemónico conduce a la derecha

En diversos países de Occidente, los datos poco rigurosos del feminismo hegemónico, su marco teórico desvinculado de la ciencia, el quebrantamiento de garantías constitucionales en contra de los hombres y la presencia de algunos grupos punitivistas está sumando seguidores a las corrientes conservadora, libertaria de derecha y anarcocapitalista. Mientras que en la primera mitad del siglo XX los fascismos se hicieron eco de las filosofías irracionalistas, en la actualidad la izquierda hegemónica es la que adquiere ribetes irracionalistas, la que basándose en Nietzsche, Foucault y filósofos posmodernos, descree del proyecto ilustrado, a diferencia de Marx y Engels, que se inscriben en una tradición racionalista e ilustrada. Una izquierda que se refugió en filósofos posmodernos como Jacques Derrida y olvidó el concepto de clases sociales. El feminismo hegemónico se articuló con esta versión de la izquierda que floreció en la Europa continental y en algunas universidades de Estados Unidos. Los críticos del libertarianismo de derecha suelen asociar las críticas al feminismo con el conservadurismo, básicamente porque la asocian con Agustín Laje y Nicolás Márquez, pero si bien ambos son conservadores, se trata solo de una de las corrientes que algunos liberales como Iván Carrino se niegan a inscribir en las filas del liberalismo. Muchos de estos jóvenes que critican al feminismo no quieren una vuelta de la familia tradicional, no están en contra de la interrupción voluntaria del embarazo ni, en general, de los reclamos de los grupos LGBT. Milo Yiannopoulos es uno de los representantes más conocidos de la alt-right. Es inglés, gay, crítico del islam y en 2019 fue baneado permanentemente en Facebook. Hizo una campaña en favor de Trump en los Estados Unidos y la llamó “la gira del maricón peligroso”. Intentó dar charlas en universidades norteamericanas y no lo logró, por lo que sostiene que la cultura de la cancelación está en contra de la libertad de expresión. En Francia Marie Le Pen renovó la cara de su partido rodeándose de funcionarios gay y apoya el matrimonio igualitario.

Cierto es que la derecha en general suele hacer agua en todo lo relacionado con

la temática trans, en particular cuando de comprenderla con un encuadre científico se trata, pero, reitero, no todos son grupos conservadores.

En España y en la Argentina están en el poder partidos que aplican políticas de género que a menudo implican privilegios para las mujeres en el ámbito legislativo y jurídico. Esto llevó a que muchas personas, en particular los varones jóvenes, apoyen a Milei. Parte de los votos de Vox y de Isabel Díaz Ayuso en España, ambos a la derecha del espectro político, y parte de los votos de Bolsonaro y Trump, provienen del rechazo a las arbitrariedades del feminismo hegemónico. En 2018 Bolsonaro fue elegido presidente en Brasil valiéndose por un lado de un discurso anticomunista propio de la guerra fría, y por el otro cuestionando al feminismo. Los sectores más conservadores, encarnados por Agustín Laje, Nicolás Márquez y Milei, también objetan las buenas medidas del feminismo hegemónico, como la interrupción voluntaria del embarazo o la ley de identidad de género que permite modificar el nombre, la imagen y el sexo registrado en los documentos, entre otras conquistas de la comunidad LGBT. De todos modos, más allá de estos conservadores, a diferencia de la derecha tradicional, los libertarios ya no están en contra de los homosexuales, sino todo lo contrario: en Europa hay derechas que defienden la libertad sexual frente a la visión antimoderna de otras épocas. Parece extraño que un grupo que defiende la libertad se mezcle con conservadores, pero así está planteado el mapa de la derecha, sin que por eso dejen de alzar sus voces quienes no quieren que se los relacione para nada con estos grupos que cabría relacionar más estrechamente con la antigua derecha.

Examen de algunos temas que provocan descontento

Es importante examinar en detalle los temas que reflejan el descontento de los libertarios de derecha. Uno de ellos es el de la ineficacia de los políticos, a los que Javier Milei denomina “la casta”, ciudadanos que con frecuencia nunca han vivido de otra cosa que no fuera la política, que votan en favor de sus propios privilegios, se trate de sueldos, viáticos o beneficios de diversa índole, y que en países como la Argentina a menudo han sido o son corruptos. El libertario de derecha a menudo desprecia la política, se siente defraudado o estafado por ella y suele informarse a través de las redes sociales y no del periodismo.

Otro eje de los reclamos se vincula con que cuando en diversos países occidentales la derecha tradicional fue gobierno, apoyó medidas que tradicionalmente habían constituido reclamos de la izquierda. Un ejemplo paradigmático es la Asignación Universal por Hijo, un derecho adquirido para ricos y pobres en los países de Europa del Norte, que existe solo para los pobres en Brasil y Argentina, y que el gobierno de derecha de Mauricio Macri conservó y amplió durante su mandato. Para políticos o militantes como Milei, la derecha se corrió demasiado a la izquierda y habría que recuperar y ampliar la utopía de derecha del Estado mínimo, un esquema que jamás existió, puesto que en el nacimiento de los Estados modernos vemos al Estado en un rol muy activo en la defensa de sus intereses.

Los libertarios de derecha sostienen que la Argentina todavía no probó el verdadero liberalismo. A su modo de ver el gobierno de Mauricio Macri encarnó una forma del keynesianismo. Los más extremos incluso suelen llamarlo “socialismo”. Sin embargo, a modo de ejemplo, al igual que muchos libertarios de derecha, el macrismo trata a los más pobres como privilegiados, llamándolos “planeros”; el presupuesto educativo disminuyó 35 % durante la administración de Mauricio Macri, así como el presupuesto destinado a la ciencia.

La propiedad privada de los medios de producción constituye probablemente el núcleo duro del libertarianismo de derecha. Se opone al concepto de explotación puesto que a su modo de ver el capitalista exitoso merece ingresos superiores a

los de su empleado porque fue el que concibió una idea y arriesgó capital por ella, con independencia de cómo haya obtenido el capital.

Otro elemento presente en estos grupos es la consideración del Estado como un ladrón, y no como el garante de derechos adquiridos. Ligado a este tema se destaca el de la crítica a los impuestos. En su versión más extrema se postula que todo impuesto es “un robo”, sin que se ofrezcan soluciones razonables incluso para la existencia de servicios muy básicos como, por ejemplo, los asociados al tránsito o a los incendios. En variantes más moderadas se cuestiona, por ejemplo, que en España se eleven excesivamente los impuestos a los monotributistas, sin la posibilidad de debatir modalidades como las implementadas en Irlanda y Noruega, donde si un mes un monotributista no trabaja, tampoco aporta.

Otro de los reclamos se vincula con la libertad de expresión. La corrección política estaría minando el discurso público, y si bien toda época contó con sus parámetros de lo que resulta públicamente aceptable decir, ésta en particular se habría vuelto extremadamente sensible. En el universo de la corrección política poco y nada puede ser dicho sin ser cancelado, una metáfora que en el lenguaje contemporáneo equivale al ostracismo social. Importaría poco determinar en forma intersubjetiva cuánto transgrede una conducta o una declaración, y mucho detectar si se han afectado las emociones de una persona considerada “víctima” de antemano. Este reclamo en contra de la excesiva susceptibilidad y el victimismo parece razonable. El problema es que, como bien se sabe y enuncian explícitamente el Código Civil y la “doctrina de la proporcionalidad” aplicada al derecho constitucional y a los derechos humanos, que llevan a ponderar derechos en conflicto, ningún derecho es absoluto. Sin embargo, el concepto de libertad de expresión goza de tan alta estima en el libertarianismo de derecha que, cuando alguien de izquierda sugiere que permitir un llamado al genocidio no es muy buena idea, el libertario no puede hacer otra cosa que defender el derecho a hacerlo, y proclamar que a lo sumo quien lo lleve a cabo deberá atenerse a las consecuencias legales.

Un reclamo que fundamentalmente se hace oír en Europa es el de poner un límite a la inmigración musulmana. Pero a diferencia de la vieja derecha, que centraba esta queja en la supuesta usurpación de los puestos laborales por parte de los extranjeros, la nueva derecha se hace eco de la preocupación presente en la novela de Michel Houellebecq, la posibilidad de que en breve no se pueda salir a caminar de la mano con la pareja porque el propio barrio va a estar

“ocupado” por musulmanes. En la ciudad sueca de Malmo este conflicto se desató con particular intensidad. Era una de las que albergaba una comunidad judía numerosa, y tras la llegada de grandes contingentes de inmigrantes musulmanes, que ahora representan el 20 % de la población, se intensificaron los ataques antisemitas y pronostican que en pocos años más ya no quedarán judíos allí. Otros, como Pablo Stefanoni, estudioso de las nuevas derechas y autor del libro ¿La rebeldía se volvió de derecha?, sostienen que en relación a los inmigrantes se genera una teoría conspirativa que no tendría sustento demográfico ni estadístico. “Lo que muestran estudios sobre el tema es que los árabes que viven en Europa tienden a ‘occidentalizarse’ —señala— en cuanto al promedio de hijos, por ejemplo. Los árabes que ponen bombas no son los que van a las mezquitas. Quienes ponen bombas se radicalizan por Internet, del mismo modo que los pibes que hacen atentados en colegios en Estados Unidos”. Sin embargo, sería relevante evaluar no solo variables como la cantidad de hijos, sino el grado de integración cultural o de conflicto intercultural. Es posible reconocer que existen problemas reales sin por ello plantear una teoría conspirativa.

David Boaz, vicepresidente ejecutivo del Instituto Cato, un think tank libertario de derecha, sostiene que “algunas personas pueden convertirse en libertarios porque están enojadas” (Gooliver-Needham, 2019). Bastaría con estar enojado con el gobierno durante un tiempo para sumarse a sus filas. Gooliver-Needham postula que es el hábito de oponerse a lo anterior lo que anima a estos jóvenes a adoptar puntos de vista provocativos. “Discuten con sus compañeros sobre la justicia social mientras se rebelan contra sus padres defendiendo la legalización del cannabis”.

En la Argentina a los reclamos anteriores se suma el de la corrupción y el hecho de ver que el país está lejos de repuntar en términos económicos.

Las influencias intelectuales

Una autora muy leída por los jóvenes que siguen estas ideas es la filósofa Ayn Rand, defensora del ateísmo y del anticolectivismo a través de sus libros La virtud del egoísmo y La rebelión de Atlas. Rand era rusa, vivió diez años en la Unión Soviética y luego emigró a los Estados Unidos. En su novela más divulgada, La rebelión de Atlas, imagina una antiutopía en la que un país se resquebraja por la presencia de la intervención del Estado, mediante la cual la sociedad se divide entre "saqueadores" y "no saqueadores". Para Rand las verdaderas víctimas eran los empresarios estadounidenses perjudicados por los burócratas y —aquí se vale de un argumento clásico del liberalismo económico, que abandona la política para adivinar motivaciones psicológicas—, quienes cuestionan este esquema lo harían exclusivamente por envidia. El libro de Rand fue sumamente popular en los Estados Unidos y se acopló de maravillas al esquema del self-made man de la narrativa estadounidense.

Pablo Stefanoni sostiene que la figura heroica que da la vida por una idea había pertenecido tradicionalmente al socialismo. No parecía existir un análogo con el capitalismo. Sin embargo, el estilo Milei retoma ideas de Ayn Rand al plantear una lucha heroica por lo que Rand y él llaman "libertad". Vamos a dejar para otro momento el tema de lo que entienden por libertad. Muchos aspirarían a ser personajes del libro de Rand La rebelión de Atlas: empresarios que hacen una gran huelga y se van a vivir a una población clandestina en las montañas porque el colectivismo habría conquistado a los Estados Unidos (Fontevecchia, 4/9/2021). Para Stefanoni la solemnidad y la arrogancia de sentirse moralmente superior de algunos progresistas también facilita que prolifere un extremismo que se presenta como disruptivo (Fontevecchia, 3/9/2021). "Hay cierta superioridad basada en la idea de que el progresismo no va a aprender nada al leer a las derechas —dice Stefanoni— por ejemplo, Laje cita a Judith Butler constantemente (para criticarla). Pero las izquierdas no los leen a ellos (…) No se los lee porque lo que dicen es desagradable. Como si bastara con descalificarlos. Es importante leer lo que dicen para entender por qué hay pibes jóvenes, no necesariamente de clase alta, que los siguen. Tomarlos en serio es

ver las diferencias, entender cómo hacen para operar juntas muchas expresiones de derecha que son hasta contradictorias entre sí" (Curia, 2021).

Los libertarios de derecha abrevan fuertemente en la escuela austríaca de economía, que defiende un capitalismo del laissez faire. Su fundador, Carl Menger (1840-1921) fue un abogado y economista austríaco, proponente de la teoría marginalista, que rechazó la teoría del valor-trabajo de Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx. Muy en contra de la evidencia, que muestra que la absoluta falta de regulación tiende a generar oligopolios, crisis financieras, daños al ambiente y a la población, los austríacos entienden que la competencia espontánea supone un orden equilibrado, y que cualquier intervención del Estado en materia económica producirá efectos negativos.

Los economistas austríacos negaban la necesidad de los bancos centrales por considerar que son "instrumentos de planificación socialista" que expanden el crédito sin respaldo y generan burbujas y crisis periódicas. Buscaron mostrar la inviabilidad del socialismo, subrayando algunos problemas que, incluso cuando el socialismo fuera posible, signan a los mercados enteramente planificados y podrían ser superados en el futuro.

Murray Rothbard fue un economista estadounidense (1926-1995) de la Escuela austriaca de economía. Contribuyó a definir el libertarianismo moderno y popularizó una forma de anarquismo de propiedad privada y libre mercado a la que denominó anarcocapitalismo. Más tarde llamó a una alianza con el populismo de derecha, el paleoconservadurismo y el supremacismo blanco. En plena guerra fría se opuso a la intervención armada de Estados Unidos para frenar el comunismo. Sostenía que aquellos servicios útiles que presta el gobierno podrían ser suministrados en forma mucho más eficiente y moral por la iniciativa privada. En los primeros años de la década de 1950 estudió con el economista austríaco Ludwig von Mises. Fue uno de los fundadores, en 1971, del Partido Libertario estadounidense y un opositor al gobierno de Ronald Reagan. Abandonó el Partido Libertario en 1989 y empezó a acercarse a la derecha paleoconservadora. Su libro El hombre, la economía y el Estado fue una de las obras de mayor referencia de la escuela austríaca de economía, junto con La acción humana, de Ludwig von Mises. Defendió el derecho natural (o iusnaturalismo) de la propiedad privada, que constituyó el núcleo duro de su anarcocapitalismo. Pero los derechos son una construcción humana histórica y cultural, no existen en la naturaleza, como sí pueden crecer espontáneamente los árboles o las plantas. También los derechos humanos son la construcción de una

cultura, y buscan ser adoptados en todo el mundo.

El iusnaturalismo es objetable por varias razones. En primer lugar, si la palabra "natural" se entiende en contraste con "cultural", entonces no existe ningún derecho natural, porque todo derecho es una construcción cultural, aunque se base en tendencias biológicas protomorales. Existen derechos y deberes por fuera de las leyes, por ejemplo, en las costumbres morales de cada sociedad o en los argumentos de las teorías éticas, pero sería incorrecto llamarlos "derechos naturales", porque las costumbres y los argumentos también son construcciones culturales. Podemos hablar de "naturaleza humana" en un sentido biológico, pero la especie humana no se define por tener ciertas características esenciales e inmutables. La biología ni "obliga" ni "prohíbe", solo permite un espectro muy amplio de posibilidades que se distribuyen en forma estadística en las poblaciones. Es la cultura, y no la biología, la que establece normas que obligan o prohíben. Por otro lado, si "natural" es entendido en contraste con "contrario a las leyes de la naturaleza", entonces el concepto carece de utilidad, porque todo lo posible es, por definición, también natural. Por ejemplo, la biología permite el emparejamiento de dos hombres o dos mujeres, pero algunas culturas prohíben esta opción. Algunos dicen que está prohibido porque es "antinatural", pero un comportamiento verdaderamente antinatural, que vaya contra las leyes de la naturaleza, simplemente no puede existir, de modo que no necesita prohibición. Ninguna cultura intenta prohibir que las personas corran más rápido que la velocidad de la luz. Los conceptos morales de "natural" y "antinatural" no fueron tomados de la biología, sino de la teología cristiana. El significado teológico de "natural" es "de acuerdo con las intenciones del Dios que creó la naturaleza". Una vez que se reemplaza el significado teológico por el significado biológico, la "naturaleza humana" no puede cumplir el rol normativo que el iusnaturalista pretende asignarle.

Algunas personas piensan que los derechos humanos demuestran que existen los derechos naturales, pero no es así. Los derechos humanos también fueron planteados por seres humanos en cierta cultura y época. No son principios universales, pues distintas culturas los rechazan o los reinterpretan a su modo (por ejemplo, los países europeos y los países islámicos firmaron diferentes declaraciones de derechos humanos). Incluso en los países que firmaron una misma declaración, existen desacuerdos sobre cómo resolver los casos que involucran conflictos. Estos argumentos no implican que debamos abandonar el proyecto de establecer algunos derechos humanos universales, porque el proyecto en sí no requiere de la existencia de derechos naturales. Si en el futuro

se logra que toda la humanidad adopte y respete un conjunto de derechos humanos, será un logro del derecho entendido como construcción cultural, y no una prueba de que existen los “derechos naturales”.

Mises sostuvo que los fundamentos de las ciencias sociales pertenecen a una lógica de la acción humana que puede ser conocida antes de comenzar las investigaciones empíricas, método que luego sería denominado “apriorismo extremo”. Pero si se desea examinar la realidad, es necesario hacer experimentos, no es posible conocerla a priori. Y, por otra parte, el pensamiento a priori se basa en las intuiciones y en las ideas que la persona ya adquirió, y no hay garantía de que eso sea correcto. En la Antigua Grecia “a priori” podía sostenerse que la esclavitud era admisible. O se podría haber dicho que el sol gira alrededor de la tierra, y hoy sabemos que no es así.

Rothbard convirtió al libertarianismo de derecha a Javier Milei y goza también del beneplácito de Agustín Laje, que prologó su libro El igualitarismo como rebelión contra la naturaleza (2019). De Rothbard Milei toma también el estilo populista, excéntrico y provocador propuesto en su texto de 1992 titulado Populismo de derecha. Una estrategia para el paleolibertarianismo.

El paleolibertarianismo (paleo significa primitivo, antiguo) fue una estrategia de activismo político libertario de derecha, desarrollada por los teóricos anarcocapitalistas estadounidenses Murray Rothbard y Lew Rockwell en el final de la Guerra Fría. La idea era usar mensajes accesibles a las personas trabajadoras y de clase media, “apelar a las masas directamente para poner en cortocircuito a los medios de comunicación dominantes y las élites intelectuales; movilizar a las masas populares contra las élites que las están saqueando, confundiendo y oprimiendo, tanto social como económicamente”. El propósito era radicalizar a los ciudadanos contra el Estado y desmantelar el Estado de Bienestar.

Milei siguió la sugerencia de Rothbard. Se presentó en febrero del 2019 en un festival de animé japonés disfrazado de superhéroe, así como en un teatro en el que el telón de fondo estaba conformado por economistas de distinto color político, y llenó de insultos los canales de televisión argentino durante varios años. “Mi misión es cagar a patadas en el culo a keynesianos y colectivistas”, dijo. De Rothbard tomó la idea de privatizar las calles. En el programa chileno Vía pública dijo: “Cada uno se encarga de su calle y eso genera ingresos. En Chile cada vez que piso una baldosa escupe socialismo”.

El libertario Philipp Bagus llegó a proponer que en la sociedad libertaria las calles sean todas de propiedad privada (Bagus, 2020). Sus dueños tendrían derecho a decidir quién tiene acceso a ellas, dejando afuera a los “indeseables” (Bagus, 2020).

La nueva derecha está signada por una narrativa populista: consignas huecas y discursos demagógicos y seductores por su simplicidad. En el caso de Milei, los gritos y la exageración fueron lo que seguramente contribuyó a que lo invitaran una y otra vez a los programas de la televisión argentina, a los que concurre mucho más que otros políticos, lo que podría explicar en parte que se empezara a conocerlo a nivel nacional.

El libertarianismo de derecha tiene expresiones radicales como es el caso de Tim Gionet (conocido como Baked Alaska). Se identificaba como “un libertario despreocupado y tranquilo” que “abogaba por la causa Black Lives Matter”, pero luego fue expulsado de Twitter por promover la supremacía blanca y la teoría conspirativa de que los judíos controlarían los medios de comunicación, la misma que predominó en Alemania a mediados del siglo XX (Gulliver-Needham, 2019).

Pero quienes apoyaron al autoritarismo en el seno del libertarianismo de derecha fueron sus propias sombras tutelares. Escribió Ludwig von Mises en su libro Liberalismo, de 1927: “No se puede negar que el fascismo y todos los intentos similares de dictadura están llenos de las mejores intenciones y que su intervención ha salvado a la civilidad europea por el momento. El mérito que se ha ganado el fascismo vivirá para siempre en la historia. Pero la política que ha traído la salvación por el momento no es el tipo de adhesión que prometa el éxito. El fascismo fue un improvisado momento; considerarlo como más sería un error fatal” (Mises, 1927). Un “salvador” improvisado para combatir al comunismo pero, a su modo de ver, “salvador” al fin. El economista de la escuela austríaca Friedrich Hayek hizo comentarios favorables al régimen de Pinochet. Pensaba que un dictador liberal podía ayudar a que el país evite el socialismo y haga la transición a una democracia liberal.

En relación a este tema, Stefanoni sostiene: “Los libertarios, que se supone que son antiautoritarios y luchan contra el poder del Estado, pueden terminar con gente que defiende la dictadura militar. Podríamos querer resolverlo rápido y decir ‘Siempre los liberales apoyaron dictaduras’. Es verdad, pero no alcanza. Hay derechas que hoy salen a disputar otros sentidos, son disruptivas. No son

solo conservadoras. Patean el tablero. A nivel global disputan con la izquierda esa posición antisistema, antielitista, provocadora. En Europa incluso hay un trasvase de votos de la izquierda a la extrema derecha" (Curia, 2021).

Cuando el libertarianismo de derecha no encuentra un ámbito propicio para sus ideas, vira hacia modalidades más reaccionarias y autoritarias, sin advertir que la libertad de unos termina donde empieza la de los demás. Es el caso de la irascibilidad con la que muy a menudo reacciona Milei cada vez que alguien discrepa con él. En ese momento es pródigo en ataques personales y falacias ad hominem (contra la persona), y pareciera que su libertad avasalla la libertad que tienen los demás de pensar diferente. Es lo que llevó al humorista Roberto Moldavsky a decir que Milei tiene el carácter "del que deja las harinas. Le dicen 'Buen día' y responde '¿Qué buen día, pelotudo?'". O el caso del economista español Juan Ramón Rallo, que según uno de sus interlocutores "hace un uso muy poco liberal del tiempo" en debates públicos, acaparando la palabra (Libertad TV, 31/1/2019).

Otra de las influencias intelectuales de los libertarios es la del economista y filósofo austríaco Friedrich Hayek (1899-1992), a quien mencionamos párrafos atrás. El libro que lo consagró fue Camino de servidumbre, en el que todo lo que puede ser asociado con la intervención estatal es considerado un embrión de socialismo totalitario o de fascismo. Cuestionó a Keynes, para quien no es problemática la excesiva injerencia del gobierno en la economía sino el desempleo y la inestabilidad del capitalismo. El mercado para Hayek es impredecible y a lo sumo el Estado puede ser un jardinero que brinde condiciones óptimas para que se autorregule.

Al igual que el feminismo hegemónico, el libertarianismo tiene sus ritos, su iconografía, su himno, su chacarera (compuesta por "el pibe libertario"), sus picnics de la primavera, sus manifestaciones y su merchandising. Es una marca para muchos jóvenes que se rebelan contra sus padres, que cuestionan a las feministas porque a menudo en las manifestaciones no pueden dar cuenta de las razones por las que existiría un patriarcado, pero cuando ellos tienen que responder por qué apoyan a Milei como candidato a presidente, con frecuencia tampoco pueden dar razones y responden con vaguedades asociadas a la palabra "libertad". La respuesta parecía ser "lo votaría porque sí", o "porque mis amigos lo hacen", o "porque otros jóvenes lo hacen", o "porque no me gustan los políticos actuales", o "porque a lo viejo ya lo conocemos y si no innova la juventud, ¿quién va a hacerlo?". Algunos sí tienen claras las razones por las que

apoyan al libertarianismo, pero el problema de quienes no pueden dar razones ante una elección tan importante como la de presidente es que se empobrece la noción de ciudadanía y la posibilidad de que las instituciones mejoren por buenas razones.

Representantes del libertarianismo de derecha y del liberalismo suelen hacer afirmaciones que no respaldan con datos empíricos. Fue el caso de Iván Carrino, que aún ante la evidencia de que la desigualdad absoluta correlaciona con los homicidios en el estudio más grande realizado hasta el momento (Torres García, 2019), sigue sosteniendo no solo que la desigualdad económica y social no ocasiona problemas, sino que es beneficiosa (Carrino, 29/7/2019, 4/1/2021; Kreimer, 3/1/2021, 11/4/2021). Y el caso de Juan Ramón Rallo, que aún ante la evidencia de que los experimentos de renta básica universal no hicieron que sus beneficiarios trabajaran menos, puesto que se trataba de cifras que cubrían solo bienes de supervivencia, sigue sosteniendo lo contrario (Kreimer, 13/6/2021, 4/7/2021, 8/8/2021; Rallo, 14/6/2021, 7/7/2021, 10/8/2021).

Desde la Antigüedad se buscó entender cuál es la fuente del valor económico y social que aumenta la prosperidad económica y el bien común. Hay distintas teorías sobre el valor en economía, y el valor monetario o “precio” es un caso particular de valor. Las nuevas derechas apoyan la “vieja derecha” de la escuela neoclásica de economía, que se basa en la idea de que el valor de los bienes depende de la utilidad o satisfacción que le asignan los consumidores. Para la escuela marginalista, entonces, el precio está determinado por el juego entre la oferta y la demanda. Es lo contrario de lo que había postulado Marx, para quien la teoría del valor es objetiva. La hipótesis central de la teoría del valor de Marx es que el precio de las mercancías está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Pero para Marx, así como para el filósofo liberal Adam Smith, el hecho de que el valor, y por tanto el precio de un producto, esté fundado en el trabajo, no excluye que el juego de la oferta y la demanda afecte su precio final. Profundizaremos más en este tema en el capítulo sobre la teoría del valor-trabajo. Hoy la teoría de Marx cuenta con evidencia a partir del programa de investigación iniciado hace casi 40 años por Anwar Shaikh y otros autores. A través de las “tablas de insumo-producto” (o input-output, en inglés) se obtiene un conjunto de datos que describen las relaciones de compra y venta entre productores y consumidores dentro de una economía, y permiten calcular los costos laborales para cada industria. La teoría del valor-trabajo predice que los precios de mercado gravitan alrededor de los precios de producción, que a su vez están determinados por los valores laborales totales

(Shaikh, 1984).

Deontología versus consecuencialismo

No es infrecuente observar que teóricos del libertarianismo de derecha se basan en el deontologismo, una teoría ética que basa las decisiones en deberes establecidos a priori, independientemente de las consecuencias: por ejemplo, nunca se debe cobrar impuestos, nunca deben prohibirse las drogas. En algunos ejemplos, la teoría se vuelve absurda. Si decimos que nunca se debe asesinar, esto entra en conflicto con la legítima defensa. El consecuencialismo, en cambio, decide en base a las consecuencias de las acciones. Algunos, como el economista libertario Juan Ramón Rallo, confunden al consecuencialismo con el utilitarismo, tal como lo hizo en un debate que mantuvimos en nuestros respectivos canales de YouTube. Rallo sostuvo entonces que se trata de un criterio ético “moralmente aberrante porque implica el ataque sin cuartel a los derechos individuales, solo para generar satisfacción en el mayor número posible de personas”. Puso una serie de ejemplos de cómo se podría afectar la integridad corporal de las personas para divertir a muchas, entre otros por el estilo que constituyen una falacia del muñeco de paja del consecuencialismo, es decir, una deformación de esta teoría. Un consecuencialista como Bunge desaprobaría la acción que propone Rallo, porque desde su sistema de valores y normas, la necesidad biológica de evitar el sufrimiento tiene prioridad sobre el deseo ilegítimo de divertirse a costa del dolor ajeno (los deseos ilegítimos son los que afectan las necesidades de otros, para evaluar los detalles del argumento, ver Bunge, 1989). El consecuencialista plantea que hay que evaluar las consecuencias de un acto, pero Rallo da un ejemplo en el que cualquier consecuencia da lo mismo y piensa que basta con sumar la cantidad de personas que reciben las consecuencias positiva y negativa. Eso es falso, ya que no se trata de cualquier consecuencia, no pesa igual la consecuencia del sufrimiento de la persona apaleada en relación a la diversión de los otros. Estamos hablando de consecuencias evaluadas desde un sistema de valores y normas morales, no de cualquier tipo de consecuencias.

El utilitarismo es un subtipo de consecuencialismo, pero no es el único. Por ejemplo, la ética del filósofo Mario Bunge es una versión del consecuencialismo,

que él llama agatonismo, donde importan las consecuencias pero se ordenan jerárquicamente según prioridades. Primero las que afectan la vida y la salud, que son necesidades básicas, luego los deseos legítimos, que son los que no afectan necesidades de otros, y que pueden ser justificados, y por último los caprichos. En este tipo de consecuencialismo no alcanza con contabilizar el número de personas que son afectadas por cierta consecuencia, sino que debemos evaluar cuál es el tipo de consecuencia y cómo se ponderan los distintos tipos. Por ejemplo, hacer daño a una persona para que otra se divierta no sería aprobado porque la persona apaleada estaría perdiendo salud, y tal vez la vida, mientras que la diversión de los otros es un mero capricho.

Mario Bunge escribe: “Las teorías deontológicas son absolutistas; de ahí que puedan ser objeto de las mismas objeciones que planteamos contra el absolutismo. El deontologismo no es racional ni virtuoso. Las personas racionales y responsables no siguen ciegamente una regla sin importar las consecuencias: intentan prever y evaluar las consecuencias antes de actuar, prestan atención a sus propios intereses y los de los demás. En resumen, combinan moralidad con prudencia. (...) Al adherirse rígidamente a sus máximas, el deontólogo no permite la compasión ni las circunstancias atenuantes. (...) Para él todo es blanco o negro, mientras que el mundo real es cromático” (Bunge, 1989, p. 210).

Rallo señala que aceptaría un consecuencialismo con límites deontológicos. La cuestión acá es que incluso los derechos humanos, que suelen ser inscriptos en el registro deontológico, a menudo entran en conflicto, por ejemplo, cuando el derecho a la libertad de expresión entra en conflicto con el derecho a la intimidad. Este dilema se planteó cuando fotografiaron al político argentino Ricardo Balbín en sus últimos minutos de vida. Luego su viuda hizo un juicio al diario que publicó esa foto poniendo el derecho a la intimidad por encima del derecho a la libertad de expresión.

Otro problema de la actitud deontológica es el de quién establece cuál es ese deber que debe guiar nuestra conducta como sociedad. Podría responderse: la ética. ¿Pero cuál ética, la de quién? No habría posibilidad alguna para dirimir este problema en un marco menos subjetivo desde el deontologismo. Por eso tantos grupos armados pretendieron imponer lo que consideraban correcto al conjunto de la sociedad. Más razonable parece examinar qué es lo que produce un mayor beneficio, evaluando no solo el número de personas afectadas, sino también las prioridades y ponderaciones de los valores en juego.

Perspectivas de cara al futuro

Es difícil predecir lo que ocurrirá en el futuro. En Estados Unidos Bernie Sanders logró sumar a muchas personas en favor del socialismo democrático. La desigualdad pasó a un primer plano en el debate político internacional con los best-sellers del economista Thomas Picketty. Por otra parte, hay analistas de izquierda de las nuevas derechas que tienen una gran limitación: no dan cuenta de que el feminismo hegemónico se sustenta en un modelo de reduccionismo sociológico que niega los factores biológicos, y por tanto muchos de sus diagnósticos son errados, tema que desarrollé extensamente en mi libro El patriarcado no existe más (2020), y catalogan de conservadores a todos sus críticos. Pero esto es falso. Los hay de derecha no conservadora (Iván Carrino, el canal de YouTube “Un tío blanco hetero”) y de izquierda (el historiador y youtuber Roberto Vaquero, los politólogos y youtubers Jon Illescas y Santiago Armesilla, y yo misma). El historiador Pablo Stefanoni señala en relación a las nuevas derechas: “Combinan una perspectiva liberal o ultraliberal en términos económicos, con posiciones fundamentalmente conservadoras en el plano social, y un uso creativo de las redes sociales. Un ejemplo es el comentarista trumpeano Milo Yiannopoulos” (Curia, 2021). Se engloba todo en un mismo grupo, como cuando para la alt-right todo es “comunismo”.

La izquierda hoy debería retomar su marco racional e ilustrado y combinar igualdad con libertad. Rechazar el crecimiento económico con niveles extremos de desigualdad y una política exclusivamente identitaria que no da el lugar que corresponde a los conflictos de clase.

El libertarianismo de derecha apela a la absoluta desregulación y al imperio de la ley del más fuerte. Un Estado que se limite a ser policía de la propiedad privada, un Estado en el que si a una persona le va mal, peor para ella, puesto que se supone que se lo merece por no haber hecho lo suficiente.

Bibliografía

Astarita, R. (29 de septiembre de 2019). Javier Milei, sobre la libra esterlina y el Brexit. Rolando Astarita Blog. En https://rolandoastarita.blog/tag/javier-milei/

Blackford, R. (2015). Cultural Marxism and our current culture wars. The Conversation.

Bunge, M. (1989). Treatise on Basic Philosophy: Ethics: The Good and The Right (Vol. 8). Dordrecht: Kluwer.

Carrino, I. (29 de julio de 2019). Por qué no importa la Desigualdad – Iván Carrino [Video]. YouTube. En https://youtu.be/-NILcA3zVU4

Carrino, I. (12 de diciembre de 2020) ¿Qué es el liberalismo? – Iván Carrino responde a Roxana Kreimer [Video]. YouTube. En https://youtu.be/9HXKB6m_MNM

Carrino, I. (4 de enero de 2021). Liberalismo, Desigualdad y Violencia – Nueva respuesta a Roxana Kreimer [Video]. YouTube. En https://youtu.be/aMyc9ShFTmI

Curia, D. (12 de marzo de 2021). “Hoy pega decir que vivimos en una Inquisición que te acusa de racista y machista por cualquier cosa”. Página 12.

Dworkin, D. (1997). “Cultural ustice in postwar Britain”. En Cultural Marxism in Postwar Britain. Duke University Press.

Fontevecchia, J. (3 de septiembre de 2021). Pablo Stefanoni: “En el macrismo se habla de Milei e incluso se lo elogia, pese a que insulta a Rodríguez Larreta”. Perfil.

Fontevecchia, J. (4 de septiembre de 2021). Pablo Stefanoni: “Para los neorreaccionarios hay un espacio que va del marxismo cultural al keynesianismo económico”. Perfil.

Goda, T., & Torres García, A. (2019). Inequality and Property Crime: Does Absolute Inequality Matter? International criminal ustice review, 29(2), 121-140.

Gulliver-Needham, E. (23 de marzo de 2019). ¿Por qué los libertarios viran hacia la extrema derecha? El Cuaderno. En https://elcuadernodigital.com/2019/03/23/por-que-los-libertarios-viran-hacia-la-extrema-derecha/

Gunia, A. (10 de marzo de 2022). How South Korea's Yoon Suk-yeol Capitalized on Anti-Feminist Backlash to Win the Presidency. Time. En https://time.com/6156537/south-korea-president-yoon-suk-yeol-sexism/

Hayek, F. A. (1996). La desnacionalización del dinero. Barcelona: Ediciones Folio.

Kellner, D. (2005). "Cultural Marxism and British cultural studies". En G. Ritzer (Ed.), Encyclopedia of social theory (pp. 171-177). Thousand Oaks, CA: Sage.

Kreimer, R. (3 de enero de 2021). ¿Qué es el Liberalismo? III Monopolios. Respuesta a Iván Carrino 2 [Video]. YouTube. En https://youtu.be/TbYbPrznvNY

Kreimer, R. (11 de abril de 2021). "¡La desigualdad es estupenda!", Respuesta a Iván Carrino [Video]. YouTube. En https://youtu.be/2TQ9SESLnxs

Kreimer, R. (13 de junio de 2021). Renta básica universal(Respondo a Milei y a Rallo) [Video]. YouTube. En https://youtu.be/WR_n2mFw6SE

Kreimer, R. (4 de julio de 2021). Opinología vs. evidencias. Respuesta a Juan Ramón Rallo-Renta básica-Legitimidad riqueza-Impuestos [Video]. En https://youtu.be/54hjtHPtNDg

Kreimer, R. (8 de agosto de 2021). Nueva respuesta a Juan Ramón Rallo (La doble vara del liberalismo) [Video]. En https://youtu.be/lDJly3BuM3o

LIBERTAD TV. (31 de enero 2019). 3 contra 1: Juan Ramón Rallo y la Renta básica [Video]. YouTube. En https://youtu.be/10DKDuTWslU

Mises, L. (1927). Liberalismus. Jena: G. Fischer.

Moyn, S. (13 de noviembre de 2018). The Alt-Right's Favorite Meme is 100 Years Old. The New York Times. En https://www.nytimes.com/2018/11/13/opinion/cultural-marxism-anti-

semitism.html

Nozick, R. (1974). Anarquía, estado y utopía. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Rallo, J. R. (14 de junio de 2021). Contra la renta básica: réplica a Roxana Kreimer [Video]. En https://youtu.be/0J_1_kCnf-c

Rallo, J. R. (7 de julio de 2021). Nueva réplica a Roxana Kreimer contra la renta básica [Video]. En https://youtu.be/dV7Q0FZOyA8

Rallo, J. R. (10 de agosto de 2021). Réplica final a Roxana Kreimer sobre la renta básica [Video]. En https://youtu.be/KeARlm6MqEM

Rawls, J. (1971). A Theory of Justice. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Schroyer, T. (1973). The critique of domination: The origins and development of critical theory. New York: George Braziller.

Shaikh, A. (1984). “The Transformation from Marx to Sraffa”. En E. Mandel & A. Freeman (Eds), Ricardo, Marx, Sraffa. The Langston Memorial Volume. London: Verso.

Socialdemocracy21stcentury.blogspot. (27 de octubre de 2010). Mises on Fascism in 1927: An Embarrassment. En http://socialdemocracy21stcentury.blogspot.com/2010/10/mises-on-fascism-in-1927-embarrassment.html

Stefanoni, P. (2021). ¿La rebeldía se volvió de derecha?: Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Stefanoni, P. (23 de abril de 2022). “La derecha alternativa”. Revista Noticias.

II

LA TEORÍA CONSPIRATIVA DEL MARXISMO CULTURAL

¿Qué me dirían si yo les contara que los Beatles no eran los verdaderos autores de sus canciones? Que las letras fueron escritas por el filósofo Theodor Adorno, de la Escuela de Frankfurt, y fundador del marxismo cultural. Pues es lo que dijo Olavo de Carvalho, a quienes muchos denominaban “el gurú de Bolsonaro”. Al presidente brasileño le hicieron una entrevista en el 2018, y sobre su escritorio tenía la biblia, la constitución y un libro de Carvalho, astrólogo y autoproclamado filósofo, que en cierta oportunidad dijo que “Los Beatles no sabían tocar la guitarra. Quien compuso esas canciones fue Theodor Adorno” (es posible ver la filmación en la que lo dice en el tuit del 7 de septiembre del 2019 publicado por @tesoureiros).

El cambio de significado de la expresión “marxismo cultural”

La expresión “marxismo cultural” fue utilizada desde la década de 1970 con un sentido neutro en ámbitos académicos, para referir al análisis cultural realizado por algunos autores con formación marxista como Lukács, Gramsci y la escuela de Frankfurt desde 1930, y los estudios culturales británicos de Hoggart, Williams y Thompson desde 1960. (Schroyer, 1973; Weiner 1981; Dworkin 1997; Kellner 2005; Blackford, 2015). Algunas personas utilizan la expresión “teoría crítica marxista” o “análisis cultural marxista” para referir a este significado.

Pero hubo otro significado conspirativo de la expresión “marxismo cultural”. Surgió en la década de 1990 en los Estados Unidos, y recién veinte años más tarde se volvería común en medios de difusión y redes sociales, momento a partir del cual fue utilizado por diversas figuras públicas y grupos de derecha. Se valieron de este significado el comentarista político conservador Ben Shapiro, seguidores de Donald Trump, el psicólogo Jordan Peterson, la derecha cristiana de Free Congress Foundation, el politólogo e influencer Agustín Laje y el abogado Nicolás Márquez en El libro negro de la nueva izquierda, que escribieron conjuntamente, y el economista y candidato presidencial Javier Milei, por ejemplo cuando dijo que el calentamiento global era “un invento del marxismo cultural” (es posible ver la filmación en la que lo dice en el tuit del 9 de agosto 2021publicado por @mis2centavos). Algunos grupos libertarios de derecha también hablan de “marxismo cultural”, y el propio Instituto Mises publicó en su sitio web un artículo titulado “El marxismo cultural explicado en 7 minutos” (Salerno, 2016).

También usó la expresión “marxismo cultural” el noruego Anders Breivik, autor de los ataques de Noruega del 2011 y culpable de asesinar a 77 personas. En esa época distribuyó electrónicamente un manifiesto denominado “2083: Una Declaración Europea de Independencia”. Allí describió su ideología como opuesta al “marxismo cultural”, al multiculturalismo, al islam y al feminismo. Su

manifiesto culpa a la Escuela de Frankfurt por las cancelaciones que provienen de la corrección política e incluye un texto plagiado del manifiesto de Unabomber, donde reemplaza “izquierdistas” por “marxismo cultural” y “negros” por “musulmanes”, y del texto de Paul Weyrich denominado Political Correctness: A Short History of an Ideology (Corrección política. Breve historia de una ideología). También hace referencia al anticomunismo bajo la forma del “marxismo cultural” y lo combina con antisemitismo en el Manifiesto Open Letter (Carta abierta) de John Earnest, autor del tiroteo perpetrado contra la sinagoga de Poway el 27 de abril de 2019, en el que una mujer murió y otras tres personas resultaron heridas. En la Alemania nazi fue común oír una expresión similar: “bolchevismo cultural”, utilizada para denunciar a cualquiera que fuera menos conservador que el hablante. Podía tratarse de un músico, o de otro tipo de artista.

El “marxismo cultural” aparece entre los conceptos centrales de diversos grupos de derecha como una teoría conspirativa según la cual los filósofos de la Escuela de Frankfurt y sus discípulos se habrían propuesto subvertir los valores de la cultura occidental o, para ser más precisos, “the American way of life” (Moyn, 2018). Se trataría de una guerra cultural que debilitaría los valores cristianos y promovería la libertad sexual de la contracultura de los sesenta, el multiculturalismo, el progresismo y la corrección política. Si las personas no pueden recurrir a las religiones, porque el “marxismo cultural” estaría acabando con todas ellas, las respuestas solo podrían ser encontradas en el adoctrinamiento estatal promovido en diversas instituciones.

Los ejes temáticos son (a) la supuesta omnipresencia de la ideología comunista por doquier, en particular en los medios de difusión, en los ámbitos educativos y en las redes sociales; la educación aparece como una “máquina de lavar cerebros” y adoctrinar. Sin embargo, los rasgos propios del adoctrinamiento no parecen claros, y se establecerían cuando se divulgan ideas contrarias a las propias, (b) la negación de la posibilidad de que la orientación y la identidad sexual sean predisposiciones biológicas, la oposición al matrimonio igualitario (entre personas del mismo sexo) y a la adopción gay, y la consideración de que existe una suerte de lobby gay y transexual que podría acabar con el modelo de familia imperante en los últimos siglos, y (c) la corrección política, que bajo el prisma progresista implicaría una amenaza a la libertad de expresión, puesto que cualquier pensamiento que se sale de lo establecido ameritaría una “cancelación”, cuyos efectos pueden implicar desde el bloqueo en redes sociales hasta la pérdida del trabajo y de la imagen social.

Sobre todo, quienes postulan que nuestra época está regida por el ideario del “marxismo cultural” sostienen que existe una suerte de conspiración que se propuso apoderarse de las mentes a través de las instituciones para conseguir la adhesión al marxismo. ¿Pero es extraño que los filósofos quieran influir en la esfera cultural e institucional? ¿Acaso es esta una pretensión exclusiva del marxismo? ¿La derecha no querría hacer lo mismo? Más bien parecería que llaman “adoctrinar” a la divulgación de ideas con las que discrepan, del mismo modo en que la derecha habla de “ideología de género”, como si las críticas al feminismo hegemónico no fueran “ideología”.

La Escuela de Frankfurt

El primer texto que habló de “marxismo cultural” en sentido conspirativo fue publicado en 1992 con el título The Frankfurt School and Political Correctness (La Escuela de Frankfurt y la Corrección Política). En él Michael Minnicino se lamenta por la decadencia de la civilización, de sus formas estéticas y por el fervor hacia la corrección política que impera en las universidades norteamericanas, que se habrían vuelto autoritarias, llegando a sugerir que no se estudie a los autores “falocéntricos”. Para Minnicino la mayor influencia para que esto ocurriese fue la Escuela de Frankfurt, a la que caracteriza como un semillero de intelectuales bolcheviques. Si algo no fueron los filósofos de la Escuela de Frankfurt, es bolcheviques. Desde ya que reflejan influencias de las ideas de Marx, pero no apoyaban la idea de revolución ni la de imponer una dictadura del proletariado, que son dos condiciones para ser llamado bolchevique. Minnicino despotrica también contra el filósofo Georg Lukács, una de las influencias de la Escuela de Frankfurt, por haberse propuesto destruir la civilización occidental, promoviendo “la educación sexual en las escuelas, un fácil acceso a los métodos anticonceptivos y la flexibilización de las leyes de divorcio”.

Escribe Minnicino: “Quizás el más importante aunque el menos conocido de los éxitos de la Escuela de Frankfurt fue la transformación de los medios electrónicos de radio y televisión en los poderosos instrumentos de control social que representan hoy. Esto surgió del trabajo realizado originalmente por Theodor Adorno y Walter Benjamin”. Pero en el apartado dedicado a estos dos filósofos solo menciona datos de las biografías de Adorno y Benjamin, no da evidencias de que hayan convertido a la radio y a la TV en poderosos medios de control social. Tras varios intentos fallidos de analizar alguna de las ideas que sobre diversos temas tuvieron ambos filósofos, Minnicino sostiene que la Escuela de Frankfurt se propuso “eliminar la creencia de que el arte se deriva de la emulación autoconsciente de Dios el Creador”. Es decir, ve como un problema que el arte pueda ser concebido desde una perspectiva materialista, no religiosa. Un punto que habría que concederle a Minnicino es haber cuestionado que

Marcuse sostuviera en su escrito “Tolerancia represiva” que había que ser tolerantes con la izquierda y no con la derecha (Marcuse, 1965).

Los orígenes de la corrección política

En sus escritos “Los orígenes de la corrección política” y “Qué es el marxismo cultural”, el columnista conservador William Lind distingue dos marxismos: uno que explica la historia desde un encuadre económico y otro que la explica en base a “grupos definidos por sexo, raza u otras cuestiones identitarias que considerarían virtuosos a los negros, hispanos, mujeres feministas, homosexuales y otras minorías”, mientras que consideraría malignos a los “hombres blancos” (Lind, 2000, 2008). Al igual que Minnicino, cifra el comienzo del marxismo cultural en la migración a Estados Unidos de los académicos de la Escuela de Frankfurt tras el ascenso de los nazis en Alemania. Es cierto, como señala Lind, que la izquierda progresista se focalizó en los reclamos identitarios, perdiendo a menudo de vista la lucha de clases y el ideal racional, universalista e ilustrado que caracterizó a Marx y Engels, lo que a menudo los llevó y los lleva a realizar malos diagnósticos de muchos problemas de los grupos identitarios, que tienen raíz económica. Pero ese no fue el marco teórico de la escuela de Frankfurt. La política identitaria surgió en 1977 en el “Colectivo del río Combahee”, una organización feminista afroamericana y lésbica que operó en Boston entre 1974 y 1980.

La corrupción de América

Otro hito que contribuyó a divulgar el término “marxismo cultural” fue un documental del 2010 realizado por James Jaeger y titulado Marxismo cultural. La corrupción de América. Allí se señala que los habitantes de un país deben estar unidos por los mismos valores, y que “antes de la existencia de los Estados Unidos, muchos países eran bárbaros”. “Esa es la razón por la que el experimento de Estados Unidos es tan importante —continúa— y las raíces que construyeron ese país deben ser preservadas. De otro modo primarán el materialismo y pasatiempos violentos”. Luego se señala que los valores religiosos han sido centrales para Estados Unidos, y que los grupos seculares, formados por baby boomers que promueven el amor libre, quieren acabar con la familia y están dominando en las universidades a través del “marxismo cultural”. Se trataría en definitiva de una forma de ateísmo y sería necesario librar una batalla cultural contra ellos.

El documental se pregunta cómo es que los fundadores del marxismo lograron “robarse” a los Estados Unidos sin armas. Acá ya no se trataría solo de la Escuela de Frankfurt. Los mismísimos Marx y Engels serían los usurpadores del american way of life. Dice que la Escuela de Frankfurt fue fundada por miembros del partido comunista, pero eso es falso. Adorno y Horkheimer nunca formaron parte del partido comunista. Tomaron ideas de Marx y le cuestionaron otras, pero también fueron influidos por otros autores como Max Weber y Nietzsche.

Increíblemente el documental incluye entre los discípulos de la Escuela de Frankfurt a John Lennon y al cine de Hollywood, en particular a las películas El padrino y Kramer versus Kramer porque expresarían cierto pesimismo en relación a la familia. Dice que la Constitución de Estados Unidos solo protege libertades y no avala el modelo de Estado de Bienestar, que a su modo de ver rige ahora en ese país. No presenta una sola cita de los filósofos de la Escuela de Frankfurt que evidencie las ideas que les atribuyen en relación a la disolución de la familia y su promoción del divorcio, algo que llevaría a los niños a ingerir comida chatarra. Las escasas citas textuales que figuran no abordan estos temas

y las leen actores que gritan y parecen instruidos para reflejar personalidades autoritarias. Parece un texto escrito a comienzos del siglo XX, pero la película es del 2010.

El documental atribuye una ideología socialista al Imperio Romano, en el que "no se hablaba de seguridad social —dice— sino de pan y circo". El economista español Jesús Huerta de Soto, que defiende el modelo de la escuela austríaca, también sostiene en el video de YouTube "¿El Estado es el demonio?" que el Imperio Romano era "socialista". En otro video del mismo sitio, "La caída del imperio romano", afirma que los bárbaros eran como los inmigrantes tercermundistas y que el Imperio Romano cayó por el socialismo que oprimía a las "clases medias romanas". El documental de Jaeger atribuye el modelo de Estado de Bienestar al continente europeo, y lo considera contrario al de "la mayor nación que ha existido sobre la tierra, los Estados Unidos". ¿Qué modelo económico propone? El libertarianismo de derecha de la escuela austríaca.

Luego el documental brinda los mismos argumentos que Agustín Laje cuando refiere al marxismo cultural: sostiene que como después de la Segunda Guerra Mundial los obreros ya no querían hacer la revolución porque estarían disfrutando de sus confortables electrodomésticos, el marxismo decidió apropiarse de sus conciencias y abandonar los valores cristianos. Laje no habla de la ausencia de valores cristianos ligados al marxismo cultural, pero es sabido que a menudo da charlas en iglesias evangélicas y que utiliza incluso su hashtag #votodivino, como lo menciona en su tuit del 24 de junio del 2019.

El libro negro de la nueva izquierda, de Márquez y Laje

El núcleo duro de estas teorías conspirativas está presente en el ideario de Laje y Márquez, expresado en El libro negro de la nueva izquierda, donde en la parte que corresponde a Márquez, el filósofo de la escuela de Frankfurt Herbert Marcuse aparece como promotor de "desvíos sexuales" e incluso como "porno-comunista", meramente por haber denunciado la discriminación en contra de los homosexuales y por haber planteado, al igual que lo hizo Freud en El malestar en la cultura, que la civilización reprime los instintos y debería ser menos represiva. Márquez dedica largos párrafos a realizar ataques personales a Michel Foucault, a quien considera el intelectual más influyente del "marxismo cultural" y un "admirador de los delincuentes", presumiblemente porque en su libro Vigilar y castigar realizó una historia filosófica del castigo en Occidente, y este libro sirvió de bandera para mostrar a las generaciones posteriores que la cárcel no cumple la función regenerativa que se propone desarrollar. Llama al jurista Eugenio Zaffaroni "militante homosexual" por el mero hecho de haber apoyado la sanción de la ley de matrimonio igualitario.

¿Pero había sostenido todo esto la Escuela de Frankfurt? Al igual que Marx, Horkheimer y Adorno, fundadores de esa escuela, consideraban que las instituciones educativas y artísticas y los medios de difusión reflejan fundamentalmente la ideología de la clase dominante, es decir, de la burguesía, no entendida como la clase media sino como la clase que es dueña de los medios de producción. Pero estos filósofos no propusieron apropiarse del campo cultural más de lo que pudo haber pretendido hacerlo la derecha, sencillamente porque la cultura siempre es un terreno en disputa.

Agustín Laje identifica a la "nueva izquierda" con el "marxismo cultural". Dice que mientras para Marx la revolución debía darse en el plano económico, como en Occidente la situación de los obreros mejoró y la propuesta del socialismo ya no les habría resultado atractiva, el marxismo cultural se propuso, basado en Antonio Gramsci, en la Escuela de Frankfurt y en Ernesto Laclau, dejar a un lado a la clase obrera como sujeto revolucionario para construir otros sujetos revolucionarios tales como las feministas, los ecologistas o los indigenistas. El

marxismo cultural también habría abandonado la idea de revolución armada y se habría concentrado en cambios graduales y pasivos, en lo que él y otros grupos de derecha denominan “la batalla cultural”. No se trataría ya de expropiar los medios de producción sino de luchar por establecer una determinada concepción del mundo. Se habría generado así una política marxista centrada en cuestiones identitarias. Es cierto que Marcuse escribió que el cambio social debía focalizarse en los marginados de la sociedad, y mencionó entre otros al feminismo (Farr, 2021). Incluso escribió un ensayo titulado Marxismo y feminismo. Pero es falso que el conjunto del marxismo haya abandonado la idea de expropiar los medios de producción. En tal caso renunciaron a esa pretensión los grupos socialdemócratas y progresistas, pero no todo el marxismo, del mismo modo en que no todo el feminismo marxista está enfocado solo en influir en la esfera cultural y de la ideología, ni todos los activistas de género votan necesariamente a la izquierda.

En el seno mismo del marxismo se critica que tras la caída de los llamados “socialismos realmente existentes” muchos partidos de izquierda se hayan disgregado en reclamos identitarios, no porque se trate de causas que no merezcan atención, sino porque se olvidó que, sin un cambio estructural en el modo de producción, sin una defensa cardinal de los derechos del proletariado, este movimiento perdería su reclamo esencial, algo que integra el núcleo duro de la teoría marxista. Pero de ahí a suponer que el marxismo está confabulado para apuntar exclusivamente al nivel ideológico de la superestructura, como supone el politólogo Agustín Laje (2017), hay un salto que no parece respaldado por la evidencia. En Argentina, por ejemplo, el Frente de Izquierda de los trabajadores, que obtuvo un 7 % de los votos a nivel nacional en las últimas elecciones, defiende tanto los derechos de las mujeres como el fin de la propiedad privada de los medios de producción, y lo mismo ocurre con grupos marxistas de otros países.

¿Qué ideas promovió la Escuela de Frankfurt?

Pero al final de cuentas, ¿qué ideas promovió la Escuela de Frankfurt? Básicamente buscó comprender las políticas reaccionarias que se daban en la sociedad capitalista y liberal del siglo XX. Su producción a menudo es conocida como “teoría crítica” por el ensayo de Max Horkheimer Teoría tradicional y teoría crítica, publicado en 1937, y una de sus obras más citadas es Dialéctica de la Ilustración, escrita por Adorno y publicada entre 1944 y 1947. Walter Benjamin también formó parte de esta escuela, así como Erich Fromm y Herbert Marcuse, que buscaron aunar las investigaciones de Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud. Toda la Escuela de Frankfurt tuvo influencias marxistas, pero sin apoyar la vía armada. En las generaciones siguientes influidas por esta escuela se destacaron Jürgen Habermas y Michel Foucault, entre muchos otros.

Dialéctica de la Ilustración fue publicado en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, tiempos arduos para el optimismo. El libro pone en duda que Occidente haya progresado, y sostiene que desde la mitología griega en adelante ha primado un concepto de razón instrumental que no presta atención a la racionalidad de los fines perseguidos sino a los medios, y que promueve la explotación de las personas, considerándolas meros medios para los propios fines. Llega a decir sin evidencia alguna que ese concepto de racionalidad se vio reflejado en la estructura industrial con la que se planificó y ejecutó el asesinato en los campos de concentración nazis. Pero si los fines son irracionales, es cuestionable que los medios puedan serlo. Esa desconfianza en la racionalidad fue una influencia de Nietzsche y del irracionalismo que imperó en la filosofía continental de la primera mitad del siglo XX.

Como vemos, quienes hablan de “marxismo cultural” están lejos de reflejar lo que escribieron los filósofos de la Escuela de Frankfurt. Adorno y Horkheimer se sorprenderían por la forma arbitraria en que son deformadas sus ideas. Querer influir en la esfera cultural no es un rasgo exclusivo de una posición política en particular, sino una característica de todas las posiciones políticas que buscan promover sus objetivos y teorías. Si bien Antonio Gramsci, una de las

influencias de la Escuela de Frankfurt, subrayó la necesidad de ganar consensos en el nivel de la superestructura (que es el de la ideología, transmitida a través de instituciones culturales), esta "batalla cultural", para utilizar el término del que se vale la derecha, es una tendencia de todas las posiciones políticas. La única diferencia es que desde la visión marxista esas instituciones culturales estarían monopolizadas por la ideología burguesa y la función de esa ideología sería meramente la de mantener el statu quo.

No parecen existir evidencias de la conspiración que invocan quienes hablan de "marxismo cultural". Como broche de oro, algunos sostienen que es subvencionado por Bill Gates y otros benefactores, como si la derecha no contara con el aporte económico de instituciones como el Instituto Cato, la Fundación Heritage y el Instituto Fraser, entre tantas otras. No es esta la única teoría conspirativa de la derecha: en Estados Unidos se habla también de la conspiración judeo-masónica, que en otros países fue sustituida por la conspiración sionista universal, entre otras.

Más allá de la influencia que atribuye a la Escuela de Frankfurt, la derecha que se vale de la expresión "marxismo cultural" suele puntualizar algunos problemas dignos de ser atendidos y que son propios de la izquierda progresista: la extrema susceptibilidad que a menudo hace que la corrección política cancele a algunas personas, en lugar de discutir con argumentos, y los individuos o grupos que reducen toda la política a la esfera identitaria, lo que no supone negar que algunos de estos colectivos merezcan atención en virtud de sus particularidades. De la mano de este enfoque, se destaca el marco anticientífico con el que se abordan muchos problemas de género, así como la derecha conservadora tiene un enfoque anticientífico sobre diversas cuestiones atinentes al colectivo LGBT.

Por lo demás, las ideas conspirativas sobre el "marxismo cultural" revelan numerosos valores conservadores: la pretensión antimoderna de que la sociedad se sostenga en valores religiosos, con un modelo de familia que no fue el que imperó necesariamente a lo largo de toda la historia humana, y la consideración anticientífica de que la homosexualidad es un capricho contagioso que acabará con la familia tradicional y perjudica a los niños. Su proyecto político apunta no solo a evitar toda influencia marxista, sino a la destrucción de los modelos de Estado de Bienestar en favor de modelos minarquistas o anarcocapitalistas.

No es problemático que en una sociedad democrática haya pluralidad de ideas y proyectos. Lo cuestionable es que se retuerza lo que escribieron los filósofos

hasta hacerlos decir lo que a uno se le antoja, porque jamás se los leyó y se confía en que tal vez el auditorio tampoco lo hará. Las teorías conspirativas, como es el caso del marxismo cultural, ofrecen explicaciones sencillas a problemas complejos, y con frecuencia resultan muy seductoras para quienes no se toman el trabajo de examinar las evidencias en detalle. Si no tienen tiempo como para hacerlo, lo mejor sería que suspendieran el juicio sobre el tema hasta contar con mejores evidencias.

Bibliografía

[@tesoureiros]. (7 de septiembre del 2019). As músicas dos Beatles foram escritas por um filósofo da escola de Frankfurt para propagar o marxismo cultural [Tuit y Video]. Twitter. En https://twitter.com/tesoureiros/status/1170297383575588864

Blackford, R. (2015). Cultural Marxism and our current culture wars. The Conversation.

Dworkin, D. (1997). “Cultural marxism in postwar Britain”. En Cultural Marxism in Postwar Britain. Duke University Press.

Farr, A. (2021). Herbert Marcuse. The Stanford Encyclopedia of Philosophy. En https://plato.stanford.edu/archives/sum2021/entries/marcuse

Kellner, D. (2005). “Cultural Marxism and British cultural studies”. En G. Ritzer (Ed.), Encyclopedia of social theory, Sage Publications.

Laje Arrigoni, A. (12 de julio de 2017). VideoSerie 1: Marxismo cultural en 4 minutos - Agustín Laje [Video]. YouTube. En https://youtu.be/4VYcEQlt9IA

Laje, A. [@AgustinLaje]. (24 de junio de 2019). Le tienen terror a los evangélicos, porque está visto que en un mundo donde ser de izquierda y progre es casi obligatorio, ellos son capaces de catalizar una fuerza política que además de tender políticamente a la derecha, es socialmente popular. #VotoDivino [Tuit].

Twitter. En https://twitter.com/AgustinLaje/status/1143003109217751040

Lind, W. (2000). The Origins of Political Correctness. Accuracy in Academia (AIA). En http://www.academia.org/the-origins-of-political-correctness

Lind, W. (2008). What is Cultural Marxism. Maryland Thursday Meeting.

Lind, W. (5 de febrero de 2000). The Origins of Political Correctness. Accuracy in Academia (AIA). En http://www.academia.org/the-origins-of-political-correctness

Marcuse, H. (1965). Repressive Tolerance. Marcuse.org.

Márquez, N., & Laje, A. (2016). El libro negro de la nueva izquierda. Grupo Unión.

Minnicino, M. (1992). The Frankfurt School and Political Correctness. Fidelio Magazine, 1(1), 4-27. En https://web.archive.org/web/20180725022941/http://www.schillerinstitute.org/fid96/921_frankfurt.html

Salerno, J. (1 de julio del 2016). Cultural Marxism Explained in 7 Minutes. Instituto Mises. En https://mises.org/wire/cultural-marxism-explained-7-minutes

Schroyer, T. (1973). The critique of domination: The origins and development of critical theory.

Smaldone, J. [@mis2centavos]. (9 de agosto de 2021). Milei es, antes que nada, un tipo bruto [Tuit y Video]. Twitter. En https://twitter.com/mis2centavos/status/1424690083626692609

Weiner, R. R. (1981). Cultural marxism and political sociology. SAGE Publications, Incorporated.

III

¿QUÉ ES EL LIBERALISMO?

Para comprender qué es el liberalismo —la derecha no conservadora— es importante tener en cuenta que cuando nació como corriente de pensamiento, durante el siglo XVIII, en Europa había diversos regímenes monárquicos en los que el Estado tenía prerrogativas que empezaron a resultar inaceptables.

La limitación del poder de los monarcas venía de siglos atrás, e Inglaterra estuvo a la vanguardia de todo esto. Por el siglo XIII el rey tenía una serie de atribuciones como la de decidir qué impuestos se cobrarían. Por ejemplo, cobraba impuesto a quienes no asistían a los enfrentamientos armados, o por el casamiento de la hija mayor de un noble, y podía vender a un heredero o a una viuda. En 1215 un grupo de terratenientes ingleses le hacen firmar al rey Juan sin Tierra una Carta Magna en la que por primera vez se limita este poder absoluto con una comisión de nobles que tenían que aprobar cada impuesto nuevo que quisiera implantar. En siglos subsiguientes cada vez se acotó más este poder del Estado mediante la creación de la monarquía constitucional, con un parlamento que limitaba al rey, y en los siglos XVII y XVIII diversos filósofos como John Locke, Montesquieu, Rousseau y Voltaire plantearon que debe haber un límite para el poder que el Estado ejerce sobre los individuos, y que hay una serie de derechos irrenunciables de las personas que deben ser garantizados. El derecho a conservar la vida, a que no se prive de ella en nombre de las ideas políticas, la religión, o por el tipo de personas con las que alguien se relaciona en la intimidad. El Estado no puede meterse con eso. Es el comienzo de lo que conocemos como derechos humanos. Para obtener esas conquistas políticas modernas, el liberalismo fue sumamente valioso. Indudablemente era mejor que la monarquía.

Pero además de proponer límites a la intervención del Estado defendiendo derechos individuales, que es lo que conforma su doctrina política, el liberalismo tiene una doctrina económica que también propone una intervención mínima del Estado en la vida económica, graficada por el filósofo Adam Smith en la figura

de una mano invisible que, mediante la competencia por las ganancias en el mercado, traería cooperación y racionalidad al conjunto.

En realidad, lo que se proponía Adam Smith en pleno siglo XVIII era convencer a sus contemporáneos de que piratear o promover confrontaciones bélicas era menos conveniente que comerciar, y que el intercambio de mercancías era más cooperativo que el mero saqueo. Entonces, uno de los principios del liberalismo económico, que es del que vamos a desarrollar en el resto del capítulo, es el de la competencia por las ganancias en el mercado.

El mito de la mano invisible

Según Adam Smith, si cada uno busca su propio interés comprando y vendiendo, y el Estado interviene poco o nada para regular el comercio, los precios se equilibrarán automáticamente por medio de las leyes de la oferta y la demanda, y esto obrará en beneficio de todos. Esa es la que Smith denomina “racionalidad del mercado”, graficada en la imagen de una mano invisible. Procurando el interés individual, se contribuirá al interés general. La dinámica misma de la competencia en el mercado obligaría al empresario a invertir en mejoras tecnológicas que estén a la altura de las mejoras que realizan las empresas competidoras.

El mercado liberal es un sistema de distribución en el que compradores y vendedores actúan movidos por alcanzar mayores beneficios vendiendo caro y comprando barato. Sin duda permite que compradores y vendedores se beneficien, pero cuando se analizan los datos por un periodo dilatado de tiempo, la conveniencia inmediata no presupone equidad ni interacción social positiva. Existen intercambios con efectos problemáticos, ya sea porque una de las partes se aprovecha de las vulnerabilidades de la otra (explotación), o porque el intercambio genera efectos perjudiciales para terceros (externalidades negativas).

La experiencia de varios siglos mostró que, lejos de mantenerse en equilibrio, el mercado genera monopolios y oligopolios. Las empresas chicas son devoradas por las grandes e imponen sus reglas a nivel global, pasando incluso por encima de los poderes nacionales. Un ejemplo muy conocido es el de las empresas Multimedios. Clarín empezó siendo un diario y hoy derivó en el grupo Clarín, propietario de cinco diarios, canales de televisión, radios y muchos otros medios.

La película Tienes un email muestra cómo una pequeña librería de barrio, atendida por su dueña, tiene que cerrar tras la instalación de una gran cadena de librerías que se queda con buena parte de sus clientes. Fue la adaptación al cine de lo ocurrido con la instalación de la cadena de librerías Barnes & Noble. La ubicación de Fox Books en la película es la ubicación de dicha librería en la vida real, en Broadway y la calle 83 en el Upper West Side. Barnes & Noble generó

una considerable oposición en los vecinos cuando abrió a principios de la década de 1990, ya que muchos temían que dejaría sin trabajo a un librero local, Shakespeare & Co., ubicado en la calle 81. En 1996 la pequeña librería cerró, y quedaron abiertas sus otras dos sucursales. En 2018 anunciaron su regreso al Upper West Side, con una tienda en Broadway entre las calles West 69th y 70th. Irónicamente, las grandes cadenas de librerías han sido golpeadas por minoristas en línea que ofrecen precios aún más bajos y mayor comodidad. El principal competidor de Barnes & Noble, Borders, se hundió en 2014. Hoy en todo el mundo, incluyendo a la ciudad de Nueva York, quedan cada vez menos librerías no virtuales, y entre las virtuales, Amazon tiende a concentrar buena parte del mercado. ¿A cuántas personas da trabajo? A un millón, pero se calcula que si no existiera Amazon, esa infraestructura trasladada a tiendas de libros tendría dos millones de empleados, el doble. Es decir, implica el contrato en esa rama del comercio de un millón menos de personas. Se calcula que Amazon destruirá más trabajos en Estados Unidos que los que China destruyó con su mano de obra barata (Statista, 2022; Nutting, 15/3/2017; Mitchell y LaVecchia, 29/11/2016). En economía se denominan “externalidades” a este tipo de efectos colaterales (positivos o negativos) que pueden tener las decisiones de productores y consumidores sobre otras personas o grupos.

Pero Amazon no se limita a distribuir libros. Apunta a otros sectores como los comestibles, incluyendo comida preparada en restaurantes. Su división Amazon Web Services proporciona el eje de la computación en la nube para gran parte de los Estados Unidos, impulsando desde Netflix hasta la CIA. En un informe de Mitchell y LaVecchia se analiza cómo Amazon está monopolizando la economía, utilizando su poder de mercado para eliminar a la competencia y tomar el control de una industria tras otra, fomentando una economía que es menos diversa e innovadora y que ofrece menos oportunidades para las empresas que se inician (Mitchell y LaVecchia, 29/11/2016). El informe también refleja cómo muchos trabajadores están realizando trabajos extenuantes y mal pagos en Amazon, quedando atrapados en puestos temporales precarios o recibiendo pagos unitarios por cada envío.

Amazon es solo un ejemplo de muchos. Como señala el economista Claudio Scaletta, en todos los países de América Latina la oferta de los principales productos es controlada casi por las mismas multinacionales en mercados igualmente concentrados (Scaletta, 16/1/2021).

Es común que los libertarios acusen prácticamente de cualquier problema al

Estado. No resulta extraño pues que responsabilicen al Estado de favorecer los monopolios. Si bien el lobby empresario es un factor importante a tener en cuenta, especialmente en los Estados Unidos, en ese país también existen leyes que buscan limitar los monopolios. Un caso judicial muy conocido de los últimos tiempos fue el de Facebook, ya que con la adquisición de Instagram y WhatsApp, la empresa tendió a concentrar un segmento más que considerable del mercado.

La concentración de poder hoy se destaca en grandes empresas tecnológicas como Apple, Google, Microsoft, Facebook y Amazon, las que más se cotizan en bolsa en rango que va de los 500.000 millones de dólares de Facebook a los 850.000 millones de Apple. Apple maneja un volumen de dinero similar al de la economía turca, holandesa o suiza. De toda la publicidad online, la de Google representa el 88 % del total (incluidos Instagram, Messenger y WhatsApp) y también controla más del 70 % de las redes sociales en teléfonos móviles. Amazon posee el 70 % del volumen del mercado de los libros electrónicos. En sistemas políticos y económicos dominados por el dinero, esto se traduce en cuotas de poder que están muy lejos del ideal equilibrado de la mano invisible de Adam Smith. Según Global Justice Now, si la cadena norteamericana de grandes almacenes Walmart fuera un Estado, ocuparía el 10º puesto, por detrás de EE. UU., China, Alemania, Japón, Francia, Reino Unido, Italia, Brasil y Canadá. Las 25 corporaciones que más facturan superan el PBI de numerosos países (Global Justice Now, 12/9/2016).

Estos procesos de concentración creciente de la riqueza en pocas manos también tienen su correlato en el aumento del desempleo, de la cantidad de pobres y de la desigualdad. El mercado librado a su propia suerte genera ineficiencia, crisis periódicas y es dañino para las relaciones humanas. Nada nos dice sobre el tipo de trabajo ni las condiciones humanas que fueron necesarias para crearlas.

El mercado estimula el desarrollo de determinadas prácticas y actitudes (por ejemplo, la competencia y la envidia, que pueden resultar antisociales si no son canalizadas apropiadamente) y atrofia otros potenciales como la solidaridad. La única información que brinda es la relativa a los precios de las mercancías. A menudo se confunde la promoción de los mercados libres con la de la democracia, aun cuando socava rasgos de la personalidad humana cruciales en el proceso democrático. Como señalaba el novelista Edward Bellamy (1850-1958): “Las tendencias que se derivan de comprar y vender son básicamente antisociales. Educan para promover los propios intereses a costa de los demás, y

ninguna sociedad cuyos ciudadanos se eduquen en esta doctrina tiene posibilidad de colocarse por encima de un grado considerablemente bajo de civilización" (Bellamy, 1888). A los principales directores de las empresas les toma menos de dos días superar las ganancias de sus subordinados en un año, según un estudio sobre la brecha salarial entre los ejecutivos de la cúspide y sus empleados hecho en 22 países. En la mayoría de las grandes corporaciones, los empleados regulares tendrían que trabajar durante tres siglos para igualar el salario anual de su director ejecutivo (BBC News Mundo, 8/1/2019, 9/1/2019; Bloomberg Billionaires Index, 2022).

Prácticamente la mitad de las cien mayores economías del mundo no están conformadas por países sino por grandes corporaciones privadas en busca de beneficio. Cuando la riqueza se acumula en pocas manos, aumenta la brecha entre ricos y pobres. Por eso hasta Adam Smith decía que de vez en cuando el Estado debía intervenir para compensar o contrapesar los desequilibrios del mercado.

El laissez-faire y la mano invisible del mercado solo beneficia a los "más fuertes". La competencia disgrega a las personas, las atomiza y contribuye a que no se sientan parte de un emprendimiento común. El modelo de mercado desregulado fue objeto de desconfianza a partir de la crisis de los años 30, cuando teóricos como Keynes sostuvieron que en tiempos de crisis el Estado debe intervenir para incrementar la demanda y controlar las deficiencias del mercado. Tras la crisis capitalista del 2008, la creencia en el libre mercado se vio muy debilitada, y hasta el conocido defensor del liberalismo económico Alan Greenspan, ex presidente de la Reserva Federal en Estados Unidos desde 1987 y hasta 2006, confesó haber vivido en el error al creer que el mercado se autorregula.

La antropología de Hobbes

El liberalismo económico se basó en la antropología de Tomas Hobbes, que juzgó que el ser humano por naturaleza solo es egoísta, y que por lo tanto, para que la lucha entre egoísmos no conduzca a la violencia, es necesario consensuar la existencia de un Estado que garantice la paz. Lo que Hobbes no tuvo en cuenta es que sin cooperación los animales sociales, como es el caso del ser humano, no pueden sobrevivir. El biólogo Robert Trivers postuló la existencia de este mecanismo en su teoría del altruismo recíproco, para la que encontró evidencia en numerosas especies animales. Por ejemplo, los murciélagos suelen compartir la comida depositándola en la boca del otro, un poco en el espíritu del "Hoy por ti, mañana por mí", puesto que no siempre les resulta fácil conseguir alimento.

Tenemos tanto impulsos egoístas como solidarios, y cada sistema político subraya más uno u otro aspecto. No es casual que la teoría liberal clásica nos presente al comportamiento empresario como típicamente humano. El capitalismo reposa sobre la máxima "siempre yo primero". Esto suscita rivalidad entre las personas, destruye la cooperación y el lazo social de los actores económicos, ya que cada uno avanza bajo la condición de que el otro pierda. Un esquema que afecta a las relaciones interpersonales, a las industrias y a los Estados.

La teoría política liberal está basada en una antropología equivocada. Hoy tenemos copiosa evidencia científica de que los seres humanos son grandes reciprocadores, devuelven bien por bien y mal por mal, e incluso se perjudican a ellos mismos para devolver un mal (Fehr y Gächter, 2002; Curry y otros, 2021), a diferencia de lo que marca la teoría económica liberal clásica, a saber, que los individuos siempre buscan su beneficio en forma racional. En todo el mundo miles de personas colaboran desinteresadamente en empresas y organizaciones solidarias de todo tipo y nos muestran que la solidaridad es una respuesta humana muy común. La teoría política liberal está vinculada con teorías antropológicas y psicológicas que no tienen apoyo empírico.

Si el ser humano es fundamentalmente reciprocador, retribuirá con cooperación si vive en un contexto solidario que respeta sus derechos básicos (a la alimentación, a la vivienda, a la salud, a contar con una jubilación digna, a la libertad de expresión, etc.).

Algunos defienden al liberalismo económico por considerar que expresa la "racionalidad del egoísmo individualista". Pero una persona puede ser racional cuando elige una acción no egoísta. La estrategia racional reside en maximizar ganancias y minimizar pérdidas, y muchos de nuestros valores no son egoístas sino prosociales. Por otra parte, las investigaciones de los psicólogos y ganadores del Premio Nobel Daniel Kanhneman y Amos Tversky nos muestran que la racionalidad de las decisiones humanas tiene límites (Kahneman, 2002). La mayoría de las decisiones no proviene de un cálculo de costo-beneficio, sino de muchos otros mecanismos psicológicos (guiarse por las emociones, por el inconsciente adaptativo, seguir la tradición, imitar a los pares, recibir influencias de la educación, ser persuadido por la publicidad y los medios, etc.). Es cierto que hay decisiones humanas que se basan en cálculos de costo-beneficio, pero aún en esos casos la consideración de qué cosa es un costo y qué cosa es un beneficio no siempre proviene de un cálculo racional, sino de factores emocionales, cognitivos, motivacionales, culturales, e ideológicos.

Mitos sobre la eficiencia y los tipos de gobierno

Un mito del liberalismo económico es que la empresa privada es eficiente, pues si no lo fuera desaparecería del mercado. Pero la eficiencia no es patrimonio del liberalismo económico, hay miles de cooperativas que también lo son.

Otro mito es que la intolerancia y los estados policíacos son propios de la izquierda y no de los estados autodenominados liberales. Desde hace mucho tiempo, una de las tácticas favoritas del liberalismo ha sido la de acusar a la izquierda de planificar un estado policial. Donald Trump ganó el estado clave de Florida en parte persuadiendo a los inmigrantes hispanos de que el demócrata Joe Biden formaría un gobierno de “izquierda intolerante”. Sin embargo, el autoritarismo no es privativo de la izquierda. Durante los últimos 40 años, mientras la derecha ha seguido advirtiendo sobre hipotéticas dictaduras de izquierda en Occidente, el autoritarismo real se ha convertido en una característica creciente del gobierno de derecha en Gran Bretaña y Estados Unidos. Hacia 1980, Margaret Thatcher asignó a la policía el rol de rompehuelgas y llamó a sus oponentes “el enemigo interno”. Veinte años más tarde la administración de George W. Bush estableció el deleznable campo de detención en Guantánamo y se atribuyó un poder sin límite. Pero hasta Bush se conmocionó por la presidencia de Trump, por su intolerancia a las críticas y a las protestas pacíficas, y sus amenazas de privar de la libertad a los opositores políticos.

El liberalismo económico es compatible con diversas formas de Estado: democrático, fascista, monárquico, republicano, autoritario. No obstante, la globalización de las comunicaciones impulsó a los Estados de diverso tinte a oír demandas populares que favorecieron algunos procesos de democratización. Un problema grave en torno al rol del Estado en el liberalismo económico, es que los gobiernos democráticos dicen representar el interés de las mayorías, pero en las cuestiones más decisivas actúan en favor de las grandes empresas y de los intereses de los sectores más privilegiados de la sociedad. Durante las elecciones los candidatos invocan el interés general y llevan adelante campañas basadas en slogans que apelan a la emoción, en lugar de comprometerse por escrito en favor

de leyes que verdaderamente favorezcan a las mayorías.

¿Qué sucede cuando las libertades económicas de las personas entran en conflicto? ¿Tienen la misma libertad las clases subalternas en relación a las dominantes? ¿Son todos igualmente libres para convertirse empresarios y no en empleados? ¿Y si la libertad del empleado de usar la maquinaria como decida hacerlo y de controlar su capacidad de trabajo está en conflicto con la libertad del empleador de decidir qué hace con la maquinaria y el equipo? ¿Y cuando alguien ejerce su libertad de contaminar y entra en conflicto con la libertad de otro de vivir libre de polución? ¿Quién decide cuál libertad tiene prioridad sobre cuál? El sistema distribuye libertades económicas haciendo que los que poseen menos capital tengan menos libertad económica.

Para el liberalismo cuando un empleado firma un contrato de trabajo voluntariamente, acepta las reglas que ponga el empleador, porque ambos se benefician. La cuestión es: ¿somos igualmente libres de ser empleados o empleadores? Cuando entran en el mercado laboral, algunos tienen capital y otros no, y eso establece quién termina siendo empleador o empleado. El empleado decide libremente trabajar para otro, pero no decide llegar a la mesa de negociaciones sin capital, ahí es donde está el componente de coerción. Si en un sistema esclavista, los esclavos pudieran elegir a su amo, eso sería mejor que no elegirlo, pero mejor aún sería abolir la esclavitud.

Competir por las ganancias está en las antípodas de la posibilidad de fundar una sociedad en base a la cooperación. No habrá solidaridad mientras la competencia, la explotación y la maximización de la ganancia sean los motores de la actividad productiva. El principio de la rentabilidad debe ser sustituido por nuevos ejes articuladores de la vida social.

Bibliografía

BBC News Mundo. (8 de enero de 2019). ¿Cuántos días tarda un CEO en ganar el salario anual de un empleado? En https://www.bbc.com/mundo/noticias-46786246

BBC News Mundo. (9 de enero de 2019). Los pocos días que tarda un director ejecutivo en ganar los mismo que los trabajadores de su empresa en un año. En https://acento.com.do/bbc-news-mundo/los-pocos-dias-que-tarda-un-director-ejecutivo-en-ganar-los-mismo-que-los-trabajadores-de-su-empresa-en-un-ano-8641050.html

Bellamy, E. (1888). Looking Backwards: From 2000 to 1887. Project Gutenberg. En https://www.gutenberg.org/files/624/624-h/624-h.htm

Bloomberg Billionaires Index. (2022). En https://www.bloomberg.com/billionaires/

Curry, O. S., Alfano, M., Brandt, M. J., & Pelican, C. (2021). “Moral molecules: Morality as a combinatorial system”. Review of Philosophy and Psychology, 1-20.

Fehr, E., & Gächter, S. (2002). “Altruistic punishment in humans”. Nature, 415(6868), 137-140.

Global Justice Now. (12 de septiembre de 2016). 10 biggest corporations make more money than most countries in the world combined. En https://www.globaljustice.org.uk/news/10-biggest-corporations-make-more-money-most-countries-world-combined/

Kahneman, D. (2002). Maps of bounded rationality: A perspective on intuitive judgment and choice. Nobel prize lecture, 8(1), 351-401.

Mitchell, S. & LaVecchia, O. (29 de noviembre de 2016). Report: Amazon’s Stranglehold: How the Company’s Tightening Grip on the Economy Is Stifling Competition, Eroding Jobs, and Threatening Communities. Institute for Local Self-Reliance. En https://ilsr.org/amazon-stranglehold/

Nutting, R. (15 de marzo de 2017). Amazon is going to kill more American jobs than China did. Market Watch. En https://www.marketwatch.com/story/amazon-is-going-to-kill-more-american-jobs-than-china-did-2017-01-19

Scaletta, C. (16 de enero de 2021). Mentiras y verdades sobre la inflación. El Destape. En https://www.eldestapeweb.com/economia/inflacion/mentiras-y-verdades-sobre-la-inflacion-202111619110

Statista. (2022). Evolución del número de empleados de Amazon de 2011 a 2021. En https://es.statista.com/estadisticas/535623/numero-de-empleados-de-amazon/

IV

¿EL CAPITALISMO SE AUTODESTRUYE?

En este capítulo vamos a repasar las ideas con las que el economista Richard Wolff y el filósofo analítico Gerald Cohen cuestionan el núcleo duro del capitalismo: la propiedad privada de los grandes medios de producción. Aunque ambos usan categorías marxistas, tienen perspectivas críticas sobre los "socialismos realmente existentes". Wolff es un economista marxista estadounidense conocido por su trabajo en la metodología económica y el análisis de clase. Estudió diez años en las Universidades de Harvard, Stanford y Yale y es profesor emérito de Economía de la University of Massachusetts Amherst. Cohen fue el fundador del marxismo analítico, profesor de Teoría Política y Social en Oxford y posteriormente profesor de Jurisprudencia en el University College London, y un crítico temprano del sistema soviético, al punto en que hacia el final de su vida llegó a definirse como socialista, y no como marxista.

Entre los filósofos analíticos son comunes los experimentos mentales, y Cohen propone uno: dice que nos imaginemos a un shmoo, un personaje popular de una historieta que apareció en 1948, y que tenía un solo deseo: satisfacer las necesidades humanas. Los shmoo se duplicaban a sí mismos más rápido que los conejos. No requerían más sustento que el aire. Eran deliciosos para comer y estaban ansiosos por ser comidos. Si un humano con hambre los miraba fijo, el shmoo se inmolaba feliz saltando a una sartén. Su cuerpo sin vida se volvía sólido y podía ser usado como ladrillo para una construcción. Como se reproducían rápido, había shmoos suficientes para todos. Solo los odiaban los empresarios ricos, ya que los shmoos satisfacían todas las necesidades humanas, y ya nadie tenía que trabajar para estos empresarios. Así es como a medida que los shmoos se expandían por Estados Unidos, estos empresarios empezaron a perder su dinero y su poder. Por eso convencieron al gobierno de que promoviera la idea de que los shmoos eran contrarios a los intereses del país, que estaban provocando un caos y alterando el orden social. Las personas no iban a trabajar ni compraban nada. El gobierno pidió entonces al FBI que exterminara a los

shmoos, y así lo hizo, pero un país salvó a un par de shmoos. Los empresarios no querían a los shmoos porque otorgaban independencia a las personas, y cuando las personas no eran dependientes, los empresarios perdían su lugar privilegiado (Vrousalis, 2/2/2011).

Cohen destaca que los ciudadanos no siempre dependieron de los empresarios. Si bien nunca tuvieron shmoos, sí tuvieron tierras, y lo que en esta historia obtienen con los shmoos, lo obtenían trabajándola. No conservaban todo lo que producían: el señor feudal, el monarca y los nobles generalmente tomaban bastante de lo que producían, pero no dependieron para la supervivencia de sus superiores hasta que se desarrolló una larga historia de expropiación, y para sobrevivir debían "alquilarse" a sí mismos a un empresario capitalista, ser contratados por él y ofrecer lo único que tenían, que era su fuerza de trabajo. Los compradores, es decir, los empresarios, trataron a los vendedores de su fuerza de trabajo solo como fuente de lucro, de modo que cuando no los necesitaban, como estas personas no tenían tierras para cultivar ni shmoos, se convirtieron en mendigos, empleados domésticos y changarines.

Entre 1820 y 1970, en muchos países los salarios crecieron y eso generó confianza en el sistema basado en el capital. De hecho, Jefferson, Franklin y Paine, los padres fundadores de Estados Unidos, tuvieron una visión más igualitaria que la de muchos líderes que los sucedieron. En África, Asia y Latinoamérica la situación era más desfavorable.

Fue alrededor de 1970 que advirtieron que se generaban muchas más ganancias si se producía en países con mano de obra más barata. Es lo que ocurre actualmente en los países en los que se prescinde de la mano de obra nacional para obtener mano de obra barata de China. En esos países más desarrollados los trabajadores ganan menos de lo que solían ganar y no pueden consumir lo que esos empresarios producen. Entonces la propia China tiene dificultades para vender sus productos al mundo, porque los salarios han ido descendiendo en términos de poder adquisitivo. Hoy esta crisis tiene lugar a nivel global. El capitalismo está en serias dificultades.

¿Qué pasó cuando en la década del 70 del siglo XX las personas no tenían dinero para comprar? La solución fue el crédito. Hipotecas para comprar casas y créditos para comprar autos. La costumbre de utilizar la tarjeta de crédito no existía para pagar todo antes de la década del setenta del siglo XX. Solo la usaban unas pocas personas de negocios que viajaban. Tiempo después,

generaciones enteras de estadounidenses no podían recibirse en una universidad prestigiosa sin cargar con miles de dólares de deuda. El sistema siguió funcionando así. Se seguía comprando, aún sin dinero, pidiéndolo prestado. Y en el 2008 más de un millón de casas estaban comprometidas en juicios hipotecarios en Estados Unidos, el mayor número de juicios registrado a lo largo de la historia de ese país. Los problemas ahora son tan globales, que habrá que ver si el sistema encuentra alguna una forma de sostenerse, señala el economista Richard Wolff.

Los dueños de los medios de producción

Wolff destaca algunos problemas fundamentales del capitalismo (Wolff 2012, 2019; Empire Files, 22/3/2016). Los individuos particulares son los dueños de los medios de producción: poseen la tierra, las fábricas, los negocios, la maquinaria, y los propietarios son una porción muy reducida de la población, del 1 al 5 %, tal vez, pueden ascender al 10 %, aunque rara vez es un porcentaje tan alto. Eso significa que la vasta mayoría de las personas nunca son parte de los propietarios de los medios de producción. No estamos hablando de poseer una casa donde vivir, sino de poseer el lugar de trabajo, las herramientas, etc. Y la idea más básica del socialismo es que si se permite que un pequeño porcentaje de la población controle todos los medios de producción de bienes y servicios de una sociedad, harán que el sistema trabaje para ellos y no se preocuparán por el resto de los ciudadanos. Es la receta de una sociedad que produce riqueza para el 5 o 10 % de las personas que están en la cima. Esto da poder a ese pequeño porcentaje de individuos, lo que resulta profundamente injusto y antidemocrático.

¿Cómo se resuelve? Con que los mismos trabajadores posean los medios de producción, no un pequeño grupo o los burócratas estatales de turno, sino las personas que dedican tiempo y energía a un ámbito de trabajo determinado, de modo que las decisiones sean tomadas colectivamente. Por eso se llama socialismo, es la sociedad la que debería poseer los medios de producción. La atención está focalizada en el lugar de trabajo. La idea, dice Wolff, es que la manera de asegurarse de que ningún gobierno esté por encima de las personas, es asegurar que la base de la sociedad, donde las personas viven, trabajan y generan riqueza, esté en sus manos. Si quieren un slogan del socialismo del siglo XXI es éste, dice: democraticemos las empresas de modo que adopten la forma de una cooperativa. Hoy ese ínfimo porcentaje de personas que poseen los medios de producción suelen ser quienes tienen más acciones en la empresa, y por tanto quienes más poder detentan para elegir a los miembros del directorio, que no suelen superar las veinte personas.

En la empresa capitalista no hay democracia, el que tiene más acciones, es decir,

más dinero, es el que controla más, señala Wolff. Los que tienen más acciones eligen qué se produce, cómo se lo hace, dónde se emplaza la empresa y qué se hace con las ganancias. Los que trabajan no pueden decidir sobre sus condiciones de trabajo, ni sobre lo que ocurre con el producto de su esfuerzo. Es lo opuesto de la democracia. Y si no se tiene democracia en el lugar de trabajo tampoco se puede tenerla en la política, ya que los que están en la cima del poder económico influirán y presionarán a través de sus lobbies para que la política los favorezca. Si los trabajadores tuvieran una cooperativa, dice Wolff, ¿creen que les darían poder a unos pocos ejecutivos, con sueldos tan abultados que difícilmente sabrían qué hacer con ellos, mientras que en Estados Unidos la mayoría tiene que pedir prestado dinero para mandar a sus hijos a la universidad? ¿Votarían para quedarse sin trabajo y que la empresa produzca en China? Eso no pasaría nunca. No destruirían su comunidad teniendo la fábrica vacía. Nunca hubiera pasado lo que ocurrió en los últimos cuarenta años: la drástica disminución de empleos en favor de la apertura de empresas en otros países con sueldos más reducidos.

Cuando el empresario contrata a alguien por veinte dólares la hora, sabe que por cada hora que trabaja su empleado, tendrá más para vender al final del día, y deberán ser más que 20 dólares. De modo que la única forma en que puede contratarlo es si produce más que lo que el empresario le da, así que si el empleado siente que no le pagan lo que le corresponde, está en lo cierto.

Un empresario diría “me lo gané”. No, no se lo ganó, lo estafó, diría quien examine en forma crítica la relación social subyacente. Wolff refiere puntualmente a la persona que tiene numerosas acciones en empresas y a la que cuatro veces por año le llega un cheque con las ganancias. Para los ricos, estos son millones de dólares. ¿Qué hicieron exactamente para ganar ese dinero? Nada. “¿Esas personas me van a decir a mí que ganaron ese dinero? —dice Wolff—. ¿Alguna vez pisaron la fábrica? ¿Tienen idea de lo que hace esa compañía? ¡No! No les importa. Solo están sentados recolectando el dinero. Si hay muchos accionistas que reciben dinero por cosas que no ayudaron a producir, entonces deberá haber en algún otro lugar de ese sistema, gente que produce lo que no obtiene. Un sistema así apesta” (Empire Files, 22/3/2016).

Cada empresario busca ganar más dinero o ser competitivo ahorrando en mano de obra, sustituyéndola por ejemplo por máquinas automatizadas que realizan el trabajo que solían hacer decenas de personas, a menudo no actualizando los salarios, contratando inmigrantes que provienen de países del mundo en los que

los salarios son mucho más bajos o directamente fabricando los productos en otros países con mano de obra barata, como es el caso de China. Todo esto hace que en determinados contextos sociales los trabajadores tengan cada vez menos dinero y puedan comprar cada vez menos los productos de estos empresarios.

Veamos qué dicen algunos datos al respecto. En 57 años, desde 1964 hasta 2018, el poder adquisitivo de la mayoría de los trabajadores estadounidenses apenas se ha movido. Ganaron más dólares por hora, pero eso no representó un incremento de poder adquisitivo que merezca ser destacado (DeSilver, 7/8/2018).

Para el filósofo analítico Gerald Cohen el capitalismo priva a la mayoría de la población de los recursos del mundo y frustra la satisfacción de necesidades humanas fundamentales. Por supuesto, las cosas no están tan mal ahora, dice Cohen, el capitalismo no es exactamente como solía ser, ya que los trabajadores comenzaron a defenderse creando sindicatos, y la aparición del Estado de Bienestar, que asegura las necesidades básicas, implica que los trabajadores no dependen para todo lo que necesitan de la suerte de encontrar algún empresario que compre su fuerza de trabajo. Los sindicatos y el Estado de Bienestar fueron resistidos por los empresarios, pero permanecieron.

Los partidarios del capitalismo lo describen como uno en el que las personas libremente cambian su fuerza de trabajo por un sueldo. Los socialistas niegan la libertad y la justicia de ese intercambio, ya que algunos llegan con muchos bienes al mercado, lo que los llevará a invertir, y otros carecen de esos bienes o de ese capital, solo cuentan con su fuerza de trabajo. A este argumento los defensores del statu quo oponen el argumento de que ellos comenzaron desde cero, sin tener nada más que su talento y su coraje. Un socialista podría responderle que hoy en día no es lo más común que el empresario empiece solo con su talento, pero supongamos que fuera así, dice Cohen, todo lo que él posee si nos remontamos al pasado, fue hecho en base a lo que alguna vez no fue propiedad privada de nadie. La pregunta es: ¿cómo es que en un inicio algo comenzó siendo propiedad privada y ese título que llamamos dinero fue transferido a él? ¿Cuál fue la fuente del derecho de las personas que le transmitieron el dinero que él posee? Ese tipo de justificación no puede continuar para siempre, dice Cohen. Estas primeras personas que se dijeron propietarias no los ganaron, sencillamente tomaron recursos de la naturaleza, se los apropiaron.

El libertario considera legítima la apropiación de un recurso económico q no es

de nadie y su legado a los herederos. Como los recursos terrestres ya han sido objeto de apropiación, este esquema condena a las nuevas generaciones q no fueron afortunadas en la lotería genética.

¿Qué les dio derecho, no a utilizar la naturaleza, porque ese derecho lo tenemos todos, sino a establecer el derecho a la propiedad privada en relación a la naturaleza, de modo que los demás no puedan usarlo libremente? ¿Cómo se acumuló esa propiedad privada en primer lugar? El hecho de que los recursos naturales no fueron propiedad de nadie en algún momento, ¿respalda la idea socialista de que deben ser restituidos a las personas?

La derecha razona del siguiente modo: las empresas solo sobreviven si hacen dinero, y lo hacen solo si compiten con otras firmas. Como esa competencia es severa, la firma que sobreviva debe ser eficiente. Cohen dice que adhiere a parte de este argumento: la competencia en el mercado se tradujo en una gran capacidad para producir cosas, pero el argumento también sostiene que de este modo se satisface a las personas, y Cohen sostiene que la manera en que el sistema articula esto genera frustración, no satisfacción. ¿Por qué? Justamente porque el dueño de los medios de producción tiene como propósito principal hacer todo el dinero que pueda, no satisfacer las necesidades de nadie. Mide su desempeño por la cantidad de ganancia que obtiene, y eso no prueba que sea bueno satisfaciendo necesidades.

El mejoramiento en productividad es necesario para las empresas si van a sobrevivir en la competencia. Eso significa más rendimiento para cada producto generado. Pero cuando sube el rendimiento uno podría hacer dos cosas: reducir el horario de trabajo y extender el ocio, o en lugar de eso se pueden mantener las horas de trabajo e incrementar la ganancia del empresario. Convengamos en que para la mayor parte de las personas lo que hacen en el trabajo no es una fuente de dicha. Si obtuvieran el dinero sin tener que trabajar en tareas que le desagradan, la mayoría muy probablemente lo aceptaría. Lo que elige el empresario es incrementar la ganancia o la productividad, o buscar una nueva línea de producción, no reducir el tiempo de trabajo y permitir que los empleados tengan más tiempo de ocio.

Cohen cuenta que el encargado de General Motors dijo alguna vez que su objetivo era hacer dinero, no autos, por eso fabrica tantos automóviles, de lo contrario, haría menos automóviles para contribuir a generar un sistema de transporte menos peligroso y más eficiente. Si cubrir necesidades fuera el

objetivo, se produciría mucho menos, sostiene Cohen. Muchos de nosotros viviríamos vidas menos ansiosas y tendríamos más tiempo y energía para el cultivo y disfrute de nuestras habilidades. “No soy un fanático que critica el consumo, consumir está bien” —escribe Cohen—, “el problema en este sistema es que la mayoría de nosotros quiere más productos que los que puede tener, ya que la sociedad de consumo se encarga de que nuestros deseos nunca sean completamente satisfechos, porque permanentemente alienta nuevos deseos”. El negocio requiere de clientes satisfechos, pero no deben estar demasiado contentos, ya que si están satisfechos compran menos, trabajan menos y los negocios se funden. En este sistema, continúa Cohen, mucho esfuerzo y talento está destinado a que las personas consigan lo que no tienen, por eso hay tanta innovación y tanto presupuesto invertido en publicidad y en la obsolescencia, de modo que la rueda del consumo siga girando. Las personas trabajan todo el día, y a veces toman trabajo extra para comprar cosas que no tienen tiempo de disfrutar por el tiempo que invierten en comprarlas. Hemos logrado superar la escasez de la naturaleza, pero ahora tenemos una escasez artificial: las personas nunca sienten que poseen lo suficiente, parece que fueran a alcanzar un nivel deseado de confort, pero constantemente se crean nuevas necesidades. A veces los individuos salen de la rueda del consumo, por ejemplo, cuando hay altos índices de desempleo, sobreempleo para algunos, y desempleo para otros.

De modo que Cohen dice ser escéptico respecto a la posibilidad de que el capitalismo satisfaga nuestras necesidades como consumidores. Además, hay otras necesidades que no tienen que ver con el consumo y que se vinculan con el desarrollo de los talentos. Las capacidades de las personas a menudo permanecen inutilizadas. En general solo pueden ser desarrolladas cuando reciben buena educación, pero la educación peligra cuando muchos quieren que se adecue a los intereses estrechos del mercado de trabajo. Sin embargo, para que el capitalismo continúe existiendo es necesario que se ofrezca gran cantidad de trabajo barato que no requiere de grandes destrezas. Algunos argumentan que si se educa para desarrollar aspiraciones más complejas, solo se genera frustración. Es difícil imaginar una aproximación más antidemocrática a la educación. El talento de personas que no han tenido la libertad ni el tiempo de desarrollarse permanece dormido, y esto no equivale a decir que todos sean igualmente talentosos, señala Cohen, sino que hay mucho talento esparcido en el paisaje humano. A lo largo de la historia, solo una minoría gozó de esa libertad.

¿Cómo se traduce todo esto a nivel global?

Las 62 personas más ricas del mundo tienen más riqueza que la mitad inferior de la población de este planeta (BBC Mundo, 20/1/2016). No hay justificación ética para esta situación. Es un nivel de desigualdad tan descomunal que no tiene ninguna justificación. Estas personas de la mitad inferior viven muchos menos años de los que deberían, o porque su dieta no es buena, o porque no tienen comida, o porque sufren problemas que podrían ser fácilmente resueltos por la medicina moderna.

No constituye ninguna novedad que la manera en que el capitalismo evolucionó afectó la ecología del planeta, generando nuevas enfermedades, comprometiendo la vida de las futuras generaciones. Es absurdo que no se pueda detener esta conducta. Es otra forma en que este sistema nos confronta con la barbarie. Fue un problema que Marx no previó ni pudo prever. Tomó de Hegel la idea de que en la sociedad se van creando nuevas necesidades y formas de satisfacerlas, pero esta dinámica lleva a agotar los recursos del planeta y a trabajar demasiadas horas por productos que suele haber poco tiempo para disfrutar. Los dueños de los medios de producción publicitan sus novedades, generando nuevas necesidades y haciéndonos pagarlas más caro porque somos nosotros mismos quienes financiamos la propaganda destinada a que compremos esas mercancías.

Al argumento de la derecha de que el capitalismo es el único sistema que posibilita el crecimiento, Wolff señala que en los últimos doscientos años, los dos ejemplos de países que crecieron más rápido son la Unión Soviética y China. Constatar esta evidencia económica no supone la legitimación de sus regímenes autoritarios. Pero dejemos el ejemplo de China porque tuvo una apertura a la economía de mercado en los últimos años, concentrémonos en el ejemplo de la Unión Soviética. En 1917, cuando tuvo lugar la Revolución Rusa, Rusia era el pueblo más retrasado de Europa, la mayoría era analfabeta y trabajaba en la agricultura. Era un país pobre que acababa de perder la Primera Guerra Mundial, luego tuvo una revolución y una guerra civil. En 1975 se convirtió en la segunda potencia del mundo, había pasado por una Segunda Guerra Mundial devastadora en su propio territorio, y mostró niveles sorprendentes de crecimiento. La

economía soviética registró una tasa de crecimiento anual promedio estimada en 5,8 % de 1928 a 1940, en términos de producto bruto nacional, de 5,7 % de 1950 a 1960, y de 5,2 % de 1960 a 1970. (Ofer, 1988; Johnston, 2021). Nada de esto implica negar los procedimientos autoritarios que signaron el poder político en la Unión Soviética, al punto en que muchas personas de izquierda refieren a ella como un “capitalismo de Estado”.

Cuando el capitalismo nació en Europa, hubo muchos lugares en los que se desarrolló durante un tiempo, y después desapareció, o fue en direcciones horribles rechazadas por la población, señala Wolff, y eso no es sorprendente, porque no se decide de un día para el otro ir de un sistema A a un sistema B, y entonces todo funciona perfecto. En general se atraviesan distintos experimentos, hay lecciones que se aprenden, se advierte que tal cosa se hizo bien y tal cosa se hizo mal. A su modo de ver las experiencias socialistas fueron eso, ensayos con aciertos y errores, tal como ocurrió con el capitalismo. El sistema que propone Wolff no es el de esos países, justamente porque está pensando en un modo de organización social que no se construya verticalmente, sino a partir de la democratización del trabajo en forma de cooperativa. A este tema le dedicó un libro entero denominado Democracy at work (Democracia en el trabajo, Wolff, 2012).

Cada vez que el capitalismo está en problemas, aparecen sus defensores, que dicen, sí, estoy de acuerdo en que hay problemas, pero eso es porque en un momento dado irrumpió algo que destruyó el auténtico sistema, si solo volviéramos a un estado de pureza original (con menos políticas del bien común y más laissez faire), funcionaría muy bien. Wolff dice que comprende eso, en general nos aferramos a lo que existe porque cambiar un sistema es atemorizante, “pero mi respuesta sería”, dice, “este sistema es lo que ves, si no te gusta cómo evolucionó, eso está bien, pero imaginar que es posible retroceder a alguna instancia pura que no repetirá la evolución de lo que tenemos, es algo que no se hace cargo de las evidencias que muestran porqué llegamos hasta aquí, y no lo hicimos porque un grupo de antisociales o personas corruptas o clientelistas así lo quisieron”.

Cohen sostiene que a menudo la derecha presupone que la distribución existente de la propiedad es de alguna manera parte del orden natural de las cosas, como el clima o el fin de la vida, y que la libertad se distribuye a partir de eso. Pero la propiedad privada de los medios de producción ya es en sí misma una distribución de la libertad, a la que necesariamente restringe. El propietario de

algo es libre de usarlo, otros no lo son.

Muchos dirían “OK, comparto las críticas, pero siempre hubo y habrá desigualdad”. Cohen sostiene que esa lectura de la historia es muy pesimista. Pocos siglos atrás casi nadie se atrevía a decir que la mayoría de las personas debían tener derecho al voto. Hoy somos una democracia política, pero no somos una democracia económica; sin embargo, es una idea que con el tiempo podría implementarse. Pero podemos vivir en un mundo más igualitario. La sociedad no necesariamente va a estar divida entre aquellos que controlan los recursos y aquellos que solo tienen su fuerza de trabajo para vender. Llevará mucho trabajo de pensamiento diseñar un orden económicamente democrático, y una lucha importante contra aquellos que detentan poder y privilegios. “Pero así como nadie defendería hoy la esclavitud o un régimen feudal”, concluye Cohen, “creo que llegará el día en el que nadie defenderá una forma de sociedad en la que una minoría saque provecho económico de la mayoría”.

Bibliografía

BBC Mundo. (20 de enero de 2016). ¿Quiénes son las 62 personas cuya riqueza equivale a la de la mitad de la población mundial? En https://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/01/160120_62_mas_ricos_50_por_ci

DeSilver, D. (7 de agosto de 2018). For most U.S. workers, real wages have barely budged in decades. Pew Research Center. En https://www.pewresearch.org/fact-tank/2018/08/07/for-most-us-

workers-real-wages-have-barely-budged-for-decades/

Empire Files. (22 de marzo de 2016). Marxism 101: How Capitalism is Killing Itself with Dr. Richard Wolff [Video]. YouTube. En https://youtu.be/6P97r9Ci5Kg

Johnston, M. (24 de junio de 2021). Why the USSR Collapsed Economically. Investopedia. En https://www.investopedia.com/articles/investing/021716/why-

ussr-collapsed-economically.asp

Ofer, G. (1988). Soviet economic growth: 1928-1985. Rand/UCLA. Center for the Study of Soviet International Behavior. En https://apps.dtic.mil/dtic/tr/fulltext/u2/a220336.pdf

Vrousalis, N. (2 de febrero de 2011). G. A. Cohen - Against Capitalism - Part 1 [Video]. YouTube. En https://youtu.be/yA9WPQeow9c

Vrousalis, N. (2 de febrero de 2011). G. A. Cohen - Against Capitalism - Part 2 [Video]. YouTube. En https://youtu.be/oD1YEzd6QzQ

Wigglesworth, R. (11 de febrero de 2020). How America's 1 % came to dominate stock ownership. Financial Times. En https://financialpost.com/investing/how-americas-1-came-to-dominate-stock-ownership

Wolff, R. D. (2012), Democracy at Work: A Cure for Capitalism, Chicago: Haymarket Books.

Wolff, R. D. (2012). Capitalism hits the fan: The global economic meltdown and what to do about it. Interlink Publishing.

Wolff, R. D. (2019). Understanding Socialism. New York: Democracy at Work.

Wolff, R. D. (2019). Understanding Marxism. New York: Democracy at Work.

Wolff, R. D., & Resnick, S. A. (1987). Economics: Marxian versus Neoclassical. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Wolff, R. D., & Resnick, S. A. (2012). Contending economic theories: neoclassical, Keynesian, and Marxian. MIT Press.

Younis, M. (20 de mayo de 2019). Four in 10 Americans Embrace Some Form of Socialism. Gallup News. En https://news.gallup.com/poll/257639/four-americans-embrace-form-socialism.aspx

V

LA PLUSVALÍA

Si desea aumentar sus posibilidades de evitar enfermedades relacionadas con el estrés, asegúrese de no permitirse a usted mismo inadvertidamente nacer pobre.

ROBERT SAPOLSKY

Es un concepto que no siempre resulta fácil de entender, controvertido como lo son todos los instrumentos teóricos propuestos por Karl Marx para analizar el capitalismo, pero muy necesario para comprender una de las principales críticas de las que es objeto la economía contemporánea. En un lenguaje sencillo, sin tecnicismos, con ejemplos y con un breve repaso histórico de cómo llegamos hasta aquí, en este capítulo vamos a examinar el concepto de plusvalía.

Extracción de la plusvalía en la historia humana

Conforme fue evolucionando, el trabajo humano permitió generar un valor excedente que supera lo requerido para la subsistencia. Una pregunta central es cómo se utiliza ese excedente en cada sociedad. En las culturas esclavistas de la antigüedad, los amos podían extraer a la fuerza la totalidad del excedente producido por los esclavos, mientras los mantuvieran con vida. Si los esclavos se negaban a trabajar para sus amos, eran castigados severamente, o se los mataba para inspirar temor en los demás. Durante el feudalismo los siervos usaban una parte de su trabajo en su propio beneficio, y entregaban al señor feudal otra parte llamada “corvea”. En ambos casos, había una división de clases entre un grupo que realizaba un trabajo excedente al necesario para sobrevivir, y otro grupo que se apropiaba de ese excedente. Se establecía una relación de dominación y explotación entre amos y esclavos, y entre señores y siervos. La dominación es la capacidad de controlar las actividades de otras personas, y la explotación es la obtención de beneficios a partir del control de los dominados, gracias al aprovechamiento de sus vulnerabilidades y dependencias.

Extracción de la plusvalía en el capitalismo

Cuando surgió el capitalismo, se utilizó la fuerza para obligar a los obreros y a los niños a realizar trabajos insalubres a cambio de salarios miserables. Luego surgieron leyes para limitar algunos de esos abusos. A simple vista, parece que si se aplican esas leyes, los obreros trabajan enteramente para su propio beneficio, y que no hay extracción coercitiva sino contratos voluntarios en los que la fuerza de trabajo se intercambia por un salario. Pero visto más de cerca, sigue existiendo una relación de dominación y explotación entre clases. Hay una división de clases entre los burgueses, que son dueños de los medios de producción —no confundir con burgués entendido como clase media—, y el proletariado, que no posee más que su propia fuerza de trabajo. La explotación ocurre a nivel estructural y a nivel individual. A nivel estructural porque la posición de clase obliga a los proletarios, pero no a los burgueses, a vender su fuerza de trabajo, y permite a los burgueses, pero no a los proletarios, apropiarse del excedente y decidir su uso. A nivel individual, porque el poder de negociación en los contratos laborales es asimétrico. La asimetría consiste en que el proletario no llega al mercado con los mismos bienes que el dueño de los medios de producción, lo único que tiene es su fuerza de trabajo, y necesita un empleo para sobrevivir, algo que lo coloca en una situación de vulnerabilidad y dependencia que restringe su margen de libertad y su poder de negociación.

El principio jurídico de la libertad de contratación establece que cada contrato es una elección libre, y no se impone a ninguno de los participantes. Pero los proletarios no son libres para vender su fuerza de trabajo, ya que no poseen otro medio de vida. La libertad del proletario para negociar un contrato salarial solo reconoce dos opciones: vender su fuerza de trabajo, o pasar hambre.

Imaginemos al dueño de una fábrica de camisas. El empresario compra materia prima y máquinas de coser, contrata obreros, y transforma el algodón en camisas que luego vende en forma mayorista o minorista. Al contratar a un obrero, compra su fuerza de trabajo, su habilidad para hacer cierta tarea durante un tiempo. Ese trabajo incrementa el valor de la mercancía, y permite que el precio al vender la camisa sea mayor que el precio del algodón utilizado. Este

incremento del valor de la mercancía es la plusvalía. El término usado por Marx es mehrwert, que se podría traducir como “más valor” o “valor excedente”.

Entonces, en el capitalismo la plusvalía puede ser definida como la diferencia entre el valor que un trabajador añade a la mercancía que logra ser vendida, y el valor que recibe en su salario (para más detalles sobre las técnicas de medición de la plusvalía, ver Cueno, 1982, 1984; Moseley, 1985; Lynch, 1987, 1994). El empleador compra la fuerza de trabajo como una mercancía más, tratando de pagar el menor precio posible, y se apropia del valor excedente producido por la mano de obra. En la etapa de producción de la mercancía, el trabajo aumenta el valor de la mercancía respecto a la materia prima. El trabajador produce más valor que el que recibe en su salario.

Trabajo necesario y plustrabajo

Se puede representar el trabajo diario de un proletario como la suma de dos partes: una parte que produce valor para pagar su propio salario, y otra parte que produce valor para el dueño de la fábrica. Suponiendo que un obrero trabaja ocho horas y produce mercancías que se venden en 80$, y su salario es de 20$ diarios, esto significa que en dos horas de su jornada paga su propio salario, y en las otras seis horas produce 60$ diarios para el dueño de los medios de producción. Se denomina “trabajo necesario” al que cubre el propio salario, y “plustrabajo” al que genera la plusvalía apropiada por el dueño de los medios de producción.

Este es un ejemplo simplificado. En la vida real, hay mercancías que requieren distintas etapas de trabajo con distintas duraciones, y no es tan fácil identificar el punto exacto en el que un trabajador deja de trabajar por su propio salario. También existen casos complejos que analizamos en el capítulo sobre clases sociales: trabajadores en cargos directivos que ejercen poderes de dominación aunque sigan subordinados a los dueños, trabajadores en puestos especializados que logran reducir el grado de explotación, o directivos que adquieren activos de la empresa y se asemejan a la clase burguesa. El ejemplo simplificado sirve para entender que los trabajadores producen más de lo que ganan con su salario, y que el dueño de los medios de producción se queda con esa diferencia. En algunos casos la diferencia es enorme, como sucede con los trabajadores de países subdesarrollados, cuyos salarios no les permiten comprar los productos que fabrican. Por ejemplo, obreros de la construcción que no tienen casa propia. Pero incluso en los lugares donde los trabajadores ganan mejor, están produciendo más de lo que ganan. No es posible tener ganancias muy grandes sin extraer plusvalía, y un mayor margen de lucro implica un mayor margen entre plustrabajo y trabajo necesario. Estos mecanismos del sistema actual (la presión para que cada empresario minimice los salarios con la finalidad de maximizar el lucro y la competitividad, y las ventajas acumulativas del efecto Mateo) llevan a que el sistema actual se caracterice por un incremento creciente de la desigualdad social. El efecto Mateo planteado por el sociólogo Robert

Merton en 1968, tal como veremos en mayor profundidad en el capítulo sobre este tema, refiere a cualquier fenómeno que genere ventajas acumulativas. En Estados Unidos la productividad creció ocho veces más rápido que la remuneración de los trabajadores en el período de 1979 a 2013. La productividad creció un 64,9 %, mientras que la remuneración por hora de los trabajadores de producción solo creció un 8,2 % (Bivens y otros, 2014).

Plusvalía absoluta, relativa y extraordinaria

El dueño de la fábrica busca maximizar su ganancia económica, y para eso tiene que pagar al obrero menos que el valor de la mercancía. La ganancia máxima se obtiene si el dueño vende la mercancía a un precio muy alto, y paga los salarios a un precio muy bajo. Pero el precio máximo de la mercancía está limitado por variables objetivas como el costo de producción en cada sociedad, los precios de las mercancías de los competidores, la demanda del producto y la capacidad adquisitiva de los consumidores. Por su parte, el salario no puede ser inferior al necesario para sobrevivir, porque de lo contrario se perdería la fuerza de trabajo. El dueño de la fábrica tiene varias opciones, que Marx analiza con los conceptos de plusvalía absoluta, relativa, y extraordinaria.

La plusvalía absoluta es producida por la prolongación o intensificación de la jornada de trabajo. Si el tiempo de trabajo necesario para el salario son dos horas, y el empresario logra que el obrero trabaje diez horas en vez de ocho, la plusvalía que extrae pasa de seis a ocho horas. Si se trabaja más en el mismo lapso, se produce más plusvalía absoluta. La intensificación puede lograrse incorporando máquinas y bandas transportadoras, aplicando normas que prohíben las interrupciones para descansar, vigilando el ritmo laboral de cada empleado, o utilizando amenazas y penalizaciones. Chaplin ilustró muy bien esta situación en su película Tiempos modernos, en la que representa a un operario en una cadena de montaje al que le piden que trabaje más rápido, y al procurar hacerlo termina cayéndose adentro de la máquina. Pero la obtención de plusvalía absoluta tiene límites: la jornada no puede extenderse indefinidamente, hay actos de resistencia por parte de trabajadores, sindicatos, y en muchos países existen barreras legales que buscan proteger su salud y su bienestar.

En contraste, la plusvalía relativa proviene de reducir el valor de la fuerza de trabajo, es decir, de reducir el valor del salario. Si disminuye el valor de las mercancías requeridas para la subsistencia de la clase obrera, el empresario puede disminuir el salario, y al hacerlo, el empresario puede obtener mayor plusvalía relativa, aunque la jornada laboral no se prolongue ni se intensifique. Otra estrategia posible es contratar inmigrantes que acepten salarios más bajos, o

mudar las fábricas a países subdesarrollados, o a países con mano de obra barata, como ocurre en este momento en Estados Unidos, donde una ciudad como Detroit ha perdido una parte importante de su población en buena medida porque las empresas prefieren fabricar los productos en China, donde la mano de obra es más barata y pueden trabajar doce horas por día. El valor de la fuerza de trabajo varía según el país o el grupo social de que se trate. Esto se debe a diferencias en los gastos necesarios para la subsistencia del trabajador y su familia, a los costos de las mercancías de subsistencia, y a diferencias en el grado de protección legal y sindical. En los países subdesarrollados un sueldo bajo es suficiente para que el trabajador sobreviva y siga trabajando, mientras que el mismo salario sería insuficiente en un país más desarrollado. Por otro lado, en algunos países los obreros lograron que se promulguen leyes para mejorar su calidad de vida, mientras que en otros países este proceso nunca ocurrió, o fue contrarrestado por las clases dominantes. En las regiones con más desempleo hay más competencia entre trabajadores por los escasos puestos de trabajo, lo que permite conseguir trabajadores que acepten salarios bajos. Estas son algunas de las razones por las cuales muchas empresas mudan sus fábricas a países donde pueden pagar salarios menores.

La plusvalía extraordinaria es la que obtiene un empresario individual cuando, mediante la introducción de una tecnología más eficiente, logra reducir el tiempo de trabajo necesario para producir la mercancía, pero en relación a otros competidores. Si todos los fabricantes requieren dos horas de trabajo por camisa, y una empresa logra reducirlo a una hora por camisa, podrá venderla al mismo precio y obtener más ganancia, o venderla más barata y desplazar la competencia. Las otras empresas se verán obligadas a adquirir la nueva tecnología, o abandonar la fabricación de camisas. Si la mayoría introduce la nueva tecnología, entonces el tiempo de trabajo socialmente necesario se nivelará en una hora de trabajo por camisa, y la plusvalía extraordinaria desaparecerá. Por lo tanto, la plusvalía extraordinaria es una ganancia transitoria que obtiene el empresario que se adelanta a sus competidores en el uso de nuevas tecnologías, y que desaparece cuando los competidores lo imitan. Es también una motivación para el desarrollo tecnológico.

“Explotación” como concepto descriptivo y normativo

El concepto de “explotación” tiene a la vez funciones descriptivas y normativas. Como concepto descriptivo, nos sirve para entender y explicar un conjunto de fenómenos. Como concepto normativo, nos sirve para plantear críticas y buscar alternativas. La discusión de valores y normas es necesaria para guiar el desarrollo de tecnologías y la propuesta de proyectos políticos.

Marx consideró que palabras como “derecho” y “justicia” suelen ser usadas para legitimar o disimular las realidades del sistema vigente. Esto es cierto, pero se puede plantear que también está aplicando una teoría ética y política, aunque sea implícita, cuando critica el sistema vigente y propone uno alternativo. Lo que ocurre es que el análisis de Marx no refiere a la ética a nivel individual: no es que el dueño de la fábrica sea “egoísta” o “malvado”, sino que el sistema económico actual establece ciertas reglas del juego, que hacen que el dueño de la fábrica busque obtener el máximo lucro para ser más competitivo. Las mismas reglas hacen que se beneficie si puede pagar bajos salarios, si hay desempleo, y si hay poca protección legal y sindical para el trabajador. Las reglas establecen que el único motivo que tiene el burgués para decidir la inversión del capital es la obtención de lucro. No se toman en cuenta los beneficios y costos sociales o ecológicos. El empleo más útil del capital es el que rinde mayores ganancias, aunque no beneficie a la sociedad. Todas las mercancías, incluso la fuerza de trabajo, se venden y se compran según el valor derivado del tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas.

Marx reconoció las contribuciones de las distintas sociedades en las que hubo explotación, sin negar que sus logros se consiguieron a expensas de la autorrealización de la amplia mayoría. Richard Wolff lo ejemplifica con los jardines y palacios en Europa: reconocemos su belleza, pero sabemos que se lograron al precio del trabajo de muchas personas que seguramente habrían preferido que el dinero dedicado a esos lujos se hubiera utilizado de otro modo.

En épocas más recientes, diversos autores se dedicaron a investigar el tema de la explotación, incluyendo no solo la extracción de plusvalía, sino también otros

ejemplos como la trata de personas o la gestación subrogada. Varios de estos autores (Byron, 2020; Vrousalis, 2013; Zwolinski & Wertheimer, 2017) definen la explotación como la obtención de un beneficio para un individuo o grupo mediante el aprovechamiento injusto de la vulnerabilidad y dependencia de otro individuo o grupo. Existen distintos subtipos de explotación, que dependen de las causas de las asimetrías. La vulnerabilidad se da porque existe una amenaza para el bienestar de la persona explotada, que la ubica en una posición desventajosa en la negociación. La dependencia se manifiesta en que la persona que es explotada tiene que pagar un precio si intenta salir de la relación. El criterio para hablar de “injusticia” es que el explotador no protege los intereses de la persona vulnerable y dependiente.

El futuro del sistema actual

En el siglo XIX, Marx creía que el desarrollo del sistema actual generaría un deterioro progresivo: aumentarían la desigualdad y el desempleo, las pequeñas empresas fracasarían al competir con otras mayores, unos pocos oligopolios dominarían el mercado, surgirían revueltas sociales y crisis económicas cada vez más severas. Esta situación llevaría al surgimiento de un nuevo sistema socioeconómico, más productivo y más humano, sin clases sociales ni explotación.

Hoy podemos ver que algunas de esas predicciones se cumplieron y otras no. Presenciamos el surgimiento de diversas economías socialistas y mixtas, con sus propios aciertos y problemas. No se cumplió la predicción de que se lograría una sociedad sin clases luego de una dictadura transitoria del proletariado, tal vez porque las clases dirigentes preferían acrecentar sus posiciones de poder en el Estado. La pobreza extrema se redujo, pero esa reducción sucedió principalmente en China, cuyo sistema es mixto. Tal como señalamos en el capítulo que aborda el tema de la pobreza, si se utilizan umbrales menos extremos para medir la pobreza, los niveles mundiales siguen siendo muy altos, los avances son muy lentos, y existen tendencias al aumento de la pobreza en ciertas regiones y períodos.

Las predicciones de Marx sobre el aumento de la desigualdad fueron correctas. Algunas personas piensan que el único problema es la pobreza extrema, y no la desigualdad extrema. Pero la pobreza extrema es solo la punta del iceberg, porque otros niveles de pobreza también implican una calidad de vida precaria, y si bien una desigualdad moderada es tolerable, la desigualdad excesiva genera asimetrías de poder que perjudican los balances necesarios para una sociedad democrática. Como señalamos, por el efecto Mateo algunas ventajas permiten obtener más ventajas. Por ejemplo, quienes tienen más dinero, pueden acceder a fuentes de información y contactos que les permiten hacer mejores inversiones. También tienen más recursos para influir en la sanción y aplicación de leyes favorables a sus intereses. Si existe mucha asimetría de poder, la clase trabajadora no puede impedir que la clase dominante desvíe el excedente en vista

de su interés personal, perjudicando el interés general.

El futuro dependerá de lo que hagamos. La obra de Marx contiene ideas que siguen siendo correctas, como las nociones de plusvalía, explotación y lucha de clases, y otras como la de dictadura del proletariado, presente por ejemplo en el Manifiesto Comunista, que resultan cuestionables. Hoy los científicos sociales tienen el desafío de desarrollar las ideas correctas, para poder entender los fenómenos actuales, criticarlos y explorar alternativas mejores.

Bibliografía

Bivens, J., Gould, E., Mishel, L., & Shierholz, H. (2014). Raising America's Pay: Why It's Our Central Economic Policy Challenge. Economic Policy Institute Briefing Paper, vol. 378.

Bottomore, T. B. (1984). Diccionario del pensamiento marxista. Tecnos: Madrid.

Byron, C. (2020). A New Reading of Marx's Theory of Exploitation: Assessment and Defense (Doctoral dissertation, University of Georgia).

Cuneo, C. J. (1982). "Class struggle and measurement of the rate of surplus value". Canadian Review of Sociology/Revue canadienne de sociologie, 19(3), 377-425.

Cuneo, C. J. (1984). Reconfirming Karl Marx's rate of surplus value. Canadian Review of Sociology/Revue canadienne de sociologie, 21(1), 98-104.

Lynch, M. J. (1987). Quantitative analysis and Marxist criminology: Some old answers to a dilemma in Marxist criminology. Crime and social justice, (29), 110-127.

Lynch, M. J., Groves, W. B., & Lizotte, A. (1994). The rate of surplus value and crime. A theoretical and empirical examination of Marxian economic theory and criminology. Crime, law and social change, 21(1), 15-48.

Marx, K. (2008). El capital. Siglo XXI.

Moseley, F. (1985). The rate of surplus value in the postwar US economy: a critique of Weisskopf's estimates. Cambridge Journal of Economics, 9(1), 57-79.

Roemer, J. E. (2005). Socialism. New Palgrave Dictionary of Economics.

Vrousalis, N. (2013). Exploitation, vulnerability, and social domination. Philosophy & Public Affairs, 131-157.

Zwolinski, M. & Wertheimer, A. (2017). Exploitation. The Stanford Encyclopedia of Philosophy.

VI

LÍMITES EN EL DERECHO SUCESORIO

Los que tienen todo heredado dicen que los otros lo quieren

todo regalado.

CADAVID

¿Deben los ingresos ser proporcionales al esfuerzo que realiza cada persona? Quien conteste afirmativamente a esta pregunta debería estar a favor de poner un límite al derecho sucesorio. No hacerlo nos lleva a lo que el economista Michael Albert denomina “el problema del nieto de Rockefeller”, y es la posibilidad de que el nieto de Rockefeller no trabaje ni un solo día de su vida y la nieta de un indigente tenga que hacerlo durante toda su existencia en una tarea no gratificante por la que recibe una remuneración miserable. Es decir, la libertad de Rockefeller limita la libertad y el derecho a una igualdad de oportunidades para los contemporáneos de sus descendientes (Albert, 2005).

La mayor parte de los estudiosos de la economía política coinciden en señalar que las diferencias de riqueza que se acumulan en una sola generación debido a sacrificios desiguales son minúsculas si se las compara con las diferencias de riqueza que surgen por las herencias, por la suerte, por la obtención de una ventaja injusta y por la especulación.

En la Argentina existió un impuesto a la herencia y fue eliminado en 1976 por el ministro de Economía de la dictadura militar José Alfredo Martínez de Hoz. Para algunos la iniciativa estuvo destinada a que el propio ministro pudiera heredar sin gravamen alguno. Desde entonces hubo varios intentos para reimplantar el impuesto, pero por una u otra razón nunca terminaron de concretarse. Desde

enero del 2010 entró en vigencia en el ámbito bonaerense el “Impuesto a la Transmisión Gratuita de Bienes”, comúnmente denominado “Impuesto a la Herencia”. En Entre Ríos fue implementado, pero se lo derogó.

Muchos países cuentan con Impuesto a la Herencia, empezando por Estados Unidos, que lo aplicó por primera vez tras haber declarado su independencia, y en la actualidad está vigente en varios de sus Estados. En España se gravan las herencias superiores a los 402.700 euros, en Inglaterra las superiores a 312.000 libras (450.000 dólares), con porcentajes que llegan hasta el 40 % para la escala superior, lo que les permite recaudar algo más de 5.000 millones de dólares anuales. Impuestos similares existen en Alemania, Holanda, Bélgica, Italia y Francia. En Latinoamérica existe en Chile, con una alícuota que llega al 25 %, y en algunos Estados de Brasil con porcentajes bajos. Argentina es uno de los pocos países en el mundo que a nivel nacional no lo tiene.

En noviembre del 2008 los diputados Hugo Prieto, Gustavo Serebrinsky, Norberto Erro y Héctor Alvaro, todos radicales kirchneristas, propusieron gravar las herencias superiores al millón de pesos. En sus fundamentos señalaron que se deben aminorar las diferencias que el azar imprime en la situación de las personas, y advierten que “no hay ningún mérito en haber nacido en un piso de Avenida Callao y Libertador, y por ello ser acreedor de una inmensa herencia, mientras que quienes nacieron a unas pocas cuadras, en la villa 31, no pueden ser acreedores de nada”. El ex secretario de Cultura de la Nación de Cristina Kirchner, José Nun, reclamó que se reimplantara este impuesto y se destinara lo recaudado a Cultura, a la Asignación Universal por Hijo, o a ir preparando el camino para la Renta Básica Universal. Sin embargo, la iniciativa no prosperó.

Más allá de cierto límite, la posibilidad de heredar es contradictoria con el principio que da sustento a la cultura moderna, postulado incluso por varios teóricos del liberalismo: que el lugar que ocupe cada individuo en la sociedad debe estar basado en el propio esfuerzo y no en los privilegios de cuna.

El caso de los hermanos Fort

Sin haber trabajado un solo día de su vida, tras cumplir 18 años, los hijos del fallecido millonario argentino Ricardo Fort heredaron once millones de dólares, propiedades y el 33 % de las acciones del emporio chocolatero Felfort, creado por el padre de Ricardo. Los mellizos Fort recibirán también las numerosas propiedades que tienen en Miami, los campos vinculados a la compañía y varios autos de lujo como el recordado Rolls Royce que conducía Ricardo Fort (Ciudad Magazine, 2022).

Apenas los mellizos cumplieron 18 años, su posibilidad de heredar sin gravamen alguno fue tendencia en las redes sociales, y el 17 de febrero del 2022 envié a Twitter el siguiente tuit, que se viralizó: “Los Fort tienen 17 años y heredarán millones de dólares y el 33 % de Felfort, sin haber trabajado un día de su vida. ¿Con qué argumento ético fundamentan esto quienes están a favor de heredar sin límite? Descarten el de la legalidad y el ad hominem de la envidia. Sean originales”. Las respuestas incluyeron agravios de lo más variados, pero también referencias a los hijos de Cristina Kirchner por haber heredado dinero público, e ironías sobre “el valor social” de la empresa chocolatera: “Después de haber inventado los chocolatines Jack y sus muñequitos, el viejo Felipe se ganó el derecho a que todos sus descendientes vivan rascándose el pupo durante el resto de sus vidas”.

Otra persona objetó: “Roxana. Trabajo desde muy joven para poder dejarle algo a mis hijas y que no tengan que trabajar tanto. ¿Con qué argumento ético el fruto de MI trabajo tiene que ser destinado a personas que yo NO haya elegido?”. Mi respuesta se centró por un lado en el hecho de que lo que se reclama es que se ponga un límite a la cantidad que es posible heredar, no que no se herede en absoluto. Los países que más limitaron el derecho a la herencia lo circunscribieron a una casa y, a lo sumo, a otra casa en la playa. Señalé la contradicción entre los que defienden la herencia ilimitada y la meritocracia como base para la redistribución de la riqueza: “Si apoyan los privilegios de cuna, están en contra de la modernidad, a favor de la Edad Media, de que cada uno ocupe en la sociedad el lugar que ocuparon sus antepasados. Así que

decídanse: o apoyan la modalidad medieval o están a favor de los derechos modernos. Apoyar ambas cosas a la vez es lógicamente imposible".

¿Por qué el derecho a heredar no debería ser ilimitado? Básicamente por el "problema del nieto de Rockefeller", planteado por el politólogo Michael Albert en su libro Parecon (Economía Participativa). El nieto de Rockefeller en virtud de este esquema debería poder comer mil veces más que la hija trabajadora de un indigente que está notablemente preparada y es sumamente productiva. Y esto es así, incluso a pesar de que el nieto de Rockefeller no trabaje un solo día de su vida y la hija del indigente trabaje durante 50 años brindando servicios que benefician en gran medida a otros miembros de la sociedad. El hecho de que no hayamos realizado ninguna actividad para ganar una renta hace evidente que moralmente no la merecemos. Albert se pregunta por qué las personas que tienen muy poca o ninguna propiedad no tendrían una buena razón para aferrarse a un acuerdo diferente que no los penalizara por no ser propietarios. ¿Cómo hacen los propietarios de los medios de producción para que rija la norma que los beneficia? La diferencia histórica es que los propietarios han podido dedicarse a la buena vida, asegurándose mediante leyes la posibilidad de heredar sin límite. Con los años, la posibilidad de heredar ha sido limitada pero de manera muy escueta en muchos países, entre los cuales no se encuentra la Argentina, salvo la provincia de Buenos Aires, que tiene un impuesto a la herencia, pero demasiado reducido.

Albert nos invita a suponer que las personas que desean dejar una herencia se sacrificaron más que otros, trabajando durante más tiempo y realizando labores más duras, y que en lugar de comerse raciones enormes de caviar en el crepúsculo de su vida prefieran transmitir a sus hijos o nietos los recursos productivos que ganaron. Es el ejemplo de la respuesta al tuit y un argumento clásico de la derecha. Negarles ese derecho sería un quebrantamiento de su libertad personal para disponer de su beneficio económico. ¿Pero qué ocurre con el derecho de los miembros de la generación más joven a una igualdad de oportunidades en materia económica? Si no se limita la herencia, algunos jóvenes empezarán con ventaja y otros con desventaja, y no por errores cometidos por ellos mismos. Esta disparidad podría crecer de generación en generación. ¿Qué opción escogemos? El derecho a legar sin límite debería negarse porque el derecho de todas las generaciones a la igualdad de oportunidades económicas pesa mucho más que el derecho de algunos de los miembros de una generación a transmitir a su progenie su riqueza. Aunque ciertamente se sacrifica cierta libertad de consumo de la generación anterior, es

necesario hacerlo para proteger una libertad más fundamental de la generación posterior a gozar de una igualdad de oportunidades económicas. Los conflictos de libertades de este tipo son comunes tanto en la esfera económica como en otros ámbitos de la sociedad. Concretamente es una forma de perjudicar a la generación más joven, que ya de por sí es la que suele tener niveles superiores de pobreza en gran cantidad de países salvo que las personas nazcan en cuna de oro, o de plata. Los que buscan refutar este argumento sosteniendo: “eso lo decís por envidia” están cometiendo una falacia ad hominem, contra la persona, porque el hecho de limitar la herencia no depende de la mera envidia sino de un sistema de valores, argumentos y normas. Es una posición ética, que puede ser respaldada por evidencias científicas y argumentos filosóficos. Además, las emociones no son malas en sí mismas. Se trata de reacciones biológicamente adaptativas que nos motivan para actuar. Uno puede examinar si es una emoción desproporcionada, respecto a la persona inadecuada o incluso si es pertinente en una determinada situación. Sentir envidia o ira puede ser muy motivante para luchar por la justicia. Por eso Aristóteles refirió a una envidia positiva a la que denominó “justa indignación” como una de nuestras emociones morales.

Albert sostiene que la mayor parte de los estudiosos de la economía política aceptan que las diferencias en la propiedad que se acumulan en una sola generación debido a sacrificios desiguales son minúsculas si se comparan con las diferencias de riqueza que se desarrollan debido a la herencia, a la suerte, a la obtención de una ventaja injusta y a la especulación. Esto es a lo que se refería Proudhon cuando acuñó la expresión “la propiedad es un robo”.

Podría argumentarse respecto al derecho sucesorio ilimitado lo mismo que el libertario de derecha Juan Ramón Rallo escribe sobre el supuesto —no demostrado— “parasitismo” que caracterizaría a la renta básica: “rompe la relación entre producción e ingresos: aunque una persona no produzca nada o produzca bienes que nadie desea, sí obtiene los ingresos necesarios para comprar la producción ajena. Por tanto, una persona puede despreocuparse de crear los bienes que necesitan los demás y, aun así, quedarse con los bienes que esas otras personas crean. De este modo, la sucesión ilimitada —del mismo modo en que Rallo refiere a la renta básica— acaba con la cooperación estructural en términos recíprocos y mutuamente beneficiosos dentro de la división del trabajo” (Rallo, 2015, p. 47). Heredar un patrimonio tal que exima a una persona de trabajar es injusto en una sociedad en la que el trabajo aún es socialmente necesario para la vida en sociedad.

En el medioevo el lugar que cada persona ocupaba en la sociedad era el de sus padres, por eso en ese momento surgen apellidos como Samuelson (hijo de Samuel) o Mendelssohn (hijo de Mendel). La sociedad moderna adopta el ideal meritocrático, según el cual cada uno ocupa en la sociedad el lugar que le asigna su esfuerzo y su mérito. No sostengo que este ideal se cumpla, y también tiene aspectos problemáticos, pero es mejor que el esquema según el cual uno puede no esforzarse en absoluto, y ocupar en la sociedad el lugar que le asigna el mero hecho de ser “hijo de”. Claramente el ideal moderno es más justo que el medieval.

No se trata solo una cuestión económica, el que nace en cuna de oro por el efecto Mateo con frecuencia acumula poder generación tras generación, puede influir en los políticos para torcer las leyes y las políticas públicas en su favor. El grupo privilegiado tiene más poder para imponer sus intereses, y el grupo desfavorecido tiene menos poder para poner límites. Por el efecto Mateo “el rico se hace más rico y el pobre se hace más pobre”, el término proviene del uso bíblico de la parábola de los talentos, donde dice “a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”.

Otro ejemplo que pone el economista Michael Albert en su libro Parecon: si varias personas preparan la comida en una cocina, y una aporta una olla más grande, además de su trabajo, desde el criterio de que se puede poner el capital a trabajar, como es posible preparar más comida con una olla grande, tendría derecho a comer más cantidad que los que aportaron solo su trabajo. Podemos pensar lo mismo en relación a la agricultura: si una persona posee una azada y otra posee un tractor, esta última será más productiva y estará más capacitada que la que trabaja con una modesta herramienta, la azada, y realizará una contribución mayor de alimentos para la sociedad. Por lo tanto, parecería que merece una mayor remuneración.

El problema es que la narrativa de “poner el capital a trabajar”, que no es más que una metáfora, porque solo trabajan las personas, no las máquinas o el dinero, termina engañando a muchos. Como decía Groucho Marx: “El secreto del éxito está en un comercio honesto y limpio. Si consigues dar esta imagen, lo tienes todo”.

La acumulación originaria

Para el economista libertario Juan Ramón Rallo, la acumulación originaria es un mito marxista (Rallo, 14/6/2021, 7/7/2021, 10/8/2021; Kreimer, 13/6/2021, 4/7/2021, 8/8/2021). El proceso de acumulación originaria es una idea que desarrolla Marx en el capítulo 24 del tomo primero de El capital, en donde se pregunta cómo es que una persona llega al mercado con suficientes recursos económicos como para tener asalariados que trabajen a su servicio, mientras que el asalariado la mayor parte de las veces no tiene la opción de elegir si contratar a otros o ser asalariado: es asalariado porque solo dispone de su fuerza de trabajo, no tiene los recursos económicos para ser otra cosa. Esta acumulación originaria a menudo está constituida por riqueza que fue pasando de padres a hijos por herencia, lo que no significa que necesariamente todos ni la mayoría de los descendientes conserven esa fortuna, basta con que unos pocos lo hagan, pero esto explica, aunque sea en parte, por qué los que contratan y los contratados llegan con distintos recursos económicos al mercado. Con el concepto de acumulación originaria Marx refiere también a la "esclavización" de los originarios habitantes de América durante la conquista; y al "saqueo" de América por parte de los europeos.

También Marx refiere en diversos textos a la apropiación de la tierra. El siervo medieval podía cultivar su comida en una tierra de la que disponía de por vida, aunque perteneciera al señor feudal. Pero con la afluencia a las ciudades, principalmente con el advenimiento de la sociedad industrial, ese campesino perdió la tierra y terminó contando solo con su fuerza de trabajo para ofrecer en el mercado. Esto también plantea un tema al que nos referimos someramente en un capítulo anterior, y es si por el mero hecho de haber llegado primero a ocupar una tierra, incluso pacíficamente, eso justifica su apropiación y su legado a los herederos, tal como plantea el libertarianismo. La mayoría no tuvo la suerte de que su tatarabuelo ocupara una tierra que entonces no tenía dueño, con lo que este esquema condenaría a buena parte de las nuevas generaciones a nacer con grandes desventajas.

¿Cómo legitima un libertario de derecha la adquisición de la riqueza? Rallo la

atribuye a tres factores:

el capital humano, una de cuyas definiciones es el conjunto de capacidades y habilidades de una persona.

la apropiación pacífica de recursos que no tenían previamente dueño.

la transferencia voluntaria de recursos. Supongo que aquí el grueso lo constituyen las herencias de padres a hijos, ya que es la transferencia voluntaria y legal más frecuente.

¿Pero cómo podemos hablar de igualdad de oportunidades si las que tendrá una persona a menudo dependerán de lo que hizo su tatarabuelo y no de lo que hace ella? Puede deslomarse trabajando toda su vida, pero no será dueño de su casa, mientras que sí podría serlo otra persona meramente por haber salido afortunado en la lotería genética. No pretendo sostener que la riqueza se obtiene solo mediante las herencias, sino que a menudo se obtiene de esa manera y eso hace que nuestro punto de partida como ciudadanos sea muy desigual. La igualdad de resultados es improbable y hasta indeseable, pero pasado cierto límite, la excesiva desigualdad trae problemas, tal como hemos mostrado en varios videos de este canal.

En su Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres Rousseau dice “La primera persona a la que, cercando un terreno, se lo ocurrió decir ‘Esto es mío’ y encontró gentes bastante simples para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos horrores habría evitado al género humano si esa persona hubiese gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: ‘¡Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!’”. Marx comparte esta perspectiva de Rousseau, y también la comparten muchos críticos de Marx.

Veamos un modelo alternativo al que propone el libertarianismo, que es el de la legitimidad de las primeras apropiaciones de la tierra, siempre y cuando se hayan realizado “sin violencia”. En Singapur, que está lejos de ser un país socialista, el 90 % del suelo hoy es de titularidad pública. Este país ofrece una concesión de 99 años, y pasado ese lapso la vivienda vuelve a la titularidad pública. El 90 %

de la población de Singapur reside en una vivienda que compró, construida sobre suelo público. En otros lugares del mundo existe un sistema parecido. En Canberra, la capital de Australia, todos los terrenos residenciales se alquilan por 99 años. Técnicamente nadie compra terrenos en la capital de la nación, pero los inquilinos solo deben pagar una pequeña tarifa para renovar sus contratos, por lo que no hay necesidad de preocuparse por el desalojo (Bladen, 2019).

En los últimos años, cuando se analiza la vida de las personas más ricas del planeta, no es infrecuente suponer que empezaron bien desde abajo por el mero hecho de haber iniciado su empresa en un garaje. Suele atribuirse este inicio heroico a Bill Gates y Mark Zuckerberg. Sin embargo, aunque no fueran millonarios, ambos cursaron en la Universidad de Harvard, una de las más caras de los Estados Unidos, y aunque no concluyeran las carreras, ambos pertenecían a familias que las podían pagar, es decir, a grupos de elite con grandes ventajas económicas en relación a otros ciudadanos. Y aun cuando no las terminaran, habían cursado lo suficiente como para disponer de los conocimientos y del prestigio que otorgan esas universidades.

El impacto de las herencias ilimitadas muy probablemente repercuta en la lenta movilidad social que, por ejemplo, es posible ver en España. Cualquier español que nazca en una familia con bajos ingresos tarda cuatro generaciones (120 años) en conseguir un nivel de renta medio (OECD, 2018). Si los padres de un español son trabajadores manuales, existe un 50 % de posibilidades de que él también lo sea. El azar del nacimiento sentencia a millones de españoles de clase trabajadora a empleos precarios, peor pagados y con menos prestaciones sociales.

Solo se podrá cambiar estructuralmente el sistema en el que vivimos limitando el derecho sucesorio a una casa, y tal vez, a un pequeño negocio familiar. Caso contrario se afecta uno de los pilares del ideario de las democracias modernas, el de la igualdad de oportunidades, que no es un principio de justicia inobjetable, puesto que el azar, el lugar de nacimiento, la familia en la que se ha crecido, entre otros factores, pueden generar también grandes desigualdades. Esto no implica defender una igualdad de resultados, sino atender a condiciones mínimas para que sea posible construir una sociedad verdaderamente democrática.

Bibliografía

A24. (17 de febrero del 2022). El polémico tuit sobre la herencia de los Fort: “Tienen 17 años y heredarán millones sin haber trabajado un día de su vida”. En https://www.a24.com/actualidad/el-polemico-tuit-la-herencia-los-fort-tienen-17-anos-y-heredaran-millones-haber-trabajado-un-dia-su-vida-n997439

Albert, M. (2005). Parecon: vida después del capitalismo. España: Ediciones Akal.

Bladen, L. (20 de agosto de 2019). Why buying property in the ACT is different from other states and territories. En https://www.allhomes.com.au/news/how-buying-property-in-the-act-is-different-to-other-states-and-territories-864975/

Cadavid, D. @egocadavid]. (10 de mayo de 2021). Los que tienen todo heredado dicen que los otros lo quieren todo regalado [Tuit]. Twitter. https://twitter.com/egocadavid/status/1391782632401248261

Ciudad Magazine. (27 de febrero de 2022). La cifra millonaria que Felipe y Martita heredaron de Ricardo Fort tras cumplir los 18 años: once millones de dólares, propiedades y acciones. En https://www.ciudad.com.ar/espectaculos/cifra-millonaria-felipe-martita-heredaron-ricardo-fort-tras-cumplir-18-anos-once_190111

Kreimer, R. (13 de junio de 2021). Renta básica universal (Respondo a Milei y a Rallo) [Video]. En https://youtu.be/WR_n2mFw6SE

Kreimer, R. (4 de julio de 2021). Opinología vs. evidencias. Respuesta a Juan Ramón Rallo. Renta básica-Legitimidad riqueza-Impuestos [Video]. En https://youtu.be/54hjtHPtNDg

Kreimer, R. (8 de agosto de 2021). Nueva respuesta a Juan Ramón Rallo (La doble vara del liberalismo) [Video]. En https://youtu.be/lDJly3BuM3o

Organisation for Economic Co-operation and Development. (2018). A Broken Social Elevator?: How to Promote Social Mobility. OECD Publishing.

Rallo, J. R. (14 de junio de 2021). Contra la renta básica: réplica a Roxana

Kreimer [Video]. En https://youtu.be/0J_1_kCnf-c

Rallo, J. R. (7 de julio de 2021). Nueva réplica a Roxana Kreimer contra la renta básica [Video]. En https://youtu.be/dV7Q0FZOyA8

Rallo, J. R. (10 de agosto de 2021). Réplica final a Roxana Kreimer sobre la renta básica [Video]. En https://youtu.be/KeARlm6MqEM

Rallo, J. R. (2015). Contra la renta básica: Por qué la redistribución de la renta restringe nuestras libertades y nos empobrece a todos. Bizkaia: Deusto.

VII

LAS CLASES SOCIALES

Quizás alguna vez hayan oído decir a una persona de derecha “¡Las clases sociales no existen! ¡Solo existen los individuos!”. La clase social para quienes sostienen eso sería una suerte de unicornio, algo inexistente. ¿Qué hay de cierto en esto? ¿Qué son las clases sociales? En este capítulo procuraremos hablar en un lenguaje claro y comprensible sobre el debate entre el marxismo y la escuela austríaca de economía, tanto a través de sus autores clásicos como a través de otros posteriores como, por el lado del marxismo, el sociólogo Eric Olin Wright, que dedicó seis libros a la reflexión sobre el tema, y por el lado de la escuela austríaca, a través del economista Miguel Anxo Bastos y la economista Jayme Lemke. También vamos a compartir algunas ideas que tuvo sobre el tema el filósofo Mario Bunge.

Clase como estrato jerárquico

Una definición muy general y básica de clases sociales es que se trata de grupos en los que se divide la sociedad para comprender su funcionamiento. El concepto de clase social fue popularizado por Marx, pero existía desde antes y existió después de él. En la Edad Media algunos dividían a la sociedad en tres clases sociales: los que rezan, los que cultivan la tierra y los que van a la guerra. No es una taxonomía exhaustiva, pero vale a modo de ejemplo.

La clase social es una división jerárquica por ingresos económicos, estatus social o posición laboral. Antes del advenimiento del mundo moderno, se nacía y se pasaba la vida entera en alguno de estos grupos, por ejemplo, entre nobles o entre campesinos. En general no se pasaba de un grupo a otro, salvo en el cuento de La Cenicienta. En cambio, en el mundo moderno, si hablamos de clase social como una división por ingresos económicos, hay una mayor movilidad social como para que la identificación con cada uno de estos grupos no exista de por vida. Algunos logran escalar socialmente y la mayoría no lo hace.

La clase social a la que pertenece un individuo determina sus oportunidades y se define por aspectos que no se limitan a la situación económica. Provee pautas de comportamiento habituales: gustos, opiniones y hábitos de consumo similares. Todos sabemos intuitivamente que formamos parte de clases sociales, que determinan en una medida importante con quiénes nos relacionamos, con quiénes formamos pareja y dónde vivimos. Las personas suelen estar atentas a los signos de clase: qué ropa usan otros, cómo hablan, qué conductas adoptan, qué creen, cómo los individuos casi siempre se juntan con los de su misma clase. Aprendemos normas y sabemos que hay gente que no quiere juntarse con nosotros.

Existen mecanismos sociales a través de los cuales las clases sociales surgen históricamente, se reproducen en el tiempo, y pueden llegar a desaparecer. Por ejemplo, Willis (1981) investigó cómo las características de las escuelas a las que asisten los niños de la clase trabajadora contribuyen a la reproducción de las clases sociales.

Savage y otros (2013) aplicaron métodos estadísticos para identificar las clases sociales en Gran Bretaña. Utilizaron datos sobre recursos económicos, culturales y sociales de la población. Lograron identificar siete clases sociales: la élite, la clase media establecida, la clase media técnica, los nuevos trabajadores afluentes, la clase trabajadora tradicional, los trabajadores de servicios emergentes y el precariado, que refiere a quienes sufren de precariedad laboral.

Marx y la clase como concepto relacional

Marx adoptó un concepto relacional en el que las clases no se identifican por nombres cuantitativos —como clase alta, media y baja— sino por nombres cualitativos como “burguesía” y “proletariado”. Desde la perspectiva de Marx la sociedad de clases surge por una serie de condiciones económicas y materiales como la división del trabajo, que hicieron que las comunidades primitivas pasaran a nuevos modos de producción. En el mundo moderno, a partir del advenimiento de la revolución industrial, centralmente existen dos clases, la que es dueña de los medios de producción, llamada burguesía, y la que es empleada por los dueños de los medios de producción, llamada proletariado. Algunos prefieren hablar de dueños del capital o “capitalistas”, en lugar de hablar de burguesía, porque también llamamos burguesía a la clase media, y hablar de trabajadores en lugar de referir al proletariado, pero también aquí hay problemas puesto que el dueño de los medios de producción también puede trabajar, claro que al servicio de sí mismo y no de otros.

Proletario es cualquier trabajador que ofrece su fuerza de trabajo al dueño de los medios de producción, incluso el gerente de una empresa, volveremos sobre este punto. Desde la perspectiva de Marx la burguesía explota al proletariado porque se apropia del producto de su trabajo meramente por tener el dinero para comprar los medios de producción, sin que exista democracia en el trabajo, puesto que el proletario no suele tener voz ni voto a la hora de determinar en qué condiciones trabajará o cuánto ganará: a lo sumo acepta o rechaza las condiciones que se le ofrecen. Debe trabajar para subsistir, y hacerlo muchas horas incluso en tareas que le desagradan, peligrosas y que perjudican su salud.

Para Marx un ser humano no es una cosa entre las cosas, no se lo puede cosificar de esa manera, poniéndolo a trabajar al servicio propio por el mero hecho de que uno es dueño del capital, y el otro no. Esa para Marx es una relación de explotación. No parece estar pensando en empresas pequeñas ni familiares, sino en empresas grandes que emplean a un número significativo de personas. No es que existan solo burguesía y proletariado. Sobreviven restos de modos de producción anteriores, feudales y esclavistas, pero son clases secundarias.

Desde la perspectiva de Marx las clases no han existido siempre, y tampoco van a existir de aquí a la eternidad. Las clases sociales son antagónicas, luchan entre sí, de ahí el concepto de lucha de clases. En las comunidades primitivas no existían y se acabarían con el comunismo, que superaría el sistema basado en el capital y sería la etapa superior al socialismo y a los modos de producción anteriores. Esta superación se produciría porque llegaría un punto en que el desarrollo de las fuerzas productivas se vería frenado por relaciones sociales de producción caducas. En ese momento, mediante una revolución social, se pasaría a un nuevo modo de producción.

Con el paso de los años, una pequeña minoría consigue enriquecerse y pasa a formar parte de la burguesía. Pero en términos numéricos es poco significativa. La gran mayoría se proletariza, forma parte de la clase obrera y trabaja al servicio del enriquecimiento de la burguesía.

Para Marx la lucha de clases se da en tres planos: el económico, el ideológico y el político. La lucha económica de los sindicatos busca mejorar la calidad de vida actual de los trabajadores, sin llegar a hacer cambios estructurales en la sociedad. La lucha ideológica busca refutar y expulsar las ideas burguesas que penetran en el movimiento obrero. La lucha política del partido busca poder para hacer cambios estructurales en la sociedad.

Eric Olin Wright y la complejización del esquema de Marx

El marxista analítico Eric Olin Wright complejiza el esquema de Marx y muestra que, más allá de las condiciones materiales, hay diversos atributos individuales como la educación y las conexiones sociales, que configuran las oportunidades y limitaciones que tiene cada persona para acceder a esas condiciones materiales. Pierre Bourdieu llamó a estas conexiones sociales “capital social”.

Olin Wright observó cómo durante el siglo XX los directivos de las empresas ejercían muchos de los poderes de dominación, pero también estaban subordinados a los dueños del capital. Los directores generales y los máximos responsables de las empresas a menudo adquieren participaciones significativas en sus empresas y, por tanto, se asemejan más a los dueños del capital. Los profesionales con un alto nivel de formación y algunas categorías de trabajadores técnicos tienen conocimientos y habilidades que les permiten mantener una autonomía considerable y reducir significativamente, o incluso neutralizar, el grado de explotación (Wright, 1997).

Clase como acaparamiento de oportunidades (el concepto relacional de Max Weber)

Max Weber utilizó una distinción entre clases sociales que tiene en cuenta elementos económicos y vinculados con grupos de estatus, a los que vincula con cuestiones sociales y partidos políticos. Una de sus ideas centrales es la de acaparamiento de oportunidades: si un puesto de trabajo confiere ingresos elevados y privilegios especiales, los titulares de esos puestos utilizan un "proceso de cierre social" para excluir a otras personas de estos beneficios. Las credenciales educativas constituyen un ejemplo de este mecanismo: los altos niveles de educación generan elevados ingresos en parte debido a que hay pocas personas que logran acceder a ellos. Los procedimientos de admisión, el costo de las matrículas, la aversión al riesgo de pedir préstamos por parte de las personas con bajos ingresos, y otros factores, bloquean el acceso a la educación superior para muchas personas. Estas barreras benefician a quienes ocupan puestos de trabajo que requieren una educación superior. Si se hiciera un esfuerzo para mejorar el nivel educativo de los que tienen menos estudios, este programa reduciría el valor de la educación para los que ya la tienen, ya que depende de su escasez. Entre los mecanismos de exclusión se encuentran los derechos de ciudadanía, las licencias profesionales y la discriminación laboral por etnia, género o rasgos culturales. Desde el enfoque del atributo individual, los ricos son ricos porque poseen atributos favorables, y los pobres son pobres porque carecen de ellos. En cambio, desde el enfoque de acaparamiento de oportunidades, los ricos son ricos en parte porque los pobres son pobres: los ricos buscan asegurar su riqueza, y sus acciones contribuyen a las desventajas a las que se enfrentan los pobres.

Las desigualdades de ingresos y riqueza relacionadas con la estructura de clases se mantienen gracias al poder y a las normas legales, incluyendo las leyes que refieren a la propiedad privada de los medios de producción, y no simplemente a las acciones de los individuos.

¿Existen las clases sociales? La perspectiva de la escuela austríaca

Algunas personas afirman que “las clases sociales no existen”. La escuela austríaca de economía, por ejemplo, a través de su individualismo metodológico atomista niega la existencia de clases sociales, y sostiene que solo existen los individuos. Pero no se puede explicar el conjunto de la vida social desde el individualismo metodológico.

El hecho de que se trate de un concepto, clase social en este caso, no implica que sea arbitrario, o que esté desvinculado de referentes reales. Las especies químicas y biológicas también son conjuntos, pero no sería razonable decir que “no existen”. Las clases sociales, así como las especies químicas y biológicas, son conceptos que representan factores comunes reales entre individuos concretos. Son conceptos, pero corresponden a hechos del mundo. Por esta razón, las clases tienen un rol central en la explicación y predicción de diversos procesos sociales. La expresión “lucha de clases” refiere a un conflicto que puede producirse entre individuos o entre organizaciones como sindicatos y partidos políticos. Tampoco en este sentido podríamos sostener que la lucha de clases no existe (Bunge, 1999; Kaidesoja, 2013).

Las clases sociales tienen un rol explicativo y predictivo porque permiten identificar regularidades causales que afectan a sus miembros, y comprender el surgimiento de los partidos y las organizaciones sociales que defienden sus intereses. Los partidos y los sindicatos son sistemas sociales organizados, y poseen poderes causales emergentes, como la capacidad de promover de forma más o menos eficaz los intereses de sus miembros. Una clase social y una organización social basada en la clase son entidades diferentes: la clase social es un conjunto de personas que puede no tener ninguna interacción coordinada, mientras que una organización social basada en la clase es un sistema social coordinado. Por eso, el movimiento sindical es un agente causal, mientras que la clase trabajadora que carece de organización no lo es.

Entonces, ¿por qué algunas personas niegan la existencia de las clases sociales? Suele ser un intento de negar que algunos disfrutan de privilegios a los que la mayoría no tiene acceso, pero esta negación no resiste un análisis riguroso. A veces se vincula con un rechazo más amplio a otros conceptos de nivel social. Margaret Thatcher dijo en una entrevista en 1987 que “No hay tal cosa como la sociedad, solo hay individuos” (Thatcher, 23/9/1987), pero esta negación del nivel social es tan errónea como decir que los individuos no existen, porque solo existen colecciones de células. Los sistemas sociales existen, y tienen características emergentes que no pueden reducirse a las características de los individuos.

Autores de la escuela austríaca de economía como Miguel Anxo Bastos y Jayme Lemke plantean que es posible recuperar el concepto de clases sociales adoptando un individualismo metodológico institucional, que no es atomista. El individualismo metodológico atomista plantea que todas las afirmaciones sobre los conjuntos sociales (por ejemplo, los Estados, las sociedades, los ejércitos, las economías, las sectas religiosas, etc.) deben reducirse a afirmaciones sobre los individuos. El holismo en cambio plantea que la totalidad determina totalmente a las partes, por ejemplo, que la acción individual está totalmente determinada por la estructura social. Un ejemplo sería la postura del marxismo estructuralista de Louis Althusser.

Lo que hicieron Miguel Anxo Bastos y el historiador David Hart fue recuperar la tradición de un grupo de liberales franceses del siglo XIX como Agustín Thierry y Benjamin Constant, entre otros. Estos autores plantean que hay dos clases sociales: productores (clase no gobernante) y saqueadores (clase gobernante) (Bastos, 31/5/2017; Hart, 1999, 2020). La clase gobernante tendría conciencia de clase y se organizaría para extraer rentas. Los sectores altos de la clase gobernante rotarían, y los sectores medios de la clase gobernante serían estables. La clase gobernante diría “el Estado somos todos”, pero como hay privilegiados y hay personas en la calle, entonces el Estado no seríamos todos, algunos vivirían bien a costa de otros. Esta última frase podría haber sido pronunciada también por Marx, que sostenía que siempre que un candidato se presenta a elecciones invoca el interés general, pero en realidad está representando los intereses de las clases dominantes. De hecho, muchos marxistas críticos consideran que lo que hubo en los llamados socialismos realmente existentes es una suerte de casta burocrática con privilegios de los que carecía el resto de la sociedad. Otro enfoque es el de Edward C. Banfield, que estudia las clases en relación al tiempo: las clases bajas eligen a corto plazo (gastos, diversión), las

clases medias y altas reprimen las tendencias de corto plazo y pueden planifican a largo plazo, ahorrando o estudiando (Bastos, 31/5/2017; Banfield, 1970, 1974).

Entre las posturas extremas del individualismo metodológico atomista y el holismo existen varias propuestas intermedias. Una de ellas es el individualismo institucional (si bien el foco es el individuo, se reconoce que forma parte de una cultura), que rechaza el atomismo, no postula individuos asociales en un estado de naturaleza, sino que reconoce la influencia de las estructuras institucionales. Los individuos son vistos como seres socioculturales delineados por instituciones sociales. Esta posición fue adoptada por David Hume y Adam Smith en el siglo XVIII, y fue desarrollada más recientemente por Agassi (1975) y Lemke (2015), entre otros autores.

El filósofo Mario Bunge (1979, 1999) plantea que es necesario adoptar un enfoque sistémico para superar los problemas del individualismo y del holismo. Un sistema tiene componentes que interactúan: por ejemplo, una persona tiene órganos que tienen distintas funciones que se relacionan entre sí. El todo tiene propiedades que no tienen sus partes; por ejemplo, un individuo piensa pero una neurona no piensa. Por eso es necesario vincular los distintos niveles de análisis, desde el individuo, la familia y el barrio, hasta el análisis de sistemas más amplios como podrían ser el país, la Unión Europea y el mundo. Los sistemas anidan unos en otros, tienen una realidad porque tienen propiedades emergentes.

En síntesis, las clases sociales son categorías necesarias para la sociología, y refieren a colecciones de individuos con propiedades comunes. Estas categorías tienen un rol explicativo y predictivo porque permiten identificar regularidades causales que afectan a sus miembros y permiten comprender el surgimiento de los grupos organizados que defienden intereses de clase. Es posible proponer distintos tipos de análisis de las clases sociales, como hemos visto, y en efecto estos análisis se han ido complejizando, pero decir que las clases sociales no existen, que solo existe el individuo, es —tal como sostuvimos párrafos atrás— tan absurdo como decir que las personas no existen, que solo existen las células.

Bibliografía

Agassi, J. (1975). Institutional individualism. The British journal of sociology, 26(2), 144-155.

Banfield, E. C. (1970). La Ciudad en Discusión. Buenos Aires: Ediciones Marymar.

Banfield, E. C. (1974). The unheavenly city revisited. Little Brown.

Bastos, M. A. (31 de mayo de 2017). La teoría austríaca de las clases sociales [Video]. YouTube. En https://youtu.be/DCcui5pCR6Y

Bunge, M. (1974-1989). Treatise on Basic Philosophy (8 volumes). Dordrecht: Reidel.

Bunge, M. (1979). Treatise on basic philosophy: Ontology II: A world of systems (Vol. 4). Springer Science & Business Media.

Bunge, M. (1998) Social Science under Debate: A Philosophical Perspective, Toronto: University of Toronto Press.

Bunge, M. (1999). Buscar la filosofía en las ciencias sociales. Siglo XXI.

Hart, D. M. (2019). “The Paris School of Liberal Political Economy”. En M. Moriarty & J. Jennings, The Cambridge History of French Thought.

Hart, D. M. (2020). Libertarian Class Analysis: An Historical Survey.

Hodgson, G. (1986). Behind methodological individualism. Cambridge Journal of Economics, 10, 211-224.

Kaidesoja, T. (2013). Naturalizing critical realist social ontology. Routledge.

Lemke, J. S. (2015). An Austrian approach to class structure. In New thinking in austrian political economy. Emerald Group Publishing Limited.

Martin, A. (2009). Critical realism and the Austrian paradox. Cambridge Journal of Economics, 33(3): 517-530.

Savage, M., Devine, F., Cunningham, N., Taylor, M., Li, Y., Hjellbrekke, J., & Miles, A. (2013). A new model of social class? Findings from the BBC’s Great

British Class Survey experiment. Sociology, 47(2), 219-250.

Thatcher, M. (23 de septiembre de 1987). Interview for Woman's Own ("no such thing as society") with journalist Douglas Keay. En https://www.margaretthatcher.org/document/106689

Tilly, Ch. (1999). Durable Inequality. Berkeley: University of California Press.

Udehn, L. (2002). The changing face of methodological individualism. Annual review of sociology, 28(1), 479-507.

Willis, P.E. (1981) Learning to Labor: How Working Class Kids Get Working Class Jobs, Morningside edition, New York: Columbia University Press.

Wright, E. O. (1979). Class Structure and Income Determination, New York: Academic Press.

Wright, E. O. (1985). Class, crisis and the state. London: Verso Books.

Wright, E. O. (1989). The debate on classes (Vol. 20). London: Verso Books.

Wright, E. O. (1997). Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis. Cambridge University Press.

Wright, E. O. (2005). Approaches to Class Analysis. Cambridge: Cambridge University Press.

Wright, E. O. (2015). Understanding class. London: Verso Books.

VIII

¿FUNCIONA LA ECONOMÍA DEL DERRAME?

Se suele llamar “economía del derrame” a la idea de que las medidas políticas que benefician a las clases privilegiadas tendrán efectos colaterales que beneficiarán a las clases sociales menos favorecidas. La expresión “derrame” o “goteo” es una metáfora utilizada para sostener que esa promesa no se cumple, y que los beneficios colaterales resultan insignificantes o nulos. Iván Carrino (2017), Thomas Sowell (2013) y otros partidarios del libre mercado argumentan que no existe una “teoría del derrame” porque ningún economista académico defiende una teoría con ese nombre. Esto es cierto, pero no implica que no exista la idea, puesto que muchos creen que beneficiar a los ricos beneficia a todos. Por ejemplo, la idea existe en los discursos de políticos, entre periodistas y think tanks que defienden los recortes fiscales a los empresarios más adinerados, y también en teorías económicas que tienen otros nombres, como la “economía desde el lado de la oferta” (supply-side economics), que fue implementada en la década de 1980 por Reagan y Thatcher. En este capítulo vamos a examinar qué hay de cierto en esta idea.

Derrame y liberalismo económico

Partidarios del libre mercado suelen argumentar que la imagen del derrame es una mala comparación, porque el liberalismo económico no plantea que la mejora económica provendrá del derrame de riqueza por parte de los ricos, sino de las ganancias que genera el intercambio, pero este argumento no responde a la crítica, porque aun así puede incumplir sus promesas de beneficio social. Los recortes fiscales y la eliminación de regulaciones, que constituyen medidas típicas del liberalismo de mercado, cumplen los rasgos cuestionados por la expresión “derrame”: se justifican con la promesa de beneficiar al conjunto de la sociedad, pero terminan beneficiando a los sectores más privilegiados.

Historia de la idea de derrame

Si bien la expresión derrame es reciente, no es nueva y ya tenía defensores desde la antigüedad para justificar los privilegios de las clases dominantes, usualmente apelando a la decisión de Dios. Un himno que solía cantarse en las iglesias del Reino Unido y Estados Unidos justifica la desigualdad en el siguiente verso: “El rico en su castillo y el pobre en su puerta, Dios los hizo altos y bajos, y dispuso su ubicación”. Pero tras la Revolución Francesa, la justificación de los privilegios por una decisión de Dios ya no resultaba creíble, y se inventaron nuevas excusas.

Así surgió la idea de que las medidas favorables a los sectores privilegiados serían un medio para un fin valioso: beneficiar al conjunto de la sociedad. Fue entonces cuando surgió la metáfora del derrame para cuestionar esa idea. En 1896 William Jennings Bryan, candidato presidencial demócrata de Estados Unidos, utilizó en su discurso la metáfora del “goteo”: “Hay dos ideas de gobierno. Hay quienes creen que si solo se legisla para hacer prósperos a los ricos, su prosperidad se filtrará a los de abajo. La idea demócrata ha sido la contraria, que si se legisla para hacer prósperas a las masas, su prosperidad se abrirá camino hacia arriba”. En 1932, el humorista Will Rogers usó la metáfora en una columna periodística en la que escribió: “[Los republicanos] no pensaron en el hombre común hasta que iniciaron la gira electoral. Destinaron todo el dinero a los de arriba con la esperanza de que se filtrara a los necesitados. El presidente republicano Herbert Hoover era ingeniero. Sabía que el agua gotea hacia abajo. Pero no sabía que el dinero gotea hacia arriba. Dáselo a la gente de abajo y la gente de arriba lo tendrá antes de la noche, de todos modos. Pero al menos habrá pasado por las manos de los pobres”.

Período 1945-1973: prosperidad de la clase media

Entre 1945 y 1973, Estados Unidos vivió tiempos de prosperidad para la clase media, que fueron conocidos como “la gran compresión” porque se disminuyó significativamente la desigualdad de ingresos. La idea hegemónica era que reducir la desigualdad solucionaba el problema del bajo consumo, causado en el período anterior por una concentración de poder adquisitivo en las clases altas. El período surgió por las reformas políticas de Roosevelt en respuesta a la crisis de 1929, llevadas a cabo entre 1933 y 1938 y conocidas como “El New Deal”. Se aplicaron “impuestos progresivos”, lo que implica que el porcentaje recaudado es más alto para quienes más ganan y más bajo para quienes menos ganan. Muchos economistas, incluyendo a liberales políticos como Adam Smith y John Stuart Mill, apoyaron los impuestos progresivos como una estrategia útil para la redistribución de los ingresos y el progreso social. El aumento de salarios permitió a gran cantidad de trabajadores pasar a la clase media. Existía un sistema de seguridad social que daba protección para el desempleo, la enfermedad y la vejez. Las herencias tenían fuertes cargas impositivas, y el 10 % de la población más rica poseía menos del 35 % de la riqueza.

En 1973, la crisis del petróleo puso fin al crecimiento económico, y entre ese año y 1975 hubo un período de estancamiento, con alto desempleo y alta inflación. Desde ese momento, un grupo de economistas empezó a promover los recortes fiscales a quienes más ganan. En 1979 comenzó un nuevo período que se caracterizó por el incremento de la desigualdad (Quiggin, 2012; Krugman, 2007; Noah, 2012).

1973-1980: Nuevas justificaciones de la desigualdad

Los partidarios del libre mercado de Estados Unidos y el Reino Unido aprovecharon la crisis económica para cuestionar las políticas de bienestar del período anterior, y trataron de justificar la desigualdad planteando que es inofensiva o incluso beneficiosa. Retomaron las ideas del economista Ludwig von Mises, que escribió en 1955: “La desigualdad de la riqueza y los ingresos es la causa del bienestar de las masas, y no del malestar. Donde hay un menor grado de desigualdad, hay necesariamente una menor calidad de vida de las masas”. Plantearon una doctrina según la cual solo la pobreza extrema es relevante, y no la desigualdad. Según esta doctrina, si una persona no tiene un nivel de pobreza extrema, la sociedad no tiene un deber de darle beneficios para que prospere.

Los partidarios del libre mercado criticaban el Estado de Bienestar porque según ellos perjudicaba el crecimiento económico. Consideraban que los impuestos y los sistemas de seguridad social desincentivan el trabajo, y que un sistema económico que tolera la desigualdad permite que las personas escalen según sus méritos y esfuerzos. Pero los estudios sobre movilidad social no apoyan estas creencias: no hay una igualdad de oportunidades para “moverse hacia arriba”, esa posibilidad depende de características del individuo y de su entorno, y no siempre tienen que ver con el mérito o el esfuerzo personal.

La escuela económica del lado de la oferta

El ejemplo más claro de la idea del derrame está en la escuela económica denominada “del lado de la oferta” (supply-side economics), que surgió a fines de 1970 (con autores como Jude Wanniski, Robert Mundell y Arthur Laffer.) Proponía incrementar la capacidad productiva de la economía mediante la reducción de impuestos a quienes más ganan, reducción de las regulaciones, reducción del gasto público y control de la oferta monetaria para reducir la inflación. Wanniski planteó que los republicanos debían focalizar sus discursos en recortar los impuestos de la clase media, porque si se focalizaban en los gastos públicos, los votos irían al partido demócrata, que proponía ampliarlos. Arthur Laffer propuso que había que buscar un punto óptimo para pagar impuestos, en el que ni fueran tan altos como para que se evadiera, ni tan bajos como para que no se recaudara nada. Laffer conjeturó que en Estados Unidos la gente pagaba demasiados impuestos, y que la recaudación subiría si se bajaban. Sin embargo, la hipótesis de Laffer no tenía evidencia a su favor cuando se propuso, y con el tiempo surgió una cantidad de evidencia contraria, que vamos a analizar más adelante.

Las ideas de esta escuela se aplicaron en las políticas de Reagan en Estados Unidos y de Thatcher en el Reino Unido durante la década de 1980, y luego en otras regiones como Nueva Zelanda, Canadá, Australia, Irlanda, y en varios países de Latinoamérica. En Estados Unidos los impuestos progresivos fueron reemplazados por un sistema fiscal en el que las tasas máximas eran menores al 40 %, y los porcentajes eran más bajos para quienes más ganaban. Inicialmente estas medidas fueron justificadas como un alivio impositivo a la clase media, pero los recortes fiscales se focalizaron en el 10 % superior, que no puede ser calificado como “clase media”. En la siguiente sección vamos a analizar los efectos de estas medidas.

Efectos de los recortes fiscales

La hipótesis sobre los recortes fiscales planteaba que las rentas más altas son las que dedican un mayor porcentaje a la inversión, y los recortes fiscales generarían un crecimiento económico que a la larga podría generar más y mejores empleos, y favorecer a las rentas más bajas. No fue así. Los recortes fiscales no aumentaron la inversión productiva porque los ahorros fueron utilizados para recompensar a ejecutivos y accionistas (Lansley, 2021; Komlos, 2019). Los recortes fiscales beneficiaron a los ricos, que pagaron para promover sus políticas mediante lobbies y think tanks, pero no generaron más crecimiento ni más empleos. En el Reino Unido, durante el gobierno de Thatcher, en la década de 1980, el coeficiente Gini aumentó de 0,25, un valor comparable a las democracias sociales nórdicas, a 0,33, uno de los valores más altos para un país desarrollado. Thatcher apeló a la meritocracia y a la creación de riqueza para justificar la desigualdad: “dejemos que nuestros niños crezcan alto, y algunos más altos que otros”.

La recuperación económica en el gobierno de Ronald Reagan no se debió a los recortes fiscales sino a las tasas bajas de interés y al aumento del gasto público. En 1993 Bill Clinton subió del 31 % al 39 % los impuestos a las personas que más ganan. Los republicanos predijeron un desastre económico, pero la economía creció durante ocho años consecutivos, se crearon 23 millones de puestos de trabajo, y el presupuesto federal entró en superávit. En 2001 y 2003 George W. Bush redujo el tipo impositivo máximo al 35 %. Los republicanos de la Fundación Heritage predijeron un aumento del ingreso familiar, pero el crecimiento económico disminuyó en comparación con los años de Clinton. Años más tarde, un estudio dirigido por uno de los antiguos economistas de Bush (Gale y Samwick, 2014) encontró que los recortes de impuestos no tuvieron un efecto significativo en el crecimiento. A fines de 2012, Obama restauró el impuesto máximo de 39,6, y nuevamente los republicanos predijeron una catástrofe, pero la economía creció. Donald Trump afirmó que su recorte de impuestos estimularía un crecimiento anual del 3 %, pero después de su primer año el crecimiento disminuyó. Las corporaciones aprovecharon el recorte para

hacer recompras de acciones, que aumentaron un 50 % de 2017 a 2018. Walmart y AT&T también despidieron a miles de trabajadores. La riqueza no se derrama, sino que fluye a cuentas bancarias del extranjero (Stewart, 2012; Shaxson, 2019). Las clases sociales con mayores ingresos utilizan técnicas para minimizar o evitar los impuestos, mediante abogados y contadores, y transferencias a paraísos fiscales (Stewart, 2012; Shaxson, 2019; Henry, 2016).

Hope y Limberg (2022) investigaron los recortes fiscales a los ricos en 18 países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) entre 1965 y 2015, y encontraron que solo benefician a los ricos, pero no tienen ningún efecto significativo sobre el crecimiento económico o la creación de empleo. En 1979, dos años antes del primer recorte de impuestos de Ronald Reagan, el 1 % más rico de los estadounidenses poseía menos del 23 % de la riqueza de la nación. En 1989, tras varios recortes fiscales para los ricos, poseían más del 28 %. En 2019, después de más recortes de impuestos para los ricos por parte de George W. Bush y Donald Trump, las personas en la parte superior poseían casi el 35 % de la riqueza de Estados Unidos. Mientras tanto, la riqueza promedio apenas se movió para la clase media y fue negativa para el 10 % inferior. Desde la época de Reagan hasta la crisis de 2008, los salarios aumentaron mucho en los cargos directivos y se estancaron en los empleos menos especializados. Desde 1979 a 2005, el 1 % más rico aumentó un 176 %. La quinta parte más rica de la población aumentó su renta disponible en un 69 %, descontando los impuestos, la siguiente quinta parte aumentó un 20 %, y las 3 siguientes un 21 %, 17 % y 6 % (Ferreira, 2013). Durante el gobierno de Reagan, los recortes fiscales hicieron que la recaudación creciera menos que lo usual (Quiggin, 2012). Según las estimaciones del Instituto de Política Económica, los ingresos medios anuales de los graduados de secundaria de entre 25 y 29 años, expresados en valores de 2005, cayeron de 30.900 dólares en 1970 a 25.900 dólares en 2000, y luego se estancaron (Ferreira, 2013). En resumen, los ricos se han convertido en súper ricos, la clase media luchó por mantenerse, y los que están en la parte inferior empeoraron en aspectos cruciales.

La escuela del lado de la oferta, que es lo que informalmente se conoce como la economía del derrame, ya fue desestimada por los economistas académicos, pero sigue siendo utilizada por políticos, periodistas, y think tanks. El economista John Quiggin (2012) dice que algo a tener en cuenta es que los propios economistas suelen formar parte del 20 % más rico y se vieron beneficiados por las políticas de Reagan, aunque los mayores beneficios se concentraron en el 1 % superior. Quiggin sostiene, con ironía, que el derrame al menos funcionó para

algunos economistas.

Supresión de regulaciones

Los partidarios del libre mercado sostienen que la desregulación aumenta el crecimiento económico, y habría entonces una torta más grande para repartir. Es cierto que aumentar el crecimiento económico es relevante. Pero existen muchos tipos de intercambio, incluyendo aquellos en los que una de las partes se aprovecha de las vulnerabilidades de la otra (Zwolinski & Wertheimer, 2017), o aquellos en los que el intercambio genera efectos perjudiciales para terceros. Las regulaciones buscan solucionar algunos de esos problemas.

Los partidarios del libre mercado plantean que la competencia de los mercados elimina las malas prácticas y por eso no se requeriría una regulación estatal de la calidad de bienes y servicios. Dicen que algunas empresas podrían dedicarse a evaluar la calidad de bienes y servicios (como lo hace hoy Consumers Report, que no tiene fines de lucro) y a vender los informes para los consumidores. Pero en algunos mercados la evaluación podría ser demasiado costosa. En ciertos casos el mercado podría generar incentivos y medios de evaluación fiables, pero no se puede afirmar eso a priori, porque también podrían surgir incentivos para las malas prácticas.

En el gobierno de Trump, la Agencia de Protección del Medio Ambiente revocó regulaciones relacionadas con la contaminación ambiental y las sustancias peligrosas en los productos. Esas medidas beneficiaron a los ejecutivos e inversores de productos químicos y combustibles fósiles, y obligaron al resto de la sociedad a lidiar con los problemas de la contaminación y las sustancias peligrosas. El Departamento de Trabajo flexibilizó las leyes sobre el trabajo infantil y redujo el número de trabajadores con derecho al pago de horas extraordinarias. Las empresas se ahorraron dinero, mientras los trabajadores fueron explotados.

El fracaso de los intentos de justificar la desigualdad

A pesar de los múltiples intentos de justificación por parte de los liberales, superado un umbral, la desigualdad sigue siendo indeseable porque correlaciona en todo el mundo con el número de homicidios y otros conflictos sociales (Goda y Torres García, 2017). Es legítimo que haya variaciones en la distribución de la riqueza, pero deben mantenerse en un margen razonable, que no genere perjuicios. La desigualdad incrementa el poder político, hace que los ricos busquen influenciar con dinero en las políticas públicas y esto es incompatible con el ideal democrático.

Los partidarios del libre mercado suelen usar un concepto equívoco de “libertad económica”, que refiere según convenga a “países desarrollados” o a “economías de libre mercado”. Así atribuyen al libre mercado los méritos de los países desarrollados. Sin embargo, hay que diferenciar ambos conceptos. Los países desarrollados incluyen a todas las sociedades industriales avanzadas, tanto las democracias sociales nórdicas como las economías con menos regulaciones estatales como la de Hong Kong. Pero los beneficios de vivir en un país desarrollado no provienen del modelo de libre mercado, sino de un conjunto más amplio de factores económicos y políticos. Por ejemplo, internet o muchos avances médicos provienen de la investigación hecha con financiación pública, y la calidad institucional refiere tanto a las instituciones públicas como a las privadas. La cuestión no es si el crecimiento económico y el progreso tecnológico benefician a todos, sino si las políticas orientadas a beneficiar a las clases privilegiadas generan tanto progreso para la sociedad en su conjunto como el que podría generarse con otras alternativas más igualitarias.

Bibliografía

Aghion, P. & Bolton, P. (1997). A Theory of Trickle-Down Growth and Development. Review of Economic Studies 64(2): 151-72.

Bryan, W. J. (9 de julio de 1896). Cross of Gold speech. En http://historymatters.gmu.edu/d/5354

Carrino, I. (2017). La teoría del derrame no existe. Agrositio. En https://www.agrositio.com.ar/noticia/185691-la-teoria-del-derrame-

no-existe-por-ivan-carrino

Corser, M., Bivens, J., & Blair, H. (2019). Still terrible at two: The Trump tax act delivered big benefits to the rich and corporations but nearly none for working families. Economic Policy Institute.

Ferreira, J. L. (2013). Economía y pseudociencia. Crítica a las falacias económicas imperantes. Díaz & Pons. Madrid, España.

Gale, W. G., & Samwick, A. A. (2014). Effects of income tax changes on economic growth. Economic Studies.

Goda, T., & Torres García, A. (2019). Inequality and Property Crime: Does Absolute Inequality Matter? International criminal justice review, 29(2), 121-140.

Goldin, C., & Margo, R. A. (1992). The great compression: The wage structure in the United States at mid-century. The Quarterly Journal of Economics, 107(1), 1-34.

Henry, J. S. (2016). Taxing tax havens. Foreign Affairs.

Hope, D., & Limberg, J. (2021). The economic consequences of major tax cuts for the rich. Socio-Economic Review.

Komlos, J. (2019). Foundations of real-world economics: What every economics student needs to know. Routledge.

Krugman, P. (2007). The conscience of a liberal WW Norton. New York.

Lansley, S. (2021). The Richer, The Poorer: How Britain Enriched the Few and

Failed the Poor. A 200-Year History. Policy Press.

Noah, T. (2012). The great divergence: America’s growing inequality crisis and what we can do about it. Bloomsbury Publishing USA.

Quiggin, J. (2012). Zombie Economics: How Dead Ideas Still Walk Among Us. Princeton University Press.

Rawls, J. (1971). A Theory of Justice. Cambridge, Massachusetts.

Rogers, W. (26 de noviembre de 1932). Will Rogers explains that money, unlike water, always trickles up. The St. Louis Star and Times.

Shaxson, N. (2019). Tackling Tax Havens: The billions attracted by tax havens do harm to sending and receiving nations alike. Finance & Development, 56(003).

Sowell, T. (2013). Trickle Down Theory and Tax Cuts for the Rich. Hoover Press.

Stewart, H. (2012). Wealth doesn’t trickle down – it just floods offshore, research reveals. The Guardian.

Zwolinski, M. & Wertheimer, A. (2017). “Exploitation”. The Stanford Encyclopedia of Philosophy.

IX

EL ENGAÑO DEL ÍNDICE DE LIBERTAD ECONÓMICA

Es muy común que cuando los liberales enumeran los países a los que creen que les va mejor, invoquen el índice de libertad económica de la Fundación Heritage o el del Instituto Fraser. Suelen decir “¿Ven? Los países liberales en lo económico son aquellos a los que les va mejor”. ¿Es esto cierto? En este capítulo vamos a examinarlo.

Se suelen mencionar dos índices de libertad económica: el de la Fundación Heritage de Estados Unidos, y el del Instituto Fraser de Canadá. Estas instituciones son think tanks que buscan promover la agenda política del libre mercado. Los índices son “ideológicos” en el sentido de que se basan en ideas y valores que guían las acciones políticas, pero decir esto no es suficiente para criticarlos, porque toda posición política es ideológica en este sentido. Para hacer una crítica, hay que argumentar cuáles son sus problemas y errores.

El índice de Heritage se inició en 1995. Utiliza una puntuación de 0 a 100, que va de “reprimido” (eso significa menos libre) a “libre”. El ranking de 2022 ubica a Singapur en el primer puesto con 84,4 puntos, y a Corea del Norte en el último puesto con 3. La puntuación se obtiene con el promedio de 12 variables agrupadas en 4 áreas.

El índice de Fraser se inició en 1996. Utiliza una puntuación de 0 a 10, que va de “menos libre” a “más libre”. El ranking de 2021, con datos de 2019, ubica a Hong Kong en el primer puesto con 8,91, y a Venezuela en el último puesto con 2,83. La puntuación se obtiene con el promedio de 42 variables agrupadas en 5 áreas. El proyecto para diseñar el índice se basó en ideas del economista Milton Friedman.

La definición de “libertad económica” y su defensa como “derecho fundamental”

La Fundación Heritage dice que mide la libertad económica y la define como “el derecho fundamental de todo ser humano a controlar su propio trabajo y su propiedad”. Pero cuando revisamos las variables del índice, vemos que incluye la reducción de la protección laboral y la reducción de los servicios públicos. Sería más honesto hablar de “libertades para el empresario”, y evitar confundirlo con las libertades y derechos que afectan a la población general.

También mide otro subconjunto de variables que son aceptadas por distintas posiciones políticas, no solo por el liberalismo, como por ejemplo la igualdad de derechos. Esta mezcla de tipos de variables vuelve muy problemáticas las supuestas mediciones.

Otro ejemplo de argumento problemático es la frase del economista Nicolás Cachanosky, que citamos en el capítulo sobre desigualdad: “si usted sabe que va a ser pobre, ¿en qué tipo de país preferiría vivir, en uno de los libres o en uno de los no libres?” (Cachanosky, 28/5/2014). La respuesta depende de a qué llamamos “libre”. Si entendemos “libertad” en sentido amplio, es la facultad de elegir obrar de una forma u otra, y es evidente que la pobreza restringe esa facultad: una persona pobre no puede elegir las mismas opciones que están disponibles para una persona rica, por ejemplo, respecto a qué comer, dónde vivir, dónde estudiar, o cómo disfrutar del ocio. Si quisiéramos evaluar el grado de libertad de un país en este sentido amplio, incluiríamos indicadores de la proporción y la gravedad de la pobreza. Es claro que los índices de Heritage y de Fraser no refieren a esta libertad en sentido amplio, sino a la libertad de los empresarios respecto a los impuestos, a la protección laboral, y a las regulaciones al libre mercado. Si estamos más interesados en la noción de libertad económica para la población general, no nos sirven los índices de Heritage y Fraser. En cambio, resultarían más relevantes el índice de desarrollo humano (HDI) de las Naciones Unidas, y el índice de progreso genuino (GPI), que fue usado, por ejemplo, en Finlandia y algunos estados de Estados Unidos

(Cobb y otros, 1994; Talberth y otros, 2007; Lind, 2019; Berik, 2020; Bagstad y otros, 2014; Kubiszewski y otros, 2013).

Esta distinción ocurre porque los índices de libertad económica están basados en la noción de libertad como “ausencia de coerción” planteada por Milton Friedman en Capitalismo y libertad (1962) y por todo el liberalismo clásico. Sin embargo, otros economistas propusieron nociones rivales de libertad económica. Amartya Sen (1999) sostiene que la libertad depende de la combinación de dos dimensiones: la capacidad de elegir y la oportunidad de elegir. La capacidad es una característica de los individuos, y la oportunidad es una característica del ambiente. Para Sen la falta de libertades sustantivas se relaciona no solo con la pobreza, sino con la falta de instalaciones públicas, desde escuelas hasta centros de salud o bibliotecas. Si comparamos las nociones de Milton Friedman y de Amartya Sen sobre la libertad, vemos que tienen implicaciones muy diferentes a la hora de diseñar instrumentos de medición.

Volviendo a la frase de Nicolás Cachanosky: ¿De qué le sirve a una persona pobre que le digan que su país ofrece más libertades económicas a los empresarios, cuando esa persona no es empresaria y no va a disfrutar de esas libertades? Para una persona pobre es preferible vivir en un país con libertad política y calidad institucional, pero eso no implica que sea preferible un país con alto puntaje en las variables asociadas a la ideología del liberalismo económico, sino más bien lo contrario: seguramente puede vivir mejor en un país que tenga políticas de seguridad social, que le permitan obtener un empleo con un sueldo digno, y un ingreso básico incluso si no consigue empleo. El liberalismo económico no solo no promueve esas políticas sociales, sino que propone reducirlas o eliminarlas.

La defensa de la libertad económica como medio

Otras personas no defienden la “libertad económica” de los índices diciendo que es un “derecho fundamental”, sino planteando que aumenta el crecimiento económico, y genera una torta más grande para repartir. Pero varios autores muestran evidencias de que la liberalización económica aumenta la desigualdad (Kwon, 2018), y que el aumento de desigualdad perjudica al crecimiento económico (Ostry y otros, 2016). La mera apertura al libre mercado no implica un beneficio para la población en situación de pobreza.

Como también señalamos en el capítulo sobre desigualdad, diversos países latinoamericanos implementaron políticas de libre mercado desde 1980 a 2000. Con presión del FMI y el Banco Mundial, se dedicaron a eliminar la protección de sus industrias, recortar salarios y políticas sociales, privatizar bienes públicos, y asignar los ingresos nacionales al pago de la deuda. Con esas políticas, la proporción de personas que viven con menos de 7,40 dólares por día aumentó de 62 % a 68 %. La imposición de políticas de libre mercado entre 1980 y 2000 no disminuyó la pobreza, sino que la empeoró. Esto puede explicarse porque las políticas de libre mercado buscaron reducir las políticas sociales, que son un factor relevante (aunque no el único) para mejorar la calidad de vida de la población. Entonces, no es razonable atribuir el mérito de la reducción de la pobreza a una posición política que se caracteriza por su oposición a los medios que contribuyen a ese logro.

Algunos pretenden utilizar como evidencia las correlaciones entre las medidas de libertad económica y las medidas de calidad de vida, pero estas correlaciones son problemáticas como evidencia de una hipótesis causal, porque el índice incluye variables que refieren a la calidad institucional (por ejemplo, igualdad ante la ley, o bajos índices de corrupción). Resulta esperable que existan correlaciones entre calidad institucional y calidad de vida, porque los países más desarrollados tienden a puntuar alto en calidad institucional y calidad de vida, y los países menos desarrollados tienden a puntuar bajo en ambas variables. Las correlaciones con el crecimiento económico también fueron cuestionadas, porque China y otros países en vías de desarrollo tienen altas tasas de

crecimiento y a la vez tienen puntajes relativamente bajos de la llamada libertad económica. Las tasas de crecimiento más altas en países en vías de desarrollo pueden deberse a que poseen mano de obra barata y reciben inversiones de países desarrollados.

Problemas de los indicadores compuestos

El índice Heritage utiliza 12 variables agrupadas en 4 áreas:

Tamaño del gobierno.

Estado de derecho.

Eficiencia reguladora (libertad de empresa, libertad laboral y libertad monetaria).

Apertura del mercado.

El índice Fraser utiliza 42 variables agrupadas en 5 áreas:

Tamaño del gobierno.

Estado de derecho.

Dinero sólido (sin inflación).

Ausencia de regulaciones del comercio internacional.

Regulaciones (por ejemplo, las leyes de protección laboral).

El supuesto de ambos índices es que algunas variables favorecen la libertad económica, y otras variables la restringen. Los ítems que favorecen la libertad económica serían el Estado de derecho, la baja inflación y la libertad de comercio internacional. Los ítems que la restringen serían la regulación y el tamaño de gobierno.

Los problemas en las variables fueron incluso señalados por autores de la escuela austríaca: Stefan Karlsson (2005) cuestiona que el índice Heritage otorgue altos puntajes a países nórdicos, aunque tengan rasgos contrarios al ideal del libre mercado, y otorgue bajos puntajes a países en vías de desarrollo, aunque tengan un mercado relativamente libre.

Críticas a la falta de validez

El problema principal con ambos índices es que no miden lo que dicen medir. Es falso que las cuatro categorías de Heritage y las cinco categorías de Fraser refieran a “libertades económicas”, y este problema hace que el índice no permita evaluar las tesis centrales del liberalismo económico. Por ejemplo, el Estado de derecho no es un valor que esté ligado al liberalismo económico, pues las teorías que se oponen al liberalismo económico también defienden la importancia de un Estado de derecho. Entonces, llamar “libertad económica” al Estado de derecho solo genera malentendidos.

Ambos índices mezclan indicadores de libertad económica (achicar el gobierno, reducir la regulación laboral, reducir las restricciones al libre mercado) con indicadores de calidad institucional (Estado de derecho, eficiencia del gobierno, bajo nivel de corrupción, tener jurados imparciales, tener una policía confiable). Pero la calidad institucional no es un ideal exclusivo del liberalismo económico, sino un ideal compartido por las diversas teorías que se oponen al libre mercado. Sería absurdo plantear que quienes critican al liberalismo económico están proponiendo destruir el Estado de derecho y aumentar la corrupción y la ineficiencia. Es claro que la calidad institucional es un objetivo compartido por otras posiciones políticas.

Los efectos problemáticos de esta confusión se manifiestan cuando algunos autores buscan mostrar que los altos puntajes en el índice están positivamente correlacionados con muchas cosas buenas, como la calidad de vida y el crecimiento económico, sin tener en cuenta que las variables de calidad institucional pueden ser responsables de esas correlaciones.

Sería útil tener un índice fiable, que se focalice en medir el grado de propiedad estatal o de propiedad privada de cada país. En el mundo no existen países completamente socialistas, porque eso requeriría que los trabajadores controlaran todos los medios de producción, y eso no ocurre en ninguna parte. Tampoco existen mercados completamente libres. Existen países como Corea del Norte en los que la mayor parte de la economía es de propiedad estatal, países

como Estados Unidos con poca propiedad estatal, y países como Noruega que están en algún punto intermedio.

En Noruega, un país que muchos liberales ponen como modelo a seguir, casi un tercio de la mano de obra trabaja en el sector público, y el Estado tiene acciones en muchas empresas. Existen países como Estados Unidos, donde no hay un sistema de salud pública universal, países como Canadá, donde hay un seguro sanitario público universal pero los propios hospitales son mayoritariamente privados, y países como Gran Bretaña o los países escandinavos, donde la mayoría de los hospitales son de propiedad pública y sus médicos y enfermeras son empleados públicos. Este tipo de variables son las que esperaríamos que mida el índice, pero no lo hace porque incluye variables irrelevantes como la calidad institucional, que no deberían ser planteadas como criterio para medir el libre mercado, sino como condición conceptualmente independiente para poder estudiar sus relaciones empíricas.

Imaginen que alguien propone un nuevo “test de inteligencia” que mide algo muy diferente a lo que entendemos usualmente por “inteligencia”: seguramente pediríamos que se justifique por qué se considera que mide la “inteligencia”, y si no hay una buena justificación, diríamos que es preferible buscar otro nombre para lo que se mide, con la finalidad de evitar los malentendidos.

Críticas a la medición del tamaño de gobierno

Muchas naciones del norte de Europa, como Islandia y los países nórdicos, obtienen puntajes altos en los índices Heritage y Fraser a pesar de que tienen amplios estados de bienestar a los que se oponen los defensores del libre mercado. Varios autores (Ott, 2018, 2022; Maier y Miller, 2017) señalaron que el índice incluye variables que no refieren a “menos gobierno” sino a “buen gobierno”, lo que genera una discrepancia entre lo que se mide y lo que se dice medir.

En el índice de Fraser, el tamaño del gobierno es el promedio entre cuatro variables: gasto público como porcentaje del consumo nacional, transferencias y subvenciones, empresas públicas y mayor tasa de impuestos. Gasto público, transferencias y subvenciones tienen una correlación positiva con el Estado de derecho, dinero sin inflación y libertad de comercio internacional. Esto no es coherente con la hipótesis de que el tamaño del gobierno tenga una correlación negativa con la libertad económica. O bien el tamaño de gobierno no afecta la libertad económica, o bien los índices no están midiendo la libertad económica. En ambos casos, los índices son problemáticos. Por estas cuestiones, Ott argumenta que el instrumento de medición sería más coherente si se excluyera la variable “tamaño de gobierno” (Ott, 2018, 2022).

La relación entre la libertad económica y el tamaño del gobierno depende de la calidad del gobierno (Ott, 2022), que el Banco Mundial mide con los Indicadores Mundiales de Gobernanza. Hay argumentos para prestar más atención a la calidad del gobierno que a su tamaño. Un buen gobierno puede organizar los bienes y servicios por sí mismo, o mediante la legislación, en cooperación con organizaciones privadas.

La correlación entre el tamaño del gobierno y la felicidad es positiva si la calidad de gobierno es buena (Helliwell y Huang, 2008; Ott, 2010). Los estados de bienestar escandinavos ofrecen suficientes servicios públicos como para mitigar los fallos fundamentales del mercado. En contraste, la correlación entre el tamaño del gobierno y la felicidad es negativa si la calidad del gobierno es mala.

Los gobiernos sobredimensionados por efecto de la corrupción, la búsqueda de rentas y el clientelismo son ejemplos de este problema.

Críticas a los supuestos de “ideal cero”

Los índices se basan en el supuesto de que lo ideal es reducir lo máximo posible ciertas variables, es decir, un “ideal de valor cero”. Esto ocurre con las variables de gasto público, la inflación, la protección laboral, los límites a la propiedad privada y las regulaciones. Pero incluso el liberalismo clásico acepta que hay gastos mínimos necesarios para la protección de la libertad y de la propiedad, y otras teorías plantean distintos puntos óptimos de gasto público (Olson, 2002; Sen, 2000).

La inflación es otra variable en que se adopta el supuesto de “ideal cero”, con el argumento de que afecta la propiedad de individuos y empresas, y reduce la libertad monetaria. Aunque hay consenso entre los economistas respecto a que una inflación alta y variable es problemática, no hay acuerdo respecto a que una inflación cero sea el objetivo correcto. Hay economistas que defienden que es más adecuado mantener una tasa de inflación baja, pero superior a cero (por ejemplo, la Junta de la Reserva Federal de Estados Unidos fijó como objetivo una inflación del 2 %). Por otro lado, resulta cuestionable incluir “baja inflación” como un criterio definitorio de “libre mercado”, parece más razonable considerarla como una variable independiente.

El índice Heritage utiliza medidas sobre el salario mínimo, la rigidez de los horarios, la dificultad para despedir a los empleados. El supuesto del índice es que estas normas laborales son un obstáculo para la libertad laboral. Pero estas cuestiones son controvertidas, y dependen de qué posición política se adopte para evaluar el equilibrio adecuado entre derechos de los empresarios y de los trabajadores (Warnecke y De Ruyter, 2010).

Respecto a la propiedad privada de los medios de producción, los índices adoptan el supuesto de que es el motor principal de la economía, y que debe ser protegido de cualquier forma de expropiación o limitación. Pero existen discusiones sobre cuál sería el balance óptimo entre propiedad privada y pública. Por ejemplo, existen posiciones políticas y económicas que argumentan a favor de leyes que limiten la herencia, las patentes y los derechos de autor. Estas

discusiones no pueden resolverse incorporando una posición sesgada en el índice.

En otros tipos de regulación a nivel interno e internacional, también se adopta un ideal cero que ha sido cuestionado. Diversos países tuvieron una primera etapa proteccionista que les permitió desarrollar su industria, y solo tuvieron una apertura al libre mercado en una segunda etapa, cuando la industria local estaba bien establecida. Por ejemplo, Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Japón y China. Un desarrollo extensivo de este tema puede ser encontrado en el libro de Marcelo Gullo La insubordinación fundante (Gullo, 2008). La teoría de la industria naciente afirma que las nuevas industrias de los países en desarrollo son como un niño: necesitan protección contra las presiones de la competencia hasta que maduren y puedan rivalizar con sus competidores. Este argumento no implica que toda política proteccionista resulte exitosa, porque los resultados dependen de diversas variables.

Los índices justifican que se incluya a la corrupción como variable porque perjudica a la libertad del mercado, pero esta variable puede afectar a otros modelos económicos. Además, solo mide la percepción de la corrupción en el sector público, no en el sector privado. De este modo, se omite por completo la corrupción empresarial que se manifiesta en sobornos, grupos de presión, daños al medio ambiente, transgresión de leyes, y restricciones a la libertad de los consumidores y los empleados (Hough, 27/1/2016).

En síntesis, los índices de Heritage y Fraser no son útiles para quienes desean medir las libertades y derechos que afectan a la población en general, y no meramente la libertad de los empresarios para hacer negocios con escasas restricciones del gobierno. Tampoco son útiles para identificar un ranking entre libre mercado y socialismo, porque incluyen variables que no miden ni el libre mercado ni el socialismo. Incorporan un conjunto de supuestos propios del liberalismo económico que son rechazados por otras teorías económicas y políticas. Los índices otorgan altos puntajes a países desarrollados aunque tengan rasgos distantes al libre mercado, y bajos puntajes a países en vías de desarrollo, aunque tengan rasgos cercanos al libre mercado. Se suelen utilizar para defender correlaciones simplistas y dudosas. Dadas estas características, hay buenas razones para cuestionar la validez de estos indicadores, para evitar su uso, y para poner en duda las afirmaciones que se pretenden justificar con ellos.

Bibliografía

Andersen, T. M. (2021). Economic Performance in the Nordic World. Odder, Denmark: Aarhus University Press and University of Wisconsin Press.

Bagstad, K. J., Berik, G., & Gaddis, E. J. B. (2014). Methodological developments in US state-level genuine progress indicators: toward GPI 2.0. Ecological Indicators, 45, 474-485.

Berik, G. (2020). Measuring what matters and guiding policy: An evaluation of the Genuine Progress Indicator. International Labour Review, 159(1), 71-94.

Cachanosky, N. (28 de mayo de 2014). El mito de la mala distribución del ingreso en los países “capitalistas”. Cato Institute. En https://www.elcato.org/el-mito-de-la-mala-distribucion-del-ingreso-en-los-paises-capitalistas

Cobb, C., Halstead, T. and Rowe, J. (1995). If the GDP is up, why is America down? Atlantic-Boston, 276, 59–79.

Cooley, A. & Snyder, J. L. (2015). Ranking the World: Grading States as a Tool of Global Governance, Cambridge: Cambridge University Press.

De Haan, J., & Sturm, J. E. (2000). On the relationship between economic freedom and economic growth. European journal of political economy, 16(2), 215-241.

Dialga, I., & Vallée, T. (2018). The index of economic freedom: Methodological matters. Studies in Economics and Finance.

Friedman, M. (1962). Capitalism and freedom. University of Chicago Press.

Gullo, M. (2008). La insubordinación fundante: Breve historia de la construcción del poder de las naciones. Buenos Aires: Biblios.

Gwartney, J., Lawson, R., & Block, W. (1996). Economic freedom of the world: 1975-1995. Vancouver, BC: The Fraser Institute.

Heckelman, J. C., & Stroup, M. D. (2000). Which Economic Freedoms Contribute to Growth? Kyklos, 53(4), 527-544.

Heckelman, J. C., & Stroup, M. D. (2005). A comparison of aggregation methods for measures of economic freedom. European Journal of Political Economy, 21(4), 953-966.

Helliwell, J. F., Huang, H., Grover, S., & Wang, S. (2018). Empirical linkages between good governance and national well-being. Journal of Comparative Economics, 46(4), 1332-1346.

Hough, D. (27 de enero de 2016). Here's this year's (flawed) Corruption Perception Index. Those flaws are useful. The Washington Post.

Jensen, Carsten. (2021). Equality in the Nordic World. Odder, Denmark: Aarhus University Press and University of Wisconsin Press.

Karlsson, S. (2005). Los fallos del índice libertad económica. Mises Institute.

Keseljevic, A. (2013). Why Indexes of Economic Freedom Cannot Be Sufficient Indicators of Economic Freedom and Future Economic Prosperity? Available at SSRN 2238765.

Kubiszewski, I., Costanza, R., Franco, C., Lawn, P., Talberth, J., Jackson, T., & Aylmer, C. (2013). Beyond GDP: Measuring and achieving global genuine progress. Ecological economics, 93, 57-68.

Kwak, J. (2010). Good government vs. less government: Or, why the heritage freedom index is a damned statistical lie. Blog: The baseline scenario: What happened to the global economy and what we can do about it.

Kwon, R. (2018). How do neoliberal policies affect income inequality? Exploring the link between liberalization, finance, and inequality. Sociological Forum (Vol. 33, No. 3, pp. 643-665).

Lind, N. (2019). A development of the human development index. Social Indicators Research, 146(3), 409-423.

Maier, M., & Miller, J. A. (2017). Index of economic freedom: Unrealized pedagogical opportunities. The Journal of Economic Education, 48(3), 186-192.

Murphy, R. (2016). A comment on “Measuring economic freedom: a comparison of two major sources”.

Murphy, R. H. (2019). The state economic modernity index: an index of state building, state size and scope, and state economic power. Economics of Governance, 20(1), 73-101.

Murphy, R. H. (2022). On Whether the Size of Government Belongs in Economic Freedom Indices. Econ Journal Watch, 19(1), 47.

Olson, M. (2009). The logic of collective action (Vol. 124). Harvard University Press.

Ostry, J. D., Loungani, P., & Furceri, D. (2016). Neoliberalism: Oversold? Instead of delivering growth, some neoliberal policies have increased inequality, in turn jeopardizing durable expansion. Finance & development, 53(002).

Ott, J. C. (2010). Good governance and happiness in nations: technical quality precedes democracy and quality beats size. J. Happiness Stud. 11 (3), 353-368.

Ott, J. C. (2011). Government and happiness in 130 nations: good governance fosters higher level and more equality of happiness. Soc. Indic. Res. 102 (1), 3-22.

Ott, J. C. (2018). Measuring economic freedom: Better without size of government. Social Indicators Research, 135(2), 479-498.

Ott, J. C. (2022). Leave Size of Government Out of the Measurement of Economic Freedom-Put Quality of Government In. Econ Journal Watch, 19(1), 58.

Plehwe, D. (2021). The Development of Neoliberal Measures of Competitiveness. En: Russ, D., & Stafford, J. (Ed). Competition in World Politics: Knowledge, Strategies and Institutions. Global Studies.

Ram, R. (2014). Measuring economic freedom: a comparison of two major sources. Applied Economics Letters, 21(12), 852-856.

Rode, M. (2012). Do aggregation methods influence EFW Index performance? An examination using cluster analysis. In University of Cantabria Working

paper.

Sen, A. (1999). Development as freedom. New York: Random House, Inc.

Sen, A. (1999). Poverty as capability deprivation. Development as freedom, 6(3), 87-110.

Slobodian, Q. (2019). Democracy Doesn’t Matter to Defenders of Economic Freedom. The Guardian, 11, 2019.

Stanford, J. (1999). Economic Freedom (for the Rest of US). Canadian Centre for Policy Alternatives / Centre canadien de recherche en politiques de rechange.

Talberth, J., Cobb, C., & Slattery, N. (2007). The genuine progress indicator 2006. Oakland, CA: Redefining Progress, 26.

Warnecke, T., & De Ruyter, A. (2010). Positive economic freedom: An enabling role for international labor standards in developing countries? Journal of Economic Issues 44 (2): 385-92.

X

¿BAJÓ LA POBREZA EN EL MUNDO?

Entre 1981 y 2017, la cantidad de personas que viven con menos de 20 dólares por día (el umbral de pobreza utilizado en países desarrollados) aumentó en términos absolutos (de 3846,85 millones a 5916,45 millones), y tuvo una pequeña reducción en términos relativos (de 85,3 % a 78,78 % en relación a la población mundial, que creció de 4510 millones a 7510 millones) (Our World in Data, s/f). Peter Edward (2006) sugirió que 7,40 dólares por día es el umbral a partir del cual es posible vivir más de 70 años y no ser extremadamente pobre.

Sin embargo, en los últimos años es un lugar común oír en boca de diversos portavoces de la derecha que la pobreza disminuyó significativamente en todo el mundo, y que el sistema capitalista fue el artífice de este logro. Es lo que sostienen, por ejemplo, los economistas Iván Carrino (11/7/2016) y Javier Milei (La Nación, 9/6/2021). Quienes esto afirman en parte suelen basarse en datos que aporta el Banco Mundial, en los que también se basó Max Roser, relativos al porcentaje de la población mundial, y no al número de personas, y referidos a uno de los umbrales más bajos de pobreza, que es el que se establece en la supervivencia con menos de 1,90 dólares por día.

Este encuadre tuvo dos difusores: uno fue el psicólogo Steven Pinker, que en su libro La tabla rasa dedica un capítulo a defender el capitalismo, y el otro fue Bill Gates. ¿Es tan así? ¿Hay evidencias que lleven a cuestionar o matizar esa conclusión? En este capítulo vamos a investigarlo, examinando el debate que está teniendo lugar en torno a este tema.

La infografía que disparó el error

La historia comenzó cuando una infografía, que es una colección de imágenes, gráficos y texto fáciles de entender, fue respaldada por diversas personas influyentes como el psicólogo Steven Pinker, Bill Gates y el periodista Nicholas Kristof, en enero de 2019. Ese mes se celebró el Foro Económico Mundial de Davos, que anualmente reúne en Suiza a líderes empresariales, políticos internacionales, periodistas e intelectuales selectos para analizar los problemas más apremiantes que afronta el mundo.

La infografía había sido preparada por Max Roser, economista, filósofo y director de un proyecto de la Universidad de Oxford titulado Our World in Data, que muestra algunos progresos de la población humana en los últimos dos siglos. El informe sostenía que la proporción de personas que viven en la pobreza extrema disminuyó del 94 % en 1820 a solo el 10 % en la actualidad. La Organización para las Naciones Unidas considera hoy que una persona es extremadamente pobre cuando vive con menos de 1,90 dólares al día. Este umbral es conocido como “Línea Internacional de Pobreza”. Según las últimas estadísticas mundiales, en todo el planeta aproximadamente una de cada diez personas vive en situación de pobreza extrema.

La afirmación parecía simple y convincente. En enero de 2019, mientras se realizaba el Foro de Davos, Bill Gates reenvió el gráfico a Twitter y escribió: “Esta es una de mis infografías favoritas. Mucha gente subestima cuánto mejoró la vida en los dos últimos siglos”.

Se hicieron eco de estas cifras desde Steven Pinker hasta gran parte de los participantes de Davos, sacando la conclusión de que el capitalismo ha sido excelente para todos. Un crítico de esta evaluación de datos fue el antropólogo Jason Hickel, que publicó en el diario británico The Guardian un artículo titulado “Bill Gates dice que la pobreza está decreciendo. No podría estar más equivocado” (Hickel, 2019). Pinker y Gates fueron aún más lejos, sostiene Hickel, diciendo que no deberíamos quejarnos por el aumento de la desigualdad cuando las mismas fuerzas que entregan una riqueza tan inmensa a los más ricos

también están erradicando la pobreza ante nuestros propios ojos. Es una narrativa potente pero engañosa, agregó, que no representa adecuadamente la complejidad del tema.

Cuando en este capítulo hagamos referencias a mediciones en dólares, nos referimos al dólar internacional, el PPA, siglas de “paridad del poder adquisitivo”. Es la cantidad de unidades monetarias locales que se necesitan para adquirir, dentro del país en cuestión, la misma cantidad de bienes que en Estados Unidos se comprarían con un dólar estadounidense. Dicho de otra manera, como los países usan distintas monedas, es necesario convertir los ingresos a una moneda común y ajustar según las diferencias en el poder adquisitivo de cada país.

Hickel plantea que la infografía divulgada por Steven Pinker y Bill Gates, y de la que se hicieron eco numerosos defensores del capitalismo, tiene varios problemas. Se basa en un conjunto de datos que no fueron reunidos con la intención de describir la pobreza, sino la desigualdad en la distribución del PBI mundial, y en referencia a una gama limitada de países. No existe una investigación real que respalde las afirmaciones sobre la pobreza a largo plazo. La infografía no representa un estudio científico, sino una intervención en las redes sociales, concretamente en Twitter. Lo que el autor de la infografía hace con el proyecto del World Data Base es tomar estudios ya existentes y volcarlos en gráficos. Veamos por qué esto es problemático.

Los datos que miden la pobreza

Los datos sobre pobreza empezaron a ser recolectados por el Banco Mundial recién en 1981, pero la infografía que citan como evidencia de los logros del capitalismo comienza en 1820. ¿Cómo calcularon el porcentaje entre 1820 y 1981? A partir de estimaciones del PBI per cápita. Pero esos datos no buscan medir la pobreza mundial, sino la distribución del PBI de un conjunto limitado de países, y los de 1981 en adelante miden pobreza muy extrema. Hickel argumenta que la infografía no debería mezclar ambas fuentes, y que la corrección de este problema modificaría el gráfico.

El Banco Mundial, que es la organización en la que se basó la infografía, empezó a investigar la pobreza extrema en 1979, y lo hizo más sistemáticamente desde 1990, cuando introdujo como estándar de medición la línea internacional de pobreza de un dólar por día, destinada a evaluar la pobreza extrema. Este estándar se basa en el promedio de líneas de pobreza nacionales de los 15 países más pobres del mundo y se actualiza periódicamente para reflejar cambios en el costo de vida. En base a datos de 2011, en 2015 se actualizó a 1.90 dólares por día.

Hay que tener en cuenta que la línea de 1,90 dólares por día de “pobreza extrema” implica una dieta inadecuada y una expectativa de vida más corta para todos, incluso para los niños. Pasar de vivir con menos de 1,90 dólares por día a vivir con menos de 3,10 no es “salir de la pobreza”, sino pasar a una menos extrema. Peter Edward calculó que 7,40 dólares por día es el mínimo necesario para tener una nutrición adecuada y una expectativa de vida normal de 70 años en todo el mundo (Edward, 2006).

La Organización de las Naciones Unidas propuso un índice de pobreza multimodal que evalúa distintos tipos de privaciones, pero aún no se dispone de datos suficientes como para aplicar este índice. Es necesario tener en cuenta las distintas líneas de pobreza, y considerar en números absolutos a cuántas personas afectan, así como el porcentaje que representan del total de la población. Porque el 10 % de pobres de un país puede ascender a 20.000

habitantes o a 20 millones, y ambas situaciones no son equivalentes.

Hoy las regiones del mundo con más pobreza extrema son África subsahariana y el sur de Asia. Según el Banco Mundial (siguiendo el parámetro de 1,90 dólares por día) el número de personas en países en desarrollo que viven en pobreza extrema se redujo a la mitad entre 1990 y 2013. Hubo reducción de pobreza extrema en el sudeste de Asia y en Latinoamérica, pero el cambio fue escaso en África. El cambio mayor ocurrió en China, donde la pobreza extrema bajó de 67 % en 1990 al 2 % en 2013. Es decir, la derecha atribuye la reducción de la pobreza al capitalismo, pero el país del mundo que sacó a más personas de la pobreza es China, que cuenta con un sistema mixto, en parte socialista y en parte capitalista. En China las empresas estratégicas están en manos del Estado, y el desarrollo capitalista se produjo al precio de emplear a trabajadores de gran cantidad de empresas bajo condiciones laborales que serían inaceptables para otros países capitalistas, con jornadas sin límite de horas de trabajo, remuneraciones paupérrimas y trabajo infantil, como el que utiliza para fabricar el asistente de voz Alexa de Amazon (Infobae, 9/8/2019).

No obstante, la reducción de la pobreza extrema en China y en el mundo es un logro, pero es importante recordar que dejar de vivir con 1,90 dólares por día no es “salir de la pobreza” sino pasar a una pobreza menos extrema. Si tomamos la línea mínima para una expectativa de vida normal, que es la que cifra la frontera de la pobreza en el umbral de 7,40 dólares diarios, los avances son menos notorios, y si se analiza por región, vemos que, tal como señalamos, la mayor parte de los avances ocurrieron en el Este de Asia, principalmente en China. Si se elimina a China de los cálculos, el número de personas en extrema pobreza se mantuvo casi igual de 1990 a 2010. Muchos salen de la pobreza extrema, pero siguen en una situación de pobreza y vulnerabilidad, viviendo con ingresos entre 1,90 y 3,10 dólares por día.

Dado que el ingreso es un parámetro con limitaciones para indicar si una persona es pobre, algunos expertos crearon en 2010 el índice de pobreza multidimensional, que no está basado solo en el ingreso. También mide privaciones asociadas a la salud, a la educación y a la calidad de vida en general. Tiene en cuenta la malnutrición, la falta de acceso al agua limpia y la electricidad.

El Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU del 2016 utilizó esta medición y encontró que 29 % de los países en desarrollo tienen pobreza

multidimensional, son 1500 millones de personas y otros 900 millones están cerca del límite y con riesgo a caer en la pobreza (PNUD, 2017). En síntesis, casi la mitad de los países en desarrollo están en situación de pobreza extrema o a punto de caer en ella si excluimos el ingreso y tenemos en cuenta factores como la educación, la salud o el acceso al agua, entre otros.

¿Qué revelan los números de la infografía?

Lo que realmente revelan los números de la infografía, escribe Hickel, es que el mundo pasó de una situación en la que la mayoría de la humanidad no tenía ninguna necesidad de dinero a una en la que hoy la mayoría lucha por sobrevivir con cantidades extremadamente pequeñas de dinero (Hickel, 2018, 2019). Hickel destaca, tal como lo han hecho muchos autores antes, que se trató de un proceso de despojo que arrastró a las personas hacia el sistema actual. Antes de la colonización, la mayoría vivía en economías de subsistencia donde tenían acceso a abundantes bienes comunes: tierra, agua, bosques, ganado y sistemas sólidos de intercambio y reciprocidad. Necesitaban poco dinero, si es que disponían de él, pero no lo precisaban para vivir bien. Esta forma de vida fue violentamente destruida por los colonizadores, que obligaron a los campesinos a abandonar la tierra y a ingresar a las minas, a las fábricas y a las plantaciones de propiedad europea, donde se les pagaba salarios miserables por un trabajo que nunca quisieron hacer.

Hickel escribe que no está del todo claro que esto haya representado durante muchos de los años que reseña el gráfico citado por Pinker, Gates y, en general, la derecha, una mejora en la vida de las personas, ya que en la mayoría de los casos sabemos que, en los inicios de la revolución industrial, los salarios no llegaron a compensar la pérdida de tierras y recursos, que por supuesto fueron devorados por los colonizadores. La infografía favorita de Gates, escribe Hickel, se vale de las tropelías de la colonización y las vuelve a empaquetar como una feliz historia de progreso.

La respuesta de Steven Pinker y su defensa del capitalismo

Al responder a las objeciones de Hickel, Steven Pinker sostuvo que encuentra aceptable considerar pobre al que está por debajo del umbral de 1,90 dólares por día, sin reparar en que es bajísimo en términos de bienestar humano, incluso en relación a la pobreza extrema (Pinker, 2019). Pinker cita un artículo de Ryan Bourne titulado “Los izquierdistas intentan enturbiar las aguas sobre la caída de la pobreza mundial”. Bourne plantea que la línea de pobreza es irrelevante porque la misma tendencia decreciente ocurre si se utilizan otras líneas, y que Hickel está motivado por una agenda política marxista. El problema con este argumento es que llevaría más de 100 años terminar con la pobreza bajo el umbral de 1,90 dólares, y más de 200 años terminar con la pobreza con un umbral bajo 7,40, que es el de una nutrición aceptable, y eso fue antes de la crisis planteada por el COVID-19 en el 2020 y si no ocurren crisis financieras o ecológicas que reviertan los avances, según un artículo de Woodward del 2015.

Pinker juzga que Hickel idealiza el pasado, sostiene que hubo progreso en otras variables tales como la longevidad y la educación, con avances tecnológicos en países pobres, y plantea que Hickel y otros izquierdistas tienen una agenda política que los lleva a negar los logros del capitalismo. ¿Pero es el capitalismo o el avance científico-tecnológico y cultural el artífice de esos avances? Si nos atenemos a la definición consensuada que entiende que lo esencial del capitalismo es que se trata de un sistema económico y social basado en la propiedad privada de los medios de producción, no parece haber nada privativo de este sistema económico en el progreso de cuestiones como la longevidad, la educación o el descubrimiento de nuevas tecnologías, muchas de las cuales surgieron en contextos bélicos, o en otros sistemas económicos, como es el caso del teléfono celular. Tal como consignamos en el comienzo de este libro, en la Unión Soviética se diseñó un dispositivo parecido diez años antes de que Motorola vendiera su móvil (Blancas, 2020). La idea fue propuesta en 1917 por el finlandés Eric Tigerstedt, pero como no había una tecnología apropiada para desarrollar su idea, fue descartada y retomada medio siglo más tarde. La

telefonía celular surgió como parte de la Guerra Fría: la URSS desarrolló el primer dispositivo móvil alrededor de 1950. Muchos avances médicos y tecnológicos surgieron de instituciones estatales y no de empresas privadas. Internet fue desarrollada con financiación pública.

Hickel respondió a Pinker diciendo que no niega la reducción de la pobreza con el umbral de 1,90 dólares al día. Los datos del Banco Mundial indican que la pobreza de las personas que viven con menos de 1,90 por día disminuyó significativamente, aunque la mayor parte de las personas que mejoraron según esa medición viven en China y en el este asiático. Pero ese índice desde la perspectiva de Hickel es ilustrativo para evaluar a los países más pobres del mundo, no tanto para los otros. La línea de pobreza de Estados Unidos está por debajo del umbral de 35 dólares por día. Lo que plantea Hickel es la necesidad de evaluar otras líneas de pobreza y discutir las hipótesis explicativas. La narrativa favorable o desfavorable sobre el descenso de la pobreza depende de la medida utilizada. Tal como señalamos en párrafos anteriores, recién un umbral de 7,40 dólares por día —muy lejos del de 1,90 dólares invocado por la derecha — permite alcanzar una buena nutrición y una expectativa de vida de setenta años. Si tenemos en cuenta ese umbral, la pobreza disminuyó más lentamente. En 1981, 70,8 % de la población mundial vivía con 7,40 dólares por día, y 32 años después, en 2013, disminuyó solo 12,7 %, es decir, 58,1 % de la población mundial, apenas más de la mitad, superaba el umbral de pobreza. En números absolutos, tomando esa misma medida, la pobreza aumentó de 3200 millones de personas en 1981 a 4200 millones en 2013, algo que obedece a que la población mundial aumentó.

Actualmente 700 millones de personas viven bajo la línea de 1.90, 1500 millones no tienen alimentación adecuada para una actividad humana normal, y 2100 millones tienen malnutrición.

Esto indica que el umbral de 1,90 es insuficiente para una nutrición básica y una actividad humana normal. El propio Banco Mundial reconoce que la línea es muy baja para ser usada en países desarrollados. Hickel menciona un argumento del filósofo Thomas Pogge: en las últimas décadas aumentaron los recursos que permiten reducir la pobreza, y el hecho de que no se realicen las acciones cuando existen los recursos para posibilitarlo lo vuelve éticamente más reprochable. Como dijimos, la reducción con una línea de 1,90 no implica “salir de la pobreza”, sino “pasar a una pobreza menos extrema”.

Hickel sostiene que quien no esté especializado en el tema, puede ver la infografía de Our World in data y pensar que hay un 10 % de pobreza mundial. Al profundizar, vemos que esa es una pobreza muy extrema, algo que pocas veces se dice, y que sería más adecuado sostener que hay un 58 % de pobreza no extrema (la del umbral de 7,40 dólares por día) y que la mayor parte del progreso en la pobreza más extrema ocurrió en China. Agrega que evaluar distintos umbrales de pobreza es relevante, porque en otras líneas el descenso en proporción es menor, y en algunas líneas hay un aumento del número total de personas.

Ryan Bourne plantea que entre 1990 y 2013, si se toma la línea de 10 dólares por día como umbral de pobreza, si bien en términos de porcentajes bajó, y no mucho, de 76 % a 66,5 %, en términos de cantidad de habitantes aumentó de 4000 millones a 4800 millones, porque en ese período hubo 36 % de incremento en población mundial. Estos datos varían según período y región. Entre 1980 y 2002, en la región Este de Asia y el Pacífico, la pobreza por debajo de los 7,40 dólares diarios bajó de 98 % a 88 %, mientras aumentó en el resto del mundo, y la pobreza por debajo del 1,90 dólares diarios bajó de 81 % a 30 %. El mayor cambio —nuevamente— fue en China. En el resto del mundo el cambio fue muy moderado.

Hickel responde que no idealiza el pasado, y que es Pinker quien lo hace cuando omite la evidencia histórica de que los pueblos colonizados fueron coercionados para ingresar en el mercado de trabajo mediante la limitación de su acceso a la comida, impuestos, desposesión y privatización de las tierras. No es bueno idealizar el pasado y un cuadro adecuado de la actualidad debe incluir la evidencia relevante. Hickel reconoce los avances y el desarrollo tecnológico, pero plantea que son temas distintos. Lo que se debate es si se está logrando sacar a las personas de la pobreza, y si los avances existentes son atribuibles a las políticas de libre mercado.

En Estados Unidos, el período 1930-1970 se caracterizó por la existencia de políticas sociales. A partir de 1980 los partidarios del libre mercado buscaron reducirlas, y esto afectó a las políticas de salud y educación públicas. Resulta contradictorio atribuir un logro a un modo de producción —el capitalismo— que se caracteriza justamente por su oposición a los medios que contribuyen a ese logro.

En su respuesta a Hickel, Pinker comienza diciendo “No sé por qué tengo que

ser yo quien defienda el consenso sobre el desarrollo económico mundial frente a un ideólogo marxista". Se trata de un intento de descalificación, y no de un argumento. Hickel responde: "Si por ideólogo marxista te refieres a alguien que señala que los datos de la pobreza son más complejos de lo que tu narrativa permite, entonces, bueno, supongo que lo soy". Es cierto que todos poseen creencias y actitudes políticas que influyen en sus evaluaciones, pero esta no es una razón para desestimar sus argumentos, sino más bien lo contrario: es necesario mantener el debate argumentativo entre distintas posiciones políticas para evitar encerrarse en una cámara de eco reacia a la pluralidad de ideas.

La tendencia actual

La tendencia actual de reducción de pobreza es muy lenta. Hay riesgos ecológicos y sociales que amenazan con destruir las ganancias logradas. Por ejemplo, el cambio climático, las sequías, las crisis económicas o emergencias sanitarias como la del COVID-19.

La pobreza extrema está concentrada principalmente en África: por ejemplo, Nigeria tiene 87 millones de pobres y tiende a empeorar. India tiene 73 millones y tendencia a mejorar. África tiene 2/3 partes de la pobreza extrema del mundo, y si sigue empeorando, tendrá 9/10 en 2030. Es decir, casi toda la pobreza del mundo.

Hickel no niega que la pobreza se haya reducido en diversos países, pero cuestiona la hipótesis de que eso sea un mérito del capitalismo. La reducción significativa ocurrió en el Este de Asia, en países que no tienen una economía de libre mercado sino una política estatal de industrialización, proteccionismo, y regulación, las mismas medidas que las naciones occidentales usaron en sus períodos de consolidación industrial. Esos países liberaron los mercados en forma parcial, gradual, y regulada por el Estado.

En diversos países en vías de desarrollo, desde 1980 a 2000, se implementaron políticas denominadas de libre mercado, orientadas a un ajuste estructural, con presión del FMI y el Banco Mundial, para privatizar bienes públicos, desregular, eliminar los aranceles y la protección de sus industrias, vender los activos nacionales (a las corporaciones del mundo rico, a precios de remate), eliminar los subsidios, devaluar (haciendo que las exportaciones sean más baratas para que las compren los países ricos), liberar el acceso a los recursos para las corporaciones extranjeras, recortar los salarios, los servicios sociales y asignar los ingresos nacionales al pago de la deuda.

En otras palabras, eliminar las políticas nacionales “desarrollistas”, y reorientar la renta y los activos nacionales al pago de la deuda. En esos países, entre 1980 y 2000 el número de personas que viven con menos de 7,40 dólares por día se

incrementó en 1300 millones, y la proporción aumentó de 62 % a 68 %. La imposición de políticas de mayor liberalización del mercado en ese periodo no disminuyó la pobreza, sino que la incrementó.

Max Roser, el filósofo y economista de Oxford que realizó la infografía, posteriormente publicó un trabajo en el que sostiene que la pobreza es un gran problema incluso en países de altos ingresos como Dinamarca. En este país los hombres de mediana edad que forman parte del 20 % más pobre de la población, tienen en promedio 9 años menos de vida que los que se encuentran entre el 20 % más rico. En Dinamarca una persona que vive con menos de 30 dólares al día es considerada pobre, y el objetivo declarado del país es reducir la pobreza en relación con este umbral. Si esto es así, ¿por qué deberíamos usar una línea de pobreza internacional que es tan extremadamente baja para medir la pobreza a nivel mundial?, se pregunta. Y responde que es necesaria una línea tan baja de pobreza porque al vivir en un mundo extremadamente desigual, esa es la forma de captar la situación de los más pobres. Sin disponer de este umbral, no seríamos conscientes de la parte del mundo que vive en la extrema pobreza. La línea de pobreza global de la ONU es valiosa porque llama la atención sobre la pobreza extrema en el mundo, dice, justificando de alguna forma su infografía primera.

Sin embargo, medir la pobreza global solo en relación a líneas de pobreza tan bajas tiene su gran desventaja, admite Roser. Al enfocarnos en un umbral de ingresos que es más bajo que los ingresos del 90 % de la población mundial, estamos ignorando lo que le está sucediendo a la mayor parte de las personas.

Otros umbrales de medición

Lant Pritchett propuso usar líneas de pobreza más altas: la más baja de 1,90 se tomaría para los países más pobres, otras de 3,20, 5,50 o 7,40 se usarían para países no tan pobres, y así sucesivamente, hasta llegar a las líneas de pobreza de los países de ingresos más altos.

Las líneas de pobreza de los países europeos varían de 25 a 38 dólares por día, la de Estados Unidos es de 35 dólares por día, un estudio piloto en Alemania encontró que en ese país es de 48 dólares por día, mientras la asistencia social básica en ese país es de 30 dólares por día. Considerando esas cifras, en estos países oscilan entre 25 y 50 por día. Max Roser propone que para los países desarrollados ese umbral se ubique en los 30 dólares por día.

Si el 10 % del mundo vive en extrema pobreza según la definición de la ONU, ¿cuál sería la proporción del mundo que vive en pobreza moderada? Los últimos datos mundiales que muestra Roser revelan que el 85 % de la población mundial vive con menos de 30 dólares al día. Son 6.500 millones de personas. Si tomamos una línea de pobreza más alta de 45 dólares por día, el 92 % vive en la pobreza, y usando una línea de pobreza más baja de 20 dólares por día, el 78 % vive en la pobreza. Estos datos son previos a la pandemia del 2020, cuando todos los indicadores empeoraron.

Si solo nos basáramos en la línea de pobreza extrema de la ONU, concluiríamos que casi nadie vive en la pobreza en los países de ingresos altos. Pero si tenemos en cuenta los umbrales que se manejan en los países ricos, incluso en los países de ingresos altos hay una proporción significativa de personas que viven en la pobreza. Ningún país, ni siquiera los de altos ingresos, eliminó la pobreza. En este sentido no hay “países desarrollados”, hay trabajo por hacer para todos, señala Roser.

En África subsahariana aproximadamente el 40 % de la población vive con menos de 1,90 dólares por día. En todas las regiones fuera de los países de ingresos altos, más del 85 % de todas las personas viven en una pobreza

moderada.

Los países en los que la mayoría no vive en la pobreza solo han dejado atrás la pobreza recientemente. Hace dos siglos la distribución global del ingreso era muy diferente. La razón por la que en Dinamarca la mayoría de las personas no vive en la pobreza es que la desigualdad económica es baja y el ingreso promedio alto. Y los ingresos medios son altos porque aumentaron constantemente durante los dos últimos siglos junto al crecimiento económico de este país. Los ingresos medios en Dinamarca son hoy más de 20 veces más altos que en el pasado.

En todo el mundo la mayoría de las personas viven en países donde el ingreso promedio es mucho más bajo que el umbral de pobreza en los países ricos (tomando el dólar internacional). El 82 % de la población mundial vive en países donde el ingreso medio es inferior a 20 dólares al día. Por eso el crecimiento económico es tan importante para dejar atrás la pobreza.

Después de dos siglos de progreso sin precedentes contra la peor pobreza, todavía es cierto que una de cada diez personas vive con menos de 1,90 dólares al día, y que con umbrales de pobreza más altos o índices multidimensionales, la gran mayoría del mundo sigue viviendo en una gran pobreza, aunque no sea pobreza extrema. Sería un error limitar nuestras ambiciones de erradicar la pobreza basándonos en la definición de pobreza de los países más pobres.

Bibliografía

Blancas, E. (24 de junio del 2020). ¿La URSS inventó el primer celular de la historia? Al capitalismo no le gusta la idea. Univisión Noticias. En https://www.univision.com/explora/la-urss-invento-el-primer-celular-de-la-historia-al-capitalismo-no-le-gusta-la-idea

Bourne, R. (24 de agosto de 2018). Leftists Are Trying to Muddy the Waters on Falling Global Poverty. Cato Institute. En https://www.cato.org/commentary/leftists-are-trying-muddy-waters-falling-

global-poverty

Carrino, I. (11 de julio de 2016). Así redujo el capitalismo la pobreza en el mundo. Instituto Cato. En https://www.elcato.org/asi-redujo-el-capitalismo-la-pobreza-en-el-mundo

Edward, P. (2006). The ethical poverty line: A moral quantification of absolute poverty. Third World Quarterly, 27(2), 377-393.

Hasell, J., & Roser, M. (5 de febrero de 2019). How do we know the history of extreme poverty? Our World in Data. En https://ourworldindata.org/extreme-history-methods

Hickel, J. (29 de enero de 2019). Bill Gates says poverty is decreasing. He couldn’t be more wrong. The Guardian. En https://www.theguardian.com/commentisfree/2019/jan/29/bill-gates-davos-global-poverty-infographic-neoliberal

Hickel, J. (4 de febrero de 2019). A letter to Steven Pinker (and Bill Gates, for that matter) about global poverty. Jason Hickel Blog. En https://www.jasonhickel.org/blog/2019/2/3/pinker-and-global-poverty

Hickel, J., & Kenny, Ch. (27 de agosto de 2018). 12 Things We Can Agree On about Global Poverty. Center for Global Development. En https://www.cgdev.org/blog/12-things-we-can-agree-about-global-poverty

Infobae. (9 de agosto de 2019). Explotación infantil en China: cientos de niños trabajan de noche para fabricar el asistente de voz Alexa de Amazon. En https://www.infobae.com/america/mundo/2019/08/09/explotacion-infantil-en-china-cientos-de-ninos-trabajan-de-noche-para-fabricar-el-asistente-de-voz-alexa-de-amazon

Jiménez, J. (21 de marzo de 2018). Steven Pinker y su defensa del progreso: cómo un libro sobre los mejores años de la humanidad se ha convertido en la polémica del momento. Xataka. En https://www.xataka.com/investigacion/steven-pinker-y-su-defensa-del-progreso-como-un-libro-sobre-los-mejores-anos-de-la-humanidad-se-ha-convertido-en-la-polemica-del-momento

La Nación. (9 de junio del 2021). “El capitalismo sacó a la gente de la pobreza”

Javier Milei, mano a mano con Paulino Rodrigues” [Video]. YouTube. En https://youtu.be/pCx5T-f3vwo

Milanovic, B. (6 de febrero de 2019). Global poverty over the long-term: legitimate issues. Global Inequality. En https://glineq.blogspot.com/2019/02/global-poverty-over-long-term.html

Our World in Data. (s/f). Distribution of population between different poverty thresholds, World, 1981 to 2017. En https://ourworldindata.org/grapher/distribution-of-population-between-different-poverty-thresholds-up-to-30-dollars?country=~OWID_WRL

Pinker, S. (2018). Enlightenment Now: The Case for Reason, Science, Humanism, and Progress.

Pinker, S. (31 de enero de 2019). Is the world really getting poorer? A response by Steve Pinker. Why Evolution is True. En https://whyevolutionistrue.com/2019/01/31/is-the-world-really-getting-poorer-a-response-to-that-claim-by-steve-pinker/

PNUD. (30 de Mayo de 2017). Informe sobre Desarrollo Humano 2016. En https://www.undp.org/es/library/informe-sobre-desarrollo-humano-2016

Roser, M. (5 de marzo de 2021). Global poverty in an unequal world: Who is considered poor in a rich country? And what does this mean for our understanding of global poverty? Our World in Data. En https://ourworldindata.org/higher-poverty-global-line

Roser, M., & Ortiz-Ospina, E. (2013/2017/2019). Global Extreme Poverty. Our World in Data. En https://ourworldindata.org/extreme-poverty

Woodward, D. (2015). Incrementum ad Absurdum: Global growth, inequality and poverty eradication in a carbon-constrained world. World Economic Review, 4, 43-62.

XI

LAS CONSECUENCIAS DE LA DESIGUALDAD

No es infrecuente oír que algún representante de la derecha sostenga que la desigualdad social no implica problema alguno, que es producto de la envidia y que incluso es estimulante para el crecimiento de la sociedad. A través de los más recientes estudios sobre la cuestión vamos a ver cómo esta perspectiva carece de respaldo empírico.

Los homicidios en las sociedades democráticas

Una de las consecuencias más negativas de la desigualdad social es que los homicidios y los atentados contra la propiedad privada se incrementan en las sociedades democráticas. Esto es así porque las sociedades democráticas sugieren que, si las personas se esfuerzan, podrán llegar al lugar que se propongan. Este mensaje no formaba parte de sociedades fuertemente jerárquicas como la medieval.

El primer estudio realizado en muchos países que mostró una correlación entre desigualdad y homicidios fue realizado por el Banco Mundial en 39 países de todo el mundo entre 1965 y 1995 (Fajnzylber y otros, 2002). Allí la desigualdad correlacionó más con el número de homicidios que la pobreza, el PBI per cápita y la participación en los niveles medios de la educación. Un estudio de dos economistas argentinos también evidenció la correlación entre desigualdad y homicidios (Cerro y Meloni, 1999). Una investigación más reciente sobre el tema evaluó una muestra de 59 países desarrollados y en desarrollo, y mostró que es la desigualdad absoluta y no la relativa la que correlaciona con el número de homicidios. ¿Cuál es la diferencia entre desigualdad absoluta y relativa? La absoluta mide cantidad de dinero y la relativa mide cuántas veces más una persona gana en relación a otra. Supongamos que un país ficticio tiene dos ciudadanos, Pedro y Raúl, con ingresos respectivos de 100 y 1.000 dólares. En términos relativos, Raúl tiene 10 veces los ingresos de Pedro, mientras que, en términos absolutos, Raúl tiene 900 dólares más que Pedro. Si los ingresos de ambos aumentan un 100 %, la desigualdad relativa sigue siendo la misma porque Raúl sigue teniendo 10 veces más ingresos que Pedro, pero la desigualdad absoluta aumenta en 900 dólares (la diferencia entre ambos es ahora de 1.800 dólares en lugar de 900). Goda y Torres García (2018) plantean que el índice Gini no es una medición apropiada para testear la correlación entre desigualdad y violencia, porque no brinda información sobre la desigualdad absoluta.

La diferencia de desigualdad absoluta está relacionada con dos hipótesis explicativas: la teoría de la presión social de Merton y los modelos económicos del delito de Becker y Ehrlich. La hipótesis de la presión social de Merton

plantea que la desigualdad debilita lazos y valores sociales (generando anomia), aumenta la presión para tener éxito, disminuye la oportunidad de obtenerlo en formas legales, y contribuye al sentimiento de deprivación social injusta. Las personas comparan sus ingresos y bienes con los de otras personas, y sienten malestar cuando perciben que están privadas de algo que consideran que merecen. Estos factores aumentan la probabilidad de que se desencadenen conductas delictivas, principalmente en personas de clases bajas. Nada de esto niega la existencia de delitos de guante blanco propios de las clases altas, pero se desarrollan bajo otras formas a las que no voy a hacer referencia aquí.

La hipótesis de los modelos económicos del delito de Becker y Ehrlich plantea que la conducta delictiva varía en función de la relación entre costos y beneficios, incluyendo las oportunidades de ganancia por vías ilegales en comparación con las vías legales, y los riesgos y costos de ser atrapado y castigado. Por ejemplo, la desigualdad puede aumentar las oportunidades de ganancia del delito, porque hay más personas con mucho dinero a las que robarles, pero si los grupos más ricos invierten en sistemas de seguridad y se mudan a barrios inaccesibles, pueden aumentar los costos del delito.

Entonces, a mayor desigualdad absoluta, a mayor cantidad de dinero en manos de unos, mayor sentimiento de deprivación social injusta, y mayores ocasiones para robar y no ser apresado. En estos contextos se incrementan más los atentados contra la propiedad privada y contra la vida.

Teniendo en cuenta estas hipótesis, es importante seleccionar adecuadamente cómo se va a medir la desigualdad y el delito. No es lo mismo la medición global de un país, que la medición que se focaliza en ciertos grupos y regiones, y que distingue subtipos de desigualdad. En el estudio realizado en China de Li y otros (2019), también se plantearon las dificultades del índice de Gini para medir las brechas entre distintos grupos de la población, y no meramente una desigualdad global. El estudio recomienda políticas de ayuda a los pobres, a los menos educados, y a las personas que migran de una región a otra de un país, que tienen más riesgo de padecer segregación.

Debate con el liberal Iván Carrino: su elogio de la desigualdad

En el debate que mantuve con Iván Carrino, este economista señala que, en Estados Unidos, desde 1990 bajaron los homicidios, aunque la desigualdad aumentó (Carrino, 4/1/2021). Pero este argumento sería un problema para quien plantee que la desigualdad es la única causa de los homicidios, y esa no es mi posición. No es razonable adoptar una actitud de todo-o-nada, "o bien es la única causa, o bien no influye en absoluto": los homicidios obedecen a múltiples causas que pueden interactuar entre sí, y tener un impacto mayor o menor en cada época y sociedad. Hay diversos factores que influyen en los homicidios, desde la pobreza (Paré y Felson, 2014; Pridemore, 2008, 2011), la desigualdad económica (Fajnzylber y otros, 2002; Messner y otros, 2010), el desarrollo económico (Bennett, 1991; Kick y LaFree, 1985), la heterogeneidad étnica y lingüística (Avison y Loring, 1986), el apoyo social (Altheimer, 2008; Savolainen, 2000), la eficacia policial (Paré, 2014), y las políticas de seguridad social (Messner y Rosenfeld, 1997; Rogers y Pridemore, 2013).

Cuando se analizan los mecanismos mediadores, se encuentran interacciones complejas entre factores, que pueden llevar a resultados mixtos. Por ejemplo: la prisión en ciertos casos reduce el delito y en otros casos lo aumenta porque es un ambiente de maltrato donde es posible aprender habilidades y generar contactos para cometer nuevos delitos, y porque las personas que estuvieron en prisión tienen menos oportunidades de obtener un empleo legal digno.

En Estados Unidos hubo un incremento del delito entre 1960 y la década de 1980, y una reducción del delito desde 1990 hasta la actualidad. Hay múltiples hipótesis para explicar la reducción del delito en los últimos 30 años, que apuntan a diversos cambios económicos, culturales y demográficos: disminución del consumo de crack y de alcohol, legalización de la interrupción voluntaria del embarazo (que permite reducir la proporción de hijos no deseados, esto es importante, porque la crianza deficiente aumenta el riesgo de conductas delictivas), aumento de la proporción de personas de edad avanzada, eficacia

policial, entre otras. Roeder y otros (2015) encontraron que el efecto del encarcelamiento sobre los índices de delincuencia ha sido limitado desde 1990, y nulo desde el año 2000.

Carrino señala que eligiendo a los diez países con más y menos homicidios, se observa que difieren en su ingreso per cápita. Se pregunta entonces si no se tratará de una correlación con la pobreza, en vez de una correlación con la desigualdad. En primer lugar, el método usado por Carrino (comparar 10 países del extremo superior y 10 países del extremo inferior) no es fiable, y no sería publicado en una revista científica. Es preferible utilizar muestreos más amplios, evaluar distintas correlaciones y los mecanismos que llevan a actuar en contra de la ley.

En segundo lugar, no hay razón para pensarlo como una dicotomía: ambos factores (desigualdad y pobreza) pueden tener un rol explicativo. Los homicidios constituyen un fenómeno complejo, con múltiples causas. Cuando se investiga la relación entre pobreza y delito, los resultados que se obtienen varían de un estudio a otro. Algunos estudios encuentran que la pobreza correlaciona con mayor delito, pero otros estudios no encuentran esta relación. Las diferencias de resultados pueden deberse a que es necesario identificar el tipo de pobreza (no es lo mismo la pobreza moderada que la extrema) y analizar el contexto social y los mecanismos mediadores (por ejemplo, evaluar si la pobreza va acompañada por baja movilidad social, alta polarización y percepción de injusticia).

Carrino sostiene que, si comparamos el índice de libertad económica, los países con mayores tasas de delito promedian un valor de 56 puntos, y los menos violentos promedian 75. Se pregunta si no será que cuanto mayor es el índice de libertad económica, menor es la tasa de homicidio. Y agrega que, según el Instituto Fraser, no hay correlación entre el índice de libertad económica y la desigualdad, pero sí hay correlación con el ingreso promedio del 10 % más pobre de la población.

Así que aquí Carrino intenta sostener que la libertad económica hace que haya menos pobreza y contribuye a la paz social. Pero para hacerlo recurre a índices que no miden lo que pretenden medir, tal como vimos en el capítulo sobre los índices de “libertad económica”. Tanto el de la Fundación Heritage como el del Instituto Fraser miden el Estado de derecho, que no es un valor que esté ligado al liberalismo económico, pues las teorías que se oponen al liberalismo económico también defienden la importancia de un Estado de derecho. Miden asimismo la

ineficiencia en el gasto público, y eso tampoco está ligado al liberalismo económico. Bajo la etiqueta de libertad económica se mezclan indicadores de libertad económica como el achicamiento del Estado, la reducción de la regulación laboral, las restricciones al libre mercado, con indicadores de calidad institucional como el Estado de derecho, la eficiencia del gobierno o el bajo nivel de corrupción. Pero la calidad institucional no es un ideal exclusivo de los partidarios del libre mercado: es compartido por las diversas teorías que se oponen al liberalismo económico. Sería absurdo plantear que quienes critican al liberalismo económico están proponiendo destruir el Estado de derecho y aumentar la corrupción y la ineficiencia. Cuando Carrino muestra países con puntaje alto, la medición mezcla indicadores de ambos tipos, y por eso las correlaciones no son informativas. Si se desea testear las hipótesis del liberalismo económico y las hipótesis de sus críticos, hay que proponer un índice que discrimine adecuadamente sus propuestas. Por estas razones, ambos índices no sirven para medir la noción de libertad económica que propone el liberalismo económico.

Otro argumento de Carrino es que la desigualdad no es un problema “mientras las reglas sean claras y los de abajo puedan moverse hacia arriba”, que está bien que la sociedad premie con altos ingresos y patrimonios. Es más, la desigualdad social para él es deseable, porque la envidia motiva a obtener premios. Recalco que me refiero a la desigualdad económica y social, nadie duda de que hay diferencias de características entre los seres humanos. El problema aquí es que Carrino omite el análisis de las desigualdades actuales que no provienen del mérito y del esfuerzo.

La envidia puede motivar pero también puede generar otras conductas. La hipótesis del capital social de Robert Putnam plantea que, si los individuos perciben que la desigualdad es injusta, hay una pérdida de capital social, que es el nivel de confianza y cooperación en un grupo humano. Al bajar el capital social, aumentan los conflictos sociales.

La hipótesis del “efecto túnel” de Hirchman plantea que los individuos tienden a alegrarse por el éxito de los demás si creen que ese éxito es un indicador de que ellos también tienen una posibilidad de mejorar. Cuando la desigualdad está asociada a un desarrollo económico rápido, las personas más pobres ven que otras personas logran mejorar, y tienen la creencia optimista de que ellos también pueden mejorar si se esfuerzan. Pero si pasa el tiempo y no lo logran, pierden esa creencia optimista, y empiezan a sentir infelicidad e insatisfacción.

Carrino habla de una situación ideal de movilidad ascendente y recompensas justas, pero esto no se corresponde con el mundo real. El éxito o el fracaso dependen en gran parte de desigualdades de base que no provienen del esfuerzo personal, sino del azar de haber nacido en cierta familia, clase social y región del mundo. Estos factores generan soberbia en quienes se creen merecedores de su éxito, pesimismo en quienes se creen responsables de su fracaso, indignación en quienes perciben la injusticia de la desigualdad de oportunidades y derechos, y pérdida del capital social, que es el nivel de confianza y cooperación en un grupo humano. Cuando se destruye el capital social, los individuos son conscientes de que no estamos todos en un mismo barco. Como dice una frase de autor anónimo, estamos en un mismo mar, cada uno en una embarcación distinta: unos van en crucero, otros en yate, otros en botes, y a otros les toca dar manotazos de ahogado para sobrevivir. Y esa distribución desigual de recursos muy a menudo no depende del propio esfuerzo, sino de factores ajenos a la propia voluntad.

Carrino pone el requisito de que “las reglas sean claras y los de abajo puedan moverse hacia arriba”, pero esa regla no se cumple: no hay una igualdad de oportunidades para “moverse hacia arriba”, esa posibilidad depende de características del individuo y de su entorno que no siempre tienen que ver con el mérito o el esfuerzo personal. En Estados Unidos se mantiene esta idea voluntarista y meritocrática (“el pobre es pobre porque quiere”, “un pobre puede volverse rico si se esfuerza”), y se la utiliza para legitimar el recorte de políticas sociales. Pero esta creencia suele ser errónea. En Estados Unidos, quien nace pobre tiende a seguir pobre. Según un estudio del Pew Charitable Trusts del 2012, solo el 4 % de los estadounidenses nacidos en el quintil inferior ascienden hasta el quintil más alto, el 30 % hasta el quintil medio o uno superior y el 43 % permanecen irremediablemente en el quintil inferior. La mayoría no logra ascender ni a la clase media.

La movilidad social

La movilidad ascendente es más pronunciada en Canadá, Alemania o Dinamarca que en Estados Unidos. Esto contradice la fe de los estadounidenses en la meritocracia y la movilidad como respuesta a la desigualdad. En Europa se reconoce que hay cuestiones estructurales que impiden la movilidad social, y esta idea escéptica del voluntarismo justifica el apoyo a las políticas sociales. El 70 % de los estadounidenses cree que los pobres pueden salir solos de la pobreza, en Europa solo el 35 % piensa así (Sandel, 2020). Estas diferencias pueden formar parte de la explicación de por qué Europa tiene una mayor cantidad de políticas sociales de Estado de Bienestar, en comparación con Estados Unidos.

Según el estudio de la OCDE titulado "¿Un elevador social descompuesto? Cómo promover la movilidad social", la movilidad social se estancó en la Argentina a partir de la década del 90. Actualmente, el período para salir de la franja social pobre se extiende a seis generaciones (OECD, 2018).

La desigualdad es indeseable por diversas razones, algunas intrínsecas y otras extrínsecas. Las razones intrínsecas plantean que la igualdad es un ideal que forma parte del núcleo de los derechos humanos: todos merecen igual consideración en la distribución de bienes y en la aplicación de normas. Este ideal admite excepciones, que deben ser justificadas en lugar de aceptarlas a priori. Es importante dejar en claro que lo que se critica es la desigualdad de derechos y oportunidades, pero no se pretende una igualdad absoluta en ingresos y bienes: es legítimo que haya variaciones en la distribución de la riqueza, dentro de un margen razonable. Pero hay estudios que indican que el margen de desigualdad actual es mucho mayor que lo que la mayoría de las personas considera razonable. Por ejemplo, el psicólogo Dan Ariely hizo una encuesta en Estados Unidos sobre la distribución de la riqueza que consideraban real, y la que consideraban deseable (Norton y Ariely, 2011). Encontró que las personas tenían como ideal que el 20 % más rico posea un 30 % de la riqueza (que sería una desigualdad moderada), y creían que el 20 % más rico poseía alrededor del 60 % de la riqueza. En realidad, el 20 % más rico posee el 85 % de la riqueza. La

distribución es mucho más desigual de lo que las personas estiman, y contrasta con la escasa desigualdad que consideran deseable.

Las razones extrínsecas apuntan a los efectos que la desigualdad puede tener respecto a otros resultados valiosos o disvaliosos (por ejemplo, los efectos negativos en el bienestar individual y social, o el llamado “efecto Mateo” que, tal como veremos en el capítulo que le dedicamos a este tema, es un proceso en el que la riqueza aumenta el poder político y las oportunidades de obtener más riqueza, mientras que la pobreza disminuye el poder político y las oportunidades de mejorar). Tal como vimos párrafos atrás, la desigualdad correlaciona en todo el mundo con el número de homicidios y otros conflictos sociales (Goda y Torres García, 2017). Una desigualdad extrema es incompatible con el ideal democrático, porque el grupo privilegiado tiene poder para imponer sus propios intereses, y el grupo desfavorecido carece de poder para poner límites.

La enorme desigualdad mundial no puede justificarse diciendo que se trata de un premio al mérito. Por un lado, porque no existe una extendida y mayoritaria igualdad de oportunidades para la movilidad social ascendente, sino que esa oportunidad a menudo está distribuida en forma muy desigual según la riqueza individual y familiar de cada persona, y esa distribución desigual no se basa en el mérito o el esfuerzo. Algunos apuntan que ciertas personas ricas, en particular en el ámbito de la tecnología, no heredaron sino que formaron su capital por sí mismos. Pero para que no haya igualdad de oportunidades no es necesario que unos leguen fortunas a sus hijos y otros no. Basta con que por una combinación de razones económicas y de hábitos asociados mayormente a ciertos grupos sociales, unos puedan afrontar los gastos de la universidad, porque su familia los financia, o puedan tener en cuenta la importancia de ir a la universidad. Por otro lado, el premio al mérito no requiere mantener los grados actuales de desigualdad: diversos países del mundo los combinan con las políticas sociales del Estado de Bienestar.

Carrino cita la siguiente frase del economista Nicolás Cachanosky: “si usted sabe que va a ser pobre, ¿en qué tipo de país preferiría vivir, en uno de personas libres o en uno de personas que no lo son?”. La respuesta depende de lo que entendamos por “libre”. En primer lugar, en un sentido amplio, la libertad es la facultad de elegir obrar de una forma u otra. En este sentido, la pobreza restringe mucho esa facultad: una persona pobre no tiene las mismas opciones que están disponibles para una persona rica, por ejemplo, respecto a qué comer, dónde vivir, dónde estudiar, o cómo disfrutar del ocio. Si quisiéramos evaluar el grado

de libertad de un país en este sentido amplio, habría que tener en cuenta indicadores de la proporción y la gravedad de la pobreza. Pero es claro que los liberales no refieren a esta idea de libertad en sentido amplio, conocida como "libertad positiva" en oposición a la idea de "libertad negativa", que es la de que otros no interfieran con nuestras acciones. Hablan de la libertad económica que afecta a los empresarios: reducción de impuestos, de regulaciones laborales, y de restricciones al libre mercado. Replanteando la pregunta: ¿de qué le sirve a una persona pobre que le digan que su país ofrece más libertades económicas a los empresarios, cuando la persona no es empresaria, y no va a disfrutar de esas libertades?

Si la pregunta refiere a "libertad" en sentido político, no es un criterio que pueda usarse como argumento en favor del liberalismo económico, pues hay países democráticos con restricciones al libre mercado, y hay países dictatoriales con libre mercado. En este sentido, es preferible vivir en un país con libertad política y calidad institucional, pero eso no implica que sea preferible el liberalismo económico, sino más bien lo contrario: una persona pobre seguramente puede vivir mejor en un país que tenga políticas de seguridad social, que le permitan obtener un empleo con ingresos dignos, y un ingreso básico incluso si no consigue empleo. El liberalismo económico no solo no promueve esas políticas sociales, sino que propone reducirlas o eliminarlas.

Por último, si la pregunta refiere a "libertad" en sentido económico, la mera apertura al libre mercado no implica un beneficio para la población en situación de pobreza. Diversos países latinoamericanos implementaron políticas de libre mercado desde 1980 a 2000. Con presión del FMI y el Banco Mundial, se dedicaron a eliminar la protección de sus industrias, recortar salarios y políticas sociales, privatizar bienes públicos, y asignar los ingresos nacionales al pago de la deuda. Con esas políticas, la proporción de personas que viven con menos de 7,40 por día aumentó de 62 % a 68 %. La imposición de políticas de libre mercado entre 1980 y 2000 no mejoró la pobreza, sino que la empeoró. Esto puede explicarse porque las políticas de libre mercado buscaron reducir las políticas sociales, que son un factor relevante (aunque no el único) para mejorar la calidad de vida de la población.

Carrino dice que "no debería concluirse que lo que hay que tomar son medidas de redistribución, en lugar de revisar el código penal y el cumplimiento efectivo de la ley". Pero ambas cosas no son incompatibles, y hay argumentos que justifican la necesidad de combinarlas. El código penal establece penas de

reclusión, penas financieras, y estrategias orientadas a la rehabilitación o la compensación (como la probation). La reclusión es utilizada para incapacitar (la persona no comete delitos mientras está encerrada) y para disuadir a otros, pero su efecto en la prevención es dudoso y conlleva otros problemas como el alto costo financiero y los efectos criminógenos (aumenta el delito porque genera contactos entre personas que delinquen, y porque las personas que fueron a prisión tienen menos probabilidad de conseguir empleos). El estudio de Roeder y otros (2015), tal como dijimos, encontró que en Estados Unidos los efectos del encierro sobre el delito son muy bajos, y que su disminución obedece a otras causas. La mejor solución es complementar el sistema de castigo con estrategias eficaces de prevención. El National Institute of Justice de Estados Unidos publica en el sitio online crimesolutions.gov los resultados de estudios sobre prevención del delito en diversos países. Los programas efectivos incluyen estrategias de desarrollo social, y técnicas para mejorar habilidades en distintas áreas. Algunos de los factores de riesgo del delito son la pobreza relativa, una crianza deficiente, la escolaridad incompleta y el contacto con pares que delinquen (Loeber y Farrington, 2013; Waller, 2014). Las políticas de seguridad social reducen el delito en situación de pobreza, proporcionando acceso al trabajo y seguros de desempleo (Rogers y Pridemore, 2013; Cassidy, 2014).

En síntesis, hay buenas razones para considerar que los niveles altos de desigualdad generan efectos perjudiciales sobre diversas variables psicológicas, sociales e institucionales. Ajustarse a la evidencia científica es fundamental para observar cómo la desigualdad social pronunciada correlaciona con el homicidio y el conflicto social. Desarrollé este tema extensamente en mi libro “Desigualdad y violencia social. Análisis y propuestas según la evidencia científica” (Kreimer, 2010). Allí analizo cómo las propuestas centradas en el fortalecimiento de la policía no han sido efectivas en ningún lugar del mundo. La desigualdad no es el único factor que incide en el incremento de los homicidios, pero es de mayor peso en todo el mundo.

Bibliografía

Cachanosky, N. (28 de mayo de 2014). El mito de la mala distribución del

ingreso en los países “capitalistas”. Cato Institute. En https://www.elcato.org/el-mito-de-la-mala-distribucion-del-ingreso-en-los-paises-capitalistas

Carrino, I. (4 de enero de 2021). Liberalismo, Desigualdad y Violencia - Nueva respuesta a Roxana Kreimer [Video]. YouTube. En https://youtu.be/aMyc9ShFTmI

Cassidy, T., Inglis, G., Wiysonge, C., & Matzopoulos, R. (2014). A systematic review of the effects of poverty deconcentration and urban upgrading on youth violence. Health & Place 26: 78–87.

Cerro, A. M., & Meloni, O. (1999). Distribución del ingreso, desempleo y delincuencia en Argentina. In Trabajo presentado al XXXIV Congreso de la Asociación Argentina de Economía Política, Rosario.

Chetty, R., Hendren, N., Kline, P., & Saez, E. (2014). Where is the land of opportunity? The geography of intergenerational mobility in the United States. The Quarterly Journal of Economics, 129(4), 1553-1623.

Fajnzylber, P., Lederman, D., & Loayza, N. (2002). Inequality and violent crime. The journal of Law and Economics, 45(1), 1-39.

Kreimer, R. (2010). Desigualdad y violencia social: análisis y propuesta según la evidencia científica. Buenos Aires: Anarres.

Li, J., Wan, G., Wang, C., & Zhang, X. (2019). Which indicator of income distribution explains crime better? Evidence from China. China Economic Review, 54, 51-72.

Loeber, R., and Farrington, D. (2013). Child Delinquents: Development, Intervention, and Service Needs. Thousand Oaks, CA: Sage.

Norton, M. I., & Ariely, D. (2011). Building a better America-One wealth quintile at a time. Perspectives on psychological science, 6(1), 9-12.

Pew Charitable Trusts. (2012). Pursuing the American dream: Economic mobility across generations. Economic Mobility Project.

Roeder, O. K., Eisen, L. B., Bowling, J., Stiglitz, J. E., & Chettiar, I. M. (2015). What caused the crime decline?. Columbia Business School Research Paper,

(15-28).

Organisation for Economic Co-operation and Development. (2018). A Broken Social Elevator?: How to Promote Social Mobility. OECD Publishing.

Roeder, O. K., Eisen, L. B., Bowling, J., Stiglitz, J. E., & Chettiar, I. M. (2015). What caused the crime decline? Columbia Business School Research Paper, (15-28).

Rogers, M.L., and Pridemore, W.A. (2013). The effect of poverty and social protection on national homicide rates: Direct and moderating effects. Social Science Research 42: 584-595.

Waller, I. (2014). Smarter Crime Control: A Guide to Safer Futures for Citizens, Communities, and Politicians. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.

XII

EL EFECTO MATEO

Cuando un restaurante está lleno, las personas suponen que su comida debe ser exquisita y aumenta la demanda, pero si está vacío, suponen que algo malo ha de tener y lo evitan. Es un ejemplo del efecto Mateo, del que vamos a hablar en este capítulo. ¿Por qué las personas tienen éxito en su trabajo? Hay muchas respuestas posibles a esta pregunta: porque se esforzaron, son talentosas, tuvieron suerte, nacieron ricas y tienen más posibilidades que otras, nacieron en el país o en la familia adecuada, o por varios de estos factores combinados. En este capítulo vamos a investigar una de las tantas variables por las cuales les suele ir bien a las personas o a las empresas, incluyendo los restoranes. Comprender el efecto Mateo es importante para entender cómo diversos mecanismos sociales pueden aumentar la desigualdad sin necesidad de hipótesis conspirativas, y por qué la desigualdad extrema se vuelve problemática y perjudicial para individuos, grupos y sociedades.

El sociólogo Robert Merton encontró en 1968 que los científicos que obtenían prestigio accedían a más recursos, y esos recursos les permitían ser más exitosos y acumular más prestigio (Merton 1968). Llamó a este fenómeno “efecto Mateo”, por la frase bíblica que dice “al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará”. La frase está en el en la parábola de los talentos del Evangelio de Mateo (Mateo, 25, 14-30).

En el mundo antiguo, los talentos eran unidades monetarias, pero actualmente llamamos “talento” a la capacidad, debido a cómo se interpretó esta parábola. Jesús cuenta la historia de un hombre que llamó a sus tres siervos antes de hacer un viaje y les dio unas monedas, es decir, talentos, conforme a sus capacidades. A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno. Durante la ausencia del hombre, el primer siervo ganó cinco talentos más, el segundo gano dos más, y el tercero cavó un hoyo en la tierra y escondió allí su talento. Cuando el hombre regresó de su viaje, elogió a los dos primeros siervos por haber aumentado sus talentos, pero al tercero le reprochó no haber hecho nada útil, y le quitó la

moneda, dándosela al que ya tenía diez. La parábola no fue interpretada literalmente, como si se tratara de monedas, sino como si se tratara de capacidades, de talentos en sentido metafórico. Es decir, las personas deben cultivar sus capacidades, sin importar si son muchas o pocas, en lugar de dejarlas sin desarrollar por cobardía o pereza, como hizo el que tenía una sola moneda y la enterró. A partir de esta interpretación, se modificó el significado de la palabra “talento” y se la asoció también con las capacidades humanas.

El mecanismo del efecto Mateo

El efecto Mateo planteado por Merton no se limita a la interpretación del cultivo de capacidades, sino que refiere a cualquier fenómeno que cumpla con la frase “al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará”, que contiene dos situaciones distintas. En la primera hay una ventaja inicial que produce ventajas posteriores en un ciclo de retroalimentación positiva, como el efecto de la bola de nieve que aumenta de tamaño cuando cae por una pendiente. A este mecanismo del efecto Mateo se lo conoce como ventaja acumulativa. Por ejemplo, si en YouTube alguien publica un video que vieron muchas personas, todas ellas reciben el anuncio publicitario cuando se publica el video siguiente, estén o no suscriptas al canal, lo que implica arrastrar el éxito anterior a una ventaja en el siguiente video. Pero si pocos vieron el video anterior, se muestra ante pocas personas el anuncio del siguiente, disminuyendo la posibilidad de que se vea. Esto puede ser ilustrado con la frase bíblica “al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará”. A la ventaja acumulativa Merton también la llamó “crecimiento proporcional” y “apego preferencial”. Este mecanismo de ventaja acumulativa también es conocido con otras expresiones como “crecimiento proporcional” y “apego preferencial”.

El caso contrario ocurre cuando una desventaja inicial produce desventajas posteriores. Es la desventaja acumulativa, como cuando el video se ve poco y el siguiente es menos anunciado. O cuando las personas de países muy pobres no tienen dinero suficiente para una alimentación adecuada, lo que les genera problemas de desnutrición y de salud y les limita la capacidad de trabajo, situación que los mantiene en la pobreza (Myrdal, 1957, 1970; Banerjee y Mullainathan, 2008; Ehrenreich, 2001; Shipler, 2005).

Cuando se combinan ambos mecanismos, ocurre lo que se denomina “efecto Mateo absoluto”: quien tiene más ventajas recibe cada vez más, y quien tiene más desventajas recibe cada vez menos, con lo cual crece la brecha entre los individuos o grupos. Por ejemplo, cuando un préstamo tiene intereses altos, suele ocurrir un efecto Mateo absoluto: el prestamista enriquece y el deudor empobrece.

Pero existe otra posibilidad que también genera un aumento de la brecha. Se denomina “efecto Mateo relativo”. En este caso, todos mejoran, pero quienes tienen más ventajas mejoran muy rápido y quienes tienen menos ventajas mejoran muy lento, porque la retroalimentación es proporcional a la ventaja inicial. Por ejemplo, si un banco paga intereses de 10 % anual a dos clientes, el incremento depende del depósito inicial de cada cliente, y la brecha medida en unidades monetarias va aumentando con el tiempo. Un mecanismo similar puede ocurrir con las desventajas acumulativas: cuando ocurre una crisis económica, algunos pierden con más rapidez que otros, aumentando así la desigualdad entre individuos o grupos.

Inicialmente se estudió el efecto Mateo en la ciencia y la tecnología, pero luego se amplió la investigación a otras áreas de la psicología, la economía y la sociología. Vamos a explorar algunos ejemplos, y luego vamos a analizar sus implicaciones éticas y políticas.

El efecto Mateo en ciencia y tecnología

El efecto Mateo ocurre en individuos, instituciones, y países con más prestigio. A nivel individual, cuando los científicos ganan prestigio, reciben más atención, y son citados incluso por trabajos de menor importancia. Si un estudio tiene varios autores, los lectores suponen que el más prestigioso es el responsable. Y esto no siempre es así. Con frecuencia ocurre lo contrario, el prestigioso pone el nombre y el que trabajó es un miembro de menor jerarquía en un grupo de investigación. Hay estudios que muestran las ventajas acumulativas por el mero hecho de haber estudiado en una universidad prestigiosa (Medoff, 2006), o por el hecho de vivir en determinados países (Bonitz, 1997, 2002, 2005). Los científicos de Estados Unidos y Europa reciben más citas que los de países menos desarrollados (Bonitz, 1997, 2002, 2005).

Un fenómeno vinculado al efecto Mateo es la ley de Stigler, que dice que los descubrimientos científicos no reciben el nombre de quien los identificó en primer lugar. Este fenómeno se debe a que el descubrimiento es asignado a un científico o inventor más conocido, que logra tener más difusión e impacto mediático que el descubridor inicial. Cuando se asignó el descubrimiento a una persona más conocida, es muy difícil que se reconozca el mérito del descubridor inicial. La ley de Stigler es una modificación del efecto Mateo planteado por Merton, pero tiene un contenido más específico.

En la tecnología también ocurre el mecanismo de ventaja acumulativa, porque los nuevos inventos suelen recombinar inventos previos. Cada nueva invención aumenta la posibilidad de otras invenciones. La empresa Microsoft comenzó en los 80 con el sistema operativo DOS, le fue bien, reinvirtió y luego produjo el sistema operativo Windows, le fue bien, reinvirtió y salió con el procesador de textos Word. Los nuevos usuarios adoptaron Windows y Word, y no los de la competencia, porque buscaban tener compatibilidad con los usuarios ya existentes, que eran los que ya usaban los productos de Bill Gates. No es extraño que Bill Gates se haya vuelto una de las personas más ricas del mundo.

El efecto Mateo en economía

En el libro Armas, gérmenes y acero, el biólogo e historiador Jared Diamond analizó cómo el desarrollo de diversas civilizaciones del mundo depende de sus ventajas y desventajas biogeográficas. La tesis central del libro es que la hegemonía euroasiática no se debe a una superioridad genética, moral o intelectual, sino a múltiples mecanismos de ventajas acumulativas de unos y desventajas acumulativas de otros. Algunas sociedades tuvieron ventajas iniciales que les permitieron desarrollar la agricultura y la ganadería, el comercio con otros pueblos, y el desarrollo gradual de tecnologías. En cambio, otras sociedades no tenían esas ventajas por carecer de animales, vegetales o suelos aptos para la agricultura y la ganadería, o por estar aisladas. Esas diferencias iniciales generaron múltiples mecanismos de ventaja acumulativa, y este es uno de los factores explicativos de las desigualdades actuales entre países del mundo.

Marx (1867/1999) describió varios procesos históricos de incremento de desigualdad que ejemplifican el efecto Mateo. Uno de esos procesos ocurrió entre el siglo XV y XVI, cuando el parlamento británico, que estaba dominado por los propietarios agrarios, promulgó diversas leyes que perjudicaron a los campesinos. Entre el siglo XV y mediados del siglo XX, los países europeos colonialistas extrajeron riquezas de sus colonias (Beckert, 2015; Wood, 2002; Davis, 2002; Hochschild, 1999; Polanyi, 1944).

En la competencia entre empresas, el efecto Mateo tiende a crear oligopolios, porque luego de una primera etapa de competencia entre múltiples empresas, las más grandes pueden reinvertir en tecnología y publicidad para aumentar su éxito, y buscan sacar del mercado a los competidores más chicos. Una empresa grande puede usar el “dumping”, que es la práctica que consiste en vender los productos a un bajo precio para hacer quebrar a las empresas competidoras.

La ventaja acumulativa ocurre en los productos que logran dominar un mercado: Microsoft, Amazon, los best-sellers, la música de moda, los candidatos políticos más conocidos. Una vez que un producto domina el mercado, gana más prestigio, lo que aumenta la publicidad y genera más compras.

A nivel individual, la herencia genera una desigualdad inicial que afecta la probabilidad de éxito. El mito del self-made man olvida la importancia de las ventajas y desventajas iniciales. En Estados Unidos los hogares de personas afroamericanas e hispanas tienen en promedio menos riqueza que los hogares de personas blancas (Kochhar, 2004; Oliver y Shapiro, 1995, 2006; Shapiro, 2004). Debido a que los blancos históricamente tienen mayor riqueza que los negros, comienzan cada generación con una ventaja en la riqueza inicial.

La educación tiene un efecto Mateo, porque cada etapa depende del logro en la etapa anterior. En muchos países el acceso a una escuela primaria de alta calidad permite acceder a una escuela secundaria de alta calidad, lo que confiere una ventaja para ingresar a una universidad de alta calidad, algo que permite obtener un trabajo con mejores ingresos. La pobreza aumenta la probabilidad de tener un coeficiente intelectual reducido, entre otras razones por no haber contado con una alimentación adecuada, y de tener mayores problemas de conducta (DiPrete y Eirich, 2006). Una etapa de desempleo disminuye la probabilidad de obtener trabajo. Las carreras delictivas de los grupos más vulnerables de la sociedad también suelen ser el resultado de un proceso de desventaja acumulativa. Haber pasado por un presidio dificulta la obtención de empleo, y la posibilidad de formar una pareja. Otros jóvenes en riesgo se alejan de las acciones contrarias a la ley cuando establecen fuertes lazos sociales, se casan y tienen un empleo más estable.

En Estados Unidos las diferencias de salarios entre directivos y trabajadores en promedio se fueron ampliando gradualmente desde 1970 hasta la actualidad. En 2020 los principales directores ejecutivos ganaron 351 veces más que el trabajador típico. Esta brecha se fue ampliando a lo largo de los años.

El efecto Mateo ocurre en la negociación entre individuos con asimetría de poder (DiPrete y Eirich, 2006). Un ejemplo es la negociación por el salario entre empleador y empleado. Con el declive de los sindicatos y el aumento del desempleo, los empleados vulnerables se encuentran en desventaja para negociar con sus empleadores, que pueden permitirse el lujo de decir “lo tomas o lo dejas”.

Implicaciones éticas y políticas

El efecto Mateo tiene consecuencias beneficiosas y perjudiciales. En el ámbito de la ciencia, tiene funciones positivas cuando identifica a individuos talentosos y les brinda recursos, pero a la vez puede ser disfuncional cuando pone trabas a otros científicos igualmente capaces pero menos conocidos.

Algunos autores enfatizan los aspectos positivos del efecto Mateo y de la estratificación social que genera. Stevens (2006) argumentó que el efecto es positivo cuando las recompensas que se asignan son proporcionales a la contribución a la sociedad, ya que las recompensas maximizan la contribución futura. Davis y Moore (1945) argumentaron que la desigualdad es beneficiosa para la sociedad cuando se basa en el mérito. Plantearon que no todos los cargos de una sociedad tienen la misma importancia, y no todas las personas tienen la misma capacidad. Ante esta situación, consideraron que la mejor solución es asignar las tareas más importantes a las personas más capaces, lo cual genera una estratificación social basada en el mérito.

Otros autores discutieron esos argumentos, y señalaron los aspectos negativos. Tumin (1953) planteó que la desigualdad genera varios problemas que deben tenerse en cuenta. Un primer problema es el abuso de poder. El grupo privilegiado suele usar estrategias para conservar sus posiciones de poder. Una de esas estrategias es suprimir el talento potencial de otros grupos y restringir sus oportunidades de acceder a cargos de estatus. El grupo privilegiado tiene recursos para promover las ideologías que justifican sus propios intereses como “naturales”, “racionales” o “moralmente correctos”.

Un segundo problema son los efectos negativos sobre los grupos excluidos. La desigualdad genera resentimiento y hostilidad, y aumenta las tensiones sociales y las acciones contrarias a la ley.

Un tercer problema refiere a las injusticias en las ventajas o desventajas iniciales y en los mecanismos de acumulación. Por ejemplo, los empresarios y políticos que obtienen puestos de poder y acceso a recursos, pueden utilizar esos recursos

para atribuirse éxitos ajenos y desvincularse de los fracasos propios (Fralich y Bitektine, 2020). Este tipo de engaños les genera una ventaja acumulativa, pero resulta éticamente objetable.

En síntesis, el efecto Mateo tiene consecuencias positivas y negativas, y es necesario juzgar el balance de beneficios y perjuicios en cada caso, a la luz de una teoría ética. Sería problemático eliminar las recompensas al esfuerzo y al talento, porque eso reduciría la motivación para esforzarse. Pero a la vez sería erróneo subestimar la influencia de la suerte y las desigualdades de base, o ignorar los aspectos negativos de la desigualdad.

¿Son intencionales estos mecanismos? ¿Podemos modificarlos a voluntad? Merton llama “estructura de oportunidades” a la distribución de las condiciones que permiten que las acciones de individuos o grupos logren ciertos resultados. Las explicaciones más conspirativas plantean que “quien tiene poder pone las reglas”. Según esta posición, los grupos dominantes diseñan sistemas que les permiten acumular más beneficios. Pero esta explicación tiene límites, porque los sistemas sociales no son siempre el producto de un diseño intencional. Por ejemplo, los sistemas legales y las costumbres morales evolucionaron por siglos, y reflejan los aportes de muchos individuos y grupos de diversas ideologías, incluso con intenciones opuestas. Mejor es juzgar caso por caso. Algunas estructuras de oportunidades escapan a nuestro control, pero otras pueden modificarse intencionalmente cuando cambiamos las costumbres y las leyes.

Bibliografía

Banerjee, A. V., & Mullainathan, S. (2008). Limited attention and income distribution. American Economic Review, 98(2), 489-93.

Bask, M., & Bask, M. (2014). Social influence and the Matthew mechanism: the case of an artificial cultural market. Physica A: Statistical Mechanics and its Applications, 412, 113-119.

Beckert, S. (2015). Empire of cotton: A global history. Vintage.

Blau, P., & Duncan, O. (1967). The American Occupational Structure. New York: Wiley.

Bol, T., de Vaan, M., & van de Rijt, A. (2018) The Matthew effect in science funding. Proc Natl Acad Sci USA 115:4887-4890.

Bonitz, M. (1997). The Scientific Talents of Nations. Libri 47 (4): 206-213.

Bonitz, M. (2002). Ranking of Nations and Heightened Competition in Matthew Zone Journals: Two Faces of the Matthew Effect for Countries. Library Trends 50 (Winter): 440-460.

Bonitz, M. (2005). The Matthew Effect for Countries: Its Impact on Information Science. ISSI Newsletter 1 (3): 7-10.

Davis, K., & Moore, W. E. (1945). Some principles of stratification. American sociological review, 10(2), 242-249.

Davis, M. (2002). Late Victorian holocausts: El Niño famines and the making of the third world. Verso Books.

Diamond, J. (2013). Guns, germs and steel: a short history of everybody for the last 13,000 years. Random House.

DiPrete, T. A., & Eirich, G. M. (2006). Cumulative advantage as a mechanism for inequality: A review of theoretical and empirical developments. Annu. Rev. Sociol., 32, 271-297.

Ehrenreich, B. (2001). Nickeled and Dimed: On (Not) Getting By in America. New York: Metropolitan Books.

Fralich, R., & Bitektine, A. (2020). “Invincibles” and “invisibles”: CEO status and the ‘Matthew effect’ in strategic decision-making. Long Range Planning, 53(3), 101-887.

Hochschild, A. (1999). King Leopold’s ghost: A story of greed, terror, and heroism in colonial Africa. Houghton Mifflin Harcourt.

Kempe, C., Eriksson & Gustavsson, A. L., & Samuelsson, S. (2011). Are there any Matthew effects in literacy and cognitive development? Scand J Educ Res

55:181-196.

Kochhar, R. (2004). The Wealth of Hispanic Households: 1996 to 2002. Washington, DC: Pew Hispanic Center.

Lindenfors, P., Wilson, M., & Lindberg, S. I. (2020). The Matthew effect in political science: head start and key reforms important for democratization. Humanities and Social Sciences Communications, 7(1), 1-4.

Marx, K. (1867/1999): El capital. Madrid: Siglo XXI.

Medoff, M. H. (2006). Evidence of a Harvard and Chicago Matthew effect. Journal of Economic Methodology, 13(4), 485-506.

Merton, R. K. (1968) The Matthew effect in science: the reward and communication systems of science are considered. Science 159:56-63.

Merton, R. K. (1988) The Matthew effect in science, II: cumulative advantage and the symbolism of intellectual property. isis 79:606-623.

Mishel, L., & Wolfe, J. (2019). CEO compensation has grown 940 % since 1978. Economic Policy Institute, 14.

Myrdal, G. (1957). Rich Lands and Poor. New York: Harper and Row.

Myrdal, G. (1970). The Challenge of World Poverty. New York: Pantheon.

Oliver, M. L., & Shapiro, T. M. (1995). Black Wealth/White Wealth. New York: Routledge.

Oliver, M. L., & Shapiro, T. M. (2006). Black Wealth/White Wealth, 2nd edition. New York: Routledge.

Petersen, A. M., Jung, W. S., Yang, J. S., & Stanley, H. E. (2011). Quantitative and empirical demonstration of the Matthew effect in a study of career longevity. Proc Natl Acad Sci USA 108:18-23.

Polanyi, K. (1944). The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time. Beacon Press, Boston.

Rigney, D. (2010). The Matthew effect: how advantage begets further advantage. Columbia University Press, New York.

Salganik, M. J., Dodds, P. S., & Watts, D. J. (2006). Experimental study of inequality and unpredictability in an artificial cultural market. Science 311:854-856.

Shapiro, T. M. (2004). The Hidden Cost of Being African American: How Wealth Perpetuates Inequality. New York: Oxford University Press.

Shipler, D. K. (2005). A Country of Strangers. New York: Random House.

Sorensen, A. T. (2007). Bestseller lists and product variety. J. Ind Econ 55:715-738.

Strevens, M. (2006). The role of the Matthew effect in science. Studies in History and Philosophy of Science Part A, 37(2), 159-170.

Tumin, M. M. (1953). Some principles of stratification: a critical analysis. American Sociological Review, 18(4), 387-394.

van de Rijt, A., Kang, S. M., Restivo, M., & Patil, A. (2014). Field experiments of success-breeds-success dynamics. Proc Natl Acad Sci USA 111:6934–6939.

Walberg, H. J., & Tsai S. L. (1983). Matthew effects in education. Am Educ Res J 20:359-373.

Wood, E. M. (2002). The origin of capitalism: A longer view. London: Verso.

XIII

TEORIA DEL VALOR-TRABAJO

Desde la antigüedad se buscó entender cuál es la fuente del valor económico y social que aumenta la prosperidad económica y el bien común. Hay distintas teorías sobre el valor en economía, y el valor monetario o “precio” es un caso particular de valor. En este capítulo vamos a hablar centralmente de la teoría del valor-trabajo de Marx, de las críticas de las que fue objeto y de la evidencia científica que la respalda. Aunque Marx no llamó a su propia teoría “teoría del valor-trabajo”, hoy todos refieren a su teoría con ese nombre.

Como el maniqueísmo es una nube que acecha nuestras conciencias, conviene aclarar que sostener que la teoría del valor-trabajo de Marx cuenta con respaldo científico, no significa adherir a todas y cada una de sus teorías. Increíblemente aún hoy hay que “pedir perdón” por hablar de Marx, como si para hablar de Aristóteles uno tuviera que aclarar siempre: “Miren que yo no apoyo la esclavitud, ¿eh?”.

Para entender una teoría en ciencias sociales a menudo hay que comprender a qué se opone, con quién discute. Así que vamos a dar primero un breve pantallazo histórico para que se comprenda cuál es el contexto en el que surge este debate filosófico y científico sobre el valor. ¿Por qué filosófico? Antes de fines del siglo XIX no se hablaba de Economía, a secas, sino de Economía política, básicamente porque el objetivo era entender cómo funciona la economía de una nación, pero a la vez eso estaba mezclado con el examen de las cosas que son valiosas y disvaliosas para una sociedad. Hoy en economía cuando se habla de valor casi siempre se hace referencia al valor monetario, a los precios, a la transacción entre el comprador y el vendedor, pero también se habla del valor como utilidad, del valor como valor de uso, y del valor social.

Los inicios de la economía

Desde el siglo XVI al XVIII se pensaba que la fuente de valor era la posesión de metales preciosos. No casualmente eran tiempos en que los países colonialistas extraían metales preciosos de América y los llevaban a Europa. A la teoría económica que postuló que el valor estaba en los metales preciosos se la llamó "mercantilismo". Los mercantilistas defendían políticas proteccionistas para estimular la entrada del oro y la plata e impedir su salida.

En el siglo XVIII la escuela fisiócrata negó que el valor estuviera en los metales preciosos y postuló que el valor está en la agricultura, la cría de animales, la pesca, la caza y la minería, que son actividades productivas porque trasladan la abundancia de la naturaleza a la sociedad. "Fisio-cracia" significa justamente "gobierno de la naturaleza".

La economista Mariana Mazzucato destaca que los fisiócratas incluyeron a los terratenientes en el grupo de los improductivos (Mazzucato, 2019). Era un ataque a la clase dirigente de una Europa que en su mayor parte era rural. La cuestión políticamente explosiva consistía en saber si los terratenientes estaban abusando de su poder para extraer parte de la riqueza o si su contribución resultaba esencial para la manera en la que los granjeros creaban valor.

El mayor crítico de la fisiocracia fue el filósofo Adam Smith, porque consideró que los fisiócratas subestimaban el valor de la industria en la misma época en la que Gran Bretaña estaba en pleno proceso de industrialización. Para Adam Smith era claro que el valor se producía también en los sectores industriales, no solo en la tierra. Consideraba que los metales preciosos no constituían un valor por sí mismo, sino por la cantidad de mano de obra necesaria para obtenerlos.

Su consejo para incrementar la riqueza de las naciones era reinvertir el excedente en máquinas para aumentar la producción, y no malgastarlo en la actividad improductiva de los ricos, focalizada en el consumo fastuoso de joyas y lujo. A diferencia de los fisiócratas, Adam Smith planteó que los trabajadores industriales, y no los granjeros, eran el núcleo de la economía productiva.

Centralmente postuló que el valor deriva del trabajo. En La riqueza de las naciones escribió: “El precio real de cada cosa, lo que cada cosa realmente cuesta al hombre que quiere adquirirla, es el trabajo y la molestia de adquirirla” (Smith, 1776, libro 1, capítulo 5).

También escribió Adam Smith que la actividad de las finanzas no crea valor por sí misma. Fíjense qué actual esta idea, que el sector financiero no crea valor. No casualmente Marx tomará su teoría del valor-trabajo de Adam Smith, nada menos que el padre del liberalismo. Para Smith son productivas las actividades que generan un bien material. Son productivos el sector primario, que obtiene materia prima (se refiere a la agricultura, la ganadería, la minería) y el sector secundario, que la transforma en otros bienes. Y, también para Smith, son improductivas las actividades que no generan un bien material: es el caso del gobierno y los servicios, incluyendo las profesiones de sacerdotes, abogados, médicos y actores, entre otros. Este criterio fue discutido por algunos autores, que plantean que los servicios pueden producir valor, aunque no generen un bien material (Mazzucato, 2019).

Adam Smith diferenció el valor de uso del valor de cambio, dos conceptos que también aparecen muy identificados con la teoría de Marx. El valor de uso es la utilidad que tiene para una persona un bien o un servicio, y el valor de cambio se da cuando son objeto de una transacción. Si la mercancía se intercambia por dinero, el valor de cambio es el precio.

En la teoría del valor-trabajo de Marx, la palabra “valor” refiere al tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía comercializable (se excluyen los productos fabricados para consumo propio y otros fines), en un sistema socioeconómico que tiene una estructura de producción determinada. La hipótesis central de la teoría del valor de Marx es que el precio de las mercancías está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Hay variaciones de precios por otras causas, pero tal como veremos a través de la evidencia empírica, no se aleja mucho del centro gravitatorio del tiempo de trabajo. La teoría del valor de Marx no es solo una teoría de los precios porque intenta explicar los mecanismos sociales involucrados en el mercado. Lo que Marx estaba investigando eran las relaciones sociales que están detrás de la riqueza.

Más allá de sus diferencias, Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx compartían la tesis de que los precios de mercado, si bien fluctúan según la

oferta y la demanda, son regulados por factores más estructurales. La oferta y la demanda no son completamente libres, sino que dependen de las condiciones objetivas del mundo social y natural, por ejemplo, de las posibilidades tecnológicas de cada sociedad, de los ingresos de los consumidores, y de los eventos históricos que alteran la jerarquía de necesidades de los consumidores. Si la demanda de una mercancía aumenta, otros empresarios pueden empezar a producirla para aprovechar ese nicho, hasta llegar a un nuevo punto de equilibrio entre oferta y demanda. Si un productor desea vender su producto a un precio mayor que el del mercado, deberá resignarse al precio que le permitan los factores estructurales, porque la alternativa es no vender y quedarse con un bien que no tiene valor de uso para él. Una situación análoga le ocurre al comprador.

Objeciones erróneas a la teoría del valor-trabajo de Marx

Como decíamos, la teoría del valor-trabajo de Marx intenta explicar los precios de mercado en el sistema económico capitalista en el que vivimos. Pero para Marx, así como para Adam Smith, el hecho de que el valor, y por tanto el precio de un producto, esté fundado en el trabajo, no excluye que el juego de la oferta y la demanda afecte a los precios. Un exceso de oferta podría bajar los precios, y un exceso de demanda podría subirlos.

Luego de la publicación del primer tomo de El capital (1867), surgen algunas críticas a la teoría del valor-trabajo de Marx, cuya idea central —recordémosla— es que el valor de una mercancía, y su precio, residen centralmente en el trabajo socialmente necesario para producirla. Estas críticas surgen de manera independiente y casi simultánea en diversos países europeos, y fueron formuladas por William Stanley Jevons, Léon Walras y, de la escuela austríaca de economía, por Carl Menger. Todos forman parte de la escuela marginalista, para la que el precio está determinado por el juego entre la oferta y la demanda. Formulan lo que se conoce hoy como la teoría del valor subjetivo del trabajo, que postula que el valor de un bien no está determinado por el trabajo requerido para producirlo, ni por ninguna propiedad inherente al producto, sino por la importancia que un individuo le da para lograr sus objetivos o deseos. Dicho de otra manera, el precio se establece en función de la subjetividad y de la valoración del comprador. Por eso se la conoce como teoría subjetiva del valor. Supongamos que Puerto Rico recibe un boom turístico porque el autor de la canción Despacito nació en esa isla. El valor ahí estaría determinado por el deseo de los amantes de la canción de ir a conocer Puerto Rico, es decir, por algo totalmente subjetivo, y en función de esto por el juego entre la oferta y la demanda.

La teoría del valor-trabajo de Marx también incluye como factor causal a la oferta y la demanda, pero plantea asimismo que los precios de las mercancías están regulados por el tiempo de trabajo socialmente necesario, que es el

promedio de tiempo que a la mayoría de los productores de una sociedad determinada le lleva fabricar una mercancía, con la tecnología disponible en ese momento (Marx, 1867/1999, tomo 1, p. 48).

En discusiones sobre la teoría del valor de Marx se suelen repetir algunas objeciones erróneas: por ejemplo, dicen “cuando yo valoro un producto no me pongo a calcular las horas de trabajo que requirió hacerlo”, o “no voy a valorar más un producto solo porque requiera más horas de trabajo”, o “un dibujo que hizo Picasso en dos minutos vale más que muchos productos que requieren meses de trabajo de un obrero”. Como veremos, estas objeciones se basan en errores que surgen de la incomprensión de la teoría del valor-trabajo de Marx.

En primer lugar, la teoría del valor-trabajo no busca explicar cuánto está dispuesto a pagar un comprador específico por un bien: para explicar por qué se paga mucho por un dibujo de Picasso hay que recurrir a otras teorías, por ejemplo, teorías económicas que tengan en cuenta las particularidades del mercado de arte. Tampoco busca explicar el precio de cualquier tipo de mercancía en cualquier tipo de sociedad, sino los precios de mercado de las mercancías que cumplen ciertos requisitos: ser comercializables, que puedan ser reemplazadas por otras de su mismo tipo, y que sean producidas en forma masiva en un sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción.

En segundo lugar, el factor explicativo que propone la teoría de Marx es un concepto teórico llamado “tiempo de trabajo socialmente necesario”, que no es un tiempo de trabajo que pueda elegirse voluntariamente, sino el tiempo normal de trabajo que necesita cierta sociedad, en cierta época, para producir mercancías útiles y comercializables de cierto tipo, que son reemplazables por otras mercancías de su mismo tipo.

El trabajo socialmente necesario para Marx predice los precios de producción, y constituye un centro gravitatorio alrededor del cual fluctúan los precios del mercado. Se trata de un valor subyacente, estable, y no arbitrario, alrededor del cual se mueven los precios de mercado. El tiempo de trabajo socialmente necesario para cada mercancía puede medirse, sumando el trabajo en la producción del bien y de todas las materias primas necesarias para el proceso de producción. El valor final depende de un conjunto de características objetivas de cada sociedad y de cada época histórica. No se puede encarecer un bien dedicándole más tiempo que el socialmente necesario. Por otro lado, si se trata

de una mercancía única e irremplazable, queda fuera de lo que la teoría busca explicar.

Rudolf Hilferding, un economista marxista, discutió con la escuela austríaca y destacó que Marx no usa la teoría del valor como un medio para determinar los precios, sino como un medio para descubrir las leyes de movimiento de la sociedad de mercado (Hilferding, 1904, 1910). Para Marx los fenómenos económicos están subordinados a leyes objetivas independientes de la voluntad individual, y controlados por las relaciones sociales y las relaciones de producción. Los marxistas aplican teorías objetivas del valor, se focalizan en las condiciones de producción, y adoptan el supuesto de que los sistemas son transitorios y merecen ser cuestionados.

Los marginalistas aplican teorías subjetivas del valor, se focalizan en procesos subjetivos del individuo, y adoptan el supuesto de que el sistema vigente es el mejor imaginable. Estas diferencias dificultan la comunicación racional entre las dos tradiciones teóricas, y llevan a Böhm-Bawerk a representar erróneamente la teoría de Marx. Los dos enfoques tienen aportes relevantes para la disciplina, y deben complementarse. Es claro que la economía debe estudiar tanto el nivel individual como el nivel social.

Tal como señalamos en otra parte del libro, Margaret Thatcher dijo en una entrevista de 1987 que “No hay tal cosa como la sociedad, solo hay individuos” (Thatcher, 23/9/1987), pero esta negación del nivel social es errónea. Es tan errónea como decir que los individuos no existen, porque solo existen colecciones de células. Los sistemas existen, y tienen características que no pueden reducirse a las de sus componentes aislados.

La teoría del valor-trabajo incluye muchos otros conceptos e hipótesis, aquí solo señalamos algunas cuestiones mínimas para entender por qué ciertas objeciones son erróneas. Vemos así que las críticas más usuales a la teoría del valor-trabajo de Marx se basan en una interpretación errónea de sus ideas, porque refieren a la valoración de los individuos en lugar de a los precios de mercado, o refieren a bienes que no cumplen los requisitos básicos planteados por la teoría.

Evidencia científica a favor de la teoría del valor-trabajo de Marx

Desde hace casi 40 años existe un programa de investigación iniciado por Anwar Shaikh y otros autores, en el que se encontró respaldo empírico para la teoría del valor-trabajo de Marx (Shaikh, 1984; Işıkara y Mokre, 2021). Lo que posibilitó poner a prueba las hipótesis de la teoría es la mayor disponibilidad de datos de insumo-producto de las últimas décadas. Se denomina “tablas de insumo-producto” (o input-output, en inglés) a un conjunto de datos que describen las relaciones de compra y venta entre productores y consumidores dentro de una economía, y permiten calcular los costos laborales para cada industria. La teoría del valor-trabajo predice que los precios de mercado gravitan alrededor de los precios de producción, que a su vez están determinados por los valores laborales totales.

En 1984, Shaikh usó los datos de insumo-producto de Italia entre 1959 y 1967, y tablas de Estados Unidos de 1947. Encontró que las desviaciones entre precio directo y de producción son de 17 a 19 %, y entre precio de producción y de mercado son de 20 a 25 %. Ochoa (1989) y Chilcote (1997) analizaron la economía de Estados Unidos entre 1947 y 1972, y entre 1958 y 1987, y encontraron magnitudes similares. Tsoulfidis, Cockshott y otros autores hicieron estudios con resultados similares en diversos países: Reino Unido, España, Grecia, Yugoslavia, Corea, Japón, Canadá y China (Cockshott y Cottrell, 1997; Cockshott y otros, 2010; Mariolis y Tsoulfidis, 2009; Tsoulfidis, 2008; Tsoulfidis y Maniatis, 2002; Tsoulfidis y Mariolis, 2007; Tsoulfidis y Rieu, 2007; Tsoulfidis y Paitaridis, 2008). En abril de 2021, se publicó un estudio de Işıkara y Mokre que analizó la evidencia de 42 países entre 2000-2017, y encontró que solo hay pequeñas desviaciones promedio respecto a las predicciones de la teoría del valor-trabajo (Işıkara y Mokre, 2021).

Existen discusiones sobre estos temas, pero esto es normal. El punto relevante es que la teoría generó un programa de investigación que sigue vigente y que obtuvo apoyo empírico. A la vez, esto no implica que todas las ideas del

marxismo se encuentren en la misma situación: eso hay que analizarlo caso por caso.

La explotación y el valor-trabajo son fenómenos vinculados, pero diferentes

Con su teoría del valor-trabajo Marx se propuso mostrar porqué el sistema económico en el que vivimos es inherentemente explotador, por lo que, como es de esperar, los defensores del capitalismo hacen todo lo posible para desacreditar esta teoría. Pero aún si la teoría fuese falsa, la explotación seguiría existiendo. Explotación y teoría del valor-trabajo son dos temas diferentes, pero relacionados.

Socialistas como Thompson y Gray decían que, dado que el trabajo es el origen del valor, las rentas o alquileres y la inversión de capital para obtener un beneficio no son otra cosa que explotación (Mazzucato, 2019).

Como vimos en un capítulo anterior, Marx denominó “plusvalía” al valor excedente que genera el trabajador con su tarea, por encima del valor de los factores que se han consumido al generar dicho producto. El empleador saca más ganancia si mantiene los salarios en el menor valor posible, pero el salario no puede ser inferior al necesario para sobrevivir, porque de lo contrario se perdería la fuerza de trabajo. Marx entiende que hay una lucha de clases en la negociación por los salarios: si los trabajadores tienen más poder de negociación pueden lograr mejores salarios, y si los dueños de los medios de producción sustituyen el trabajo humano por máquinas pueden generar más desempleo y más competencia entre trabajadores por los escasos puestos de trabajo. Desde una perspectiva centrada únicamente en el valor monetario, al empleador le conviene que exista desempleo, para mantener los salarios bajos y aumentar sus ganancias.

La explotación es entonces un fenómeno social que no depende en forma directa de la teoría del valor-trabajo. Es una práctica por la que un grupo, que Marx llamó burguesía, y que reúne solo a los propietarios de los medios de producción (no confundir con el uso coloquial de “burguesía”, como sinónimo de clase media), se apropia del beneficio generado por el trabajo de otro grupo, al que

llamó proletariado. La tradición marxista tiene otras categorías para ubicar a gerentes, profesionales y autoempleados, sin abandonar la importancia central de la distinción entre burguesía y proletariado como factor explicativo.

Vimos en un capítulo anterior que a lo largo de la historia la explotación ocurrió por múltiples razones: coerción física en la esclavitud, coerción económica en la sociedad de mercado. ¿Por qué coerción económica? Porque empleador y empleado no suelen llegar con el mismo capital al mercado: unos pueden haberlo heredado y otros no, unos pueden haberlo obtenido explotando a otros, entre diversos orígenes posibles, mientras que el proletario, en términos de Marx, solo cuenta con su fuerza de trabajo, y aun cuando las condiciones de su trabajo le desagraden, si no trabaja a menudo no come. No está coercionado en términos físicos sino económicos.

Algunos objetan que el trabajador o proletario no arriesga su capital porque no quiere, mientras que el dueño de los medios de producción puede haber tenido que restringir su consumo para fundar una empresa, y si su inversión finalmente no es redituable, él es el que arriesga y pierde, mientras que el trabajador cobró un sueldo y no se expone patrimonialmente. En primer lugar, esto no es lo más común, puestos a elegir entre ser empleado y ser jefe, es difícil imaginar que la mayoría prefiera tener un patrón y obedecer órdenes antes que darlas. En segundo lugar, en el mundo ha ido ganando adeptos la idea de que la mejor forma de no tratar al ser humano como una cosa, como un objeto, como un "recurso humano", es formar una cooperativa en la que cada uno gane en función del trabajo y no del capital que aporte. Y esto es así porque trabajan las personas, no el capital. La explotación refleja la capacidad de un grupo dominante de apropiarse del trabajo excedente de otro grupo, disminuyendo los salarios o imponiendo jornadas laborales más largas e intensas.

En síntesis, la teoría del valor-trabajo de Marx postula que lo que da valor a las mercancías es central pero no únicamente el tiempo de trabajo socialmente necesario para crearlas. La escuela subjetiva del valor —marginalistas, miembros de la escuela austríaca— niega que lo que da valor a las mercancías sea el trabajo y postula que es lo que los compradores están dispuestos a pagar. Sin embargo, la evidencia empírica disponible, tal como revelan los estudios que hemos citado en este capítulo, muestran que el trabajo socialmente necesario depositado en las mercancías es fundamental para predecir su valor monetario, es decir, su precio. El trabajo socialmente necesario no es el único factor que incide en el precio, pero es un eje central de él, y esto no se refuta diciendo que

el pañuelo sudado de Elvis Presley puede ser adquirido por una cifra astronómica en un remate porque el comprador le asigna valor, porque Marx no habla de objetos únicos sino de mercancías que en un contexto histórico determinado son producto del trabajo socialmente necesario para fabricarlas.

Quienes defienden el liberalismo económico se oponen a la teoría del valor-trabajo de Marx porque, si fuera cierta, deberían reconocer que el obrero es un explotado, el empresario un explotador y el contrato laboral la mayor parte de las veces no es acordado en igualdad de condiciones, porque empresario y trabajador no llegan al mercado con el mismo capital, y porque lo que genera riqueza no es el capital sino el trabajo. Como dijimos, aunque la teoría del valor-trabajo y la de la explotación son distintas, están relacionadas.

La economista Mariana Mazzucato plantea que en la actualidad se enseña a los estudiantes de economía una idea empobrecida de valor, según la cual estaría determinado únicamente por la dinámica del precio, la escasez y las preferencias. Es peligroso que la reflexión económica se reduzca al estudio del valor monetario, dejando de lado los valores no-monetarios, porque ambos campos de estudio son necesarios. Es crucial saber si lo que se crea es socialmente beneficioso o perjudicial. Por ejemplo, puede ocurrir que una nueva fábrica sea valiosa desde el punto de vista monetario, pero si contamina tanto que destruye el medio ambiente y enferma a la población, puede considerarse que es más disvaliosa que valiosa. El estudio de estos valores no-monetarios, como la salud y el cuidado ambiental, también forma parte de la economía (Mazzucato, 2019).

Cuando los gobernantes establecen políticas económicas se basan en ideas sobre el valor, incluso si no son conscientes de qué teoría del valor están utilizando. Muchas prácticas financieras pretenden hacerse pasar por “creadoras de valor” para ganar favores políticos, cuando en realidad generan más consecuencias disvaliosas que valiosas. Diversos empresarios dicen que “crean riqueza” y por tanto merecen mayor ingreso que otras personas, pero en determinados contextos el relato de creación de valor es falso, porque se trata de extracción y traslado de valor. No toda actividad que permite obtener dinero es creadora de valor: una persona puede obtener dinero apropiándose de bienes ajenos o malgastando bienes propios, en tales casos hay obtención de dinero sin creación de valor. Por ejemplo, ciertas empresas del sector financiero fueron responsables de la crisis de 2008 y lograron obtener ganancias y salir impunes. Hay empresas farmacéuticas que usaron lobbies para imponer precios excesivos para sus

medicamentos y establecer acuerdos sobre patentes que perjudican las políticas de salud pública. En estos casos, esas empresas generaron un relato falso, según el cual “los empresarios crean valor y el gobierno extrae valor”. La conclusión del relato es que “necesitamos más mercado y menos Estado”, y fue utilizada para reducir impuestos a individuos y empresas que supuestamente “crean valor”.

¿Cómo se decide quiénes crean valor? Para Mazzucato (2019), el valor es la producción de nuevos bienes y servicios que generan un beneficio para la sociedad. Por estas razones, es importante reflexionar sobre qué es valioso y qué es disvalioso, y cuáles son las prioridades cuando hay valores en conflicto.

Bibliografía

Astarita, R. (2011). Respuesta a una crítica a la teoría del valor de Marx. Rolando Astarita Blog. En https://rolandoastarita.blog/2011/11/15/respuesta-a-una-critica-a-la-teoria-del-valor-de-marx/

Astarita, R. (2014). Teorías del valor: austríacos vs marxistas. Rolando Astarita Blog. En https://rolandoastarita.blog/2014/03/12/teorias-del-valor-austriacos-vs-marxistas/

Chilcote, E. B. (1998). Interindustry structure, relative prices, and productivity: An input-output study of the United States and oecd countries. New School for Social Research.

Cockshott, W. P., & Cottrell, A. (1997). The Scientific Status of the Labour Theory of Value. En: Eastern Economic Association, Fourth mini-conference on Value Theory. Washington, DC, USA.

Cockshott, W. P., Bichler, S. & Nitzan, J. (2010). Testing the Labour Theory of Value: An exchange. Department of Political Science, York University, Canada.

Hilferding, R. (1904). La crítica de Böhm-Bawerk a Marx. En

https://www.marxists.org/espanol/hilferding/1904/critica-bohm-bawerk.htm

Hilferding, R. (1910/1963). El capital financiero. Madrid: Tecnos.

Işıkara, G., & Mokre, P. (2021). Price-Value Deviations and the Labour Theory of Value: Evidence from 42 Countries, 2000-2017. Review of Political Economy, 34(1), 165-180.

Mariolis, T., & Tsoulfidis, L. (2009). Decomposing the changes in production prices into ‘capital-intensity’ and ‘price’ effects: theory and evidence from the Chinese economy. Contributions to Political Economy.

Marx, K. (1867/1999): El capital. Madrid: Siglo XXI.

Mazzucato, M. (2019). El valor de las cosas: quién produce y quién gana en la economía global. Taurus.

Ochoa, E. (1989). Values, prices and wage-profit curves in the U.S. economy. Cambridge Journal of Economics, 13, p. 413-429.

Shaikh, A. (1984). ‘The Transformation from Marx to Sraffa’. In Ricardo, Marx, Sraffa. The Langston Memorial Volume, edited by E. Mandel and A. Freeman. London: Verso.

Smith, A. (1776/1994). La riqueza de las naciones. Madrid: Alianza.

Thatcher, M. (23 de septiembre de 1987). Interview for Woman’s Own (“no such thing as society”) with journalist Douglas Keay. En https://www.margaretthatcher.org/document/106689

Tsoulfidis, L. (2008). Price-value deviations: further evidence from input-output data of Japan. International Review of Applied Economics.

Tsoulfidis, L., & Maniatis, T. (2002). Values, Prices of Production and Market Prices: Some more evidence from the Greek economy. Cambridge Journal of Economics, 26, pp. 359-69.

Tsoulfidis, L., & Mariolis, T. (2007). Labour Values, Prices of Production and the Effects of Income Distribution. Evidence from the Greek economy. Economic Systems Research, 19(4), pp. 425-37.

Tsoulfidis, L., & Rieu, D. (2006). Labor values, prices of production and wage-profit rate frontiers of the Korean economy. Seoul Journal of Economics.

Tsoulfidis, L., & Paitaridis, D. (2008). On the labor theory value: statistical artefacts or regularities? Research in Political Economy.

Wolff, R. D. (2012). Democracy at work: A cure for capitalism. Haymarket Books.

XIV

¿EL PODER CORROMPE?

La corrupción de los gobernantes es uno de los reclamos que más resuenan en la derecha, pero el tema atraviesa todo el espectro ideológico e incluso excede la esfera de la política. Cuando una persona está en posición de poder sobre otra, ¿tiende a abusar de ese poder? Porque por un lado algunos —tanto de izquierda como de derecha— parecen defender una teoría de las almas bellas, que sostendría que lo único que importa es que quien ejerza el poder sea una persona de bien. De lo que se trataría es de encontrar a un líder honesto, el adecuado, y no habría ningún problema en que presida un país durante cuarenta años. No niego la posibilidad de que un político sea honesto y contribuya a la prosperidad de un país, pero no parece que sea lo más probable ni conveniente, dados los riesgos del ejercicio del poder y de la idea misma de democracia. Y luego están los que dicen que toda forma de poder corrompe, incluso la del padre sobre el hijo o la del maestro sobre su alumno.

La pregunta que nos formularemos en este capítulo es si el rol de poder que ejercen las personas las predispone a abusar de ese poder o a cometer arbitrariedades. Es un tema que investiga la psicología social, que examina si los roles que desempeñan las personas las predisponen en favor de determinadas conductas. Por ejemplo, si recibir una orden de alguien a quien se considera una legítima autoridad predispone a obedecer más de la cuenta. Es lo que se investigó en relación al fenómeno de la declarada “obediencia debida”, que invocaban los militares alemanes de mediados del siglo XX, o los militares argentinos de la década del ochenta. Porque más allá de que pueda haber personas de bien y personas que no lo son, somos sujetos sociales, y ser ricos o pobres, maestros o alumnos, ciudadanos de a pie o parlamentarios, podría predisponernos a tener determinadas conductas. Los psicólogos sociales idean experimentos que reproduzcan algunos de estos roles para examinar los resultados.

Este tema tiene consecuencias muy relevantes a la hora de pensar cuáles son las

formas de organización política más adecuadas, y también para pensar en muchas de nuestras interacciones con otros individuos. De modo que en este capítulo nos proponemos recorrer una serie de estudios científicos que examinaron si cuando las personas tienen poder, en promedio tienden a abusar de él o no.

“El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente”, escribió el político inglés Lord Acton en 1887. La frase surgió en el contexto de los debates sobre cómo reducir los peligros del poder excesivo en los sistemas democráticos. En los siglos XVIII y XIX se propusieron sistemas de “frenos y contrapesos” que ponían límites y responsabilidades a cada cargo, y distribuían en diversas instituciones la facultad de controlar y juzgar la rendición de cuentas de los individuos. Esas propuestas han logrado avances, pero siguen siendo imperfectas. Los abusos de poder siguen existiendo, no solo en los regímenes autoritarios, sino también en los países democráticos.

¿Qué es el poder?

El poder suele ser definido como la capacidad para influir en otras personas. No está relacionado solo con la política porque existen muchos recursos que un individuo podría usar para influir en otras personas. Raven (2008) clasificó seis tipos de recursos en los que se basa el poder: coerción (“te ordeno que hagas algo”), recompensas (“te pago una coima si hacés esto”), el poder ejercido desde el cargo de una autoridad legítima, la pertenencia a un grupo (ventajas de pertenecer a un grupo, por ejemplo, de los ricos respecto a quienes no lo son), el conocimiento experto (de ahí la frase “conocimiento es poder”), una información muy deseada (alguien trae una noticia y puede adquirir momentáneamente poder sobre el grupo). Los individuos pueden adquirir poder de diversos modos: enriqueciéndose por vías legales o ilegales, obteniendo puestos políticos o militares, o adquiriendo fama y prestigio.

La capacidad para influir en otros se manifiesta en un espectro entre dos extremos: el poder coercitivo, que se basa en el uso de la fuerza y la amenaza, y el poder legítimo, que se basa en el reconocimiento social, el consenso y en la promesa sincera de bienes y servicios. A partir de los desarrollos del filósofo Michel Foucault, basados en buena medida en la idea de Hegel sobre el poder, muchos entienden que el poder es una relación, que solo existe cuando el otro lo reconoce como tal, y que siempre que hay poder hay resistencia, o una forma de contrapoder que puede ser menor, pero que a menos que el otro esté totalmente sometido, existe. Por ejemplo, un jefe despótico puede tener una empleada que le oculte información que él considera necesaria.

¿Cómo se estudia el poder?

El psicólogo Jaap van Ginneken investigó los actos cuestionables de los políticos más poderosos de seis países desde 1960 hasta 2010, y encontró ejemplos de corrupción, exceso de autoconfianza y daño a otras personas. Este enfoque nos permite conocer detalles de ejemplos reales, pero no hacer experimentos.

Para poder realizar experimentos, se utilizan tareas que hacen que las personas se sientan poderosas durante un lapso determinado. Por ejemplo, se les pide que recuerden una experiencia en la que tuvieron mucho poder, a otro grupo se le pide que piense en una experiencia en la que tuvieron poco poder, o que realicen un juego en que hay roles de mucho y poco poder. A estas tareas que influyen en la actitud posterior que la persona va a adoptar, se las denomina priming, que significa “preparación”.

Estudios sobre la relación entre el poder y la empatía

Galinsky y otros encontraron que al generar sentimientos de poder en una persona, se reduce su empatía. En la primera etapa del priming las personas debían recordar y escribir una experiencia en la que hubieran tenido mucho o poco poder. Luego les asignaban distintas tareas a lo largo de diversos experimentos, y lo que observaron es que cuanto mayor era la sensación de poder, en promedio más bajo era el nivel de empatía. En uno de los experimentos tenían que evaluar expresiones emocionales de otras personas, y los que se sentían más poderosos cometían más errores al evaluarlas.

Goodwin y otros (2000) usaron un juego con roles de mayor y menor poder en relación a la selección de personal para una empresa, y encontraron que en el rol de más poder las personas tendían a elegir en base a estereotipos, mientras que en el rol de menos poder las personas tenían más en cuenta los detalles individuales.

Overbeck y Park (2001) asignaron a 82 estudiantes un papel de alto o bajo poder para un juego de roles. Encontraron que la capacidad de los más poderosos para identificar los intereses de los menos poderosos mejoraba si tenían responsabilidad en relación a ellos (por ejemplo, si se trataba de un líder a cargo del buen funcionamiento de un equipo), y empeoraba si tenían responsabilidad en favor de los intereses de la empresa.

Kraus y otros (2010) investigaron los efectos del estatus socioeconómico en la capacidad de empatía, y encontraron que las personas de más estatus tienen menor capacidad empática. Por el contrario, quienes eran inducidos a pensar en sí mismos como personas de bajo estatus, tenían más capacidad empática.

Estudios sobre la relación entre poder y conducta prosocial

Gruenfeld y colegas (2008) encontraron que el poder está asociado con una mayor tendencia a tratar a las personas como medios para obtener un beneficio y no como un fin en sí mismas. Personas en cargos de poder y personas que reciben un priming de poder tienden a estar más de acuerdo con frases como "este individuo es útil para mí". En el extremo de esta conducta, la psicopatía es un rasgo de personalidad que se caracteriza por la tendencia a manipular a otros, y está sobrerrepresentada en posiciones de poder (Babiak y otros, 2010). Es decir, proporcionalmente hay más psicópatas en situaciones de poder que fuera de él.

Las personas con puntajes altos en psicopatía tienen menos conductas de cooperación en el dilema del prisionero (Mokros y otros, 2008), y cuando traicionan tienen menos activación en áreas que procesan emociones negativas (Rilling y otros, 2007). La activación de esas áreas asociadas a las emociones negativas está vinculada al sentimiento de culpa, que en condiciones normales motiva a la persona a preferir cooperar en vez de traicionar.

El poder está asociado a una tendencia a priorizar los objetivos personales por sobre el respeto a normas sociales (Galinsky, 2003; Gruenfeld, 2008). Haselhuhn y Wong (2012) encontraron una correlación entre reporte subjetivo de poder y tendencia a engañar en una tarea. Es decir, cuanto más poderosos se sentían, más tendían a engañar. Piff y colegas (2012) encontraron una correlación entre el estatus social alto y la tendencia a realizar conductas contrarias a las normas éticas y legales.

Una síntesis de lo dicho hasta acá: las personas con más poder tienen menor capacidad de ponerse en el lugar del otro (Galinsky, 2006), de reconocer emociones (Kraus y otros, 2010), y de adoptar conductas altruistas (Piff y otros, 2010). Y tienen más tendencia a usar estereotipos en lugar de reparar en la individualidad del otro (Fiske, 1993; Goodwin, 2000), a no seguir normas éticas

y legales (Kraus y otros, 2010; Piff y otros, 2012) y a tratar a otros como medios para un fin (Gruenfeld y otros, 2008). Todavía no hay una teoría bien establecida que explique estos efectos, pero existen varias hipótesis.

Hipótesis explicativas

Ludwig y Longenecker (1993) proponen cuatro factores para explicar estas conductas abusivas o cuestionables de las personas que adquieren poder: (1) están focalizadas en sus objetivos personales, (2) acceden a mayor cantidad de recursos que otras personas, (3) ejercen su poder sin ser controlados, y (4) pueden tener un exceso de autoconfianza. Utilizan el ejemplo bíblico del rey David, que se enamoró de Betsabé a pesar de que ella estaba casada. Al principio el rey David intentó luchar contra la tentación, pero el poder le permitió satisfacer sus deseos y quedar impune (como en el mito del anillo de Giges mencionado por Platón, en el que una persona se calza un anillo y se vuelve invisible, lo que la lleva a cometer toda surte de tropelías).

Keltner y otros (2003) plantean que la distribución de responsabilidades y recursos tiene efectos psicológicos. Una persona poderosa controla a muchos otros individuos, tiene libertad para actuar, y accede a recursos financieros y sociales. Al manejar más recursos, es más independiente que otras personas, y tiene una menor necesidad de comprender a los demás. Cuando una persona es requerida por muchas otras, no suele tener ni tiempo ni a veces disposición para ponerse en el lugar del otro, lo que explicaría la menor empatía y el uso de estereotipos.

Las personas con poco poder tendrían el sesgo opuesto. Kraus y colegas (2012) plantean la hipótesis de que las personas de bajo estatus focalizan su atención en los eventos externos porque tienen que adaptarse y porque para ascender necesitan estar focalizados en el medio ambiente, en cambio las que tienen poder no precisan eso, al estar acostumbradas a influir, tenderían a focalizar su atención más en su propia voluntad.

Owen (2007, 2012) analiza el rol de la “hibris”, un concepto que heredamos de la antigua Grecia y que significa elevarse por encima de la propia condición, presumir, confiar excesivamente en las propias capacidades y tomar malas decisiones. Cuando un personaje mitológico ingresaba en un estado de hibris, algún dios le mandaba un rayo para ubicarlo nuevamente en su lugar.

Las personas con poder tienden a confiar excesivamente en sus capacidades y sus creencias, y a subestimar los peligros y límites. Suelen rodearse de individuos complacientes que confirman esa confianza, y expulsar de su entorno a las personas críticas. Esta confianza excesiva los lleva a tomar malas decisiones que perjudican a otras personas y a ellos mismos. Esta es la razón por la que resulta tan útil contar con un abogado del diablo —alguien que pueda oponerse a lo que dice la mayoría— en cualquier grupo que pueda influir sobre otro.

Desde una perspectiva evolucionista, nuestra especie tiende por un lado a la organización jerárquica, y por el otro a la cooperación y la empatía. Ocurre también con otras especies. Entre otros primates con organización jerárquica, como es el caso de los chimpancés, los individuos con alto poder y estatus tienen acceso privilegiado a recursos y parejas, y utilizan la coerción para que otros individuos no desafíen su posición. En los seres humanos existe la misma estrategia adaptativa. Las personas con más poder tienen más apareamientos y más infidelidades (Schultheiss y otros, 2003; Lammers y otros, 2011).

Desde una perspectiva neurocientífica, se han estudiado los efectos del poder en los niveles de testosterona y en la dopamina. Monaghan y Glickman (1992) encontraron que los cambios de estatus de monos rhesus generan cambios drásticos en sus niveles de testosterona. En los seres humanos existe un mecanismo idéntico. El psicólogo Ian Robertson lo denomina “efecto ganador”. Cuando una persona tiene éxito (por ejemplo, cuando un deportista sale victorioso) se incrementan los niveles de testosterona y se produce una descarga de dopamina. Estos cambios neurohormonales generan un aumento en la motivación para buscar resultados similares, una disminución de la ansiedad, un foco en el propio interés, y una desinhibición conductual que puede incluir la desinhibición de los deseos inmorales (Lammers y otros, 2015). En contraste, las derrotas y el bajo estatus tienen el efecto contrario: disminuyen la motivación y aumentan la preocupación por el riesgo.

Por último, hay que recordar que el foco central de los estudios es el poder coercitivo, pero también existe un poder legítimo, basado en el reconocimiento y la experiencia. McClelland (1987) distinguió dos tipos de necesidad de poder, uno centrado en objetivos personales, y otro centrado en objetivos sociales. El poder orientado a objetivos sociales incluye el bienestar de otras personas como parte del interés propio, en contraste con el individualismo extremo que busca satisfacer un interés egoísta sin considerar el daño a otras personas. Pero esto no

significa que las personas que persiguen objetivos sociales no abusen del poder. Sabemos que lo hacen. ¿Cómo disminuir esta posibilidad? Algunos estudios encontraron que es posible disminuir los efectos perjudiciales del poder (Chen y otros, 2001; Tetlock y otros, 1989; Zhong y otros, 2006), sin que desaparezcan la responsabilidad, la rendición de cuentas y el contexto cultural. Si hablamos de cargos políticos, pueden disminuir los efectos perjudiciales estrategias como la rotación en el ejercicio del poder o la posibilidad de evitar que los políticos se conviertan en una "casta". También la transparencia de la información: que el ciudadano pueda acceder a través de internet a la mayor cantidad de información posible sobre cuestiones gubernamentales y judiciales.

Los países escandinavos han limitado los regalos que puede recibir un político. En Dinamarca un chocolate o algo semejante es lo máximo que se permite. La actitud contraria a la del ex presidente argentino Carlos Menem, al que le habían regalado una Ferrari y bramaba "La Ferrari es mía, mía y solo mía". Los sistemas presidencialistas suelen entronizar el poder de los políticos, enalteciendo la acción de los líderes carismáticos, en desmedro del foco puesto en la acción de gobierno. Por eso parece loable el sistema sueco. La mayoría de los parlamentarios son maestros, pueden ejercer como máximo dos periodos de dos años cada uno, y luego vuelven al oficio que tenían antes de desempeñarse como diputados. Aquí resulta oportuno recordar que a los maestros se les paga muy bien, de modo que la política no aparece como un medio para la "salvación" económica. Si la política debe o no ser un trabajo profesional y ejercido de por vida es tema para otro debate. Pero sea como fuere, la evidencia científica parecería sugerir que aceptar que los políticos permanezcan durante décadas aferrados a sus cargos políticos, se trate del sistema político del que se trate, no parece una buena idea para la gestión de asuntos humanos.

Bibliografía

Acton Dalberg, J. E. (5 de abril de 1887). Letter to Bishop Mandell Creighton. In Historical Essays and Studies, edited by J. N. Figgis and R. V. Laurence, London: Macmillan, 1907.

Babiak, P., Neumann, C. S., & Hare, R. D. (2010). Corporate psychopathy: Talking the walk. Behavioral Sciences & the Law, 28(2), 174-193.

Chen, S., Lee-Chai, A.Y., & Bargh, J.A. (2001). Relationship orientation as moderator of the effects of social power. Journal of Personality and Social Psychology, 80, 183-187.

Fast, N. J., Sivanathan, N., Mayer, N. D., & Galinsky, A. D. (2012). Power and overconfident decision-making. Organizational behavior and human decision processes, 117(2), 249-260.

Fiske, S. T. (1993). Controlling other people. The impact of power on stereotyping. American Psychologist, 48(6), 621-628.

Galinsky, A. D., Gruenfeld, D. H., & Magee, J. C. (2003). From power to action. Journal of Personality and Social Psychology, 85, 453-466.

Galinsky, A. D., Magee, J. C., Inesi, M. E., & Gruenfeld, D. H. (2006). Power and perspectives not taken. Psychological Science, 17, 1068-1074.

Goel, A. M., & Thakor, A. V. (2008). Overconfidence, CEO selection, and corporate governance. Journal of Finance, 63(6), 2737-2784.

Goodwin, S. A., Gubin, A., Fiske, S. T., & Yzerbyt, V. Y. (2000). Power can bias impression processes: Stereotyping subordinates by default and by design. Group Processes & Intergroup Relations, 3(3), 227-256.

Gruenfeld, D. H., Inesi, M. E., Magee, J. C., & Galinsky, A. D. (2008). Power and the objectification of social targets. Journal of Personality and Social Psychology, 95(1), 111-127.

Haselhuhn, M. P., & Wong, E. M. (2012). Bad to the bone: Facial structure predicts unethical behaviour. Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences, 279, 571-576.

Keltner, D., Gruenfeld, D. H., & Anderson, C. (2003). Power, approach, and inhibition. Psychological Review, 110, 265-284.

Kraus, M. W., Cote, S., & Keltner, D. (2010). Social class, contextualism, and empathic accuracy. Psychological Science, 21(11), 1716-1723.

Kraus, M. W., Piff, P. K., Mendoza-Denton, R., Rheinschmidt, M. L., & Keltner, D. (2012). Social class, solipsism, and contextualism: How the rich are different from the poor. Psychological Review, 119(3), 546-572.

Lammers, J., Stapel D. A., Galinsky A. D.: Power increases hypocrisy: moralizing in reasoning, immorality in behavior. Psychol Sci 2010, 21:737-744.

Lammers, J., Stapel D. A.: How power influences moral thinking. J Pers Soc Psychol 2009, 97:279-289.

Lammers, J., Galinsky, A. D., Dubois, D., & Rucker, D. D. (2015). Power and morality. Current Opinion in Psychology, 6, 15-19.

Lammers, J., Stoker, J. I., Jordan, J., Pollmann, M., & Stapel, D. A. (2011). Power increases infidelity among men and women. Psychological science, 22(9), 1191-1197.

Lee-Chai, A. Y., & Bargh, J. (2015). The use and abuse of power. Psychology Press.

Ludwig, D. C., & Longenecker, C. O. (1993). The Bathsheba syndrome: The ethical failure of successful leaders. Journal of Business Ethics, 12(4), 265-273.

McClelland, D. C. (1987). Human motivation. New York: Cambridge University Press.

Mokros, A., Menner, B., Eisenbarth, H., Alpers, G. W., Lange, K. W., & Osterheider, M. (2008). Diminished cooperativeness of psychopaths in a prisoner's dilemma game yields higher rewards. Journal of Abnormal Psychology, 117(2), 406-413.

Monaghan, E., & Glickman, S. (1992). "Hormones and aggressive behavior". In J. Becker, S. Breedlove, & D. Crews (Eds.), Behavioral Endocrinology. Cambridge, MA: MIT Press.

Nicol, A. A., & Rounding, K. (2013). Alienation and empathy as mediators of the relation between Social Dominance Orientation, Right-Wing Authoritarianism and expressions of racism and sexism. Personality and Individual Differences, 55(3), 294-299.

Oskamp, S. (1965). Overconfidence in case-study judgments. Journal of Consulting Psychology, 29(3), 261-265.

Overbeck, J.R., & Park, B. (2001). When power does not corrupt: Superior individuation processes among powerful perceivers. Journal of Personality and Social Psychology, 81, 549-565.

Owen, D. (2007, 2012) The Hubris Syndrome–. Bush, Blair and the Intoxication of Power. York, UK: Methuen.

Picone P. M., Dagnino G. B., y Mina A. (2014) The origin of failure: A multidisciplinary appraisal of the hubris hypothesis and proposed research agenda. The Academy of Management Perspectives 28(4): 447-468.

Piff, P. K., Kraus, M. W., Cote, S., Cheng, B. H., & Keltner, D. (2010). Having less, giving more: The influence of social class on prosocial behavior. Journal of Personality and Social Psychology, 99(5), 771-784.

Piff, P. K., Stancato, D. M., Cote, S., Mendoza-Denton, R., & Keltner, D. (2012). Higher social class predicts increased unethical behavior. Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America, 109(11), 4086-4091.

Pratto, F., Sidanius, J., Stallworth, L. M., & Malle, B. F. (1994). Social dominance orientation: A personality variable predicting social and political attitudes. Journal of personality and social psychology, 67(4), 741.

Raven, B. H. (2008). The bases of power and the power/interaction model of interpersonal influence. Analyses of Social Issues and Public Policy, 8(1), 1-22.

Rilling, J. K., Glenn, A. L., Jairam, M. R., Pagnoni, G., Goldsmith, D. R., Elfenbein, H. A., & Lilienfeld, S. O. (2007). Neural correlates of social cooperation and non-cooperation as a function of psychopathy. Biological Psychiatry, 61(11), 1260-1271.

Robertson, I. (2012). The winner effect: How power affects your brain. A&C Black.

Robinson, G., & Garrard, P. (Eds.). (2016). The Intoxication of Power: Interdisciplinary Insights. Springer.

Roll, R. (1986). The hubris hypothesis of corporate takeovers. Journal of Business, 2(59), 197-216.

Schultheiss, O. C., Dargel, A., & Rohde, W. (2003). Implicit motives and sexual motivation and behavior. Journal of research in personality, 37(3), 224-230.

Tetlock, P.E., Skitka, L., & Boettger, R. (1989). Social and cognitive strategies for coping with accountability: Conformity, complexity, and bolstering. Journal of Personality and Social Psychology, 57, 632-640.

Van Ginneken, J. (2014). The Psychology of Power: Temptation at the Top. Springer.

Van Vugt, M., & von Rueden, C. R. (2020). From genes to minds to cultures: Evolutionary approaches to leadership. The Leadership Quarterly, 31(2), 101-404.

Zhong, C., Magee, J.C., Maddux, W.W., & Galinsky, A.D. (2006). Power, culture, and action: Considerations in the expression and enactment of power in East Asian and Western societies. In E.A. Mannix, M.A. Neale, & Y. Chen (Eds.), Research on managing in teams and groups (Vol. 9, pp. 53-73). Greenwich, CT: Elsevier Science Press.

XV

CRÍTICAS A LA IZQUIERDA

El hecho de que este libro se haya concentrado en la falta de evidencia empírica de buena parte de las tesis de la derecha no implica sostener que la izquierda no haya cometido errores, ni que todas sus tesis cuenten con respaldo empírico. En este capítulo se dividirán las críticas a la izquierda en (1) las que competen a la denominada izquierda progresista socialdemócrata, dominante en los últimos años, puesto que en muchos lugares accedió al poder, y (2) las que refieren a una izquierda clásica, defensora —con más o menos críticas— de los modelos soviético y chino, entre otros. Soy consciente de que hay muchas más categorizaciones posibles para la izquierda, pero para el propósito de este libro, considero que esta distinción entre izquierda progresista e izquierda clásica resulta más adecuada.

1. Críticas a la izquierda progresista

El progresismo es una doctrina política y social de centroizquierda que apunta, en general, al desarrollo de un Estado de Bienestar, a la defensa de derechos civiles y a una moderada redistribución de la riqueza. Como categoría política, es posible asociarlo a la socialdemocracia, y al rechazo del conservadurismo en el terreno cultural y del modelo de libre mercado en la esfera económica.

1.1. Tradiciones filosóficas desvinculadas de la ciencia en el siglo XX

La modernidad es un periodo de la historia en el que gradualmente los países occidentales empezaron a valorar más a la razón y a la ciencia que a la fe y a la superstición. A partir de su advenimiento cobró impuso el humanismo renacentista y un concepto universalista de persona, alejado de la idea de que se es parte de diversos grupos asociados a rígidas jerarquías.

Marx es un ferviente admirador de Darwin y defiende un proyecto racional, materialista e ilustrado. En el Manifiesto comunista toma partido por la ciencia y por una concepción de la realidad objetiva. Pero a partir de los desarrollos teóricos de filósofos de la Escuela de Frankfurt como Theodor Adorno y Max Horkheimer, entre otros, la izquierda comienza a cuestionar los ideales de la Ilustración, realiza una crítica de la sociedad y la cultura, pero se vale de un estilo ensayístico que no busca la precisión conceptual ni la vinculación con las investigaciones científicas, y a veces utiliza afirmaciones ambiguas, que en ocasiones pueden ser interpretadas de una forma más moderada o más radical. Se nutre de algunas ideas de Marx, aunque rechaza el proyecto de revolución armada, y las entrelaza con desarrollos de Nietzsche y Freud. Un grupo de filósofos franceses continuarán y profundizarán esta línea que confluye en el posmodernismo. Cuestionan los discursos totalizantes, critican ciertas ideas que se suponen universales e inmutables, y a veces tienen razón en ese cuestionamiento (por ejemplo, las ideas de “locura”, “crimen”, “sexo”, “género”, “moral”). Siguiendo la línea de Nietzsche, Jacques Derrida, Jean-François Lyotard y Michel Foucault, entre otros, sostienen que en nombre de supuestas verdades universales se olvidó que muchas categorías existieron exclusivamente en contextos históricos determinados. Sin embargo, por el estilo oscuro de escritura que cultivaron algunos de ellos y, como decíamos, por su falta de vinculación con la ciencia, se terminó promoviendo un reduccionismo social extremo, y una desvinculación con las investigaciones empíricas, algo que resultó muy notorio en el enfoque pseudocientífico y poco riguroso que en general han tenido los estudios de género.

Este estilo de pensamiento y de escritura poco claro y ambiguo fue puesto en evidencia por el profesor de física de la Universidad de Nueva York Alan Sokal,

que en 1996 envió un artículo pseudocientífico a la revista postmoderna de estudios culturales Social Text, con el objetivo de que estuviera plagado de sinsentidos, sonara bien y apoyara los prejuicios ideológicos de los editores contra las ciencias empíricas (Sokal y Bricmont, 1999). El artículo llevaba por título “La transgresión de las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica” y fue publicado en el número de primavera/verano de 1996 de Social Text. Postulaba la disparatada tesis de que la gravedad cuántica era un constructo social, algo que existe solo porque las personas creen que existe. El objetivo de Sokal era poner en evidencia la falta de rigurosidad de este tipo de revistas a la hora de aceptar un artículo para su publicación. El mismo día en que el artículo se publicaba, Sokal anunciaba en la revista Lingua Franca que se trataba de un engaño, un pastiche en jerga postmoderna, lleno de reseñas aduladoras, citas grandilocuentes fuera de contexto y un rotundo sinsentido.

Un episodio similar al de Sokal protagonizaron en 2018 una historiadora, un filósofo y un matemático que decidieron enviar artículos académicos disparatados a revistas de estudios de género con revisión de pares. El caso fue conocido como el de los grievance studies (“El asunto de los estudios del agravio”). Peter Boghossian, profesor de Filosofía de la Universidad de Portland; James Lindsay, doctor en Matemáticas de la Universidad de Tennessee, y Helen Pluckrose, historiadora de la Universidad Queen Mary de Londres, enviaron a diversas revistas de género una veintena de artículos que de manera intencional estaban plagados de disparates como “sociedad prepospatriarcal”. Cuatro de ellos fueron publicados, tres estaban a punto de ser publicados cuando se hizo público el engaño y seis fueron rechazados cuando los autores revelaron el fraude (Schapire, 2019). En el Journal of Women and Social Work, que cuenta con revisión de pares, lograron que se publicara la reescritura de un fragmento de Mein Kampf, de Adolf Hitler, traducido al lenguaje del feminismo interseccional. También consiguieron que se publicara un artículo que mencionaba el fat bodybuilding (“culturismo de obesos”) como una rama del fisicoculturismo, entendiendo que los cuerpos obesos eran “una construcción social”. El autor impulsaba Juegos Olímpicos para personas con sobrepeso que serían llamadas fattylympics (“gordolímpicos”). El más hilarante de todos fue el de la revista Cogent Social Sciences, que publicó “El pene conceptual como constructo social”. El trabajo ofrecía como conclusión la tesis de que el pene era responsable del cambio climático.

El posmodernismo surgió en la década de 1960 como una tendencia de la arquitectura estadounidense, a partir de las propuestas de Denise Scott Brown y

Robert Venturi. En contraste con la arquitectura modernista de la época, se buscó la variedad, el humor y el collage de estilos (un ejemplo es la ciudad de Las Vegas). Otras artes adoptaron el término, y en 1979 Jean-François Lyotard lo utilizó en su libro La condición posmoderna, cuyo contenido caracterizó como "una incredulidad sobre los metarrelatos". Un metarrelato es una narración que buscaría explicar la totalidad de la historia. Por ejemplo, el cristianismo, la Ilustración, el marxismo. Lyotard propone sustituirlos por los mini-relatos para indagar en verdades más pequeñas y personales. La experiencia vivida adquiere un lugar privilegiado, por encima de la evidencia empírica. El filósofo Michel Foucault, acaso el que más influiría en la izquierda progresista, adoptó algunos de estos rasgos. La feminista Judith Butler se valió de Foucault para elaborar su perspectiva sobre la teoría queer, que postula la construcción cultural del género, y Kimberlé Crenshaw la utilizó en su desarrollo de la "interseccionalidad".

Jacques Derrida fue otro de los filósofos que continuó en la línea de una filosofía desvinculada de las ciencias. Su famosa frase "no hay nada fuera del texto" por un lado cuestiona que las palabras tengan un referente fuera de ellas mismas, y por el otro admite que cualquier significado que le den los lectores es igualmente válido, sea cual fuere el contenido del texto. Lo que alguien desea expresar parece menos importante que la interpretación de quien oye, con lo que la idea de objetividad, al menos en ciertos contextos, se desdibuja. También se esfuma la posibilidad de que exista una humanidad compartida, puesto que los discursos de las personas dependerían enteramente de su posición social, de su identidad y de su moral, que también sería relativa. Desde esta perspectiva, algunos discursos propios de la Ilustración serían totalizadores, opresivos y anuladores de toda diferencia específica. Lo importante sería atender a lo que tienen para decir los grupos considerados marginales y oprimidos. Prestar atención a lo que se siente más que examinar rigurosamente la evidencia (Pluckrose, 2019). Si antes de la Ilustración la fe era ubicada por encima de la razón, ahora el relativismo cultural extremo ocupa este lugar. Pero si no hay objetividad ni sentidos que se compartan, no es posible vivir en democracia, ya que este sistema político supone compartir criterios de racionalidad e imparcialidad, debatir y legislar en consecuencia.

1.2. Reduccionismo sociológico y prejuicios hacia la biología

En mi libro El patriarcado no existe más (Kreimer, 2020) desarrollé extensamente las razones por las que el feminismo hegemónico contiene datos dudosos (brecha salarial, techo de cristal, entre muchos otros) y numerosas tesis contrarias a la evidencia científica. Por un lado, cultiva un reduccionismo sociológico, que niega o ignora el voluminoso cuerpo de evidencia científica que muestra que hombres y mujeres no nacemos como páginas en blanco sino con adaptaciones que en promedio llevan a tener preferencias y conductas diferentes, aun cuando la mayor parte de ellas sean similares (Pinker, 2003; Kreimer, 2020a, 2020b). Los casos de constructivismo extremo suelen ser el resultado de la influencia de los autores posmodernos mencionados, cuando sus tesis son interpretadas en forma radical para legitimar una actitud de excesiva desconfianza en la ciencia, en la objetividad y en la evidencia empírica.

Muchas feministas niegan el dimorfismo sexual e incluso se niegan a debatir el tema. Invocan autores y libros sagrados, y si algo contradice sus creencias, se ofenden o lo atribuyen al “machismo”. La abogada y activista de izquierda Myriam Bregman dice que habría que crear un departamento gubernamental para enfrentar los homicidios de los que son víctimas las mujeres, pero en todo el mundo eso solo se consiguió bajando la desigualdad social y económica (Goda y Torres García, 2017). Cuando se desalojó el predio de Guernica, donde vivían diversas familias pobres, Bregman publicó en Twitter “Reprimen mujeres”, como si los hombres que padecieron la represión no existieran (Bregman, 29/10/2020).

La izquierda progresista acepta la teoría de la evolución solo del cuello para abajo. A la hora de examinar cómo la teoría de Darwin de la evolución sexual encontró evidencia en estudios de las neurociencias, se vuelve dualista, considerando que cuerpo y cerebro están disociados. El filósofo Peter Singer dedicó su libro Una izquierda darwinista a analizar el rechazo de la izquierda a incorporar el conocimiento asociado a la biología producido durante las últimas décadas (Singer, 2000). Allí destaca cómo tras la Segunda Guerra Mundial la izquierda tendió a vincular prácticamente cualquier tesis que tuviera en cuenta a la biología con el nazismo. En mi artículo “¿Es sexista reconocer que hombres y

mujeres no son idénticos? Una evaluación crítica de la retórica neurofeminista", publicado en la revista con revisión de pares Disputatio (Kreimer, 2020a), cuestiono en base a la evidencia científica esta perspectiva de tabla rasa del feminismo hegemónico, expresada en el término "neurosexismo". Si en su momento fue el catolicismo lo que estaba en las antípodas de la ciencia, hoy ese peligro proviene de diversas creencias del activismo político, ya sea de izquierda (como ocurre con el reduccionismo sociológico) o de derecha (como ocurre con la negación del cambio climático antropogénico o la creencia de que las minorías LGBT provienen de elecciones voluntarias e influencias culturales).

1.3. Creencias desvinculadas de la evidencia científica

En su libro La izquierda feng-shui. Cuando la ciencia y la razón dejaron de ser progres, el periodista Mauricio Schwarz muestra cómo el irracionalismo de la izquierda progresista llevó a cuestionar sin evidencia alguna el glifosato y los transgénicos, las vacunas —porque provienen de laboratorios internacionales— y la energía nuclear, al tiempo que abrazó pseudociencias como la homeopatía y el reiki (Schwarz, 2017; La izquierda diario, 2/8/2019).

1.4. Cómo las políticas identitarias reemplazaron la lucha de clases

Tras la caída del bloque soviético, en la izquierda progresista se acentuó una tendencia iniciada en los 60-70. Se dejó de centrar en reclamos en torno al bienestar material y a la lucha de clases y se puso el foco en la cuestión identitaria: mujeres, gays, afroamericanos, abandonando la categoría “ser humano”. En los años 60 la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos visibilizó los reclamos de colectivos como el de los afroamericanos y la llamada segunda ola del feminismo. Años más tarde se sumaron otros grupos: las personas extranjeras, discapacitadas y transgénero.

Con el progresismo en el poder, esta perspectiva fue ganando terreno en los medios de difusión, en las universidades y en los juzgados. Su electorado no estaba formado por la clase obrera ni se involucraba centralmente en partidos y sindicatos. El foco estaba puesto en las minorías y en la crítica a las clases acomodadas. Si bien muchos de estos reclamos son legítimos, podrían haber sido compatibles con la lucha de clases, y no siempre lo fueron. El nuevo electorado de la izquierda dejó de ser la clase obrera y pasó a ser el estudiante, la clase acomodada de las grandes ciudades que se benefició con la globalización, y las minorías. Este cambio tuvo lugar tanto en América Latina como en Estados Unidos y en Europa.

1.5. Sesgos sobre el conflicto israelí-palestino y problemas del islamismo

En su libro La traición progresista, Alejo Schapire sostiene que parte de la izquierda promueve una nueva forma de antisemitismo. El drama del Holocausto había ubicado a la izquierda del lado del judaísmo, pero con el surgimiento del estado de Israel, el progresismo se habría puesto de parte de los palestinos. Se ignora así la complejidad de la problemática israelí, que por un lado requiere criticar el avance injustificado del Estado de Israel sobre territorios habitados por los palestinos, entre otras arbitrariedades y acciones violentas, pero por el otro responde a la falta de reconocimiento por parte de los grupos terroristas a la mera existencia del Estado de Israel, y a su agresión constante en zonas pobladas. Escribe Schapire: “Se podía tener empatía con el judío mientras llevara el traje a rayas y la estrella amarilla, pero si el judío quería escapar de la condición de víctima eterna y embarcarse en un proyecto nacional normalizador, habría que combatirlo” (Schapire, 2021).

El progresismo responde al esquema “El enemigo de mi enemigo (EE. UU.) es mi amigo”, filosofía que rige el apoyo al islamismo, y más recientemente, a Rusia, tras su invasión a Ucrania. Es la razón por la que algunas personas de izquierda celebraron los atentados del 11 de septiembre a las Torres Gemelas (comentario de Hebe de Bonafini en archivodichiara, 10/10/2019).

El odio al judío fue reemplazado por el odio a los “sionistas”, tal como expresan a menudo dirigentes argentinos como Luis D’Elía o agrupaciones como Quebracho a través de distintos comentarios antijudíos. La izquierda progresista niega los ataques a judíos en Europa porque defiende al islamismo y porque en Israel reprimen palestinos. Parte de la izquierda sostiene que no corresponde apoyar la resistencia de Ucrania porque Estados Unidos, la Unión Europea y la OTAN la apoyan. El marxista (no progresista, en el sentido que aquí venimos utilizando) Rolando Astarita cuestionó este tipo de actitudes cuando escribió: “En otros términos, nos dicen que el derecho a la autodeterminación es funcional a los intereses de Washington y la OTAN. Pero el avasallamiento en nombre del antiimperialismo, de derechos y libertades democráticos, fortalece al capitalismo. Así, la invasión rusa lejos de debilitar a la OTAN, o a Washington, empuja a más poblaciones del centro y este de Europa hacia su órbita. El

burócrata y su apologista ‘de izquierda’ piensan que los sentimientos nacionales se ‘corrigen’ a fuerza de bombardeos, asesinatos y desplazamientos de millones de seres humanos. Pero con eso lo único que hacen es exacerbar los rencores nacionales” (Astarita, 2022).

Paralelamente, en nombre del relativismo cultural ciertos grupos de izquierda apoyan al islamismo en todas sus formas, así como la falta de integración de muchos musulmanes en los países europeos en los que viven, y la imposición obligatoria del velo, a pesar de que en la propia comunidad musulmana hay grupos que se rebelan a esa coerción. Schapire señala que subyace la cuestionable idea de que el racismo solo puede ser ejercido por los blancos, y se categoriza a los judíos como blancos. El progresismo se vale del concepto de “islamofobia”, que a veces es utilizado para impedir la crítica legítima de una religión en particular.

Schapire es argentino y vive en Francia, y cuenta que propuso en un medio de difusión publicar un artículo sobre cómo por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, a los judíos de París les pegaban en la calle por ser judíos. Le respondieron que no se podía, “porque vos sabés lo que hacen los israelíes a los palestinos”. Schapire respondió: “¡Pará! No son israelíes sino jóvenes judíos franceses caminando por las calles a los que les están dando golpizas”. No hubo manera. Luego tuvo lugar un atentado contra una escuela en Toulouse, donde los yihadistas dispararon a la cabeza de los niños por ser judíos. En ese caso, señala Schapire, se patologizaba al islamista, diciendo “es un loquito”. Tras señalar otros episodios semejantes, sostiene: “El nuevo antirracismo de la izquierda tiene un fuerte componente antisemita”.

Schapire señala que los grupos que adoptan en forma dogmática las políticas de la identidad han sido influidos fuertemente por la idea del “buen salvaje” de Jean-Jacques Rousseau. “Todos abrevan en ese Rousseau que tiene que ver con la culpabilidad del hombre blanco”, dice Schapire en una entrevista (Soto Ivars, 2021). “Son muchísimos los ex musulmanes a los que hemos dejado solos —continúa Schapire—. Es gente que ama nuestra concepción universalista más que nosotros mismos, y los hemos abandonado para quedar bien con personas teocráticas, homofóbicas, con lo que más odiamos y solo nos permitimos decirlo si llevan una cruz en el cuello” (Soto Ivars, 2021).

La izquierda ve al islamismo como un sistema de autodefensa cultural e ideológica frente a la agresión del imperialismo, y entiende, en nombre del

relativismo cultural, que ellos expresan de una manera un poco torpe esta denuncia de la opresión del colonizador. “Yo lo que hago —concluye Schapire— es decir que hay que rehabilitar el viejo universalismo donde el determinismo sexual, racial, etcétera, no defina a las personas” (Soto Ivars, 2021).

1.6. Limitación excesiva de la libertad de expresión, y ausencia de garantías mínimas ante acusaciones o “escraches”

La libertad de expresión fue una de las banderas de la izquierda en el siglo XIX y XX, algo que resulta difícil de creer para las nuevas generaciones, puesto que los “socialismos realmente existentes” no se caracterizaron precisamente por cultivarla. El capitalismo de Estado soviético negó libertades formales como la libertad de expresión diciendo que eso era propio de la “burguesía liberal”, y que las únicas libertades que cuentan son las que suponen terminar con la propiedad privada del capital y con la burocracia del Estado. La justificación o excusa era “no hay que hacerle el juego al imperialismo”. El activismo progresista busca la corrección política desde un encuadre de superioridad moral y lleva al extremo la pretensión de no ofender. Procura la censura de obras de arte clásicas del pasado, como fue el caso de la película Lo que el viento se llevó, alienta el escrache y el despido de profesores universitarios y profesionales en general que se opongan a sus ideas, aún si el progresismo defiende encuadres contrarios a la evidencia científica. James Damore fue despedido de Google por señalar que hombres y mujeres tienen en promedio preferencias diversas que no son enteramente atribuibles a la socialización. La ofensa parece basarse solo en el sentimiento, sin que en muchas ocasiones exista la posibilidad de debatir con argumentos provenientes de ambas partes. Se cancelaron conferencias “problemáticas”, se boicotearon estrenos de películas que defienden los derechos de los varones como Borrando a papá y Silenciados. Así como una porción del libertarianismo no acepta ninguna razón para limitar la libertad de expresión, una porción de la izquierda no reconoce ninguna razón para permitir la libertad de expresión cuando existe el riesgo de ofender a alguien. Pero ninguno de estos valores es absoluto, y deberíamos evaluar en cada situación la relevancia de estos valores en conflicto.

Un ejemplo elocuente fue el del profesor de biología Eric Weinstein. Daba clases en el Evergreen State College en Washington, una universidad con reputación progresista desde la década del 70, por la que pasó Matthew Groening, el creador de Los Simpson. Usualmente se celebraba el Día de Ausencia, en el que profesores y estudiantes pertenecientes a minorías se ausentaban para revelar su importancia en la comunidad. Pero en el 2017 hubo un cambio y el día se

convirtió en el Día de Presencia, en el que se conminaba a los blancos a no ir a la universidad. Weinstein escribió un email a sus colegas cuestionando la medida. Lejos de ser conservador, Weinstein apoyó a Bernie Sanders en las elecciones. “Hay una gran diferencia entre un grupo o coalición que decide ausentarse voluntariamente de un espacio compartido para destacar sus papeles vitales y subestimados”, escribió, “y un grupo o coalición que anima a otro grupo a marcharse”. El primer caso, continuó, “es un poderoso llamado a la conciencia”. El segundo “es una demostración de fuerza y un acto de opresión en sí mismo”. Un grupo de estudiantes tomó noticia del contenido del email y Weinstein fue increpado por medio centenar de estudiantes furiosos que exigieron agresivamente su despido, acusándolo de “apoyar el supremacismo blanco” (VICE News, 16/6/2017). La policía le advirtió que por su seguridad lo mejor era que se mantuviera fuera del campus y escondiera a su familia. Finalmente, tanto él como su esposa, la bióloga Heather Heying, también docente de la misma universidad, presentaron su renuncia.

El progresismo llevó a muchas universidades, incluyendo las argentinas, a convertirse en ámbitos en los que los propios alumnos o alguna autoridad institucional acusaban a un docente, y sin que existieran garantías tales como la defensa en juicio, el principio de inocencia y el de legalidad, entre otras, se terminó expulsando al docente o creando un clima tan hostil que el docente terminaba renunciando. Los motivos podían ser una acusación sin pruebas de acoso sexual por parte de una alumna, o haber concurrido a un programa de televisión en el que se citó un estudio académico considerado como inaceptable.

1.7. Excesos en las cargas fiscales a monotributistas y corrupción

La izquierda socialdemócrata también ha recibido con justicia críticas relativas a las altas cargas que tienen los monotributistas en relación a quienes cuentan con ingresos muy superiores. En algunos países europeos el monotributista no paga una cuota mensual si ese mes no consiguió trabajo, y si bien hay impuestos progresivos, no ahogan a las clases medias, que con frecuencia viran a la derecha por considerar injustas las desmedidas cargas tributarias que pesan sobre sus hombros. La corrupción no parece privativa de la izquierda ni de la derecha sino de países con baja calidad institucional, en los que no funcionan los organismos de control, y en los que los cargos no son rotativos. Tampoco es privativa del sector público, y se potencia con la existencia de grandes empresas en el seno del capitalismo.

2. Críticas a la izquierda clásica (no progresista)

2.1. Actitud poco crítica respecto a los “socialismos realmente existentes”

Dentro del amplio espectro de la izquierda no progresista se destacan grupos que se ajustan más a un perfil tradicional, racionalista e ilustrado, pero que suelen adoptar una actitud poco crítica respecto a ciertos temas. Estos grupos apenas reconocen errores menores en los denominados “socialismos realmente existentes”. Poco les importa que el proletariado no haya gestionado los medios de producción, que ese rol estuviera en manos de una casta gobernante con privilegios y aferrada al poder durante décadas, lo que llevó a muchas personas de izquierda, pero críticas de esta izquierda, a hablar de los “socialismos realmente existentes” como “capitalismos de Estado”. Esta izquierda clásica defiende modelos como el soviético, el de Corea del Norte o el de economía mixta de China.

Otros grupos de la izquierda no progresista tienen una mirada más crítica de los “socialismos realmente existentes”, subrayan que también el capitalismo en tanto modo de producción hizo varios intentos hasta convertirse en hegemónico, y que los errores de los “socialismos” deben ser corregidos, construyendo sociedades cuya célula de trabajo sean las cooperativas, con libertad de expresión y empresas estratégicas en manos del Estado. Por ejemplo, es el caso del economista Richard D. Wolff y su libro Democracy at work. A cure for capitalism (Democracia en el trabajo. Una cura para el capitalismo), en el que postula que generalizar el modelo de las cooperativas, que ya existen en numerosos países —incluida la Argentina— y son sumamente eficientes, sería la única forma de que los trabajadores sean los dueños de los medios de producción.

Cuando una persona de derecha le dice a otra de izquierda “Andate para Cuba o Venezuela”, suponiendo que apoya regímenes que no implican la materialización del socialismo, las preguntas que cabría formularles son: ¿gobierna allí la clase obrera?, ¿son los trabajadores quienes establecen los rumbos de la producción? Claramente en ambos casos la respuesta es negativa.

2.2. Idea de que resulta necesaria una “dictadura del proletariado”

Marx focalizó su trabajo en realizar un examen y una crítica al capitalismo, no se preocupó mucho por sugerir cómo debía organizarse una sociedad para librarse de la explotación capitalista. Esto no deja de ser un problema, ya que el mero hecho de que la burguesía no sea más la dueña de los medios de producción no vuelve por sí mismo justa a una sociedad. Vimos en el capítulo sobre el poder cómo hay una tendencia humana a abusar de él cuando es desmedido, extendido en el tiempo o sin estar sujeto a controles. Esta tentación recorre todo el espectro político y no es privativa de la izquierda.

Entre las pocas cosas que dijo Marx sobre la sociedad futura, la idea de que resulta necesaria “una dictadura del proletariado”, sumada a la consideración de que las libertades consideradas “burguesas” y proclamadas por la Revolución Francesa son huecas (Marx, 1844/2004), probablemente haya contribuido a legitimar el autoritarismo que ejercieron la mayoría de los “socialismos realmente existentes”. Cuando la izquierda no progresista oye esto, a menudo se vale de la falacia tu quoque (tú también), que consiste en sostener que también el capitalismo albergó y alberga regímenes autoritarios. Pero esta justificación no libra de autoritarismo a los “socialismos realmente existentes”, solo distrae para poner el foco de atención en otro lugar. Entonces argumentan: “Todo Estado es una dictadura de una clase sobre otra”, con lo que confunden el hecho de que todo Estado implique básicamente la opresión de una clase sobre otra, con el hecho de que su forma política sea la de una dictadura. Pero una dictadura es una forma autoritaria de gobierno en la que existe un solo líder o un grupo reducido de ellos que se perpetúan en poder, que prohíben todo proyecto político alternativo, así como la libre expresión de las ideas. Puede haber un Estado al servicio de las clases dominantes que no censure de manera significativa las expresiones disidentes ni persiga por el mero hecho de pensar distinto. Dentro de los Estados democráticos, existen grados de calidad institucional y bienestar social.

La persona de izquierda también podría aducir “ingenuidad” en quien cuestione el concepto de “dictadura del proletariado” por considerar que la burguesía no perderá sus grandes medios de producción voluntariamente, sin apelar a la

fuerza, y que el Estado posee el monopolio de la fuerza justamente para defender la propiedad privada de los medios de producción. Si bien esto es cierto, también lo es que no todos los cambios sociales relevantes que se han desarrollado en el mundo han precisado de una "dictadura" para llevarse a cabo, y que cada contexto histórico amerita un análisis y un diagnóstico de sus condiciones específicas. Lo mismo podría decirse de la idea de revolución, tan deudora de la modernidad, que se inicia con la Revolución Francesa y antecedió una serie de cambios importantes tras el desarrollo de revoluciones, lo que no equivale a sostener que todos los cambios fueran precedidos de una revolución.

El concepto "dictadura del proletariado" apareció por primera vez en una serie de artículos de Marx reunidos en su libro Las luchas de clases en Francia, de 1848 a 1950 (Marx, 1974). En el Manifiesto comunista, redactado entre 1847 y 1848, también figura el concepto, algo especialmente significativo dado que se trataba de un texto concebido para la acción. La idea fue expandida en un trabajo corto de 1875, Crítica al programa de Gotha, donde Marx presentaba una vía moderada, gradualista, reformista y evolutiva hacia el socialismo en oposición al enfoque violento del socialismo revolucionario de los marxistas ortodoxos. Marx admitió la posibilidad de una transición pacífica en algunos países con estructuras institucionales democráticas fuertes (como Gran Bretaña, Países Bajos y Estados Unidos), sugiriendo no obstante que en otros países podía ser necesaria una revolución.

La crítica a los privilegios de quienes ocupan puestos de poder también está presente en la posdata de 1891 que escribió Engels para la publicación de La guerra civil en Francia (1872), donde decía: "Bien, señores, ¿quieren saber cómo es esta dictadura? Miren la Comuna de París. Esa fue la dictadura del proletariado". Con el fin de evitar la corrupción, propuso que se sometieran todos los cargos al sufragio universal y que tanto a los funcionarios de más alta o más baja jerarquía se les pagara el salario que percibían los demás trabajadores. De este modo se estableció un modelo para desalentar a los arribistas. Pero el mismo año también escribió, al referir a los métodos de la Comuna de París: "Una revolución es ciertamente lo más autoritario que hay; es el acto por el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra por medio de rifles, bayonetas y cañones, medios autoritarios, si los hay; y si la parte victoriosa no quiere haber luchado en vano, debe mantener esta regla por medio del terror que las armas inspiran a los reaccionarios. ¿Habría durado la Comuna de París un solo día si no hubiera hecho uso de esta autoridad del pueblo armado contra los burgueses?". También Marx en una carta a Weydemeyer de 1852 escribe: "Mi

aporte original consiste en la demostración de que: 1) la existencia de las clases solo se vincula con determinadas fases del desarrollo histórico de la producción; 2) la lucha de clases culmina necesariamente en la dictadura del proletariado; y 3) esta misma dictadura no es sino la transición hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases".

2.3. Descalificación de la idea de derechos humanos

Muchas personas de izquierda descalifican la idea de derechos humanos porque, siguiendo a Marx, entienden que esos derechos solo son funcionales al sistema vigente, una estrategia para que las clases dominantes mantengan sus privilegios bajo una apariencia de honestidad. Son solo los derechos del burgués, dicen, los del libre comercio, los de la propiedad privada de los medios de producción, los que proclaman que todos deben ser juzgados en pie de igualdad ante la ley, pero permiten que al proletario se le sustraiga el producto de su trabajo a manos del dueño de los medios de producción. Por eso en tiempos de Stalin hubo tanta reticencia con el tema de los derechos humanos, argumentan.

Esas personas desprecian la idea de derechos humanos, no porque no les interese la justicia, sino porque descalifican la idea occidental de Estado de derecho y la idea de derechos humanos. Concedamos algo a quienes critican por izquierda esta idea: es cierto que sin derechos económicos y sociales, la idea de derechos humanos es hueca. Este fue el problema planteado por Marx en su libro La cuestión judía, donde juzgó que los derechos liberales son insuficientes si el ciudadano no puede acceder a derechos económicos y sociales tales como tener una vivienda digna, salud, y educación, entre otros. Concedamos también que cuando los tratados de derechos humanos hablan del derecho a la propiedad no queda claro si refieren a la propiedad de un individuo o la de los medios de producción. Y que hasta el momento los tratados de derechos humanos no dicen que el productor debe ser el exclusivo propietario de lo que genera con su trabajo, es decir, no tienen una posición contraria a la plusvalía.

También es cierto que la Organización para las Naciones Unidas (ONU) está lejos de ser una institución democrática. Hay cinco países que detentan mucho más poder: son los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, que tiene poder de veto: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, China, y Rusia, que lo perdió recientemente por su invasión a Ucrania. El privilegio de estos cinco países tenía sentido en los inicios de la ONU en 1945, porque servía para buscar el consenso entre los aliados en la Segunda Guerra Mundial, pero pasó a ser utilizado principalmente por Estados Unidos y Rusia como un medio para proteger sus propios intereses. No obstante, incluso con sus problemas, la ONU

representa un avance en los objetivos de lograr la paz mundial y defender los derechos humanos. Estos objetivos aún no se alcanzaron, pero se dieron pasos en esa dirección, que incluye importantes derechos económicos, y son una herramienta más, no la única, para avanzar en la conquista de gran cantidad de derechos, entre ellos los económicos.

Karel Vasak es un jurista que clasificó tres generaciones de derechos humanos. La clasificación refleja la evolución de la legislación europea, y los tres principios de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. La primera generación está conformada por los derechos civiles y políticos. Son los derechos del liberalismo político que protegen al individuo del Estado y que fueron reconocidos por la Revolución Francesa. Es el caso del derecho a la vida, a la libertad de culto, a la libertad de expresión, a la propiedad, a la rebelión, a no ser perseguido por las propias ideas políticas, entre otros. La segunda generación está conformada por los derechos económicos, sociales y culturales que protegen el trabajo, la vivienda, la educación, la salud, la seguridad social y las prestaciones por desempleo. Surgieron a fines del siglo XIX por la presión política de los movimientos obreros, y se ampliaron tras la crisis de 1930 y la Segunda Guerra Mundial. La tercera generación surge en la década de 1980 e incluye los derechos del medioambiente, los del consumidor y derechos de poblaciones como la de los pueblos originarios y colectivos como los de las personas transgénero. Hay más derechos enunciados y ratificados en diversos tratados, esta es solo una apretada síntesis.

Las actitudes de ciertos sectores de la izquierda hacia los derechos humanos derivan de las posiciones de Marx. El jurista Manuel Atienza plantea que Marx reflejó a lo largo de su vida algunos matices en relación a su idea de derechos humanos (Atienza, 2008). En su etapa juvenil, Marx escribe La cuestión judía (1844/2004), donde critica a los derechos humanos de las Declaraciones francesas de 1789 y 1793, porque considera que no son más que los derechos de la burguesía, es decir, del hombre egoísta, separado de la comunidad. Son igualdades formales, restringidas a que todos sean juzgados por las mismas leyes, sin considerar las desigualdades económicas y sociales.

Atienza reconoce que esos derechos son insuficientes, pero argumenta que la interpretación de Marx es pertinente solo para una etapa de los derechos humanos, que es la que a Marx le tocó vivir. Luego los derechos humanos fueron evolucionando. Marx omite un aspecto revolucionario: el derecho a la resistencia frente a la opresión, presente en el art 2 de la Declaración de 1789, y en los art

33-35 de la Declaración de 1793, que permite justificar la lucha del proletariado contra la opresión económica de la burguesía. Además, en la declaración de 1793, la libertad y la igualdad también eran entendidas en un plano político, como el derecho a nombrar mandatarios, participar en la confección de las leyes, y recibir educación (art. 29 y 22). La igualdad no se limita a la igualdad formal ante la ley, sino que incluye la igualdad política (derecho al sufragio universal) y la igualdad social de oportunidades. El derecho a la propiedad, agrega Atienza, no excluye la propiedad colectiva de los medios de producción.

En 1845/46 Marx escribe con Engels La ideología alemana, donde sostiene que los derechos humanos son mera ideología, un concepto que Marx utiliza despectivamente como (1) medio de dominación, porque presenta como interés general lo que representa el interés de la clase dominante, (2) engaño que pretende ser ahistórico, (3) ideas eternas que pretenden ser independientes de las condiciones materiales, por lo que podrían ser englobadas en el mismo rubro que la religión o la metafísica.

En el texto Las luchas de clases en Francia (1850) Marx dice que los derechos humanos fueron un arma que la burguesía utilizó contra el feudalismo, pero que podían volverse en su contra. Atienza sostiene que acá Marx está implícitamente defendiendo un derecho humano liberal, de primera generación, como es el derecho a la rebelión, presente en la declaración de la Revolución Francesa y desmenuzado teóricamente por John Locke en su libro El derecho a la rebelión.

Atienza escribe que en el Manifiesto comunista Marx parece defender un determinismo económico que lo lleva a valorar muy negativamente el papel del derecho y del Estado y, por tanto, de los derechos humanos. Pero, aunque los derechos humanos han surgido en el seno de la sociedad burguesa, pueden sin embargo ser utilizados para acabar con el propio sistema social de la burguesía. Para Atienza el objetivo del Manifiesto comunista no era negar los derechos humanos, sino profundizarlos y enriquecerlos. El texto de Marx también propone abolir el trabajo infantil e implementar la educación pública y gratuita. Es posible sostener que señala el paso de la concepción de derechos humanos como derechos individuales, civiles y políticos, a la concepción de derechos económicos, sociales y culturales.

Para Atienza un problema es que los fragmentos en los que las explicaciones de Marx parecen caer en un reduccionismo económico —no todos los fragmentos son así—, no dan cuenta de que los conflictos de clases no son las únicas fuentes

de conflicto social. El Estado y el derecho no se limitan a garantizar la explotación de clases: cumplen otras funciones. Las luchas por los derechos burgueses sirvieron para ampliar derechos importantes como el sufragio de las mujeres y el de los jóvenes.

La tercera etapa de Marx clasificada por Atienza es la de El Capital (1867), donde se plantea que en el plano superficial pareciera que en la compra y venta de la fuerza de trabajo cada uno es libre y se respetan los derechos humanos. Pero esta apariencia enmascara una desigualdad en la negociación y una explotación de clase, ya que no todos llegan al mercado con las mismas posibilidades económicas, por ejemplo, porque algunos nacen en familias ricas y otros no. En este contexto para Marx los derechos humanos cumplen una función ideológica: enmascaran la explotación, y le dan la apariencia superficial de libertad e igualdad.

En la Crítica del Programa de Gotha (1875) para Atienza Marx adopta una actitud más positiva hacia los derechos humanos y el Estado, y parece abandonar la tesis de la desaparición del Estado y del derecho. Escribe Marx: “puede hablarse del Estado actual por oposición al futuro, en el que su actual raíz, la sociedad burguesa, se habría extinguido. Cabe entonces preguntarse: ¿qué transformación sufrirá el Estado en la sociedad comunista?”. Y reprocha a los redactores del programa que no se hubieran ocupado “del Estado futuro de la sociedad comunista”. Estos fragmentos parecen indicar que será necesario mantener un “Estado comunista”, y que el foco de su crítica era el Estado burgués. Atienza escribe que en esta etapa hay una actitud más proclive al mantenimiento del Estado y del derecho, aunque se mantiene la actitud crítica hacia él.

Globalmente, la crítica de Marx consiste en ver a los derechos de primera generación como insuficientes en comparación con su proyecto de sociedad. Hay una tensión entre dos posibles lecturas de Marx: por un lado, su obra profundiza y amplía los derechos humanos al superar los límites de la primera generación, y por el otro, su obra condena a los derechos humanos como un producto burgués y cuestiona la posibilidad de transición pacífica al socialismo. Es la tensión entre el socialismo democrático y el socialismo revolucionario, que generó debates en la propia tradición marxista.

En el socialismo realmente existente, continúa Atienza, luego de eliminar la propiedad privada de los medios de producción, subsistió la división social del

trabajo. Incluso si se la eliminara, no hay razón para suponer que el ser humano será ilimitadamente solidario y ya no será necesario el derecho como conjunto de normas que limitan las libertades de algunos para posibilitar las libertades de otros, y ya no será necesario el Estado entendido como un conjunto de instituciones encargadas de hacer cumplir esas normas. Puede ser cierto que el origen del derecho y del Estado provienen de la división social del trabajo, pero si se implementa una futura sociedad sin conflictos de clase, será una sociedad compleja, no asimilable a las características de las sociedades primitivas. Es posible criticar los mecanismos actuales del Estado y el derecho, subordinados a la clase dominante, dejando abierta la posibilidad de nuevas formas de Estado y del derecho para los sistemas futuros, así como criticar la sociedad burguesa y a la vez reconocer las conquistas de los derechos humanos. Son conquistas que pueden perderse, y por eso precisan de una defensa enérgica, concluye.

2.4. Vulneración del derecho a la autonomía

Este capítulo no pretende agotar las críticas formuladas a la izquierda no progresista, pero me gustaría no obstante destacar que uno de los aspectos que encuentro más cuestionables es su vulneración del derecho de autonomía, por ejemplo, cuando algunos de sus integrantes —no todos— sugieren que el aborto debería estar prohibido si un país necesita ser poblado, y permitido si hay problemas de superpoblación o si no existen problemas demográficos. Se afecta así uno de los derechos humanos básicos, el derecho a la autonomía, que implica tener la libertad de tomar decisiones sobre la propia vida, el propio cuerpo y el futuro propios, siempre y cuando no se vulneren derechos de terceros. Este derecho implica un respeto a la individualidad, lo que no equivale a promover el individualismo, que refiere a la búsqueda del propio beneficio sin un interés por el bienestar de los demás. De manera similar, los llamados “socialismos realmente existentes” han encarcelado a disidentes y han prohibido la salida del país, lo que implica no solo vulnerar el derecho a la libertad de expresión sino también el derecho a la libre circulación y a la libertad de pensamiento.

2.5. Críticas a la dialéctica como marco teórico

En este apartado vamos a cuestionar que una buena parte de la izquierda tradicional adopte marcos filosóficos que no son claros, precisos, ni vinculados con la ciencia actual. Se trata de la versión de la dialéctica que proviene de Hegel, Marx y Engels, y que adoptaron muchos autores posteriores.

La palabra “dialéctica” suele ser usada con tres significados que son muy diferentes entre sí: el que le dieron los filósofos antiguos, que tiene poco que ver con el propuesto por Hegel, y el postulado por Marx y Engels cuando refirieron al materialismo dialéctico.

En la antigua Grecia, dialectiké techné significaba “el arte de discutir”. En la Edad Media, la dialéctica se enseñaba en las universidades como un entrenamiento para presentar las tesis en conflicto en un debate, y para analizar los argumentos a favor y en contra de cada tesis. Hegel ya no entiende por dialéctica el arte de argumentar sino la estructura de la realidad misma, es decir, una ontología, una cosmovisión en la que la realidad no es solo un conjunto de objetos materiales, sino un conjunto de relaciones, y esas relaciones son dialécticas.

Hegel consideró que toda la realidad es un proceso que se desarrolla en tres momentos (tesis, antítesis, síntesis). En realidad, así llamaron a este proceso quienes expusieron las ideas de Hegel, él no los llamó así sino afirmación, negación y sublación, que significa a la vez “cancelar y superar”. Pero es la misma idea y así quedó para la tradición: tesis, antítesis y síntesis.

Hegel no presenta a la realidad como algo permanente, quieto, sino como algo cambiante. Quizás por eso consideró que las ideas de Heráclito sobre el cambio como “No nos bañamos dos veces en un mismo río” eran un antecedente de su filosofía. ¿Cómo es posible aplicar este esquema de Hegel que llamaremos “tesis, antítesis y síntesis” para describir los cambios? Por ejemplo, en una primera etapa los hijos obedecen a los padres, pero a menudo llega un momento en el que los hijos se rebelan. La obediencia de los hijos hacia los padres sería la tesis. La rebeldía sería la antítesis, que es cuando la tesis o estado original se

enfrenta a su negación. El conflicto entre tesis y antítesis genera cambios en las relaciones familiares, y la síntesis es el proceso de superación de la contradicción, en el que, por ejemplo, el hijo sigue algunas sugerencias de los padres y rechaza otras. Pero este ejemplo relativamente claro que acabo de dar está lejos de reflejar la escritura de Hegel, que fue objeto de múltiples interpretaciones, en buena medida porque su escritura no es precisa.

Marx y Engels reinterpretaron la dialéctica de Hegel dentro de una cosmovisión materialista. Marx utilizó la dialéctica como marco conceptual, pero fue Engels quien teorizó sobre la dialéctica en sus libros el Anti-Dühring y en Dialéctica de la naturaleza. Existen controversias a la hora de determinar hasta qué punto Marx compartía las ideas de Engels sobre la dialéctica.

De la filosofía de Hegel Marx criticó su idealismo, su oscuridad y su carácter meramente especulativo, pero consideró que la dialéctica podía ser despojada de esos defectos. En una carta a Engels de 1858 le comentó su deseo de “hacer accesible a la inteligencia humana corriente, en dos o tres pliegos, lo que hay de racional en el método que Hegel descubrió”, pero Marx nunca llegó a concretar ese deseo.

Mantuvo la estructura conceptual planteada por Hegel, pero modificando las conjeturas sobre el motor de la historia: ya no eran las luchas de los pueblos como pensaba Hegel, sino las luchas de las clases sociales las que marcarían el compás del progreso humano. Para Marx las etapas históricas se definen de acuerdo a las relaciones de producción: primero fue el comunismo primitivo, luego el esclavismo, después el feudalismo, y finalmente el sistema del presente, basado en el capital. En los fragmentos más deterministas de Marx se supone que la lucha de clases llevará inexorablemente al triunfo del proletariado mediante la revolución, y a una etapa de socialismo previa al comunismo definitivo, que sería la culminación de las grandes etapas de la historia universal. Pero hay otros fragmentos menos deterministas que destacan otros de sus lectores.

Marx plantea que en cada etapa, la tensión y el conflicto entre las clases sociales resultan inevitables (se trata de contradicciones, de juegos de opuestos tal como los describió Hegel en su dialéctica). Y el conflicto entre opuestos es el motor que lleva al surgimiento de una nueva etapa histórica como síntesis. Es decir, el conflicto de este esquema dialéctico se daría entre el amo y el esclavo, entre el señor feudal y el siervo y entre el burgués, que es el dueño de los medios de

producción, y el proletario, que es quien solo puede ofrecer su fuerza de trabajo para sobrevivir.

Con el tiempo y mediante el trabajo de concientización, el proletariado adquiere una conciencia de clase que lo impulsa a organizar movimientos de liberación, mientras que la competencia constante y otros fenómenos propios del capitalismo conduce a crisis económicas cada vez más frecuentes. De modo que para Marx la creciente solidaridad de la clase trabajadora y el debilitamiento de la burguesía, con el tiempo permitirán hacerse del control de los medios de producción y crear una sociedad sin clases.

En este relato histórico se mezclan descripciones y explicaciones basadas en la investigación científica con especulaciones sin evidencia sobre supuestas leyes predictivas. El historiador puede describir y explicar hechos históricos concretos, pero es controvertido sostener que puede determinar leyes predictivas para la sucesión de periodos históricos. Es cierto que Marx acertó en muchos de sus pronósticos, para citar solo dos de muchos otros, la creciente concentración del capital o la globalización, pero pensar que este movimiento dialéctico cuyo motor es la lucha de clases necesariamente llevará al triunfo del proletariado en todo el mundo es cuanto menos aventurado. No digo que sea un objetivo indeseable, lo que sostengo es que los pasajes más deterministas de Marx parecerían sugerir que ese triunfo del proletariado es una consecuencia necesaria de ese movimiento dialéctico de la lucha de clases. Y lo cierto es que no podemos tener esa certeza, se trata de una posibilidad, en ciencias sociales hay que ser cautelosos con las predicciones, porque no estamos haciendo experimentos, como cuando queremos saber si una medicina superará el efecto placebo. De todos modos, no siempre Marx es determinista; por ejemplo, no lo es en la carta que responde a la revolucionaria rusa Vera Zasúlich, donde admite que Rusia podría pasar directamente del feudalismo al socialismo, salteándose la etapa del capitalismo.

La revolución comunista anunciada por Karl Marx se hizo realidad en 1917, no en una nación industrial avanzada, sino en la Rusia zarista. Muchos conceptos de Marx fueron retomados por el pensamiento sociológico posterior, en particular las nociones de lucha de clases, conciencia de clase, explotación y alienación. Sus ideas inspiraron a numerosos revolucionarios, y durante buena parte del siglo XX casi un tercio de la población mundial vivió bajo regímenes fundados sobre principios marxistas. Sin embargo, no todos estuvieron de acuerdo con el pronóstico de que el fin de la lucha de clases es inevitable.

Para el filósofo analítico marxista Jon Elster, el materialismo dialéctico no logró sobrevivir como doctrina. Junto a otros filósofos analíticos, a partir de la década del 80 del siglo pasado Jon Elster se reunió una vez por año en Londres para articular un marxismo que se librara de la dialéctica hegeliana, es decir, que suprimiera categorías filosóficas imposibles de comprobar empíricamente, descartando la filosofía de tipo más metafísico y hegeliano presente en Marx.

Básicamente este grupo de marxistas analíticos diseñó un proyecto de investigación para rescatar al non-bullshit marxism, un marxismo sin tonterías o sin sanata, diríamos en Buenos Aires. Se caracterizaban, en palabras de David Miller, por "un pensamiento claro y riguroso acerca que las cuestiones que habitualmente se encuentran ocultas por una niebla ideológica". Siguiendo la tradición angloparlante, además, escribieron en un lenguaje comprensible. No tienen una posición común, en muchos puntos adoptaron opiniones opuestas, pero lo que comparten es la actitud de buscar claridad y precisión: en general coinciden en las críticas al capitalismo, pero expurgando a Marx del marco hegeliano, que no es central en su doctrina, ya que el concepto de lucha de clases puede ser sumamente fértil incluso si no encaja en sus detalles con la dialéctica hegeliana.

Mario Bunge (1975, 1981) planteó una de las críticas más sólidas al materialismo dialéctico, en particular a la formulación que hizo Federico Engels en Dialéctica de la naturaleza y en el Anti-duhring. La estrategia de Bunge consistió en tratar de reformular las leyes de la dialéctica en forma precisa, y mostrar sus deficiencias en precisión y alcance. Respecto a la idea de la dialéctica de que todo tiene su opuesto, Bunge señala que no queda claro qué significa aquí un opuesto. Podría significar ausencia, entorno, elemento potencialmente destructor, o elemento que puede combinarse en un sistema. Si Hegel y Engels quieren decir que algunas categorías se agrupan en pares de opuestos, como día y noche, frío y calor, eso es trivial, ya lo sabemos todos, y si quiere decir que toda entidad o proceso contiene opuestos, eso es falso: el agua está compuesta por hidrógeno y oxígeno, y no son opuestos. Que una sustancia sea diferente a otra no implica que sean opuestas.

Respecto a la idea de la dialéctica de que todo cambio es el resultado de la tensión o la lucha de los opuestos, ya sea dentro de un sistema o entre sistemas diferentes, esto no es necesariamente así. El movimiento de una partícula en el vacío o la formación de una molécula de hidrógeno no son resultado de un conflicto, y no solo los conflictos producen cambios, los procesos de

cooperación también los generan.

Bunge dice que no es claro qué significa aquí la mezcla de negación y superación. El término “negación dialéctica” recibe una interpretación diferente según convenga al autor. Por ejemplo, Engels escribe que la germinación de la planta es la negación de la semilla. La falsa impresión de universalidad proviene de la elección de ejemplos convenientes, la oscuridad de los significados, y el olvido de los contraejemplos.

En síntesis, las “leyes” de la dialéctica no son leyes universales del cambio, válidas para todo tipo de cuestiones. Sí conocemos un conjunto de leyes que surgieron de la investigación científica y no de la especulación filosófica, y que tienen campos de aplicación más acotados (cambios legales de sistemas físicos, químicos, biológicos o sociales). Los conceptos de la dialéctica son oscuros y deben ser clarificados o reemplazados. El esquema de la dialéctica no es universal, no se aplica a todos los menesteres humanos, ni siquiera a los sociales en particular, y menos que menos a la naturaleza, como pretendió Engels.

Una genuina teoría general del cambio debe ser más precisa, explícita y completa, y más conectada con la investigación científica disponible. Lo que hay de cierto en la dialéctica es que toda cosa está en algún proceso de cambio, y en ciertas etapas de todo proceso emergen nuevas cualidades, pero estas tesis no están planteadas con claridad y no son específicas de la dialéctica, sino que son compartidas por las ontologías más vinculadas con la ciencia.

Wan (2013) defendió un rol más humilde de la dialéctica como “guía heurística”, es decir, como una regla que a menudo, aunque no siempre funciona, pero Deleporte (2019) planteó que resulta un desvío superfluo, pues hoy existen marcos conceptuales alternativos más desarrollados y precisos.

En síntesis, podemos quedarnos con las ideas de Marx y Engels que aún resultan fértiles para analizar el capitalismo, despojándolas de su ropaje de dialéctica hegeliana. La teoría de la explotación de Marx, la de la alienación y la de la lucha de clases, entre otras, no precisan de la dialéctica hegeliana para ser valiosas. Rescatar al non-bullshit marxism, un marxismo sin sanata hegeliana es importante si se quiere que la teoría de Marx sea consistente con el conocimiento científico contemporáneo. Esto no significa que aun dejando de lado el componente de dialéctica hegeliana en Marx, no existan otros aspectos cuestionables de su teoría, pero ese no es el tema de este apartado, que se

propuso exponer el esqueleto del concepto de dialéctica y algunas de las críticas de las que puede ser objeto la dialéctica hegeliana, que tanto influyó en la historia de la filosofía occidental.

3. ¿Cómo organizar la sociedad futura?

Dudo que haya una sola forma de organizar la sociedad con justicia y eficacia pero, como persona de izquierda, un sistema digno de ser tenido en cuenta sería uno que tuviera cargos rotativos como en Suecia —como dijimos en un capítulo anterior, los diputados ejercen por períodos de dos años, y pueden ser reelectos una sola vez en toda su vida—, que adopte como modo de producción central el de las cooperativas, que permiten que los trabajadores posean y gestionen sus medios de producción, que la única propiedad privada de los medios de producción que pueda existir sea la empresa familiar, o la pequeña empresa que no supere un número reducido de integrantes, y que las empresas estratégicas estén en manos del Estado.

También encuentro digno de consideración el sistema propuesto por la Economía Participativa (Parecon) (Albert, 2004). Creado por el politólogo Michael Albert y el economista Robin Hahnel en las décadas de 1980 y 1990, se vale de la toma participativa de decisiones, aplicando el principio anarquista de la autogestión. Fue sugerido como una alternativa a las economías de mercado capitalistas vigentes, y también al socialismo de planificación central. Propone para estos fines la existencia de consejos de productores y consumidores. Ambos deciden en conjunto en función de cómo son afectados por las decisiones. La idea es que dejen de ser enemigos, que su relación no pase ya por sacar la máxima tajada que se pueda del otro. Se trata de evitar dos de los problemas del capitalismo: la escasez de bienes para algunos, y la sobreproducción. Su unidad de trabajo es la cooperativa, en la que, tal como ocurre ya en muchas de ellas, las tareas que menos personas quieren desarrollar son rotativas. También propone una planificación participativa de los productos que serán creados y de los servicios que serán ofrecidos. Por los efectos negativos que produce, Parecon se opone tanto a la existencia de una clase propietaria como a la de una clase coordinadora. Esto significa que las instituciones funcionarían con un mínimo de jerarquía y un máximo de transparencia y participación en la toma de decisiones. Se busca eliminar el secreto en la toma de decisiones económicas y que el poder de decisión de cada persona sea proporcional al grado en el que resulte afectada por las medidas.

La izquierda hoy debe ser capaz de crear un orden social que combine la igualdad con la libertad. Es necesario evitar el crecimiento con una desigualdad desmedida que genere, tal como hemos visto, la ruptura del lazo social, incrementando los homicidios y actos violentos. Y también es necesario evitar el "igualitarismo" de Cuba o Nicaragua, al precio de la libertad. El desarrollo tecnológico debería utilizarse para tener mejores trabajos para todos, evitando la sobrecarga laboral, la explotación y el daño ambiental. Eso no se logra con proyectos de derecha que buscan la desaparición de lo poco que queda de nuestro sistema de seguridad social, la desregulación y un capitalismo salvaje de Estado mínimo.

-

Bibliografía

[archivodichiara]. (10 de octubre de 2019). Hebe de Bonafini festejo el atentado a las torres gemelas 2001 V-12217 DiFilm [Video]. YouTube. En https://youtu.be/x-KzdZL9s4A

Albert, M. (2005). Parecon: vida después del capitalismo. Madrid: Ediciones Akal.

Aristóteles (1988). Tratados de lógica (Órganon). Biblioteca Clásica Gredos. Madrid: Editorial Gredos.

Astarita, R. (29 de marzo de 2022). La lucha por la autodeterminación y otro argumento equivocado. Rolando Astarita Blog. En https://rolandoastarita.blog/2022/03/29/la-lucha-por-la-autodeterminacion-

y-otro-argumento-equivocado/

Atienza, M. (2008). Marx y los derechos humanos. Lima: Palestra Editores.

Bregman, M. [@myriambregman]. (29 de octubre de 2020). Reprimen mujeres [Tuit]. Twitter. En https://twitter.com/myriambregman/status/1321773024903876611

Bunge, M. (1975). A critical examination of dialectics. En Perelman, C. Dialectics. La Haye: M. Nijhoff.

Bunge, M. (1981). Materialismo y ciencia. Ariel, Barcelona.

Bunge, M. (1981). Scientific materialism. Dordrecht, Reidel.

Bunge, M. (1983). Sobre materialismo y dialéctica. El Basilisco: Revista de materialismo filosófico, (15), 94-95.

Deleporte, P. (2019). Contrasting Materialisms: Engelsian Dialectical and Bunge's Emergentist Realism. En Mario Bunge: A Centenary Festschrift (pp. 101-116). Springer, Cham.

Engels, F. (1876/1975). Anti-dühring. London: Lawrence & Wishart.

Engels, F. (1886/1964). Dialectics of Nature. Moscow: Progress.

Goda, T., & Torres García, A. (2017). The rising tide of absolute global income inequality during 1850-2010: is it driven by inequality within or between countries? Social Indicators Research, 130(3), 1051-1072.

Hegel, G. W. F. (1806/1966). Fenomenología del espíritu. México: Fondo de cultura económica,

Hegel, G. W. F. (2015). Ciencia de la lógica. Madrid: Abada.

Kreimer, R. (2020a). ¿Es sexista reconocer que hombres y mujeres no son idénticos? Una evaluación crítica de la retórica neurofeminista. Disputatio. Philosophical Research Bulletin, 9(13), 261-305.

Kreimer, R. (2020b). El patriarcado no existe más. Buenos Aires: Editorial Galerna.

La izquierda diario. (2 de agosto de 2019). Agrotóxicos. Maristella Svampa: "'Desmedido' es el glifosato que se utiliza e incrementa año a año". En https://www.laizquierdadiario.com/Maristella-Svampa-Desmedido-es-el-glifosato-que-se-utiliza-e-incrementa-ano-a-ano

Martínez, C. F. S. (2020). Félix Ovejero: La deriva reaccionaria de la izquierda.

Barcelona: Página Indómita, 2018. Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, 22(44), 585-594.

Marx, K. (2004). Sobre la cuestión judía. Buenos Aires: Prometeo Libros Editorial.

Marx, K.,y Engels, F. (1974). Obras escogidas en tres tomos. Moscú: Editorial Progreso. En https://www.marxists.org/espanol/m-e/oe/pdf/index.htm

Ovejero, F. (2018). La deriva reaccionaria de la izquierda. Barcelona: Página Indómita.

Pinker, S. (2003). La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana. Barcelona: Paidós.

Pluckrose, H. (19 de julio del 2019). Cómo los “intelectuales” franceses arruinaron Occidente: la explicación del posmodernismo y sus consecuencias. Letras libres. En https://www.letraslibres.com/mexico/cultura/como-los-intelectuales-franceses-arruinaron-occidente-la-explicacion-del-posmodernismo-y-sus-consecuencias

Redding, P. (2020). Hegel. The Stanford Encyclopedia of Philosophy.

Schapire, A. (2021). La traición progresista. Ediciones Península.

Schwarz, M. J. (2017). La izquierda feng-shui. Cuando la ciencia y la razón dejaron de ser progres. Barcelona: Planeta.

Singer, P. (2000). Una izquierda darwiniana. Política, evolución y cooperación. Barcelona: Crítica.

Sokal, A., & Bricmont, J. (1999). Imposturas intelectuales. Barcelona: Paidós.

Soto Ivars, J. (9 de marzo de 2021). Alejo Schapire: “La izquierda traidora se ha vuelto reaccionaria, dogmática e identitaria”. El confidencial. En https://www.elconfidencial.com/cultura/2021-03-09/entrevista-alejo-schapire-traicion-progresista_2983719

VICE News. (16 de junio de 2017). Campus Argument Goes Viral As Evergreen State Is Caught In Racial Turmoil (HBO) [Video]. YouTube. En

https://youtu.be/2cMYfxOFBBM

Wan, P. Y. Z. (2013). Dialectics, complexity, and the systemic approach: Toward a critical reconciliation. Philosophy of the Social Sciences, 43(4), 411-452.

CONCLUSIONES

En el comienzo de este libro señalamos que su propósito central es el de chequear los datos y el encuadre teórico con el que la derecha busca legitimar su proyecto político. En este capítulo vamos a resumir los ejes centrales de algunas de las tesis expuestas.

Dijimos que cuando los liberales enumeran los países que consideran modelos a imitar, suelen invocar índices de libertad económica como los de la Fundación Heritage o el Instituto Fraser. La conclusión que sacan es que los países más liberales en lo económico son aquellos a los que les va mejor. Pero examinados de cerca, estos índices no miden lo que dicen medir. Mezclan algunos indicadores que refieren al modelo de libre mercado, con otros indicadores que refieren a la calidad institucional. El Estado de derecho y la igualdad de derechos, por ejemplo, no son valores que estén ligados al liberalismo económico, ya que las teorías que se oponen al liberalismo económico también defienden la importancia de un Estado de derecho y de la igualdad de derechos. Señalamos que muchos países del norte de Europa, como Islandia y los países nórdicos, están en la jerarquía más alta de los índices Heritage y Fraser, pese a que tienen amplios estados de bienestar a los que se oponen los defensores del libre mercado. Dentro de las variables medidas se incluyen las bajas regulaciones, los bajos impuestos para los empresarios y las leyes sobre la "protección laboral" que benefician a los empleadores y no a los empleados, por lo que concluimos que sería más honesto hablar de "libertades para el empresario" y evitar confundirlas con las libertades y derechos que afectan a la población general. De otro modo, se atribuyen al libre mercado los méritos de los países desarrollados. Sin embargo, los beneficios de vivir en un país desarrollado no provienen del modelo de libre mercado, sino de un conjunto más amplio de factores económicos y políticos. Señalamos que internet o muchos avances médicos provienen de la investigación hecha con financiación pública, y la calidad institucional refiere tanto a las instituciones públicas como a las privadas.

Los defensores del libre mercado también postulan que las medidas políticas que

benefician a las clases privilegiadas tendrán efectos favorables sobre las clases sociales menos favorecidas. Señalamos que si bien no utilizan la expresión "derrame" y plantean que las ganancias provendrán del intercambio, la idea del derrame está en la escuela económica denominada "del lado de la oferta" (supply-side economics), que proponía entre otras cosas incrementar la capacidad productiva de la economía mediante la reducción de impuestos a quienes más ganan. Pero los recortes fiscales y la eliminación de regulaciones no benefician al conjunto de la sociedad sino a los sectores más privilegiados. Las ideas de esta escuela se aplicaron en las políticas de Reagan en Estados Unidos y de Thatcher en el Reino Unido durante la década de 1980, y luego en otras regiones como Nueva Zelanda, Canadá, Australia, Irlanda, y en varios países de Latinoamérica. Pero los recortes fiscales beneficiaron a los ricos, que pagaron para promover sus políticas mediante lobbies y think tanks, y a menudo aprovecharon para hacer recompras de acciones y enviar dinero a paraísos fiscales. Mencionamos el estudio de Gale y Samwick del 2014, según el cual, aunque George W. Bush redujo el tipo impositivo máximo al 35 %, y los republicanos de la Fundación Heritage predijeron un aumento del ingreso familiar, el crecimiento económico disminuyó en comparación con los años en los que gobernó Clinton. Obama restauró el impuesto máximo de 39,6 %, y aunque otra vez los republicanos predijeron una catástrofe, la economía creció. El estudio más grande que mencionamos es el de Hope y Limberg (2022), que investigaron recortes fiscales a los ricos en 18 países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) entre 1965 y 2015, y encontraron que no tuvieron ningún efecto significativo sobre el crecimiento económico o la creación de empleo.

Uno de los fenómenos que la derecha se atribuye a sí misma como una conquista del capitalismo, es la disminución de la pobreza en todo el mundo. El índice del que se vale es el que permite vivir apenas con poco más de 1,90 dólares por día. La información que más se divulgó sobre la supuesta victoria contra la pobreza provino de un tuit de Bill Gates, que dijo que la infografía que contenía ese dato era una de sus favoritas. Luego replicaron la divulgación de esa cifra del Banco Mundial el psicólogo Steven Pinker y gran parte de los participantes del Foro de Davos. La línea de 1,90 dólares por día de "pobreza extrema" implica una dieta inadecuada y una expectativa de vida más corta para todos, incluso para los niños. Pasar de vivir con menos de 1,90 dólares por día a vivir con menos de 3,10 no es "salir de la pobreza", sino pasar a una menos extrema. Peter Edward calculó que 7,40 dólares por día es el mínimo necesario para tener una nutrición adecuada y una expectativa de vida normal de 70 años en todo el mundo

(Edward, 2006). Vimos también cómo la pobreza extrema se redujo, pero el país que encabeza este logro es China, un país en parte socialista y en parte capitalista que bajó la pobreza extrema de 67 % en 1990 al 2 % en 2013. Los niveles mundiales de pobreza siguen siendo muy altos, especialmente en términos absolutos, pero también en términos relativos —porcentaje de la población mundial—, tienden a aumentar en ciertas regiones y períodos.

La derecha cuestiona las ayudas sociales y llama despectivamente “planeros” a quienes las reciben, suponiendo erróneamente que una vez que obtienen un plato de comida los pobres ya no se sienten motivados para trabajar y para mejorar su situación socioeconómica. Ignoran que prácticamente todos los países desarrollados cuentan con estas ayudas. En Europa del Norte desde que nace y hasta que cumple los 18 años toda persona, provenga de una familia pobre o rica, cobra una asignación básica. En la Argentina sin la Asignación por hijo la indigencia hubiese sido del 34 % en lugar de 18,5 %, según el estudio realizado entre 2018 y 2020 por el Observatorio Deuda Argentina (Piñeiro y Sanchez, 2021).

Y en relación a que el capitalismo sería la causa de la disminución de la pobreza: si se examina la historia de las conquistas sociales, durante siglos lo que hicieron los capitalistas fue luchar contra la obtención de buenos salarios y buenas condiciones de trabajo. Si hubo algún progreso para la mayor parte de las personas, fue a pesar de los capitalistas, y no gracias a ellos.

Señalamos también que es común oír entre los defensores del libre mercado que la desigualdad social y económica no implica problema alguno, e incluso que es un estímulo para el ascenso social, y que cuando se la critica, se lo hace meramente por una cuestión de envidia. A veces afirman “Es imposible que haya igualdad, los seres humanos no somos todos iguales”. Confunden así dos sentidos del término “igualdad”, el de igualdad de derechos y el de igualdad identitaria. Es claro que diferimos en nuestros rasgos personales, pero cuando hablamos de política nos referimos a derechos sociales y económicos, y aún en relación a estos últimos, difícilmente un teórico proponga una idea de igualdad simple consistente en procurar para todos exactamente lo mismo. El objetivo es más bien evitar que las desigualdades superen cierto umbral a partir del cual se rompe el lazo social y se incrementan la violencia y los homicidios, tal como muestran los estudios que analizamos en el capítulo sobre la desigualdad. Señalamos también que la desigualdad incrementa el poder político, permite que los ricos busquen influenciar con dinero en las políticas públicas y esto es

incompatible con el ideal democrático. Subrayamos como las desigualdades se pronuncian por el efecto Mateo, en el que una ventaja inicial produce ventajas posteriores en un ciclo de retroalimentación positiva, así como una desventaja inicial genera desventajas posteriores en un efecto del estilo bola de nieve.

Vimos cómo los defensores del libre mercado sostienen una teoría subjetiva del valor, según la cual sería exclusivamente el juego entre la oferta y la demanda lo que determinaría el precio de bienes y servicios. Sin embargo, los estudios de Cockshott y otros autores mostraron, tal como hemos señalado, que el trabajo socialmente necesario para producir una mercancía también contribuye a establecer su valor, sin que esto implique que la oferta y la demanda, entre otras variables, no puedan jugar un papel.

La derecha entiende que el mercado es un ámbito en el que libremente los seres humanos pueden negociar sus condiciones de trabajo. Sin embargo, como hemos señalado, el poder de negociación en los contratos laborales no es simétrico, porque el proletario no llega al mercado con los mismos bienes que el dueño de los medios de producción: lo único que tiene es su fuerza de trabajo, y necesita un empleo para sobrevivir. Esto restringe su poder de negociación y más veces que menos lo coloca en una situación de vulnerabilidad y dependencia. Así como la coerción física fue dominante para la esclavitud, la coerción económica es la modalidad dominante en la sociedad de mercado. También planteamos cómo al empleador le conviene que exista desempleo para mantener los salarios bajos y aumentar sus ganancias, algo que la sustitución del trabajo humano por máquinas contribuye a generar.

Señalamos que en el mundo ha ido ganando adeptos la idea de que es necesario democratizar el ámbito de trabajo volviendo a las cooperativas la unidad básica del esquema laboral. En ellas los trabajadores son los dueños del modo de producción y suelen turnarse para realizar las tareas que desagradan a la mayoría. En todo el mundo, incluyendo a la Argentina, han demostrado ser eficientes, promoviendo el crecimiento económico y la justicia social centrada en las personas.

Argumentamos también que se deberían poner límites razonables al derecho sucesorio con el fin de que la lotería genética no suplante un ideal de justicia básico para el mundo moderno: el que supone que cada persona ocupe en la sociedad el lugar que le asigne su propio esfuerzo.

Nos referimos también a ciertos marcos filosóficos cuestionables de la derecha: se basa en el individualismo metodológico, razón por la cual niega la existencia de las clases sociales y sostiene que solo existen los individuos. Pero no es posible explicar el conjunto de la vida social desde el individualismo metodológico. El mero hecho de que un concepto como “clase social” refiera a una colección de individuos no lo convierte en arbitrario ni desvinculado de referentes reales. Las especies químicas y biológicas también son colecciones, pero no sería razonable decir que “no existen”. Son conceptos, pero corresponden a hechos del mundo. Sostener que no hay tal cosa como la sociedad, que solo hay individuos es tan erróneo como sostener que los individuos no existen, porque solo existen colecciones de células. Los sistemas existen, y poseen rasgos que no pueden ser reducidos a los de sus componentes aislados.

Los teóricos del libertarianismo suelen basar sus decisiones en deberes establecidos a priori, más allá de sus consecuencias: juzgan, por ejemplo, que jamás se deben cobrar impuestos, o que jamás deben prohibirse las drogas. El consecuencialismo parece más razonable porque se basa en las consecuencias de las acciones, evaluando no solo el número de personas afectadas, sino también las prioridades y ponderaciones de los valores en juego.

Los abusos de la denominada “casta política” son parte de los reclamos básicos de las nuevas derechas: denuncian que se trata de ciudadanos que con frecuencia nunca han vivido de otra cosa que no fuera la política y que votan en favor de sus propios privilegios. Vimos que el problema de los abusos de poder recorre tanto el espectro de la derecha como el de la izquierda, no es privativo de una ideología en particular, y que el modelo que parece más razonable para evitar la corrupción y los abusos del poder por parte de quienes gobiernan es el que rige en el parlamento sueco, que además de contar con mecanismos eficientes de control, admite que un parlamentario pueda estar en su cargo dos años, y solo está autorizado a renovar su banca por un periodo más.

Señalamos que los diversos grupos que conforman la nueva derecha con frecuencia están unidos más por su antiprogresismo que por lo que tienen en común. En el capítulo de críticas a la izquierda incluimos diversos cuestionamientos al modelo progresista: su encuadre pseudocientífico de tabla rasa, su descuido del problema de las clases sociales en favor de políticas identitarias, su consideración de que vivimos en un patriarcado, muy en contra de la evidencia disponible, lo que lleva a buscar soluciones donde no pueden ser

encontradas y a incrementar el gasto público innecesariamente en la creación de Ministerios de la Mujer, y su implementación de impuestos que a menudo son excesivos para los monotributistas y los grupos económicamente más desfavorecidos de la sociedad.

De la izquierda más tradicional cuestionamos la excesiva concentración de poder en manos de los burócratas en los “socialismos realmente existentes”, la vulneración de derechos como el de libre circulación y la libertad de expresión —entre otros derechos humanos de primera generación que resulta necesario preservar, complementándolos con los derechos económicos—, su uso de la dialéctica hegeliana como marco filosófico, la creencia en el rol necesario de una dictadura del proletariado y la imprecisión sobre los rasgos generales que podría adoptar una sociedad futura más justa.

El capitalismo no se propone principalmente satisfacer necesidades humanas. Su objetivo central es maximizar y acumular ganancias. Por eso se intenta abaratar tanto los insumos naturales como los del trabajo. Desde la esclavitud y el sistema servil de la Edad Media, hasta el imperialismo en busca de mano de obra barata en los países en desarrollo y la extracción moderna de plusvalía, la historia de la explotación humana aún no ha concluido. Gracias a los reclamos de los trabajadores se lograron mejorar significativamente las condiciones de trabajo y de vida. Sin embargo, aún no nos hemos librado de la explotación económica. Queda mucho trabajo por hacer para el establecimiento de un modo de producción postcapitalista, compatible con la sustentabilidad del planeta a partir de una sociedad más justa organizada en torno a la satisfacción de necesidades humanas y no del mero beneficio económico.

Bibliografía

Cockshott, W. P., & Cottrell, A. (1997). The Scientific Status of the Labour Theory of Value. En: Eastern Economic Association, Fourth mini-conference on Value Theory. Washington, DC, USA.

Cockshott, W. P., Bichler, S. & Nitzan, J. (2010). Testing the Labour Theory of

Value: An exchange. Department of Political Science, York University, Canada.

Edward, P. (2006). The ethical poverty line: A moral quantification of absolute poverty. Third World Quarterly, 27(2), 377-393.

Gale, W. G., & Samwick, A. A. (2014). Effects of income tax changes on economic growth. Economic Studies.

Hope, D., & Limberg, J. (2021). The economic consequences of major tax cuts for the rich. Socio-Economic Review.

Poy Piñeiro, S., & Sánchez, M. E. (2021). Evaluación de impacto de la Asignación Universal por Hijo (AUH) en la infancia a diez años de su implementación: Documento de investigación. Informe Especial.

Te esperamos en www.galernaweb.com para compartir más novedades y lecturas.